

DESY ICARDI

LA CHICA DE LA MÁQUINA DE ESCRIBIR



AdN

Desy
Icardi

LA CHICA DE LA MÁQUINA DE ESCRIBIR

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

AdN Alianza de Novelas

Capítulo 1

Es una verdad universalmente reconocida que una mujer en posesión de una larga historia necesita una memoria adecuada.

Sin memoria, todo pierde su valor y su utilidad, como por ejemplo el insignificante objeto que sostienes entre los dedos: frío al tacto, liso, de forma circular y sin valor alguno.

Lo encontraste en el bolsillo de tu abrigo, envuelto en un pañuelo con tus iniciales de señorita coronadas por una guirnalda de flores en punto de cruz: D. B., Dalia Buonaventura.

Te preguntas desconcertada por qué has guardado con tanto cuidado lo que tiene todo el aspecto de ser una vieja anilla de cortina; lo piensas durante unos instantes y luego decides guardar la anilla en el bolsillo de la bata y poner el pañuelo, diligentemente doblado, en el cajón que tu criada ha reservado para tal fin. Germana es una santa mujer, pero tiene la desagradable costumbre de murmurar cada vez que se te olvida cerrar la puerta de un armario, o el botiquín. A lo largo de los últimos treinta años has hecho esfuerzos indecibles para contrarrestar tu índole caótica y respetar la obsesión de tu criada por el orden, pero ahora, después de tu *pequeño incidente*, son muchas las cosas que olvidas, y olvidar un cajón abierto no sería en modo alguno la más grave.

Dos meses: ese es el tiempo que tu *pequeño incidente* ha borrado de tu memoria, dos meses de los que no guardas ningún recuerdo.

Decides dejar de atormentarte con pensamientos negativos; al fin y al cabo, hace poco más de una semana que recibiste el alta del hospital, y sí, tienes algunas lagunas de memoria, lo admites, pero estás convencida de que será suficiente con volver a la vida cotidiana para llenar esas lagunas. Decides ir a tu estudio y, al salir del dormitorio, vislumbra tu imagen reflejada en la superficie resplandeciente de Vetril del espejo sobre el tocador: tienes setenta años, casi setenta y uno, y aún no pareces una viejecita a la que se le va la cabeza. A pesar de la opinión de los médicos, sabes que sigues teniendo una buena cabeza, empezando por el peinado, el mismo que llevas desde hace más de cincuenta años, para ser exactos desde 1936, cuando te cortaste las trenzas y empezaste a trabajar. Por aquel entonces tenías trece años y un diploma de mecanografía; evidentemente no podías ir a ver a tus futuros jefes con el aspecto de una colegiala haciendo pellas, así que tu amiga Ester te cortó el largo pelo castaño claro a la altura de los hombros y te lo onduló con las pinzas de cocodrilo.

Ahora sonríes, el término *pinza de cocodrilo* siempre te ha hecho gracia, y el espejo te devuelve la imagen de una hilera de dientes perfectos —que siguen siendo todos tuyos, y quien diga lo contrario ¡miente!— enmarcados por un deslumbrante carmín magenta. Incluso tu maquillaje es el mismo desde hace muchos años: lápiz negro alrededor de los ojos, polvos blancos nacarados y labios rojos como cerezas, a veces como guindas, porque te permites alguna variación en el tema del lápiz de labios, pero sin exagerar, porque, cuando algo es perfecto —y tu

maquillaje lo es, indudablemente—, intentar mejorarlo es una pérdida de tiempo.

Nunca has sido una mujer de gran belleza, algo de lo que a menudo te has quejado, pero has sabido sacar lo mejor de tus rasgos ordinarios y de tu pequeño cuerpo de pajarillo: el pelo, que cae en una suave onda que casi cubre tu ojo derecho, confiere a tu rostro un no sé qué ligeramente travieso, sigues siendo intrigante ahora que tus perfectas ondas se han vuelto blancas como las nubes y tus ojos están marcados no solo por el lápiz negro, sino también por profundas arrugas. Y a los hombres les sigues gustando, ¡incluso a los más jóvenes que tú! Unos seis meses antes de tu *pequeño incidente*, el propietario de la perfumería a la que solías ir desde hacía tiempo te invitó a cenar y tú, presa de un raro relámpago de locura, aceptaste a pesar de que era un mocoso que no llegaría a los sesenta años. ¡Fue una velada horrible! Las gambas las sirvieron cubiertas con una salsa viscosa de color rosa apagado y acompañadas de un lecho de rúcula amarga. Hubo un tiempo en que te gustaba mucho la rúcula, para ti tenía el sabor de la primavera que se convierte en verano, pero luego, hace unos diez años, debió de ser más o menos a mediados de los ochenta, todos los cocineros italianos parecían haber decidido unánimemente incluirla en cualquier receta: rúcula en los entrantes, en los primeros platos, como guarnición de los segundos.

Como si la rúcula no hubiera sido suficiente para amargar cada bocado de aquella ridícula cita galante, tu caballero no hizo otra cosa que hablar de su difunta esposa; un *de profundis* con sabor a rúcula. No obstante, la consecuencia más molesta de aquella cena fue que tuviste que buscarte otra perfumería donde comprar: ya no podías mirar a aquel hombre a la cara sin estallar en carcajadas, y la cosmética siempre ha sido para ti un asunto de la máxima seriedad.

Sales de la habitación, el espejo aún está a tiempo de registrar una sonrisita de decepción: recuerdas tu iniciación a las pinzas de cocodrilo, e incluso la execrable monomanía de la rúcula que hace furor en la cocina italiana desde los años ochenta, pero no tienes ni idea de adónde te dirigías el día de tu *pequeño incidente*.

Debías de tener un compromiso importante, de eso estás segura; de lo contrario, no te habrías puesto tu vestido de satén azul y mucho menos el collar con el colgante de zafiros. A saber si te habías puesto un lápiz de labios burdeos o magenta. Eso habría sido un detalle interesante para llegar al fondo del misterio, pero en el hospital, cuando te despertaste, nadie supo decírtelo, como si estuvieras ingresada en una sala para daltónicos.

Ahora metes la mano en el bolsillo de la bata y las yemas de los dedos se encuentran con el frío metal de la anilla para cortinas. Ese es otro bonito misterio: ¿por qué has guardado ese arito de hierro ennegrecido dentro de un pañuelo bordado? Y, sobre todo, ¿por qué lo llevabas contigo, en el bolsillo? ¿Tal vez el día de tu *pequeño incidente* ibas a la mercería para abastecerte de anillas para cortinas? Niegas con la cabeza, perpleja, nunca se te han dado bien las tareas domésticas; en realidad, cuando eras joven, no te hubiera importado adquirir práctica en ellas, pero siempre te ha faltado tiempo; por eso, en cuanto tuviste los medios necesarios, contrataste a una criada para que se ocupara de la limpieza, la comida y, en caso necesario, de las anillas para cortinas.

Recorres el pasillo con paso un poco inseguro, enfilas la puerta de tu estudio y te sientas en el escritorio donde descansa tu vieja Olivetti MP1: esa señorita es un poco más joven que tú, pero su lacado rojo resplandece como el primer día en que pusiste tus manos en su teclado. En el carro hay una hoja de papel en blanco, la sacas con delicadeza, preguntándote por qué está ahí. No te

acuerdas de haber tecleado recientemente, pero sí recuerdas que siempre has tenido la sana costumbre de no dejar las hojas puestas. Tal vez el día de tu *pequeño incidente* estabas a punto de escribir algo, pero entonces tuviste que salir de improviso y...

¡Qué estupidez! El vestido que llevabas no era de los que se pondría una al vuelo para una salida improvisada, sino más bien para un acto largo tiempo planificado. Con la palma de la mano intentas extender el papel, que debido al largo tiempo que ha estado en el carro está horriblemente curvado: ¡por eso, desde el principio de tu carrera de mecanógrafa, has aprendido a no olvidar los papeles en el carro de la máquina de escribir!

—Fin —murmuras.

En el centro de la página que creías que estaba en blanco, encuentras escrita la palabra «FIN» en letras mayúsculas.

Cierras los ojos e intentas llevar a la superficie recuerdos de tu nublada memoria: la palabra «FIN» no se pone al final de una carta o de un documento de cualquier tipo. La palabra «FIN», escrita en mayúsculas, indica un texto de narrativa y hace décadas que no pasas a máquina ninguno.

Empiezas a abrir uno a uno todos los cajones del escritorio, buscando el texto mecanografiado del que la palabra «FIN» podría ser la conclusión.

Hace tiempo que abandonaste el trabajo de mecanógrafa, algunas veces has tecleado algunas cartas, pero solo para no perder la costumbre o para hacerle un favor a algún conocido.

—La máquina de escribir es como un piano —te repetía la señorita Pellissero, la profesora de mecanografía con la que estudiaste—. Si dejas de usarla, los dedos perderán su agilidad.

La señorita Pellissero, en la época de vuestras clases, debía de tener unos sesenta años, quizá unos cuantos más o quizá muchos menos, pero a ti, que solo tenías trece, te parecía una especie de esfinge antigua. Llevaba un sombrero en forma de cuenco sobre su pelo gris, tenía unos dedos largos y esqueléticos que hacían piruetas sobre las teclas a una velocidad inalcanzable, y manifestaba una devoción por su oficio difícil de encontrar incluso entre médicos o sacerdotes.

Te entrenó para la máquina de escribir con la misma disciplina inflexible que un cabo reservaría para un recluta.

—¡No mires el teclado, Dalia! —te ordenaba—. Las auténticas mecanógrafas no necesitan buscar las teclas con los ojos, los dedos tienen una memoria portentosa, lo importante es permitirles desarrollarla.

Intentabas obedecer, pero las brillantes y redondas teclas de la Olivetti MP1 eran una tentación demasiado fuerte para tu curiosa mirada de niña.

La señorita Pellissero se decidió así a vendarte los ojos, obligándote durante semanas a golpear las teclas en una completa ceguera. Sin embargo, los métodos de la severísima profesora dieron sus frutos: a lo largo de tu carrera, has mecanografiado en las condiciones más dispares, incluso en plena guerra durante las noches de apagón, cuando era necesario permanecer en casa a oscuras para que los bombarderos ingleses no se sintieran atraídos por las ventanas iluminadas, como las polillas por la llama de una vela. Después de tu boda, cuando te trasladaste a Turín, a veces escribías incluso bajo los bombardeos. Cuando de noche sonaba la sirena antiaérea, no te apetecía salir corriendo escaleras abajo con tu chal sobre el camisón para luego apretujarte en un

sótano con docenas de personas aterrorizadas, que tenían tantas posibilidades de sobrevivir como de acabar igual que las ratas, atrapadas entre los escombros o asfixiadas por el humo de los incendios que se producían con cada derrumbe. Cuando la sirena antiaérea te despertaba de tu sueño siempre ligero y agitado, preferías sentarte delante de la máquina de escribir y, envuelta en la oscuridad, dejar que tus dedos volaran sobre el teclado. Al estar a oscuras, no podías transcribir textos ni completar el trabajo de mecanografía que estabas haciendo; te limitabas a hacer los ejercicios que te había enseñado la señorita Pellissero o a teclear palabras y frases al azar, dejando los dedos libres para que corrieran tras tu imaginación. No era lo que escribías, sino más bien el contacto de las yemas de tus dedos sobre las frías teclas de la Olivetti MP1 lo que te relajaba y te hacía atravesar, con relativa calma, esos momentos oscuros no solo por la ausencia de luz.

Mientras tus recuerdos exploran esos años lejanos y terribles, tus manos hurgan en el contenido de cada cajón del escritorio, buscando todavía el misterioso trabajo de mecanografía.

Vuelves a colocar el papel con la palabra «FIN» en el último cajón de abajo, dedicado a las pruebas y los borradores, y abandonas tu investigación.

Ahora estás acariciando tu vieja máquina de escribir; un ligero hormigueo recorre tus manos, haciendo que se estremezcan las yemas de tus dedos. Embargada por un capricho repentino, cierras los postigos de la ventana, colocas una hoja de papel en el carro de la Olivetti roja y, sumergida en la oscuridad, dejas que el cosquilleo en los dedos desaparezca con el fresco contacto con las teclas. Tus dedos bailan sobre el teclado siguiendo una coreografía que escapa a tu comprensión, pero que decides secundar, y, sin resistencia, empiezas a escribir una nueva historia.

Capítulo 2

Con dos apretadas vueltas de la correa, Dalia aseguró el maletín de su máquina de escribir en el portaequipajes de la bici, luego la sacudió ligeramente para comprobar que estaba bien sujeta. Se trataba de una Olivetti MP1, una pequeña joya de la mecánica de apenas cinco kilos y doscientos gramos; mucho más práctica y manejable que la reciente y alabada Olivetti Studio 42, que pesaba más. ¡Y además era roja! Cuando consultó el catálogo de venta por correo, vio que estaban disponibles en varios colores: el clásico negro, el verde, el rojo, el azul celeste y el marfil. Sus dedos se habían demorado largo rato sobre el modelo de color rojo, aunque luego, por consejo de su padre, optó por un marfil más respetable, menos vivo, pero muy elegante. Unas semanas más tarde, sin embargo, cuando abrió la gran caja, la MP1 resultó ser del mismo color que solía aplicarse en los labios a escondidas de su padre. Si hubiera señalado el error al transportista, podría haber hecho que le cambiaran el artículo, pero eso habría supuesto devolver la Olivetti roja y esperar a que le entregaran la de color marfil, y ella tenía que empezar a trabajar de inmediato.

Habían pasado ya unos cuatro años desde que Dalia y la máquina de escribir roja se hicieron inseparables. Dalia se montó en la Bianchi Suprema, modelo de señora con una barra arqueada que, a pesar de su prohibitivo coste, su padre le había regalado unos meses antes por su decimoséptimo cumpleaños, para evitar así que se le subiera la falda al montar en el sillín y desmontar de él, como le ocurría en la bicicleta de hombre que había utilizado hasta entonces.

—No corras, mantén la compostura y no te pares a charlar con los chicos de las tiendas —farfulló su padre, de pie en la puerta—. ¡Recuerda siempre quién eres!

Ese era el saludo que el hombre dedicaba a su hija cada mañana, al que ella respondía soplándole un beso.

—Empalagosa —murmuraba.

—Gruñón —susurraba ella dando la primera pedalada.

Dalia recorrió el sendero que discurría por delante de la casa y, girando a la izquierda, enfiló la carretera provincial que en unos diez minutos la llevaría al centro histórico de Avigliana, donde, a dos pasos de piazza Conte Rosso, bajo los pórticos medievales, de escasa altura y con bóvedas redondeadas, se encontraba el despacho del contable Borio. Durante muchos años, el contable había trabajado en la Premiada Fábrica de Cerillas Buonaventura, fundada por el difunto bisabuelo de Dalia, pero cuando la empresa quebró, se instaló por su cuenta y alquiló una habitación en la planta baja, donde ofrecía diversos servicios: contabilidad, redacción de contratos y, desde que su antiguo patrón le había rogado que contratara a su hija, mecanografía de textos y cartas. La única condición que el contable puso a la hora de contratar a la chica era que se equipara con su propia máquina de escribir. La familia Buonaventura le había pagado un buen sueldo durante más de veinte años, y eso no debía olvidarse, pero el padre de Dalia, *el*

“ingeniero”, era quien había llevado la fábrica a la ruina, y tampoco esa circunstancia podía olvidarse.

—La gratitud está muy bien —declaró el contable Borio entre las mesas del café de piazza Conte Rosso mientras daba un sorbo a su Campari de las cinco—, pero el ingeniero ya me engañó una vez, y no voy a comprar una máquina de escribir para que trabaje su hija. Oh, no, ¡el ingeniero ya no me volverá a timar!

El padre de Dalia, como no dejaba de señalar el contable subrayándolo con un tono sarcástico, no era en modo alguno “ingeniero”, ya que, a pesar de los muchos años pasados en la universidad, nunca consiguió obtener un título; ese detalle, sin embargo, era completamente irrelevante en una zona donde mucha gente había trabajado para la familia Buonaventura y casi todo el mundo podía contar con al menos un pariente entre sus antiguos empleados. Por pura adulación, sus conciudadanos habrían estado encantados de llamar al joven Buonaventura ingeniero, juez, barón e incluso monseñor si tal cosa hubiera sido de su agrado. Sin embargo, esto ocurrió en los años dorados en los que la fábrica de cerillas prosperaba, pero después de la quiebra, unos por costumbre, otros por burla, todos siguieron refiriéndose a Buonaventura con el título de ingeniero.

—Esperemos que por lo menos la chica trabaje bien —prosiguió el contable mientras los clientes del café lo escuchaban divertidos—. Es solo una mocosa. Su padre ni siquiera la dejó terminar la escuela secundaria. Un buen curso de mecanografía y ¡a ganarse el pan! —El contable se concedió una pausa efectista para permitir que su público se riera—. Pobre niña, su madre ahuecó el ala y se escapó en cuanto la fábrica quebró. Al parecer, se fue a vivir de gorra a casa de una hermana rica —continuó el contable—. Hace varios años que no ha vuelto a casa. Si le preguntas al ingeniero cómo le va a su mujer, os dirá: «¡Genial, está de vacaciones!», como si todos fuéramos tontos aquí y no tuviéramos un calendario en casa —concluyó su monólogo con un orgulloso manotazo en la mesita.

Los otros clientes del café, que todavía se tocaban el sombrero con deferencia cuando se cruzaban con el “ingeniero” por la calle, estallaron en carcajadas llenas de la perversa satisfacción que a veces uno siente cuando sabe que alguien a quien se ha envidiado tanto ha caído en desgracia. Sin embargo, cuando el contable Borio vio asomar ante él a ese pajarillo pálido de Dalia, con el pelo peinado en ondas y sus grandes ojos marrones, todo su malestar desapareció.

—¡Es una mujercita en miniatura! —refirió una vez en casa a su esposa, quien había parido nada menos que seis varones con la esperanza de traer al mundo una niñita—. Con esa carita blanca y los ojazos oscuros, parece una muñequita de porcelana; ¡te entran ganas de exhibirla en la cómoda!

La niña, en efecto, era voluntariosa, educada y tecleaba en la máquina rápida como un tren; además, cuando la enviaba a hacer recados volvía rápidamente sin perder el tiempo con los chavales que jugaban a las canicas o a las peonzas en la calle. Y, en fin, la “*pequeñita*”, así es como el contable había empezado a llamarla y así seguía refiriéndose a ella incluso cuando Dalia ya lo había superado medio palmo en estatura, le hacía ganar un buen dinero: sus pequeños dedos saltaban sin pausa sobre las teclas de la portátil roja, al menos hasta que ponía el punto final al último documento del día.

Dalia se bajó de la bicicleta y la colocó contra la pared, junto a la puerta de cristal que daba

acceso al despacho del contable Borio, y, antes de entrar, esperó unos instantes.

—¡Señorita Dalia! —Una mujeruca cerca ya de la vejez, de complexión robusta y con un pañuelo atado bajo la barbilla, apareció por la esquina y trotó hacia ella.

—¡Dorina, buenos días! —Dalia la abrazó y la besó en ambas mejillas.

Dorina era la criada que había cuidado de su casa desde que Dalia era una recién nacida, la única superviviente, ahora a media jornada, de la numerosa servidumbre que había tenido la familia Buonaventura. Todos los días, a esa hora, la chica y la anciana criada se reunían delante del despacho del contable Borio para intercambiar un saludo afectuoso y, a veces, alguna charla, lejos de la mirada del señor Buonaventura, que desaprobaba la excesiva familiaridad entre patronos y personal de servicio, aunque fueran devotos.

—Que tenga un buen trabajo, señorita —se despidió la mujer mientras proseguía su camino, el mismo que Dalia había recorrido en bicicleta y que ahora Dorina se disponía a hacer a pie y en dirección contraria, para llegar a la casa de los Buonaventura.

Dalia se despidió de la buena mujer y empujó la puerta del local del contable Borio, al que pilló hablando, o más bien gritando, dentro del brillante auricular negro del aparato telefónico recién instalado.

El contable Borio era un hombre de unos cincuenta años, con un denso pelo rubio que empezaba a encanecer y un rostro rechoncho con mejillas rubicundas. Solía llevar una camisa blanca y un chaleco verde oscuro que los domingos sustituía por otro azul, y en lugar de corbata llevaba un pañuelo, según la antigua moda de los campesinos piamonteses en los días de fiesta. Cuando trabajaba, el contable se protegía las mangas de la camisa con un viejo par de manguitos negros y, pinzados en la nariz, llevaba unos viejos anteojos con montura de plata, una encantadora herencia del siglo anterior.

—Lo siento, pero de verdad que no puedo dejar la oficina esta mañana —oyó gritar al contable en el auricular—; la mecanógrafa tiene un compromiso con un cliente y alguien tiene que quedarse aquí también.

Dalia se sentó ante su pequeño escritorio, sin abrir aún el maletín de la Olivetti roja. Había comprendido que su jefe estaba hablando de ella, aunque sabía que por educación no debería haber escuchado su conversación, pero la habitación era pequeña y el contable, que todavía no le había cogido el punto al teléfono, le gritaba dentro hasta el punto casi de hacer eco con su voz en el gran y antiguo pozo del otro lado de la plaza. Lo que estaba oyendo, además, no era una gran novedad: el contable debía de haberle concertado una cita con un cliente. A menudo mecanografiaba al dictado de alguien que no quería que ni el contable ni ninguno de los otros clientes que pasaban por su despacho conocieran sus asuntos, y ese tipo de encargos a veces resultaban divertidos; no exactamente graciosos, tal vez, pero sin lugar a dudas mejores que quedarse en aquella habitación poco iluminada y con olor a moho de la planta baja. Dalia se preguntó a casa de quién la enviaría el contable esa mañana.

Sus preferencias iban para la viuda Monti, que era, con mucho, su cliente más habitual. La viuda Monti era una viejecita enérgica, amante del decoro y de la tranquilidad. Cada vez que la viuda Monti consideraba que alguien había vulnerado su derecho a estar en paz, no protestaba abiertamente, ni se quejaba o gritaba —de lo contrario, habría ido en contra de sus propios intereses—, sino que prefería escribir una carta de protesta que dirigía, según el caso, a la Administración municipal, al periódico local o a la persona en cuestión. ¿Por qué iba a protestar

la viuda Monti aquella mañana? ¿El perro de siempre al que dejaban libre por la noche, que la mantenía despierta ladrando? ¿O acaso era la radio del vecino o, por qué no, el mismo contable Borio, que llevaba unos días gritando al teléfono? Aunque no podía mostrarlo, Dalia disfrutaba escuchando las quejas de la viuda Monti, quien además siempre le ofrecía dulces y le daba generosas propinas. Bastante menos divertidas, sin embargo, eran las cartas que iba a mecanografiar a casa del señor Fruttero, que después de la viuda Monti era sin duda el cliente más fiel. Todas las cartas del señor Fruttero eran solicitudes de préstamo a tal o cual conocido, a los que solía declarar que necesitaba fondos para un negocio ventajoso. El señor Fruttero le había dicho al contable que quería mecanografiar su correspondencia para darle un tono profesional, pero la triste verdad era que el pobre hombre era casi analfabeto y, de hecho, antes de dictar nuevas cartas, le pedía a Dalia que le leyera en voz alta las recibidas en respuesta a las anteriores.

—Buenos días, pequeña, ¿estás bien? —preguntó el contable al colgar el auricular con el mismo vigor que su bondadoso padre había empleado al manejar la azada.

—Estoy muy bien, gracias.

—Ayer pasó por aquí vuestra Dorina, dice que ya os habéis mudado a la casa de veraneo.

—Desde la semana pasada, contable.

Desde hacía algunos veranos, para compensar un poco sus escasas finanzas, el ingeniero Buonaventura alquilaba la villa familiar, donde había nacido y crecido Dalia, a veraneantes adinerados, atraídos por la tranquilidad y los hermosos lagos de Avigliana. Cuando los inquilinos tomaban posesión de Villa Buonaventura, su padre y ella se trasladaban a una casucha de su propiedad no lejos del centro del pueblo, que en su día había albergado a los temporeros de la fábrica de cerillas y que su padre llamaba ahora pomposamente «la quinta de veraneo». Normalmente, los veraneantes llegaban a la villa a finales de junio, pero el inquilino de ese año se había instalado allí desde principios de mayo.

—Esta mañana es día de traslado —bromeó el contable mientras recorría con el dedo índice las columnas de un libro de contabilidad.

Dalia cruzó mentalmente los dedos para evitar hacer una visita al señor Fruttero; estaba de buen humor esa mañana y deseaba permanecer en ese estado el mayor tiempo posible.

—Hoy tienes que ir a la mercería, a casa de la señorita Girola, ¿estás contenta? —Dalia asintió sin estar convencida; las visitas a Marietta Girola unas veces podían ser agradables, otras más tristes que las de la casa del señor Fruttero; sin embargo, lo bueno era que, dado el carácter confidencial de las misivas, Marietta también pagaba su discreción con pequeñas propinas en forma de adornos, cintas y otros artículos de mercería que, dadas sus escasas finanzas, siempre le venían muy bien.

—Ahora mismo voy, contable —aceptó echando mano de su maletín de la Olivetti.

—Nos vemos más tarde para comer, querida. ¡Esta mañana mi señora está haciendo ñoquis!

Todos los días, alrededor de la una, la señora Borio llevaba a su marido y a Dalia una abundante comida, que ambos tomaban en el despacho junto al escritorio del contable, protegido por un hule.

—Hasta luego, contable —se despidió al salir.

Dalia se dirigió hacia piazza Conte Rosso; la mercería de la señorita Marietta estaba a un tiro de

piedra y el breve trayecto hacía innecesario el uso de la bicicleta. Frente a ella estaba el monte Pezzulano, coronado por las grandiosas ruinas del castillo; a la derecha, el edificio del ayuntamiento, con el reloj de sol en la fachada, y, casi enfrente, un pozo, antiguo y grande, en cuya oscura boca los niños vertían canciones y trabalenguas infantiles para que el eco los devolviera.

Antes de entrar en la tienda, Dalia se detuvo unos instantes frente al escaparate, donde se exhibían hermosos recortes de tela, alfileres para sombreros y flores artificiales para prender en los vestidos o en los peinados.

—¡Dalia, entra! —dijo Elvira abriéndole la puerta. Elvira era una rubita de quince años a la que la señorita Girola había contratado como aprendiz no hacía mucho para sustituir a Rachele, la vendedora que trabajaba en la mercería desde hacía tres años y que iba a casarse pronto, dejando su empleo.

—La señorita Marietta viene en un momento —le advirtió Rachele, una veinteañera morena y agradablemente rolliza, que volvía de la trastienda con una madeja de pasamanería blanca en las manos—. Ahora está allí hablando con un representante —dijo guiñándole un ojo a la joven Elvira, que con poca discreción se echó a reír.

Dalia colocó el maletín de la máquina de escribir en la superficie de mármol del mostrador; la mercería de la señorita Marietta estaba amueblada con delicada elegancia, y los artículos, aunque muy abundantes, estaban cuidadosamente expuestos, sin crear el efecto caótico que solían presentar las tiendas de ese tipo.

—¿Te gusta esta cenefa de encaje, Dalia? —preguntó Rachele mostrando una magnífica sonrisa que hacía que sus hermosas mejillas parecieran aún más rellenas.

—Es fantástica —respondió para ser cortés, pese a que tenía poca experiencia en la materia—. Muy fina —añadió para dar más credibilidad a su afirmación, ya que se había dado cuenta de que las damas utilizaban muy a menudo el adjetivo «fino» cuando querían mostrar su aprecio por algo que tenía que ver con la ropa o el mobiliario de casa.

—Voy a utilizarla para un camisón —explicó Rachele.

—Porque se va a casar —le guiñó un ojo Elvira, un gesto al que Dalia no estaba segura de cómo sería apropiado responder—. Bordará con ella su camisón de novia —intentó ser más explícita la joven aprendiz.

—Elvira, ya basta —la reprendió Rachele con fingida molestia—. ¡Vas a hacer que me sonroje! —continuó estallando en carcajadas, lo que su compañera imitó inmediatamente.

Aunque no tenía claros los pasos que habían llevado ese breve intercambio de bromas a un divertido desenlace, Dalia se unió a las risas. Obviamente, había entendido la referencia a la noche de bodas, pero no comprendió por qué era necesario reírse. Dalia había empezado a trabajar muy joven, y en el despacho del contable no tenía la oportunidad de relacionarse con chicas de su edad, como en cambio ocurría con las modistas y las dependientas, y el arte de la charla femenina le era casi desconocido, aunque le habría gustado pillarle el tranquillo, ya que Elvira y Rachele parecían pasárselo realmente muy bien.

—Lamentamos que la señorita Marietta te haga esperar —retomó el hilo Rachele—, pero siempre se entretiene mucho con el representante de tejidos.

—Y con el de los botones, las cintas y las cenefas —añadió Elvira antes de estallar en una nueva carcajada, a la que se unió al instante Rachele. La broma era en sí misma bastante

simplona y un poco ofensiva para la señorita Marietta, pero las dos chicas parecían tan divertidas que Dalia no pudo menos que envidiarlas. En su trabajo nunca tenía ocasión de reírse, y lo más divertido eran las cartas de protesta de la viuda Monti. Las dos jóvenes dependientas, en cambio, trabajaban riendo, y Dalia no podía imaginar una suerte mayor; además, esas risas parecían unir a las dos chicas más de lo que lo hubieran hecho las confidencias lacrimógenas y lastimeras. Era una pena que, tras la boda de Rachele, se vieran obligadas a separarse. En la mercería de la señorita Marietta las dependientas duraban lo mismo que la nieve en primavera: llegaban siendo poco más que niñas, trabajaban tres o cuatro años, se echaban novio y casi siempre se marchaban antes de cumplir los veintiuno.

Marietta Girola, en cambio, tenía veintinueve años, o al menos así lo afirmaba desde hacía tiempo, y era la última de las señoritas Girola, o, como las llamaban en aquellos lares, de las *tote Marie*.

En efecto, todas las señoritas Girola se llamaban invariablemente Maria, aunque, para evitar problemas con los funcionarios del registro civil que desaprobaban las homonimias, se le daba a cada una un primer nombre que nadie usaba ni recordaba, siempre seguido de su segundo nombre, Maria: Angela Maria, Teresa Maria, Margherita Maria, Carla Maria...

Para no confundir a una Maria con otra, los familiares utilizaban todas las inflexiones que el nombre podía ofrecer: Mariella, Mariuccia, Marietta, Mariola...

Cuando las variantes se agotaban, las nuevas Marias se designaban con algunas abreviaturas: Ieta, Iela, Iuccia, Iola...

Si las abreviaturas también se terminaban, entonces se empezaba con los diminutivos de las abreviaturas: Ietina, Ielina, Iuccina, Iolina...

Se rumoreaba que sobre la familia Girola se cernía una especie de maldición, que hacía ya varias generaciones que duraba: las chicas Girola siempre permanecían solteras.

No eran especialmente feas, ni tontas ni antipáticas; al contrario, algunas de ellas eran recordadas como mujeres inteligentes y de gran espíritu.

Nadie sabía cuándo y por qué había comenzado aquella larga procesión de solteronas, pero de todas formas había un par de leyendas, también transmitidas de generación en generación, que intentaban explicar las causas. Una de las historias más difundidas era que, hasta un siglo atrás, las *tote* Girola se casaban como todas las demás chicas, hasta que una de ellas enviudó el mismo día de la boda. La hermana menor de la viuda también se casó, pero de nuevo en esta ocasión el marido no sobrevivió a la noche de bodas. La matanza de los jóvenes maridos continuó durante cuatro o cinco hermanas, por lo que en el pueblo se extendió el rumor de que las *tote* Girola eran venenosas como víboras, razón por la cual ningún joven había salido vivo de su lecho. Una variante de esta versión, en cambio, explicaba que solo una de las *tote* Girola había enviudado menos de veinticuatro horas después de la boda, pero esta desgracia se repitió en sus dos o tres matrimonios siguientes. La leyenda más popular y acreditada contaba, por el contrario, que una pareja de Girola, al no poder tener hijos, había hecho un voto a la Virgen de los Lagos. El matrimonio Girola juró a los pies de la Santa Virgen que, si les concedía la gracia de tener descendencia, llamarían Maria a su primera hija. La petición fue magnánimamente concedida y, a partir del año siguiente, doña Girola comenzó a parir hijos, todos ellos varones. Una docena de años y una decena de niños después, la señora Girola por fin dio a luz a una niña, pero el viejo voto había caído en el olvido, borrado por tantos embarazos y años de penurias y privaciones. La

niña fue bautizada con el nombre de su abuela paterna, que nadie recordaba ya cuál era, pero lo que es seguro es que no se trataba de Maria. Después de esta afrenta a la Virgen, las muchachas con el apellido Girola ya no pudieron casarse, a pesar de que todas llevaban el nombre de Maria.

Los varones de la familia Girola, por el contrario, encontraban esposas con bastante facilidad, pero traían al mundo a niñas destinadas a la soltería y a varones que se harían cargo de sus hermanas solteras. Cada una de las *tote* Girola, desde que se tiene memoria, se quedó a vivir en la casa en la que había nacido, en compañía de un hermano y su esposa. Algunas *tote* Girola habían sufrido la agonía de sus despóticas cuñadas, mientras que otras con un carácter más fuerte las habían tiranizado por su parte, pero todas habían amado a sus sobrinitos con un amor incondicional, y más aún a sus sobrinitas.

A diferencia de las tías y tías abuelas que la habían precedido, Marietta Girola no tenía hermanos que la mantuvieran, pero a cambio guardaba una buena suma de dinero en el banco. De hecho, cada una de las *tote* Girola había dejado su dote como herencia a sus sobrinas, quienes, al no haberse casado a su vez, acababan devolviendo sus dotes, así como las heredadas, a las sobrinas siguientes. Así, Marietta, la última de la numerosa prole de solteronas, se encontró con una discreta suma de dinero con la que pudo iniciar una actividad comercial que, a falta de marido o hermanos, la sustentara.

—Os saludo y os agradezco la visita*. —La señorita Marietta salió de una puerta lateral, seguida por un hombre insignificante pero vestido con elegancia, tal y como requería su profesión de vendedor de telas. Marietta se había demorado con el hombre en la pequeña habitación que había habilitado como saloncito, en el que recibía a sus proveedores, a los clientes importantes y, por supuesto, a Dalia, cuando necesitaba algún trabajo de mecanografía.

Ese día la señorita Marietta llevaba un traje de corte moderno que resaltaba su cintura de avispa. No era una mujer de extremada belleza, pero ciertamente estaba lejos de ser fea.

—Volveré a veros en cuanto tenga el nuevo surtido de sedas de Como, señorita —le prometió el hombre con un ademán de reverencia.

—Volved cuando os parezca —respondió Marietta, acompañándolo hasta la puerta—. Si pasáis por esta zona, no dudéis en visitarnos, estaremos encantadas, ¿verdad, señoritas? —preguntó a las dos dependientas, que tuvieron que hacer un gran esfuerzo para balbucir alguna formalidad del tipo «¡Oh, sí, estaremos encantadas!», «Siempre sois bienvenido», sin soltar una carcajada.

El hombre cerró la puerta tras de sí, dejando atrás el tintineo de los cascabeles que Marietta había colgado en el picaporte para percatarse de la entrada de clientes incluso cuando estaba en la trastienda o en su saloncito.

—¿Quieres sentarte allí, Dalia? —la invitó Marietta abriéndole camino—. ¿Quieres beber algo? Tengo algún refresco frío.

—Así estoy bien, gracias —declinó Dalia la invitación, ya que, aunque le gustaban mucho las bebidas, no quería abusar de la cortesía de su cliente.

—Señoritas, cuidad vosotras de la tienda —ordenó a las empleadas—, y no nos molestéis por ningún motivo, ¿entendido?

Las chicas asintieron de mala gana; sus ojos brillantes delataban la curiosidad por saber qué iba a pasar entre la señorita Marietta y la joven mecanógrafa.

—Siéntate, querida —la instó Marietta después de cerrar la puerta del saloncito y asegurarla

con una vuelta de llave.

Dalia le dio las gracias, tomó asiento en un pequeño sofá forrado de tela a rayas y colocó su máquina de escribir sobre la mesita de té que tenía delante.

—Desgraciadamente, no tengo buenas noticias, querida Dalia —suspiró Marietta mientras se dejaba caer lánguidamente en una butaquita, también forrada de tela a rayas—. Pero sigo teniendo esperanza.

—Hace usted muy bien —se sintió obligada a responder Dalia tras unos segundos de embarazoso silencio.

—No es necesario que te lo recuerde de nuevo —susurró Marietta mientras Dalia deslizaba una hoja en el carro de la Olivetti roja—, pero te ruego la máxima discreción.

—Por supuesto, señorita, nada de lo que me dicte saldrá de esta habitación.

—Eres un encanto de niña, Dalia —sonrió la mujer mientras rebuscaba en el bolsillo de su chaqueta y sacaba una pequeña caja de cartón oscuro—. Si un día el contable ya no tiene trabajo para ti, yo estaría más que feliz de contratarte como vendedora, ¡tenlo en cuenta!

—Gracias —sonrió un poco incómoda—. ¿Quiere empezar el dictado?

—Un momento nada más —dijo abriendo la cajita y tendiéndosela—. He estado guardando estos para ti, cógelos; son botones de verdadero nácar.

Dalia miró perpleja y encantada los seis botoncitos, abombados e iridiscentes.

—Son muy bonitos —murmuró.

—Y quedan la mar de bien en cualquier vestido. Cualquier trapo con botones así se vuelve elegante.

—Me lo imagino, pero... —Dalia dudó; esos botones eran sin duda hermosos, pero parecían ser muy caros. Hasta ese momento, la señorita Marietta le había regalado algunos metros de cinta o carretes de hilo, artículos menores que podrían considerarse como pequeñas propinas, pero esos botones valían sin duda mucho más de lo que la señorita Marietta pagaría por su trabajo de mecanografía.

—Vamos, Dalia, no le des más vueltas —la instó Marietta—. A estas alturas, tú y yo somos amigas, ¿no crees? —Dalia asintió—. Con las confidencias que te he hecho, ya debemos ser sin duda amigas —concluyó Marietta esbozando una sonrisa melancólica.

Dalia finalmente cogió la cajita y, roja de vergüenza pero eufórica por el hermoso regalo, la metió en su bolso.

—Supongo que ya podemos empezar —anunció Marietta sacando de su bolsillo una nota cuidadosamente doblada en la que había escrito un apunte—. He decidido hacer algunos cambios respecto a las versiones anteriores: cuando el tiro no da en el blanco, hay que apuntar mejor, ¿no crees?

—Creo que sí —susurró Dalia confundida, poniendo las manos sobre el teclado.

—Empecemos, querida: «AAA, de veintinueve años, bien parecida y de buena familia, con su propio negocio bien rentable, se casaría con hombre serio y distinguido, de cincuenta y cinco años como máximo. Vagos, abstenerse».

Dalia trató de mantener una expresión impasible, sin dejar escapar la sonrisa piadosa que intentaba aflorar en sus labios rojos: el texto del anuncio había permanecido casi idéntico, solo la edad del futuro novio había aumentado en diez años.

* A principios del siglo xx, en Italia el uso de *usted* (*Lei*) era mayoritario. Sin embargo, al considerarse un extranjerismo (en concreto, de origen español), durante la época fascista se prohibió el *usted* por estimarse que era ajeno a la cultura del país. Mussolini trató de devolver a la lengua italiana la tradición romana y sustituyó el *usted* por el *vos* (*voi*). Con la caída del fascismo, cayó también el voseo. De ahí que en toda la obra aparezcan distintos tratamientos, y que el uso de un tratamiento (el voseo) u otro (el *usted* o incluso el *tú*) sea significativo por sus diversas implicaciones (*N. del T.*).

Capítulo 3

La lámpara se enciende de golpe, tus dedos se inmovilizan sin poder terminar la última frase, como si la luz eléctrica los hubiera congelado. Germana está en el umbral de tu estudio observándote perpleja, con las gafas en la punta de la nariz y las manos apoyadas en sus redondas caderas; a su lado, se mantiene en posición de firmes su aliado más fiable: la aspiradora.

—¡Oh, Dios mío, señora Dalia! —chilla sobresaltándote—. ¿Qué estaba haciendo aquí a oscuras?

—Estaba escribiendo a máquina —contestas despreocupadamente, pero al hacerlo te das cuenta de lo extraño que puede parecer este asunto.

—¿En la oscuridad, señora? —reitera Germana de hecho.

—¿Por qué no? —continúas, haciendo alarde de despreocupación—. La oscuridad favorece la concentración.

—¿Qué escribía, si se puede saber?

Estás a punto de responderle, pero las palabras se demoran en tus labios de color magenta: no estás muy segura de lo que acabas de escribir, una serie de imágenes, todas ellas bastante familiares, que han pasado por tu mente en rápida secuencia y las yemas de tus dedos las han perseguido, atrapado y reproducido una a una en las teclas de la Olivetti roja. Ha sido un poco como cuando todavía trabajabas de mecanógrafa, escribiendo al dictado de un cliente y concentrándote en cada palabra y signo de puntuación, sin prestar demasiada atención al significado del texto. No tienes la sensación de haber escrito, sino de haber transcrito el trabajo de otra persona.

—He estado escribiendo cosas —intentas dar por acabada la conversación.

—Algunas cosas... —canta Germana mientras levanta los ojos al cielo—. El médico dijo que después del ictus había peligro de que hiciera cosas raras, ¡y yo no quise creerle!

Tuerces los labios, la palabra «ictus» te molesta; por eso la has sustituido por la perífrasis «pequeño incidente», mucho más amable y reconfortante, pero decides encajar el golpe e ignorarla. Sacas del carro de la máquina de escribir la hoja que acabas de terminar y con un gesto automático la añades a la pila de hojas ya mecanografiadas. Te sorprendes: ¡son un buen montón de páginas!

—¿Podría ir a escribir las «cosas» a su habitación? —te pregunta Germana.

—¿Escribir en el dormitorio? —Te quedas pasmada—. ¡Pero eso es de locos!

—Mientras que escribir en la oscuridad es lo más sano del mundo...

—¡Germana! —la riñes con un tono firme—. Recuerda que a pesar de mi *pequeño incidente*...

—Íctus —te corrige despiadada—. Tuvo usted un ictus.

—Pues muy bien, llamemos a las cosas por su nombre —te rindes—, pero acuérdate de que,

con o sin ictus, sigo siendo la dueña de la casa.

—Pues claro que me acuerdo, señora Dalia, ¡y que el cielo me ayude si sigue haciendo estas rarezas!

—Germana, dime lo que necesitas y luego déjame en paz —intentas acabar la conversación.

—Oh, pobre de mí —suspira llevándose las manos a su pelo teñido de un llamativo color caoba—. Hace un momento que le acabo de decir lo que necesito.

—Me has pedido que me fuera a escribir al dormitorio, y esa es una sugerencia que no pienso ni considerar.

—Entonces vaya allí a descansar, los dormitorios se inventaron con ese propósito, y además los médicos le recomendaron reposo absoluto —concluye activando su ruidosa aspiradora sin permitirte una réplica.

—No me apetece nada descansar —protestas levantando la voz para intentar ahogar el rugido de la aspiradora—. ¡He estado descansando durante semanas, eso es todo lo que hice en el hospital! —Mientras intentas exponer tus motivos, sacas una carpeta del cajón del escritorio en la que guardas las hojas recién mecanografiadas—. Además, en el caso de que quisiera descansar, ¿cómo podría hacerlo con este estruendo? Pasaste la aspiradora justo ayer mismo por la tarde, ¿te parece que pueda haberse acumulado más polvo en pocas horas?

Germana no te escucha.

Te levantas agotada, dispuesta a abandonar el campo de batalla, y te diriges al dormitorio llevando contigo la carpeta en la que has guardado tu trabajo de mecanografía. Recorres el pasillo murmurando, te metes en tu habitación, abres las puertas del armario, recorres con el índice la ropa que cuelga de las perchas y sacas un vestido color verde salvia. Si Germana quiere deshacerse de ti para tener campo libre y volverse loca en todos los rincones de la casa con su artificio, ¡estarás encantada de complacerla! Mientras ella se abandona chupando polvo imaginario, tú aprovecharás la oportunidad para hacer algo que llevas posponiendo demasiado tiempo: salir por fin de casa y volver a tu querida tiendecita.

A estas alturas la persiana de tu local lleva bajada más de un mes, pero por suerte la mercancía que vendes no es perecedera; es más, al ser una tienda de antigüedades, el paso del tiempo hace que tus artículos sean más valiosos. Sin embargo, la clientela, a diferencia de tus antiguallas, no te esperará eternamente. No es que hayas esperado nunca grandes ingresos de tu pequeño cuchitril; cuando lo abriste, hace unos quince años, no buscabas una forma de ganarte la vida —gracias a Dios, tienes unos ahorros más que decentes—, sino tan solo una distracción. La tienda de antigüedades fue, ni más ni menos, un mero capricho, una forma de hacer que tu vida fuera más movida, y tus expectativas no se vieron defraudadas: la tienda rinde poco o nada, pero a cambio te ha permitido estar entre objetos encantadores, charlando con gente interesante.

El monstruo aspirador de Germana ruge sin inmutarse, tú aceleras los preparativos: te pones el vestido verde, te calzas un par de zapatos con apenas tacón, te colocas en los lóbulos unos pendientes de perlas, pones un pequeño bolso con cierre dorado sobre la cama y abres la cajita de sándalo que tienes sobre la cómoda, donde sueles guardar las llaves de la tienda. Rebuscas estirando los dedos entre los botones, los imperdibles y otras pequeñas bagatelas guardadas en la caja, pero no hay ni rastro de las llaves.

Empiezas a abrir los cajones y a rebuscar en su interior, una acción que seguramente te valdrá un sermón de tu criada.

De los cajones surgen prendas pasadas de moda, ropa interior anticuada, vieja bisutería ya sin brillo, horquillas y otras insípidas fruslerías que sin duda has guardado por alguna buena razón, pero que ahora se te escapa. Una vez agotados los cajones de la cómoda, asaltas el armario: revisas los bolsillos de la ropa colgada en las perchas y los bolsillos de todos los bolsos, sin encontrar ninguna llave.

El estruendo de la aspiradora que ha servido de telón de fondo de tu convulsa búsqueda se calla de golpe.

Cierras el armario y te lanzas hacia la cómoda con el objetivo de simular una apariencia de orden: con ictus o no, sigues siendo la dueña, pero repetírselo por enésima vez a Germana no te salvará de sus cuchicheos. Abres el primer cajón, el destinado a los pañuelos, que, tras tu inspección, se ven apelotonados en vez de estar cuidadosamente doblados. Agarras el borde de un pañuelo para poder doblarlo y un pequeño objeto metálico rebota tintineando junto a tus pies. Con cierta dificultad te agachas para recogerlo: es una anilla de cortina idéntica a la que has guardado en el bolsillo de la bata. Con el cosquilleo de una duda, recuperas la bata que has tirado con tanto descuido sobre la cama y metes la mano en el bolsillo. ¡La anilla ya no está ahí! ¿No será que solo has imaginado que la habías puesto en el bolsillo, cuando en realidad la habías vuelto a meter en el cajón, todavía envuelta en el pañuelo que la guardaba?

—Esta anilla va a la cajita de la cómoda —murmuras para ti—. En la cajita de la cómoda —repites para grabarte en la memoria esa información. Con un gesto solemne abres la cajita, dispuesta a dejar caer la anilla en su interior, pero tu mano se congela en el aire y un escalofrío te recorre: las llaves de la tienda están exactamente donde deben estar, en la caja de la cómoda, junto con los botones viejos, los imperdibles y todas las demás bagatelas. ¿Cómo has podido pasarlas por alto? Y, sin embargo, ¡has estado rebuscando largo rato entre los trastos de la cajita! Te quedas un momento con el manajo de llaves en una mano y la anilla de cortina en la otra, intentando reflexionar, pero el renovado estruendo de la aspiradora, que Germana ha puesto de nuevo en marcha mientras tanto, te deja sorda a tus propios pensamientos.

Ya reflexionarás sobre esto más tarde, en un tiempo y un lugar libres de ruidos molestos.

—La anilla en la cajita —te reafirmas dejándolo caer al final—. Las llaves en el bolso —continúas tu monólogo a media voz cogiendo tu bolso y la carpeta que contiene los papeles recién mecanografiados y dándote finalmente a la fuga.

Capítulo 4

Dalia salió de la mercería de la señorita Girola, con los agudos grititos de las jóvenes empleadas como despedida. Cuando su padre oía a las chicas expresar de forma ruidosa su alegría de estar en el mundo y el entusiasmo de haber nacido mujeres, solía llamarlas despectivamente «gallinas graznantes». Con este pensamiento, que en parte la divertía y en parte la entristecía, Dalia se encaminó al despacho del contable Borio.

—¡Cuando estés con tus amigas, no graznes como una gallina! —le había repetido su padre muchas veces—. ¡Nunca olvides quién eres!

Dalia recordaba perfectamente quién era y, más aún, quién pretendía su padre que fuera: una chica que, al igual que las vendedoras de la mercería, necesitaba trabajar para ganarse la vida, pero que debía exhibir el comportamiento elegante y algo altivo de una joven heredera, tratando a todo el mundo con benevolente cortesía, pero sin dar demasiada confianza a las criaturas de rango inferior. El resultado de las pretensiones paternas era que Dalia no podía entablar amistad con las chicas que, como ella, ejercían un oficio ni visitar a las jóvenes acomodadas, que habrían mantenido las distancias. Por lo tanto, las preocupaciones del ingeniero acerca de que su hija se entregara a cacareos femeninos y «graznidos» con sus amigas eran superfluas, dado que Dalia no tenía ninguna amiga, excepto Ester, quien, de todas formas, era poco proclive a cacarear.

Un ordenado escuadrón de chiquillas con uniformes de Pequeñas Italianas** desfiló por delante de ella a paso ligero. Las chicas estaban dispuestas en filas de a cuatro y seguían las órdenes de su jefa de escuadra, una chica no mucho más joven que Dalia que imponía un ritmo cadencioso a su tropa.

Dalia nunca había llevado el atuendo de la Pequeña Italiana; su padre siempre se las había apañado para mantenerla al margen de lo que él consideraba solo una actividad reprochable. El ingeniero Buonaventura distaba mucho de ser antifascista; es más, desde el principio había visto con buenos ojos el advenimiento de ese joven y vigoroso movimiento político que creía en el progreso y que pretendía fomentar el desarrollo de la industria italiana, pero no podía compartir en absoluto la camaradería que desdibujaba las diferencias sociales y se burlaba del decoro de la vieja clase dirigente, llegando a sustituir, incluso en las ceremonias oficiales, las rigurosas chaquetas largas por descuidadas camisas negras y el noble sombrero de copa por un improbable fez.

La educación igualitaria de los jóvenes italianos era además otra de las preocupaciones del ingeniero Buonaventura. ¿Cómo podía pretenderse que los vástagos de la aristocracia y de la alta burguesía recibieran la misma educación que los hijos de los obreros y de los oficinistas? Por esta razón, el ingeniero había hecho todo lo posible para impedir que Dalia se uniera a las juventudes fascistas, llegando incluso a presentar un certificado médico falso que señalaba que su estado de salud era tan precario como para eximirlo de cualquier actividad de la Obra

Nacional Balilla.

La jefa del pelotón dio la orden de doblar la esquina y la tropa la ejecutó con un movimiento brusco y perfectamente coordinado, hasta el punto de que incluso las capas negras del uniforme se sacudieron todas a la vez con idéntico movimiento.

—¡De frente, ar! —se oyó gritar a la jefa del pelotón poco después de que la tropa hubiera girado. Las chiquillas reaparecieron marchando a paso ligero—. ¡A la plaza, chicas, a la plaza! —gritó de nuevo la jefa de pelotón. Ahora la marcha de las jóvenes uniformadas se había convertido en una especie de carrera un tanto desaliñada—. Cerrad filas —gritaba la chica en un tono que había pasado de ser autoritario a asustado—. ¡Cerrad filas y acelerad el paso!

Las capas revoloteaban frenéticamente; ahora las Pequeñas Italianas parecían una bandada de pájaros negros ahuyentados por el disparo de un cazador.

Dalia observó asombrada y divertida esa convulsa retirada, preguntándose cuál era el motivo de tan repentino cambio de sentido. Debía de tratarse de algún tipo de ejercicio: cómo reaccionar ante una situación de peligro, probablemente. Dalia negó con la cabeza, tras lo que continuó su camino, girando también hacia donde las Pequeñas Italianas se habían visto obligadas a retirarse ante un enemigo imaginario. Mientras recorría bajo los pórticos la corta distancia que la separaba del despacho del contable Borio, se cruzó con dos fornidas señoras que caminaban a buen paso en dirección contraria a la suya.

—¡Señorita, apartaos! —siseó una de las dos mientras seguía caminando—. ¡Estos no son espectáculos a los que deba asistir una chica!

Dalia se detuvo asombrada y vio cómo se alejaban rápida y acaloradamente, acompañadas por el chasquido histérico de los tacones de sus zapatos. A medida que el sonido se perdía a sus espaldas, un zumbido crecía por delante de ella. Dalia continuó su camino con el maletín de la Olivetti roja bien agarrado por el asa. Se trataba de un murmullo muy extraño, no un palique común como los que se oían en los viejos soportales los días de mercado o los domingos después de misa, sino una charla moderada y nerviosa en medio de la cual se elevaban gritos imperiosos.

—¡Dejadme en paz, yo no he hecho nada!

Dos energúmenos con camisa negra sacaban de malas maneras al contable Borio de su despacho.

—¡Eso ya lo veremos! —respondió uno de los hombres con una voccecita aguda que delataba su corta edad.

Delante del despacho del contable estaba aparcado un gran coche oscuro a cuyo alrededor se había formado un grupo de curiosos, todos ellos hombres del vecindario, que seguían la escena susurrando en voz baja con el sombrero pegado al pecho, como si asistieran al funeral de un ser querido. Del interior del despacho del contable llegaban ruidos sordos, como de muebles volcados, intercalados con el sonido de cristales rotos.

—Yo solo soy un contable —se defendía Borio con voz débil y desesperada— y un humilde escribiente.

—¿Y qué escribe este humilde escribiente? —preguntó otro energúmeno, probablemente el jefe del escuadrón, dotado de una voz oscura y profunda que combinaba bien con el uniforme que llevaba.

—Chorradas, yo solo escribo chorradas, papeleo sin importancia —intentaba aclarar el pobre contable mientras el camisa negra de voz chillona se mofaba de él, manteniéndole los brazos

inmovilizados a la espalda—. Cumplimento contratos agrícolas —continuó explicando el hombre—, cartas comerciales, cosas así...

—¡Menudo negocio conspirar contra el orgulloso aliado alemán! —despotricó el hombre del vozarrón agitando delante de su nariz un papel no identificado, probablemente un panfleto, mientras el murmullo de los curiosos se intensificaba.

—¿Yo, conspirar contra los alemanes? —jadeó el contable—. ¿Y de qué manera?

—Eso deberías saberlo —atronó el jefe de escuadrón lanzando al suelo el panfleto y asestándole al contable una vigorosa bofetada que le habría hecho caer al suelo de no ser porque el otro lo sujetaba por los brazos.

—Realmente no tengo ni idea de qué...

Nadie tenía forma de saber cómo acabaría la frase del contable, ya que el jefe de escuadrón le propinó otro tortazo que le hizo volar los anteojos de la nariz.

El bullicio se apagó al instante; ahora los curiosos seguían con miradas atónitas la parábola de las gafas, que terminó, lógicamente, en el adoquinado.

Los hombres ante los que cayeron las gafitas dieron un paso atrás, asustados, como si aquellas lentes de cristal, y no los dos matones, fueran la fuente del peligro.

—¡Dejadlo, os lo ruego! —gritó Dalia despertando el bullicio de los curiosos.

—¿Sois la hija de este perro? —preguntó el matón de voz ruda.

—Soy una empleada suya —encontró la fuerza para responder Dalia mientras el miedo le atenazaba dolorosamente la garganta.

—Es mi mecanógrafa —se recobró el contable Borio—. ¡Una chica muy buena, de buena familia también! Por favor, no la toquéis.

—¿Nos crees capaces de maltratar a las señoritas? —dijo el más joven apretando aún con más fuerza al contable—. ¿Por quién nos tomas, viejo chiflado?

—¡Faletti! ¡Festa! —gritó el jefe del escuadrón en dirección al despacho del contable.

—¡A la orden! —se oyó pronunciar al unísono momentos antes de que otros dos hombres uniformados salieran del cuchitril.

—Hemos revisado todos los rincones —declaró uno de los dos—, pero no hemos encontrado nada importante.

—Has escondido bien las cartas —gruñó el jefe de escuadrón al contable—. Bien por ti, asqueroso subversivo. —La multitud contuvo la respiración, esperando el tercer tortazo que parecía que iba a caer sobre el contable. En la inmovilidad general, Dalia pudo ver a un anciano de piernas temblorosas que se inclinaba valientemente hacia el suelo, apoyándose en un bastón, para recoger las gafitas del pobre contable, un poco abolladas pero aún intactas, y guardarlas, por su cuenta y riesgo, en el bolsillo de su chaleco. Dalia observó ese pequeño y heroico acto de piedad con infinita admiración.

—¡Festa! —bramó el jefe del escuadrón a uno de los camaradas que habían revuelto sin miramientos los bienes del contable—. Tenemos aquí a una bonita mecanógrafa; ¿queréis ocuparos de ella, dado que tenéis estudios y sabéis cómo tratar a las señoritas?

—¡Obedezco! —contestó este dando un taconazo y dirigiéndose hacia Dalia.

—¡Dejad a la chica en paz! —bramó el contable con dolor mientras le caía la enésima bofetada—. Su padre es un buen hombre, un caballero importante; ¡si le faltáis al respeto a su hija, vais a lamentarlo!

Mientras observaba con los ojos como platos cómo el brigadista se dirigía hacia ella, Dalia se preguntó si el contable pensaba realmente que su padre seguía siendo un hombre influyente o si solo estaba improvisando para intentar sacarla de aquella situación.

Ahora que el camisa negra estaba a unos pasos de ella, Dalia podía percibir el olor de la brillantina con la que se había empastado el bigote y el pelo. El hombre, de unos veinticinco años, tenía la tez pálida y grandes ojos negros; en otras circunstancias lo habría juzgado como un joven muy guapo. Dalia respiró hondo y agarró con más fuerza el asa del maletín que contenía la Olivetti MP1; el joven dio un paso más y levantó el brazo hacia ella, que cerró los ojos aterrorizada, pero el revés que imaginaba reservado para ella no la golpeó. Abrió los ojos con dificultad: el brazo que el hombre había levantado, y que temía que cayera sobre ella, estaba extendido en un saludo romano militar.

—Gracias, señorita —le agradeció el hombre con auténtica cortesía cogiendo el maletín que ella, sin tener otra opción, le tendió—. ¿Puedo saber vuestro nombre?

—Dalia Buonaventura —respondió con un hilo de voz mientras sus dedos se separaban de uno en uno y con doloroso esfuerzo del asa del maletín. Dalia se quedó helada: ¿qué sería de ella si esos hombres la tomaran con su máquina de escribir, si la lanzaran al suelo como habían hecho con los muebles del contable? Podría comprar una nueva, por supuesto, pero para ello tendría que ganar un buen dinero, lo que no podía hacer sin la ayuda de su máquina de escribir. Mientras procesaba aterrorizada esos funestos pensamientos, sus ojos focalizaron al camisa negra, quien había depositado cuidadosamente el maletín en el alféizar de la ventana y había hecho saltar el cierre. El hombre levantó la Olivetti roja, observándola por todos los lados, tras lo cual pasó a examinar a fondo el interior del maletín.

—Papel carbón —proclamó sacándolo del compartimento dedicado a las hojas.

—¿Y qué? —preguntó aburrido el jefe del escuadrón.

—Está usado, ¿veis? —le mostró levantando una de las hojas negras para que se vieran las marcas de las letras a contraluz—. Trabajando con calma, podemos averiguar lo que la joven escribió, o al menos lo que escribió por duplicado.

—Bien hecho, Festa —le concedió el jefe del escuadrón—. ¡Vayámonos, camaradas!

El joven de camisa negra aflojó la presión y el contable se desplomó al suelo.

El brigadista que había asaltado el despacho del contable junto con Festa le soltó una patada al pobre hombre acurrucado en el suelo.

Los camisas negras ocuparon sus lugares en el gran coche oscuro, el último fue Festa, en el asiento del conductor.

—Adiós, señorita Buonaventura —se despidió levantando de nuevo el brazo derecho.

—Adiós —respondió ella atónita levantando el brazo a su vez con un gesto poco natural, de muñeca mecánica.

El coche se alejó rugiendo y, en cuanto dobló la esquina, la multitud de curiosos, que habían permanecido en silencio e inmóviles durante los últimos minutos, volvió a cobrar vida:

—¡Ayudémosle! —ordenó el anciano que había recogido del suelo valientemente los anteojos del contable.

—Sí, *monsù* Tavella —respondieron un par de hombres que corrieron a levantar al contable Borio mientras un tercero recuperaba una silla del interior del cuchitril desvalijado para hacer que se sentara. Un frasquito de cordial apareció de no se sabía qué chaqueta, para refrescar al

pobre hombre.

—Vuestras gafas —dijo el valiente anciano colocándolas en su nariz.

—Gracias, *monsù* Tavella —murmuró el contable.

—Vamos a poner un poco de orden —ordenó el viejo Tavella a los otros hombres, que obedientemente se metieron en el despacho del contable y empezaron a colocar en su sitio las estanterías y los archivadores.

—Contable, ¿queréis que llame al médico? —le preguntó Dalia al hombre, aún sentado fuera de su despacho.

—No molestes al médico por un par de bofetadas.

—¿Pero por qué os han hecho esto? —preguntó con los ojos llenándosele de lágrimas.

—Han encontrado unos panfletos —susurró señalando el papel arrugado a sus pies—. Cosas de comunistas, o tal vez de anarquistas, ¿qué sé yo? Pero era algo que se imprimió con un ciclostil, y yo no tengo ciclostil —continuó hablando invadido por un ataque de logorrea postraumática—. Me habría gustado comprar uno, pero mi mujer no quiso. ¡Santa mujer!

—¿De verdad no queréis que llame al médico? —preguntó Dalia recogiendo el panfleto apoltonado y desarrugándolo.

—No, querida, pero como pille al chivato, porque debe de haber un chivato, ¡entonces será él quien necesite un médico! Eso le enseñará a hablar sin ton ni son sin informarse primero. ¡Acusarme a mí de imprimir panfletos sediciosos! Soy un contable, no un impresor.

Mientras el contable despotricaba contra el misterioso delator, Dalia desplegó el panfleto, origen de todo el problema: el papel era amarillento, en la parte superior derecha había una estrella bolchevique impresa, y en letras mayúsculas se leía: «¡COMPAÑEROS ITALIANOS! ¡DESCONFIAD DEL ALIADO ALEMÁN! EL PUEBLO ALEMÁN NO...».

—¡Dame eso! —ordenó el contable arrebatándole el panfleto de la mano y haciéndolo trizas—. ¡Cuanto menos se sepa de ciertas cosas, mejor! ¿Y “ella”, cómo está? —cambió de tema, señalando con la cabeza la Olivetti roja, que aún descansaba sobre el alféizar.

—Salió mejor parada que vos; solo ha perdido un par de hojas de papel de calco, que además ya había utilizado.

—No van a encontrar nada raro en ese papel carbón, ¿verdad? —susurró el contable—. Nada político, ¿no?

—¡Pues claro que no! —lo tranquilizó Dalia—. Solo leerán las protestas de la viuda Monti, las caprichosas cartas comerciales del señor Fruttero y...

—¿Qué más? —se alarmó el hombre al verla titubear.

Dalia vaciló unos instantes al pensar en los anuncios de contactos de la señorita Girola, que, si bien eran un asunto incómodo, la verdad es que no podían considerarse políticamente comprometedores.

—Las cartas de la señorita Girola —respondió al fin—. Cartas a sus proveedores —concluyó hilvanando una laboriosa sonrisa a la que el contable respondió con igual esfuerzo.

—Vuelve a casa —le ordenó el contable—. Hoy queda descartado trabajar —dijo haciendo un gesto hacia su despacho, donde el equipo de voluntarios se esforzaba por volver a colocar los muebles que había por los suelos.

Tras algunas dudas, Dalia decidió obedecer a su patrón y, montando en su bicicleta, se dirigió a casa. Al llegar a la mitad del camino, ya en las afueras del pueblo, bajó del sillín y, empujando la bici por un sendero casi invisible entre dos campos, llegó a un murete semiderruido, que había sido escenario de sus juegos infantiles tantas veces, y se sentó en él.

Protegida por la altura de la hierba, Dalia se llevó las manos a la cara y dio rienda suelta al llanto que había estado conteniendo hasta entonces. Las imágenes de la paliza estallaban en su mente una tras otra, y con cada una un sollozo sacudía su pecho. En su cabeza resonaban las voces de los matones, en su nariz podía oler la brillantina del hombre que había registrado la Olivetti roja, mientras la mano con la que había aferrado desesperadamente el asa del maletín temblaba, como si casi todo el miedo y el dolor de aquellos terribles momentos se hubieran acumulado en ese punto preciso y limitado de su cuerpo. Tras un lapso que no sabría calcular con exactitud, los sollozos dejaron de sacudirla y las lágrimas finalmente le dieron tregua. El llanto la había aliviado, y ya se sentía lo suficientemente calmada como para reanudar su camino.

Después de enjugarse los ojos con el dorso de la mano, Dalia se levantó del murete y se dispuso a subirse de nuevo al sillín, pero un pensamiento la detuvo: aún no estaba de humor para volver a casa, donde tendría que contarle a su padre lo que le había ocurrido. El ingeniero habría despotricado, refunfuñado y arengado contra una multitud imaginaria durante interminables minutos, para llegar finalmente a la conclusión de que la culpa de ese desafortunado acontecimiento debía depender de algún modo del contable y de una conducta descuidada por su parte. Su padre era casi tan experto en asignar culpas a los demás como en exonerarse de las suyas. Dalia estaba acostumbrada a sus filípicas, ¡pero ese día no tendría fuerzas para tolerarlas!

Tras volver a la carretera principal y recorrer un buen trecho, Dalia enfiló un caminito lateral que parecía perderse entre los campos. El suelo estaba sembrado de piedras y baches que ella, no obstante, había aprendido a conocer uno a uno y a evitarlos zigzagueando con las ruedas de la bicicleta. Al cabo de unos minutos y de muchos brincos, Dalia llegó cerca de una gran casa de ladrillos rojizos que los lugareños acostumbraban a llamar la Ca' rossa.

—¡Ester! —llamó mientras desmontaba de la bicicleta y la empujaba hacia el patio—. Señora Levi, ¿estáis en casa? —volvió a decir, apoyando la bicicleta en la pared junto a la puerta principal.

Desde el interior se oyó el repiqueteo de unos pasitos rápidos.

—¡Ahí está Dalia! —oyó repetir media docena de veces antes de ver aparecer a dos niñas, con sus delantales manchados de tinta.

—Buenos días, chicas —las saludó Dalia—. Hoy tenéis clase de caligrafía, ¿verdad?

Las niñas, como era típico a su edad, empezaron a relatar, cada una por su cuenta y solapándose entre sí, las asombrosas aventuras que habían vivido en los últimos días: «La gata ha tenido tres gatitos», «La cocinera quemó el almuerzo ayer», «Ya hay fresas en el huerto», «¡Mamita ha volcado el tintero!».

—¡Dalia, qué alegría verte! —la saludó una mujer de poco más de cuarenta años que parecía una copia perfecta, solo que más grande, de sus chicas, manchas de tinta incluidas—. ¿Estás bien, querida? —le preguntó mientras la examinaba de pies a cabeza: señal de que la noticia del día había viajado bastante más rápido que su bicicleta.

—Estoy bastante bien, gracias —respondió mientras las dos chicas seguían arremetiéndole contra ella, tirando de sus enaguas y de sus mangas para llamar su atención.

—¡Dalia! —Una chica no mucho mayor que ella, con unos maravillosos ojos azules y el pelo oscuro peinado en una gruesa trenza, la abrazó con la impaciencia de quien encuentra a una hermana perdida durante años—. Nos hemos enterado de lo que le pasó al pobre contable —añadió deshaciendo el abrazo y aferrándole ambas manos—. Han dicho que fuiste muy valiente y que no te acobardaste ni siquiera cuando parecía que los camisas negras iban a golpearte a ti también. Un comportamiento majestuoso, nos han dicho.

—Tenía el tembleque, nada de comportamiento majestuoso —dijo improvisando una sonrisa.

—Es absurdo que esas cosas puedan suceder —suspiró la señora Levi—. Recemos para que solo sea un caso aislado y nos dejen tranquilas en nuestro pequeño rincón durante un tiempo más.

—No pensemos en eso ahora —la reprendió Ester en el tono brusco que a veces se le escapaba en los momentos de contrariedad—. Ahora ofrezcamos un café a Dalia, que seguro que necesita recuperarse un poco.

—Te dejaré a ti ser la señora de la casa —respondió la madre pasando por alto los modales de su hija mayor y sujetando a las más pequeñas, cada una de ellas con una mano—. Tenemos una lección que terminar —añadió arrastrando a las reticentes alumnas que, con gritos y chillidos, reclamaban su derecho a seguir siendo burras.

Desde que, un par de años antes, a los judíos se les había prohibido asistir a las escuelas públicas, ante la ausencia de escuelas judías en las cercanías, la señora Levi había decidido educar ella misma a sus hijas pequeñas. También Ester había tenido que interrumpir sus estudios, lo que a Dalia le pareció una auténtica pena, ya que le faltaba poco más de un año para obtener su título de maestra.

—De todos modos, no me habría servido de nada —comentó Ester en su momento—. ¡Nos han prohibido enseñar!

Ahora Ester seguía estudiando por su cuenta y bajo la batuta de la señora Levi, que le enseñaba alemán, su lengua materna, así como francés e inglés, que había aprendido en su juventud y hablaba casi tan bien.

Ester cogió a Dalia del brazo y la condujo al «salón», una gran habitación en la planta baja que se utilizaba como sala de estar y como comedor. La casa en la que vivían los Levi había sido la casa solariega de una gran finca, readaptada y modernizada por el propietario para poder alquilarla como casa de veraneo.

La familia Levi comenzó a alquilar esa casa de ladrillos rojos en el verano de 1932, cuando la señora Levi estaba embarazada de Anna, la hija menor, y Sara, la mediana, aún no había cumplido los dos años. La señora Levi y sus hijas pasaban tres meses al año en la Ca' rossa, mientras que el señor Levi, un industrial de Trieste, solía visitarlas y quedarse con ellas una temporada en cuanto su trabajo se lo permitía. El primer verano que los Levi pasaron en la Ca' rossa, Dalia tenía nueve años y, animada por su padre, que los consideraba «una familia como Dios manda» debido a su riqueza, se había hecho amiga de Ester, un par de años mayor que ella.

Desde entonces, los Levi habían pasado todos los veranos en esa casa, incluido el de 1938, cuando a mediados de julio apareció un artículo en *Il Giornale d'Italia* titulado «El fascismo y los problemas de la raza», que se volvió a publicar en todos los periódicos italianos al día siguiente. En el mes de agosto se realizó un censo general de los judíos residentes en Italia, del que la señora Levi y sus hijas escaparon por la feliz circunstancia de encontrarse en la Ca' rossa;

esto supuso una gran suerte, puesto que, al mes siguiente, se promulgaron las llamadas *leyes raciales*, que, entre las muchas restricciones impuestas a los ciudadanos de religión judía, contemplaban la expulsión de los judíos extranjeros, así como de los que habían obtenido la nacionalidad después de 1919. La señora Levi, que se había criado en Italia pero era alemana de nacimiento, no obtuvo la ciudadanía italiana hasta 1920, año en el que se casó. La mujer quiso tomar precauciones para limitar que pudieran separarla de su familia y llevarla a Alemania, donde la persecución de los judíos ya había comenzado en 1935 con las leyes de Nuremberg, y fue por esta razón por la que decidió, de acuerdo con su marido, quedarse a vivir con sus hijas en la Ca' rossa a la espera de que las aguas se calmaran.

—Los italianos no son racistas —la tranquilizaba su marido—. Con estas ridículas leyes el Duce solo está dando un caramelo al aliado alemán, pero ya verás, solo será flor de un día.

Por desgracia, dos años después, las cosas no iban como el señor Levi esperaba. El negocio familiar fue confiscado en 1939 junto con buena parte de sus propiedades inmobiliarias, y el señor Levi, que intentó oponerse cautelosamente a la confiscación, fue enviado a un destierro en Spezzano della Sila, un pueblo de montaña del sur de Italia. Solo gracias a algunos amigos influyentes y a su interés, la familia Levi pudo conservar parte de su patrimonio para que la señora y sus hijas pudieran seguir viviendo sin imponerse excesivas restricciones.

—¿Té o café? —preguntó Ester haciendo que Dalia se sentara en un sofá forrado de terciopelo amarillento—. ¿O prefieres una gaseosa?

—Lo que te suponga menos problemas —respondió.

El salón de la Ca' rossa era bastante acogedor, aunque decorado de forma un tanto desordenada con muebles rescatados del propietario aquí y allá, como ocurre a veces en las residencias de veraneo.

—Marisa, ¿podrías traernos té, por favor? —preguntó Ester en voz alta para que la cocinera, que estaba en la cocina, la oyera.

—Desde luego, señorita —respondió la cocinera también a voz en grito.

—¿Hoy no está Lucía aquí? —preguntó Dalia al comprobar que su amiga le había dado las indicaciones directamente a la cocinera en vez de llamar a su joven criada.

—Lucía se fue la semana pasada —suspiró Ester—. Dice que ha encontrado un empleo más cerca de su casa, pero la verdad es que tiene miedo de seguir trabajando para nosotros.

—No creo que sea así —intentó tranquilizarla Dalia, aunque con escasa convicción, pues sabía muy bien que las leyes raciales prohibían a los judíos tener personal a su servicio.

—Eso es exactamente así, como te digo —reiteró su amiga—. El jardinero también dimitió, pero mamá consiguió que retirara su dimisión con la promesa de un aumento de sueldo. La situación está empeorando a marchas forzadas, Dalia —susurró mientras sus bonitos ojos azules se empañaban de lágrimas—. Después de lo que le ha pasado hoy al contable, no nos atreveremos a pisar el centro de la ciudad. Ya ni siquiera podremos pasear por la orilla del lago; tendremos que quedarnos retiradas aquí, con la esperanza de que nadie se tome la molestia de venir a molestarnos.

La extrema gravedad del momento fue interrumpida por la cocinera, que llegó para traer té y un plato de galletas.

—¿Te has enterado de la noticia? —preguntó Ester con el tono ostensiblemente alegre de quien está decidido a cambiar de tema—. Dentro de unos días, Gianni vendrá a ver a su tía.

Dalia miró a su amiga con expresión confusa.

—¡Gianni! —reiteró Ester—. El sobrino de Dorina, ¿cómo es posible que no te acuerdes de él? Si de niños erais inseparables —afirmó estallando en una risa artificiosa que había cocinado a fuego lento para sacudirse de encima algo de su mal humor.

—¡Sí, Gianni! —Se iluminó—. No lo he visto desde... —Dalia se interrumpió para calcular los años que habían pasado desde su último encuentro—. Veamos, él acababa de obtener su certificado de estudios primarios y estaba a punto de ir a un internado en Turín, si no me equivoco.

—¿No lo has visto desde el verano del 32? —se sorprendió Ester—. Yo lo he visto casi todos los veranos. Cuando viene a visitar a su tía, siempre pasa por aquí a saludarnos, a la Ca' rossa.

—Nunca ha venido a visitarnos a nosotros —reflexionó Dalia mordisqueando una galleta—. Me pregunto por qué.

Ester soltó otra carcajada, que esta vez no tenía nada de artificioso ni premeditado.

—¿Realmente te preguntas el porqué?

—¿Tú crees que todavía le tiene miedo a mi padre?

—¿Miedo? —volvió a reír—. ¡Terror y pánico! ¿Tienes idea de todas las collejas que se ha buscado de su tía por tu culpa?

—No es exactamente por culpa mía —se justificó Dalia centrándose en los recuerdos.

En los largos veranos de su infancia, antes de que Ester empezara a veranear en la Ca' rossa, Dalia pasaba los días en el parque de Villa Buonaventura sin nadie de su edad con quien poder jugar, excepto el joven Gianni, hijo del cuidador y sobrino de Dorina. Gianni y ella se divertían jugando juntos, pero por desgracia el ingeniero le prohibió enérgicamente a Dalia que se entretuviera con el hijo de un miembro de la servidumbre. Sin embargo, los días de verano eran muy largos y aburridos, así que Dalia y su amigo se veían a escondidas y jugaban alegremente hasta que los descubría Dorina, que intentaba hacer respetar los deseos de su amo. En esos odiosos momentos, Dalia acababa siendo castigada, mientras que Gianni recibía una buena dosis de collejas.

—¿Recuerdas cuando jugábamos a los piratas de Malasia? —preguntó Dalia.

—Sí —sonrió—, fue el primer verano que estuve aquí, el único que pasamos los tres juntos; vosotros dos habíais encontrado en la biblioteca de tu casa algunas novelas de Emilio Salgari y os obsesionasteis con Sandokán. Correteabais por los prados de los alrededores fingiendo ser piratas malasios, ensuciándoos como salvajes. Algunas veces incluso intentasteis involucrarme.

—Pero tú siempre te negaste. Dijiste que eras demasiado mayor para esas niñerías.

—¡Demasiado mayor a los once años! —Ester negó divertida con la cabeza.

—Cuando jugábamos, Gianni y yo siempre nos peleábamos por quién hacía de Sandokán. «Eres una chica —me decía—, ¡no puedes ser Sandokán!» Así que tuve que interpretar a la Perla de Labuán.

—Y la cosa no te sentaba nada bien —recordó Ester.

—¡Claro que no! —se irritó Dalia solo con recordarlo—. La Perla de Labuán muere.

—Pero antes se casa con Sandokán.

—Ya ves tú, ¡menuda satisfacción! —protestó.

Por un momento le pareció oír la irritante voz de Gianni que le repetía: «Si los protagonistas de las novelas de Salgari son hombres, debe de haber una razón, ¿no te parece?». Dalia respondía a esta repetida afirmación cada vez de una forma diferente, pero igualmente elocuente: le sacaba la lengua, lo empujaba, le daba un pellizco. Una vez incluso le dijo que si Salgari no había escrito novelas con protagonistas femeninas era solo para ahorrarles a los distintos Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik la humillación de ser derrotados por una chica.

—Será mejor que me marche —anunció Dalia mientras se levantaba y se despedía de Ester con dos besos en las mejillas. La charla con su amiga la había tranquilizado lo suficiente como para enfrentarse a su padre.

****** Agrupación femenina creada durante el fascismo para chicas de edades comprendidas entre los ocho y los catorce años, al igual que la más amplia organización de los Balilla, que aparece dos párrafos más adelante, que agrupaba a todos los jóvenes de entre los seis y los dieciocho años (*N. del T.*).

Capítulo 5

Los zapatos, con apenas un esbozo de tacón, avanzan con paso moderado pero decidido por los adoquines de vía Carlo Ignazio Giulio; tu pequeña escapada te hace sentir eufórica y perdida como una niña que ha hecho pellas. Te detienes al cabo de unos cientos de metros para recuperar el aliento, siempre has sido una buena caminante y sin duda lo sigues siendo, pero has pasado las últimas cinco semanas casi sin dar un paso: en el hospital estuviste pegada a la cama durante unos diez días y luego, cuando los médicos te lo permitieron, empezaste a dar cautelosos paseos a lo largo del pasillo, hacia lo que el personal del hospital llamaba pomposamente «la sala de lectura», que en realidad no era más que una habitación con una hilera de sillas de plástico y una mesita cubierta de revistas que desde luego no estaban recién impresas. Tras unas semanas transcurridas desplazándote de la cama a la sala de lectura, por el mero hecho de disfrutar de un artículo un tanto rancio sobre el octavo matrimonio de Elizabeth Taylor, celebrado unos tres años antes, los médicos decidieron finalmente darte el alta con una serie de recomendaciones sobre reposar y no hacer esfuerzos a las que apenas prestaste atención, pero que se convirtieron en la principal razón de vida de Germana, solo por detrás de su obsesión por la aspiradora.

—¡No se agote, señora! —te grita, haciendo que te sobresaltes cada vez que te atreves a alcanzar más de media docena de pasos en tu apartamento, que sí, es un alojamiento bastante grande, pero que en realidad no tiene los metros cuadrados necesarios para dejarte sin respiración.

Reanudas tu paseo mirando a tu alrededor y disfrutando de cada imagen que se ofrece a tu mirada, desde las plantitas que reverdecen en los alféizares de las ventanas hasta las caras de los transeúntes que se cruzan en tu camino sin sospechar que para ti constituyen una diversión tan interesante. Por fin llegas a tu querida tiendecita y observas con placer el letrero negro, que lleva en letras doradas el nombre que hace años elegiste para tu negocio: «LA VENDEDORA DE RECUERDOS».

—La gente no entenderá qué vende —objetó Germana en el momento de la apertura de la tienda—. ¡Se endeudará, señora, y tendrá que despedirme!

Tras detenerte unos instantes bajo el cartel del que tan orgullosa te sientes, tu mirada se desliza hacia las dos pequeñas ventanas que flanquean la puerta de entrada y que exhiben figuritas de cerámica, teteras panzudas y viejos juguetes de hojalata. Todo está exactamente como lo dejaste, a excepción de una gruesa capa de polvo.

Introduces la llave en la cerradura, la giras y la puerta se abre con un ligero chirrido, cruzas el umbral y miras a tu alrededor encantada, acariciando con la mirada las viejas cómodas apoyadas en las paredes, la pequeña vitrina *art nouveau* llena de cristales y de porcelanas, las sillas *chippendale* con el asiento forrado de cuero verde y las numerosas fruslerías y bagatelas de decoración expuestas en los estantes. Colocas distraídamente sobre un escritorio macizo que

hace las veces de mostrador tu bolso y la carpeta que contiene tu mecanuscrito y sigues observando cada rincón de la tienda. Algunos de esos objetos tienen cierto valor, por ejemplo, las mesitas de noche estilo imperio decoradas con tachuelas de latón que has colocado a ambos lados de la puerta de entrada como centinelas; otros objetos, en cambio, son simplemente baratijas de poca monta, como las numerosas cajas y cajitas de hojalata ilustradas que hace medio siglo contenían galletas, caramelos, pastillas o tabaco picado.

Tanto si se trata de objetos valiosos como de simples trastos, todos los artículos de tu tienda tienen un rasgo en común: tienen una historia.

Tener una historia es el único requisito que exiges a los objetos que pones a la venta, y cuando alguien se asoma por la tienda con unas reliquias recuperadas en el desván, por muy raras o interesantes que puedan ser, te niegas a comprarlas si el vendedor no es capaz de contarte nada sobre ellas. Lo mismo ocurre con los clientes: quien quiera adquirir un objeto tiene que estar interesado en su historia; de lo contrario, no hay nada que hacer, ¡que se vaya a comprar a uno de esos asépticos centros comerciales que desde hace unos años surgen como la mala hierba en las inmediaciones de las ciudades!

Te despiertas de tu contemplación y miras tu reloj de pulsera, un diminuto Longines plateado de los años treinta: son más de las diez y probablemente Germana ya se habrá dado cuenta de tu fuga. Te la imaginas mientras murmura doblando la ropa y las sábanas que has desperdigado por el dormitorio mientras buscabas las llaves de la tienda. Desde luego, no tiene ninguna duda sobre el destino de tu fuga, y si no fuera por la ropa desparramada por aquí y por allá que su instinto de maniática del orden le obliga a doblar y a guardar, ya habría irrumpido en la tienda con la intención de llevarte de vuelta a casa.

Solo en ese momento te percatas de que hay algo en la tienda que no cuadra, o más bien de que falta algo. Te acercas a una cajonera sobre la que están dispuestos una decena de relojes de mesa de diversas formas y épocas, tan alineados unos junto a otros que te recuerdan un pequeño pelotón de fusilamiento; al fin y al cabo, ¿no es el tiempo la más letal de las armas? Pero ahora el pequeño pelotón está desarmado, porque todas las agujas están quietas. Coges cada uno de los relojes en tus manos y les das cuerda con cariño, después de ponerlos en hora con tu Longines. Definitivamente, ¡ahora está mejor! La tienda resuena con muchos tictacs reconfortantes, algunos alegres, otros más sombríos, algunos acompañados con un suave eco de muelles y engranajes.

De todos los relojes expuestos, tu favorito es un modelo de los años veinte con una base de mármol verde sobre la que descansa una estatuilla dorada que representa a Diana cazadora. Este hermoso ejemplo de relojería *liberty* tiene una historia bastante divertida: fue un regalo de bodas que la novia creyó que procedía del tío de su marido, pero, muchos años después, durante una reunión familiar, la mujer descubrió que lo había enviado un antiguo amor de su esposo que, menuda casualidad, se llamaba Diana. La mujer, después de montar un buen numerito a su marido, metió el preciado objeto en una caja de cartón y te lo llevó a la tienda, donde quería cambiarlo por unos prismáticos de teatro que tanto le recordaban a los que su abuela había perdido en el teatro Regio durante una representación de *Rigoletto*. Intentaste indicarle que el reloj valía mucho más que los prismáticos, pero ella no quiso atender a razones, así que Diana cazadora se instaló sobre la cómoda, junto a un despertador de los años sesenta con una gran esfera blanca y el dibujo de una gallinita con la cabeza en movimiento que picotea entre las briznas de hierba al ritmo del segundero. Coges el despertador en tus manos para mirarlo de

cerca; ese objeto también tiene una historia divertida. ¿O tal vez triste? Un ligero mareo te obliga a sentarte en un taburete de piano, providencialmente colocado cerca de la cómoda de los relojes. Observas la esfera blanca, en la que la gallina sigue picoteando indiferente a tu turbación: no recuerdas la historia de ese despertador.

Abriste esa tienda no tanto para vender antigüedades como para transmitir recuerdos, y ahora esos queridos y preciosos recuerdos que tantas buenas personas te confiaron se están desvaneciendo. Mueves el despertador entre tus manos, luego lo colocas en tu regazo y apoyas las yemas de los dedos en el cristal abombado que protege la esfera, entrecerrando los ojos. Por un instante tus dedos disfrutan del contacto con esa superficie lisa y fresca, entonces se abre un resquicio en tu memoria: una historia conmovedora. De repente, los acontecimientos relacionados con ese despertador resurgen con nitidez: pertenecía a un hombre que había dejado los campos de Vercelli para trasladarse a Turín y trabajar como obrero en la Fiat. Nunca se adaptó a la vida urbana y siempre les contaba a sus hijos lo bonita que era la granja donde había crecido, con su gran corral repleto de gallinas y ocas. Esa fue la razón por la que sus hijos le regalaron el despertador, que desde entonces había estado picoteando incansablemente hasta el día en que se jubiló, tras lo cual el hombre regresó por fin al campo. Ahora te acuerdas perfectamente de ese hombre con el rostro marcado por cuarenta años de fábrica y los ojos tan brillantes como los de un niño a punto de partir para un viaje largamente soñado.

Suspiras satisfecha, te levantas del taburete y vuelves a dejar el despertador junto a sus hermanos tictaqueantes: al menos por el momento su historia está a salvo.

Se te ocurre que tal vez deberías escribir la historia de cada objeto antes de que tu nublada mente se las trague; tal vez no toda la historia, solo unas cuantas palabras para apuntarlas en una nota como recordatorio.

Ocupas tu sitio detrás del desordenado escritorio: «NOSTALGIA DEL CAMPO», anotas en un papel. Estás a punto de ir a colocarlo debajo del despertador de la gallina, pero ahora es la carpeta, que habías dejado allí nada más entrar, la que atrae tu atención por encima de todo lo demás. Sacas las hojas de papel y las recorres con rapidez, desde la primera página hasta el capítulo que quedó incompleto debido a la intromisión de Germana. Ahora que estás segura de que el orden de las páginas es el correcto, te abandonas a la lectura, dejando que se deslicen por tu mente rostros y lugares familiares: la insoportable viuda Monti, el buen contable Borio, la querida señorita Girola con sus animadas dependientas, Elvira y Rachele. Si ayer mismo alguien te hubiera preguntado el nombre de las dependientas de una mercería que no has vuelto a pisar desde hace al menos cincuenta años, muy probablemente no habrías sido capaz de responderle. A duras penas habrías recordado sus rasgos y, tal vez, el sonido agudo de sus risas contagiosas, pero nada más. Pasas la página, dejando atrás las risas gárrulas de Elvira y Rachele, y te encuentras ante una coyuntura de tu vida que habrías preferido no tener que revivir, pero que nunca has podido olvidar: la inexplicable irrupción de los camisas negras en el despacho del contable Borio.

—Inexplicable irrupción —suspiras—. ¡Inexplicable, y una mierda!

Capítulo 6

Como todas las mañanas, Dalia sujetó el maletín rojo de la Olivetti en el portapaquetes de la bicicleta.

—No corras, mantén la compostura y no te detengas a charlar con los chicos de las tiendas — recitó su padre en el umbral de casa—. ¡Recuerda siempre quién eres! —añadió para completar su recomendación cotidiana.

Dalia le sopló el beso habitual, esperando a que masticara el acostumbrado murmullo de desaprobación en el que se adivinaban adjetivos como «descarada», «coqueta» o «impertinente», según el estado de ánimo del día. Sin embargo, esa mañana no se mascó ningún adjetivo, sino que lo substituyó por una frase inédita:

—¡Mantén los ojos abiertos, por el amor de Dios!

La incursión del escuadrón de camisas negras en el despacho del contable había causado un notable revuelo en la población. Avigliana era una localidad de provincias, bastante alejada de la agitación política de las grandes ciudades. Como en todos los municipios de Italia, los sábados los Balilla y las Pequeñas Italianas se reunían para hacer gimnasia y alimentar su devoción por el Duce, y había una Casa del Fascio donde los jóvenes se reunían más por motivos recreativos que políticos y entre cuyas paredes se practicaban actividades similares a las de un círculo parroquial, salvo que los himnos religiosos se sustituían por los patrióticos. A veces, por la noche, «habían sucedido cosas» que implicaban a personas vinculadas a movimientos políticos, pero ningún hombre “corriente” había sido arrastrado nunca fuera de su propiedad ni golpeado, como le había ocurrido al pobre contable Borio.

El contable era un hombre notoriamente tranquilo que se ocupaba de sus propios asuntos, que nunca hablaba de política porque en esencia no le interesaba y que no habría reconocido a un anarquista, a un socialista o a un comunista aunque se le hubiera presentado con un cartel colgado del cuello. Todos sus conciudadanos estaban indignados y muy preocupados, porque si algo así le había pasado a un hombre como el contable, entonces podía pasarle a cualquiera. Sin embargo, nadie manifestaba su indignación o preocupación ni la compartía con nadie porque, después de aquel lamentable acontecimiento, callar y hacerse notar lo menos posible les parecía a todos la opción más sabia.

—Tendré cuidado, papá, no te preocupes —lo tranquilizó Dalia mientras daba la primera pedalada.

Tras el cotidiano y fugaz saludo de Dorina, también lleno de sentidas recomendaciones, Dalia entró en el despacho del contable, que como descubrió había vuelto a la normalidad: se habían ordenado las estanterías y las mesas y substituido las sillas rotas.

—Alguien las dejó en el patio —le dijo el contable en cuanto la mirada de Dalia se posó en

ellas—. Ha sido un bonito detalle, pero no tengo ni idea de a quién agradecerérselo. También han reparado los cristales esta mañana —explicó mientras señalaba las dos ventanas— y el cristalero no ha querido cobrarme de ninguna de las maneras. Intenté insistir, pero me dijo que ya había recibido sus honorarios y que no podía revelar nada más.

El contable se rascó la mata de pelo rubio canoso para hacerse una composición de lugar, luego abrió uno de los libros de registro y se pinzó los desvencijados anteojos en la nariz aún tumefacta.

—Menuda molestia —murmuró—. Mira cómo me han dejado mis anteojos: ¡ya no hacen gafas así! Casi medio siglo de honorable servicio —continuó quejándose el contable mientras recorría con el dedo el libro de registro—. Estas gafas eran de mi tío y luego pasaron a mí. La montura es de plata, ¿sabes? Y ahora me tocará sustituirlas por unas gafas modernas, de esas que tienen patillas que se apoyan en las orejas.

Dalia observaba al contable examinar el libro de contabilidad pensando que en su lugar tendría preocupaciones mucho peores que la de sustituir un viejo par de gafas, aunque de hecho tal vez las tuviera, y centrarse en una nimiedad lo ayudaba a redimensionarlas.

—Tengo el santo de cara —prosiguió señalando las sillas y los cristales de las ventanas—, pero es un santo de esos que no quieren aparecerse ante nosotros los mortales. Mis benefactores tienen miedo de que se sepa que están de mi lado, pero los entiendo; en su lugar, yo también me mantendría muy callado. —Tras una breve pausa, añadió—: Hoy es día de visitas. Dentro de media hora tienes que ir a casa del señor Fruttero; luego, a las diez y media en punto, a casa de la viuda Monti, y después volver aquí, al despacho. Ayer los camisas negras no nos dejaron probar los ñoquis, pero hoy mi mujer nos traerá una buena sopa de garbanzos que disfrutaremos para darles en las narices.

Dalia se despidió del contable y, montada en su Bianchi, se dirigió a la primera cita, en casa del señor Fruttero.

Renato Fruttero vivía con su anciana madre a un par de kilómetros del centro de la población, en una granja algo maltrecha que en su día debió de ser próspera. Aunque las sesiones de dictado del señor Fruttero eran más bien deprimentes, el camino hacia su casa era agradable de recorrer en bicicleta, especialmente en una hermosa mañana de principios de mayo. La única preocupación de Dalia era que para ir a casa del señor Fruttero tenía que pasar por delante de Villa Buonaventura, que también había encontrado un inquilino para ese verano. El señor Buonaventura daba con esos inquilinos pudientes gracias a la ayuda de algunos de sus viejos conocidos turineses, gente con la que había coincidido en su época universitaria, que a veces lo implicaban en alguna clase de negocio, aunque siempre acababa siendo menos rentable de lo esperado.

—Tengo una buena oportunidad en mis manos —le había oído repetir periódicamente a su padre, más o menos desde que tenía uso de razón—. ¡Esta vez volveremos a la carga!

Cuando su padre «tenía una buena oportunidad entre manos», se ponía alegre y se pasaba los días en su escritorio llenando hoja tras hoja con cálculos, esquemas y anotaciones. Sin embargo, al cabo de unas semanas, ya no se oía hablar de la «buena oportunidad», y su padre volvía a deambular melancólico de una habitación a otra, rumiando con sus agotadas meninges nuevas ideas para «volver a la carga». Si los misteriosos conocidos de su padre nunca habían podido sugerirle ningún negocio realmente rentable, había que admitir, no obstante, que siempre habían

sido muy eficaces a la hora de encontrarle inquilinos solventes. En años anteriores, la casa la habían alquilado durante dos temporadas consecutivas a un profesor universitario que habría regresado gustosamente un verano más si no hubiera perdido su cátedra debido a sus orígenes judíos. La villa se alquiló entonces a un ejecutivo de Martini & Rossi, que se había alojado allí con su numerosa familia, pero que no renovó el contrato la temporada siguiente porque su mujer prefería veranear en la costa. Ese año, en cambio, era el turno del redactor jefe de un diario, o tal vez de un importante periodista; esto Dalia no lo entendió muy bien y tampoco es que le importara mucho.

Pedaleando a buen ritmo, Dalia llegó a la cima de una pequeña colina desde la que podía ver, aunque a cierta distancia, la casa donde había nacido. El gran parque que rodeaba la villa había sido acondicionado, y las ventanas de la planta baja y del primer piso estaban todas abiertas, señal de la presencia del nuevo inquilino. Dalia estaba a punto de ponerse en marcha de nuevo cuando vio un gran coche oscuro aparcado delante de la puerta y, apoyado en el capó, un hombre con camisa negra. Así que desmontó de su bicicleta y, tras empujarla unos metros, se refugió detrás de un frondoso sauce. El coche parecía ser el mismo al que se habían subido los camisas negras que habían visitado al contable Borio el día anterior, aunque no podía estar segura al respecto.

La chica dio un largo suspiro, luego otro y otro más, en un intento de mantener la calma. También el hombre que permanecía apoyado en el coche parecía ser uno de los del día anterior; pero, como con el vehículo, especialmente a esa distancia, no podía estar segura. Dalia trató de darse ánimos negando que tanto el coche como el hombre fueran los mismos del día anterior, pero la idea de que un segundo pelotón de camisas negras estuviera merodeando por la zona le pareció aún más inquietante. Esperó inmóvil tras las ramas del sauce, consciente de que desde esa posición el hombre no podría verla.

¿Por qué estaba allí ese coche, y a quién o qué estaba esperando ese hombre? ¿Quizá sus compañeros de batida, justo en ese momento, estaban sometiendo al inquilino de la villa al mismo trato recibido por el contable Borio? Quien trabajaba en un periódico tenía, sin duda, buenas oportunidades para decir lo que no debía, pensó Dalia perseverando en su inmovilidad. Los minutos pasaban, tenía que decidirse a volver a sentarse en el sillín; de lo contrario, llegaría tarde a casa del señor Fruttero y, en consecuencia, a la siguiente cita con la viuda Monti. El señor Fruttero no habría puesto ninguna objeción a un ligero retraso, pero en cuanto a la viuda Monti, sin duda alguna se quejaría, dado que quejarse era su actividad favorita. Por fin algo se movió: a lo largo del camino de entrada a la villa tres siluetas oscuras se dirigieron hacia la verja. El hombre que estaba apoyado en el capó del coche se incorporó y corrió a abrir las puertas de hierro forjado; eran cuatro hombres en total, exactamente como el día anterior. Los cuatro se subieron al coche y partieron a gran velocidad en dirección a Turín. Cuando el automóvil ya no era más que un puntito negro en el horizonte, Dalia reanudó su camino. Las piernas le temblaban de miedo, pero de todos modos pedaleó con energía, decidida a recuperar, al menos en parte, el retraso que había acumulado.

—Estaba preocupada, señorita. —Una mujercita encorvada, con un pañuelo raído anudado bajo la barbilla, la saludó con una sonrisa desdentada.

—He tenido un percance, señora Fruttero.

—Lo principal es que estéis bien, jovencita querida —le dijo tomándola del brazo y conduciéndola a través de una cocina pulcra, aunque con un mobiliario antiguo y destartado—. Cuando os veo correr como un demonio en vuestra bicicleta, siempre pienso: ¡que el Señor proteja a esa buena señorita y no deje que se caiga nunca!

—No se preocupe por mí, señora Fruttero, estoy acostumbrada a montar en bicicleta, la uso desde que era una niña.

—Vosotras, señoritas modernas que trabajáis, vais a cambiar el mundo —dijo llamando a una puerta desvencijada pero pulida con cera y duro trabajo—. Y quizá lo haréis mejor que los hombres —le susurró con complicidad abriendo la puerta torcida.

—Renato, la señorita Buonaventura está aquí —la anunció.

—¡Oh, bien, que pase!

La habitación en la que el señor Fruttero solía recibirla era el salón bueno de la casa, que, al añadir un escritorio anormal, un voluminoso resto del siglo anterior, el señor Fruttero había transformado en su estudio. Las paredes de la habitación estaban revestidas de papel pintado de un rosa desvaído, y los viejos sofás, también de tela descolorida, se sostenían sobre unas patitas arqueadas de madera oscura.

—Tomad asiento, señorita —la invitó el señor Fruttero a sentarse en una silla colocada frente a esa especie de altar mayor que era su escritorio—. ¿Estáis bien? —le preguntó sin añadir nada más, pero dejando entrever claramente que se refería a los acontecimientos del día anterior.

—Estoy bien, señor Fruttero, muchas gracias —respondió abriendo el maletín de la máquina de escribir y colocándolo sobre el escritorio.

El señor Fruttero era un cuarentón huesudo y ajado, como el mobiliario que lo rodeaba, cuya espalda ya empezaba a curvarse como la de su anciana madre.

—Espero que no se hayan atrevido a tocaros ni un solo pelo de vuestra cabeza.

—No, señor, como podéis ver estoy bien —confirmó Dalia mientras introducía una hoja en blanco en el carrito de la Olivetti.

—Genial, genial —farfulló sacando algunas cartas del cajón de su escritorio—. ¿Me las leeríais, señorita? —le preguntó—. Nada más que para aclarar la respuesta que he de dar.

—Con mucho gusto, señor Fruttero —aceptó con naturalidad, para no mostrar a su cliente que hacía tiempo que se había dado cuenta de que era incapaz de leerlas por sí solo.

Dalia fue escandiendo cada una de las cartas que, como de costumbre, eran rechazos más o menos amables a sus propuestas de inversión. Mientras Dalia leía, el hombre la escuchaba con aprensión, ensombreciendo su rostro cuando apareció la primera expresión premonitoria de rechazo: «Lo sentimos», «Desgraciadamente», «Lamentamos». Incluso un simple «pero» o un leve «sin embargo» eran suficientes para hacerle entender que su propuesta de negocio había sido rechazada.

—Yo diría que no vale la pena responder a estas cartas —concluyó el hombre haciendo gala de una digna compostura—. Podemos pasar al dictado.

—Estoy lista.

—Necesito dos copias de esta carta, pero sin papel carbón, por favor.

Dalia se sintió asombrada. Un poco antes el hombre le había preguntado si alguien le había hecho daño el día anterior, como si supiera poco o nada del asunto, mientras que ahora le pedía

que escribiera una carta por duplicado sin utilizar papel carbón. Escribir una segunda carta costaba mucho más que una copia al carbón y, como el señor Fruttero no nadaba en la abundancia, estaba claro que la posibilidad de que alguien pudiera interceptar sus misivas a través de las impresiones en el papel de copia lo turbaba.

—Disculpadme el atrevimiento. —La voz de Dalia, siempre amable y complaciente, se volvió áspera de repente—. ¿La carta que me vais a dictar tiene por casualidad contenido político?

Cuando empezó a estudiar mecanografía, su profesora, la anciana señorita Pellissero, le dijo en repetidas ocasiones que las buenas mecanógrafas, por respeto a la confidencialidad de sus clientes, deben escribir a máquina sin entrar nunca en el fondo del contenido de lo que escriben. La norma de su profesora era sin duda adecuada y profesional, pero no se ajustaba al año 1940.

—¿Qué contenido político, señorita? —la tranquilizó Fruttero con una risita nerviosa—. Es solo una carta de negocios.

—Entonces, empecemos —le concedió ella sin atenuar su tono decidido.

—Distinguido señor —empezó Fruttero—, la guerra ya está a las puertas, los periódicos llevan semanas hablando de ella. —El hombre hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Pero será una guerra corta con un resultado victorioso —continuó—. Francia e Inglaterra capitularán instantáneamente ante el ejército italiano y el de nuestros grandes aliados alemanes, que juntos forman el poderío bélico más imponente del mundo. —Dalia transcribió fielmente ese panegírico, que el hombre debió de extraer, casi al pie de la letra, de un noticiario cinematográfico.

—¿Después de «mundo» añadido punto y aparte?

—Por supuesto, señorita —esbozó Fruttero—. Con la llegada de la guerra —continuó dictando—, el coste del armamento, y más aún de los explosivos, se pondrá por las nubes y sería una pena no sacar provecho de ello. —Los dedos de Dalia comenzaron a ponerse rígidos—. Se da la circunstancia, distinguido señor, de que un buen amigo mío, un alto ejecutivo de la fábrica de dinamita de Avigliana, podría conseguirme nitroglicerina de primera calidad a un precio muy reducido. —En ese momento los dedos de Dalia se bloquearon por completo: el contenido de la carta que le dictaba Fruttero no era estrictamente político, pero desde luego el hombre era bastante equívoco.

—¡Escribidla vos mismo! —dijo sacando el papel del carro y rompiéndolo en pedazos.

—Pero señorita —protestó el hombre—. No podéis..., soy un cliente... —empezó a escupir frases fragmentarias—. ¡Informaré a vuestro superior!

—¡Hacedlo! —le contestó con una autoridad que la sorprendió—. Estoy segura de que el contable respaldará mi decisión —declaró mientras cerraba de nuevo el maletín de la Olivetti.

—Señorita, vuestro comportamiento no es nada profesional.

—¿Que yo no soy nada profesional? ¿Cómo os atrevéis a decir tal cosa precisamente vos, que ni siquiera sabéis qué es una profesión? —Fruttero guardó silencio—. Dejad ya de idear formas de haceros rico de golpe y empezad a ganaros vuestro dinero día a día como hacemos todos. Mirad el lamentable estado en que estáis obligando a vivir a esa buena viejecita que es vuestra madre. —Dalia estaba furiosa, las palabras brotaban de su garganta sin que pudiera controlarlas, y cada una era una sorpresa para ella.

—Señorita —la llamó en tono quejoso cuando ella ya estaba cruzando la humilde cocina—, ¿y qué voy a hacer con mi carta?

—Pedidle a vuestro querido amigo de la fábrica de dinamita que os la escriba —sentenció.

La anciana señora Fruttero, ocupada en desgranar unos guisantes, la observó asombrada mientras cruzaba la habitación como una furia; Dalia la vio con el rabillo del ojo cuando ya había agarrado el pomo de la puerta de entrada.

—Adiós, querida señora Fruttero —dijo dándose la vuelta y yendo a estamparle dos besitos en las mejillas, para encaminarse de inmediato hacia la salida.

—Adiós, querida joven —susurró la asombrada mujer.

«La guerra ya está a las puertas, los periódicos llevan semanas hablando de ella.»

La frase inicial de la carta del señor Fruttero seguía resonando en sus oídos.

Dalia volvió a subirse a la bicicleta e hizo el recorrido inverso hacia el centro de Avigliana, hasta la casa de su segunda cliente del día, la viuda Monti.

Pedaleaba a una velocidad de vértigo, no tanto para evitar llegar tarde a casa de Monti, lo que se convertiría en su siguiente motivo de queja, sino para evaporar la tensión provocada por la discusión con el señor Fruttero, que, aunque solo fuera eso, había tenido la ventaja de acortar la sesión de mecanografía, permitiéndole recuperar unos minutos preciosos. Cuando llegó a la cima de la colina desde la que era visible Villa Buonaventura, Dalia se detuvo de golpe y se permitió observar el edificio durante unos minutos. La gran edificación blanca, inmersa en el verdor del parque, desprendía una sensación de austera serenidad; ya no había rastro del coche oscuro ni de sus cuatro pasajeros con camisa negra y, al menos en apariencia, el lugar no parecía haber sido escenario de acontecimientos desagradables. Tranquilizada por lo que era más una simple sensación que una deducción lógica, volvió a pedalear a buen ritmo y llegó a casa de la viuda Monti unos diez minutos antes del horario acordado. El apartamento de la señora Monti estaba en el segundo piso del edificio que albergaba, en la planta baja, el despacho del contable Borio. La chica subió las escaleras y pulsó con cautela el timbre porque, como bien sabían sus vecinos, la mujer no toleraba los ruidos que no fueran estrictamente necesarios.

—Buenos días, Dalia, llegas antes de tiempo —señaló la viuda al abrir la puerta—. Pero más vale temprano que tarde —le concedió, después de observarla de pies a cabeza y detenerse con gravedad en su pelo ligeramente despeinado y su cara sonrojada por la carrera en bicicleta.

La viuda Monti era una mujer cercana a los ochenta años, alta y delgada, con un rostro de rasgos nobles en el que aún eran visibles las huellas de una pasada belleza. Su vestuario muy cuidado delataba un gusto todavía decimonónico y sus cabellos canos, inusualmente abundantes y frondosos para una mujer de su edad, estaban recogidos con gracia en la parte superior de la cabeza.

—Toma asiento, Dalia —le dijo invitándola a pasar al salón—. Hoy tengo una carta muy importante que dictarte, probablemente la más importante que he tenido que escribir.

El apartamento de Monti era igual que ella: elegante, sobrio y un poco anticuado. La salita de estar de la esquina mostraba cuadros de paisajes y bodegones en marcos dorados y sillones tapizados en damasco, cuyos respaldos estaban protegidos del contacto humano por tapetes blancos.

—¿Te gustan los *torcetti*? —le preguntó la mujer tendiéndole un plato con galletas recubiertas de azúcar en forma de rosquillas finas y alargadas.

—Me gustan mucho —agradeció Dalia cogiendo uno. Normalmente aceptaba los dulces de la viuda Monti solo después de haber terminado de teclear, pero el paseo en bicicleta la había agotado y un par de *torcetti* azucarados y crujientes era justo lo que necesitaba para recuperar las fuerzas.

—Son del panadero de la esquina —explicó la viuda Monti—. Hace unos *torcetti* deliciosos; es una pena que sus bollos de leche... —dijo bajando la voz y permitiéndose una larga pausa teatral—. ¡Leche en polvo! —declaró con gravedad—. Prepara los bollos de leche con leche en polvo, material que le consigue un primo suyo que se ocupa de suministros militares, ¿te das cuenta?

Dalia se daba perfecta cuenta de ello, pues había sido ella, unas semanas antes, quien había mecanografiado una enardecida protesta contra el panadero, que, como muchas de las víctimas de la viuda, ni se había molestado en responder.

La Monti no siempre había sido tan extraordinariamente gruñona; ese aspecto de su carácter había surgido unos cinco años atrás, tras la muerte de su marido. Algunos afirmaban que era el dolor por la pérdida de su amado esposo lo que la había convertido en una viejucha cascarrabias y pendenciera; otros, en cambio, estaban convencidos de que la mujer siempre había sido una gran arpía, pero que su marido había frenado previamente su propensión a protestar.

—Esta es la carta que debes mecanografiar hoy para mí —le dijo entregándole una hoja de papel escrita con una exquisita caligrafía.

Dalia cogió el papel y empezó a leer: «*Avigliana, 7 de mayo de 1940. Egregio y estimadísimo Benito Mussolini*».

Dalia levantó la vista de la hoja y miró asombrada a la mujer, que con una mirada elocuente la obligó a retomar su lectura. Dalia prosiguió:

Egregio y estimadísimo Benito Mussolini:

Me llamo Elsa Maria Monti y soy una respetada súbdita italiana, además de partidaria Vuestra desde 1919. Al igual que vos, mi Duce, soy amante del orden y de la disciplina, para lo cual soy consciente de que a veces es necesario utilizar el puño de hierro. Sin embargo, creo que ayer se produjo un acontecimiento tan desafortunado como innecesario del que estoy segura que no sois consciente, pero por el que os pido humildemente que toméis medidas. Ayer, a las once de la mañana, cuatro de vuestros hombres, sin duda animados por un exceso de celo, irrumpieron en el negocio de un estimado conciudadano mío, que responde al nombre de contable Arturo Borio, acusándolo de atentar contra el orden público mediante la distribución de panfletos de contenido subversivo. Mi veneradísimo Duce, como devota súbdita italiana, siento que puedo garantizar que el contable Borio no tiene nada que ver con las acusaciones vertidas contra él.

Devotamente vuestra,
Elsa Maria Monti

Dalia colocó el papel sobre la mesita de café, junto al plato de *torcetti*, y buscó la mirada de la señora Monti, que parecía estar orgullosa y satisfecha de su labor. Aquella carta, se dio cuenta Dalia, tenía muy pocas posibilidades de llegar a manos de su destinatario y, sin embargo, no

tenía la más mínima intención de teclearla. La muchacha se tomó unos instantes para pensar; no quería saltar como había hecho poco antes con el señor Fruttero, una hazaña de la que, por otro lado, ya se había arrepentido; además, la viuda Monti había escrito sin duda aquella delirante misiva movida por las mejores intenciones. Tras sopesar todos los elementos, Dalia decidió actuar con mucha cautela, abordando el tema con educada firmeza.

—Señora Monti —comenzó—, aunque entiendo vuestras razones, considero que no es apropiado escribir a máquina una carta como esa.

La señora Monti se echó hacia atrás en su sillón de damasco; Dalia se preparó para recibir una soberana bronca, que de todos modos tardó en llegar. En cambio, la viuda se llevó el índice a la barbilla y empezó a murmurar para sí misma.

—Tienes razón, Dalia —la sorprendió tras medio minuto de susurros—. Y te diré más, yo misma tuve el mismo escrúpulo.

—¿De verdad, señora Monti? —se sorprendió Dalia.

—Pues claro, querida, una carta de este tipo, tan sentida y delicada, no puede ser mecanografiada, ¡debe ser rigurosamente holográfica!

—A eso me refería —insinuó Dalia, aliviada de que la situación, de un modo u otro, se hubiera resuelto.

—Algunas cosas es mejor escribirlas de puño y letra, resultan más auténticas —reiteró la mujer—. Solo lamento haberte molestado para nada.

—¡Oh, no hay problema!

Temiendo que cambiara de opinión, Dalia se despidió apresuradamente de la viuda Monti, quien, enfrascada en su proyecto de protesta suprema ante el Duce, ni siquiera se fijó en sus bruscos modales.

Al bajar las escaleras, tuvo la oportunidad de reflexionar sobre un pequeño pero molesto detalle: esa mañana no había cobrado ni un solo céntimo y ahora tendría que explicarle los motivos al contable Borio, ya muy molesto por los últimos acontecimientos.

—¡Claro que es de fiar, es una mecanógrafa di-plo-ma-da! —oyó decir al contable Borio incluso antes de que hubiera abierto la puerta de su estudio.

El contable gritaba en el auricular del teléfono, un instrumento con el que le costaba familiarizarse. Todavía llevaba los destartados anteojos sobre la nariz.

—Una mecanógrafa muy precisa y rápida, incluso ha ganado competiciones, ¿sabe? —El contable estaba hablando de ella, que, en efecto, había ganado unos años antes un par de concursos de mecanografía en los que la señorita Pellissero la había inscrito. Aquellas primeras victorias le habían proporcionado un breve momento de celebridad, incluso un periódico local había dado la noticia, pero a su padre no le gustaba que su hija se exhibiera en pruebas de velocidad como si fuera un caballo de trote, así que la había hecho dejarlo.

—Incluso tiene su propia y bonita máquina portátil. Cabe toda en un maletín, ¡una auténtica maravilla! —continuó el contable cantando sus alabanzas. Probablemente había encontrado otro cliente y esta afortunada circunstancia lo había animado y puesto de buen humor, lo que era bueno no solo para él, sino también para Dalia, atemorizada por el hecho de tener que anunciarle que no había traído al despacho ni una sola lira.

—Entonces, quedamos para mañana por la mañana, ¡ya veréis como quedáis satisfecho! —concluyó colgando el auricular con su habitual torpeza—. ¿Ya estás de vuelta? —la saludó con brusquedad—. Has terminado de prisa tus trabajos de esta mañana.

—Sobre mis trabajos de esta mañana, debo confesaros algo desagradable —empezó en un tono tan grave que borró al instante la expresión alegre del maltrecho rostro del contable.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado—. ¿Ha habido más problemas? —El contable imprimió a la palabra «problemas» una inflexión tan significativa que evocó claramente, y sin añadir nada más, a los cuatro brigadistas que lo habían maltratado.

—No, nada tan grave —se apresuró a decir—, pero se trata, de todas formas, de una circunstancia bastante molesta: no he podido llevar a cabo ninguno de mis trabajos esta mañana.

—¿Y eso por qué, querida?

—Digamos que los temas de las cartas que querían dictarme —se interrumpió Dalia para buscar las palabras más oportunas— parecían peligrosos.

—¿Peligrosos en qué sentido? —preguntó el contable—. No, déjalo, me fío de tu juicio. De ciertas cosas, cuanto menos se sepa, mejor.

—Solo lamento haberos hecho perder dinero y tal vez incluso clientes.

—¿Clientes? —repitió el contable con una risita—. ¡Di más bien molestias ambulantes! El señor Fruttero solo paga «cuando puede», lo que equivale a decir que prácticamente no paga nada de nada, y la viuda Monti es un verdadero suplicio con sus constantes protestas. Los clientes dignos de este nombre son otros, ¡y hoy han llamado a mi puerta nada menos que dos!

—Explicádmelo —lo instó Dalia, sentándose en su escritorio y preparándose para abrir el maletín de la máquina de escribir.

—Tienes un compromiso en la Ca' rossa, con la señorita Ester Levi.

—¿Con la señorita Ester?, ¿y cómo es eso? —se maravilló Dalia.

—La señora Levi ha comprado una máquina de escribir y quiere que su hija aprenda a utilizarla. Hoy te gradúas como profesora.

Dalia estaba asombrada y un poco mortificada; Ester era buena amiga suya, la única que tenía, para ser exactos: ¿por qué, si quería clases de mecanografía, no había hablado con ella directamente? ¡Se las habría dado de buena gana y de forma gratuita!

—No pongas esa cara de preocupación —malinterpretó el contable—, estoy seguro de que serás una profesora excelente, y además es un trabajo bien pagado, muy bien pagado. La cocinera de la señora Levi ha venido esta mañana y me ha dejado una carta suya junto con un señor anticipo. Lo necesito de verdad, ahora que tengo que cambiar las gafas, y por supuesto habrá un buen extra para ti también.

La situación le quedó clara de inmediato: la señora Levi, tan rica y generosa, había ideado ese encargo como un acto de solidaridad con el pobre contable, como una indemnización parcial por sus recientes desgracias.

Aliviada por ese pensamiento, Dalia quiso saber sobre el segundo nuevo cliente.

—¿Conoces al señor que alquiló vuestra villa para el verano?

—Sé que la ha alquilado alguien relacionado con un periódico; un reportero o un redactor jefe, tal vez.

—Así es, vuestro inquilino escribe para la *Gazzetta del Popolo* y hace unos minutos me ha llamado preguntándome por los trabajos de mecanografía. Fue el jardinero al que llamó tu padre

para arreglar el parque quien le aconsejó que acudiera a mí.

Dalia respiró aliviada: si su inquilino había solicitado sus servicios, era muy poco probable que lo hubieran maltratado los matones de camisa negra que había visto salir de la villa aquella mañana.

—Vuestro inquilino se llama Nuto Cerri y es un escritor de esos que escriben novelas por entregas en los periódicos, y no me refiero a las novelitas de amor que leen las costureras y las criadas, sino a historias patrióticas, ¡cosas de guerra! —se exaltó el contable.

Dalia no solía entretenerse con novelas por entregas, las leía solo cuando no tenía a mano nada mejor; además, en su casa, el periódico de referencia no era la *Gazzetta del Popolo*, sino *La Stampa*. Sin embargo, el nombre de Nuto Cerri le resultaba familiar.

—¡Nuto Cerri no es solo un valiente escritor, sino un héroe de la patria! —continuó el contable—. Ha luchado en Albania, Abisinia, España... Allí donde había algazara, siempre partía como voluntario, y a su regreso escribía novelas por entregas inspiradas en las gloriosas hazañas del ejército italiano.

Dalia recordaba haber oído hablar de este Nuto Cerri a algunos jovenzuelos que frecuentaban la Casa del Fascio y que a menudo se entretenían a charlar bajo los pórticos, frente al despacho del contable. Estos jóvenes se referían a Nuto Cerri con títulos altisonantes como «el osado escritor», «la pluma deslumbrante del Imperio italiano» o «el escritor soldado».

La chica se preguntó cómo el contable, que justo el día anterior había tenido un encuentro tan desagradable con cuatro brigadistas, podía ahora alegrarse de haber conseguido como cliente a un paladín del régimen fascista.

—Anoche no dormí al pensar en esos feos tipos con camisas negras, estuve dando vueltas en la cama preguntándome si el asunto acabaría ahí o no —prosiguió el contable aclarando inconscientemente su duda—. Pero, con un cliente como Nuto Cerri, ¡estoy seguro de que nadie se atreverá a volver a faltarme al respeto! —concluyó con tal seguridad que le hizo parecer un palmo más alto—. Nuto Cerri me ha confiado que había venido aquí de veraneo para recuperarse; parece que en invierno una vieja herida de guerra le ha causado molestias. La *Gazzetta*, sin embargo, no puede permitirse renunciar a sus novelas por entregas, y por eso necesita una mecanógrafa.

—Bien —sonrió Dalia—, así sabré lo que pasa en las novelas por entregas antes que nadie.

—No bromees. ¡El señor Cerri me ha pedido la máxima confidencialidad! No debes contarle a nadie lo que estás mecanografiando, ni siquiera a mí.

—Claro, seré discretísima —lo tranquilizó ella.

—Tendrás que ir a la villa todas las mañanas a las diez y permanecer allí todo el tiempo que ese señor desee, aunque me ha asegurado que, salvo raras excepciones, con la mañana debería ser suficiente.

—¿Tendré que ir a la villa? —jadeó Dalia, a quien no le gustaba nada la idea de ir a su propia casa como empleada—. ¿No puede enviarnos los manuscritos para que pueda transcribirlos aquí?

—Oh, no, el señor Cerri quiere que trabajes al dictado.

—¿Mi padre está de acuerdo? —preguntó Dalia tras unos momentos de reflexión.

—Tu padre estará de acuerdo porque le pagaré más, es decir... —el contable se quedó desconcertado—, te subiré el sueldo.

La chica no hizo ningún aspaviento, estaba acostumbrada a que fuera su padre quien cobrara

sus honorarios. En los bolsillos de Dalia solo había las propinas de la señora Monti y algo de calderilla que el contable le dejaba sobre su mesa cuando estaba de buen humor, diciéndole: «¡Ten, cómprate un helado, te lo has ganado!».

Capítulo 7

Tu existencia tampoco era tan mala, ahora que la recuerdas a más de medio siglo de distancia. Dificilmente la vida de una chica de diecisiete años es en realidad mala, pero nuestra mente no está hecha para percibir la felicidad en el presente, sino más bien para reconocerla muchos años después a través del filtro del tiempo y de los recuerdos. Es una condición muy cruel no poder disfrutar de la felicidad, sino añorarla a posteriori, una verdadera maldición bíblica, una sanción impuesta a la humanidad en la noche de los tiempos por haber recogido sin autorización los frutos prohibidos en el jardín del Edén, o quizá por haber construido sin autorización un ídolo de oro en el desierto.

O tal vez no reconocer que la felicidad no es en modo alguno un castigo, sino una especie de dispositivo de la naturaleza para hacernos creer, sobre todo durante nuestra juventud, que lo mejor aún está por llegar y que es preferible seguir pedaleando, justo como hacías tú cuando tenías diecisiete años, por las calles de tu pequeña ciudad, sin saber que lo que considerabas una existencia aburrida y sin vías de escape acabaría pronto y que más adelante tendrías buenas razones para añorarla.

La campanilla de la puerta de la tienda suena, interrumpes a regañadientes la lectura de tu texto mecanografiado y te levantas para recibir a la cliente que acaba de entrar. No tienes la sensación de haberla conocido antes, pero, de nuevo, ¿quién sabe? En el par de meses que se ha llevado consigo tu *pequeño incidente*, es posible que hayas tratado con personas de las que ahora no guardas ningún recuerdo.

—¡Buenos días! —saludas con una deslumbrante sonrisa magenta.

—Buenos días —corresponde distraídamente la mujer a tu saludo mientras mira a su alrededor—. ¿Puedo curiosear?

—Claro, sea bienvenida.

La mujer comienza a deambular por la pequeña tienda, posando su mirada aquí y allá. Es guapa, cercana a los cincuenta años, viste de forma pulcra pero bastante discutible, con un traje rojo con hombreras monstruosamente acolchadas y grandes botones dorados, algo que Joan Collins llevaba hace ya unos años en el plató de *Dinastía*, pero que nadie después de ella debería haber llevado. Incluso el peinado está inspirado en los ochenta más remotos, pelo corto y color negro betún, artísticamente embadurnado con gel. El maquillaje, en fin, es lo que más te escandaliza: ojos oscurecidos con el lápiz, máscara de pestañas azul eléctrico y pintalabios púrpura metalizado!

«Pobre mujer —piensas—, debe de ser daltónica»; de lo contrario, ¿cómo se explica esa riña cromática? ¿Y qué decir de los pendientes de aro, tan anchos como para rozarle los hombros, mejor dicho, las hombreras acolchadas? No, definitivamente nunca has visto a esta mujer, algunos horrores no se pueden olvidar, quedan impresos de forma indeleble en la mente y ni

siquiera un ictus puede borrarlos.

Que una mujer se aferre un poco a la moda de sus años dorados es normal, tú misma sigues llevando el pelo ondulado y te maquillas el rostro como en los años cuarenta, pero los detalles que has decidido conservar, como el lápiz de labios rojo o la línea negra dibujada en los párpados en la base de las pestañas, son clásicos intemporales, mientras que el rímel azul eléctrico es solo un error de trayectoria en la historia del maquillaje. Cada época tiene sus excentricidades y sus excesos, y toda mujer de buen gusto debería disfrutar de ellos en el momento oportuno y luego dejarlos atrás sin añoranzas, al igual que se hace con los uniformes escolares y los primeros amores.

—¿Es un Gucci original? —pregunta nuestra Joan Collins señalando un pequeño bolso cerrado con un broche que representa la celeberrima doble G de la casa de moda florentina.

—Por supuesto —le respondes con el temor de que el precioso bolso acabe en el hombro de esa mujer de gusto estético reprochable—. Es un modelo de finales de los sesenta.

—Bonito —te concede la desconocida mientras abre el bolsito con llamativas garras de color lila perlado—. ¿Cuánto vale?

—Cuarenta mil liras —respondes instintivamente y te arrepientes de inmediato. Nunca has sido una estratega de los precios, siempre los has atribuido según sentías basándote en la simpatía que te suscita el cliente, y con esta mujer te has quedado demasiado a la baja, sobre todo porque el adorable Gucci tiene una historia feliz, y las historias felices, al ser bastante raras, tienen un valor más alto que las tristes.

—Este bolso pertenecía a una señora muy agradable —empiezas a contar—, que murió entre los brazos de numerosos nietos y bisnietos a la venerable edad de noventa y cinco años. Recibió este bolso como regalo de jubilación de sus compañeros; ¿sabe que trabajó como...?

—No me interesa el trabajo que hacía la dueña del bolso —te interrumpe—. Si veo un objeto que me gusta, no necesito saber nada más que el precio, que, si me permite, es un poco elevado. Puedo darle veinte mil liras, no más.

—El precio puede discutirse —respondes intentando mantener un tono cortés—, pero considero que conocer la historia de un objeto aumenta su valor, aunque solo sea emocionalmente.

—No tengo tiempo para perderlo en estúpidas anécdotas, ¡creí que había quedado claro la última vez!

¿La última vez? ¿Así que esta arpía con maquillaje variopinto ya vino antes a molestarte? ¡Tu *pequeño incidente* no fue tan pequeño si disolvió el recuerdo de una persona tan desagradable!

—Y yo, la última vez que vino aquí —improvisas—, ¿no le dije que, si no quería perder el tiempo, entonces podía ir a hacer sus compras a otro sitio?

—¡Es la arpía de siempre! —sisea devolviéndote de malas maneras el bolso y girando sobre los tacones de sus botines bastante horteras.

—¡Lea el cartel! —le murmuras por detrás—. Está escrito «LA VENDEDORA DE RECUERDOS», y no dice «¡GRANDES ALMACENES DE PILLA Y SAL CORRIENDO!».

Sonríes satisfecha al ver a la mujer recular cabreada, y la idea de que ya la has puesto de patitas en la calle con anterioridad duplica tu satisfacción.

Quizá no sea tan malo que tu *pequeño incidente* haya borrado parte de tu memoria: ¡puedes prescindir sin problema alguno de determinados recuerdos irritantes, como la mujer que acaba de

marcharse!

Empiezas a notarte un tanto fatigada, te sientas detrás del gran escritorio pensando que probablemente deberías volver a casa. Es tu primer día en la tienda después de semanas de convalecencia, y es mejor no agotarse demasiado. El reloj de Diana cazadora marca mediodía, lo que te recuerda que Germana, como de costumbre, servirá el almuerzo en la mesa a las doce y media, ni un minuto antes ni un minuto después. El horario de las comidas fue el resultado de una larga negociación: ella, obedeciendo a las antiguas costumbres turinesas, exigía almorzar a mediodía y cenar a las seis, mientras que tú, de naturaleza más progresista y temeraria, querías posponer la hora del almuerzo a la una y la de la cena a las ocho. Después de años de “querellas”, conseguiste almorzar a las doce y media y cenar a las siete, aunque a menudo hayas llegado tarde a la mesa, en parte por distracción y en parte como protesta; pero hoy no lo harás: tu fuga y el alboroto de los cajones volcados y los armarios desordenados que dejaste tras de ti ya han puesto a prueba lo suficiente los nervios de Germana. Hoy serás exquisitamente puntual, pero la tienda está a solo unos minutos a pie de tu apartamento, lo que aún te da un margen de media horita.

Abres la carpeta que contiene tu mecanuscrito y reanudas la lectura donde la interrumpiste.

Capítulo 8

Para Dalia, el momento de montarse en la bicicleta para irse al trabajo era el más feliz del día; esa mañana, sin embargo, su padre la observaba inmóvil desde el marco de la puerta de casa, frunciendo el ceño más de lo acostumbrado.

La chica suspiró y esbozó una sonrisa, a la que el hombre no respondió. Si su padre desaprobaba el trabajo en la villa que le había procurado el contable Borio, solo tenía que decirlo, ¡en lugar de mirarla de reojo como si hubiera sido idea suya! Podía habérselo prohibido, al igual que le prohibía responder a los saludos de los mozos de las tiendas o charlar con dependientas y criadas, dos cosas que, cuando se presentaba la oportunidad, ella hacía de todos modos, siempre que estuvieran fuera del alcance de las miradas de reprobación paternas. También para Dalia la perspectiva de ir a la casa familiar no como propietaria, sino como mecanógrafa, no era nada atractiva y, sin embargo, dado que su padre había aceptado, o al menos no lo había prohibido de forma explícita, lo haría en virtud de un salario muy generoso, que probablemente era la razón por la que él mismo no había puesto objeciones.

En la casa de los Buonaventura el dinero escaseaba; a Dorina, la cariñosa empleada de media jornada, se le debían varios meses de sueldo, y tarde o temprano, a pesar de su afecto por ella, se marcharía.

—Vuestro padre y vos sois mi segunda familia —le confió la buena mujer unos días antes—, pero para cuidar de mi segunda familia, no puedo dejar que a la primera le falte el pan, ¿lo entendéis, señorita?

Dalia se sacudió los malos pensamientos y se dirigió con su bicicleta al centro de la ciudad, que cruzó a un ritmo rápido. Su encargo de trabajar para un conocido escritor había causado un gran revuelo y no quería que la molestaran con preguntas de curiosos, sobre todo porque sabía tanto sobre el asunto como cualquier otra persona, es decir, casi nada. Al salir del pueblo, Dalia giró hacia la carretera provincial; el sol de mayo empezaba a calentar y el frenético pedaleo aumentaba la intensidad de su calor. Sintió que un riachuelo de sudor se deslizaba desde el cuello por debajo de su camisa de algodón algo raída, que había alegrado con los botones de nácar recibidos como regalo de la señorita Girola. Sus mejillas, aunque no podía verlas, se estaban poniendo sin duda tan rojas como las de una muñeca barata, así que Dalia se obligó a ir más despacio, ya que la tarea era lo bastante embarazosa como para presentarse acalorada y despeinada.

Cuando llegó a tiempo a la puerta de la villa, encontró a una mujer esperándola de pie. No era de allí y llevaba un largo delantal blanco con un peto adornado con galones sobre un vestido gris sencillo pero de buena calidad.

—¿La mecanógrafa? —le preguntó sin saludar ni esbozar una sonrisa.

Dalia asintió, omitiendo ella también el saludo, en parte para pagar con la misma moneda la

descortesía de la mujer, en parte porque el paseo en bicicleta la había dejado casi sin aliento.

—Seguidme —ordenó la desconocida.

Dalia se bajó del sillón y se dispuso a seguir a la desconsiderada asistenta, empujando su bicicleta sobre la grava del camino de entrada.

—Entrad —le instó entrando por la puerta de dos hojas mientras Dalia seguía colocando bien su bicicleta, apoyándola contra una columna del porche—. El señor Cerri es un hombre cortés, pero también es muy suyo; intentad no llevarle la contraria.

—Por supuesto —respondió mirando a su alrededor.

Para poder alquilarla, la villa se había saneado: las paredes se habían pintado, el suelo ajedrezado del vestíbulo brillaba como en los lejanos días en que su madre era la señora de la casa, mientras que en las consolas del pasillo que conducía al salón habían reaparecido los preciosos adornos que su padre, años atrás, había hecho que Dorina guardara en los armarios, al no tener ya suficientes sirvientes que se ocuparan de quitarles el polvo.

—Por aquí —le señaló la mujer con un gesto casi imperceptible, que quería indicar que su cliente la esperaba en el salón de la planta baja.

Dalia cruzó el vestíbulo con un ligero temblor, mientras la criada la seguía poco a poco.

—Señor, la mecanógrafa está aquí —anunció.

—¡Excelente! Acercaos, señorita —la invitó una voz masculina desde el salón.

—Ánimo, chica, no os quedéis ahí plantada —le metió prisa la sirvienta, acompañando la invitación con un leve empujón que la sacó de toda duda.

Dalia se encontró por fin más allá de la puerta, que se cerró inmediatamente tras ella, sumida en la oscuridad más total.

La chica miró a su alrededor con incredulidad, se habían corrido meticulosamente las pesadas cortinas de terciopelo y no permitían que ni un solo y diminuto rayo de sol penetrara en la habitación.

—Sentaos, señorita. —La voz de su cliente invisible la animó con la mayor naturalidad posible—. He hecho traer una mesa de mecanografía.

—Se lo agradezco —respondió ella haciendo alarde de despreocupación, mientras los latidos de su corazón se aceleraban por la agitación que le provocaba esta extraña circunstancia. Dalia entrecerró los ojos en un vano intento de discernir los contornos de los muebles, y luego, confiando en la memoria, intentó dar unos pasos cautelosos.

No estaba demasiado familiarizada con esa parte de la casa, que llevaba sin utilizarse desde hacía cinco o quizá seis años; su padre y ella solo ocupaban una pequeña parte de la planta baja, y nunca iban más allá de la imponente escalinata de mármol, donde se encontraban el salón, el comedor y la hermosa sala de estar amueblada a la francesa que en su día fue el cuartel general de su madre.

Dalia dio otro par de pasos y por fin pudo entrever a su cliente, o más bien su silueta, sentado en un sillón frente a una de las puertas acristaladas, como si disfrutara de la vista del parque a través de las fundas de terciopelo.

Los ojos de Dalia empezaron a adaptarse a la oscuridad, hasta el punto de que ahora podía adivinar, a un par de metros de la butaca que ocupaba Nuto Cerri, el pequeño escritorio que hasta hacía poco tiempo se encontraba en su dormitorio. Al intentar alcanzarlo, tropezó primero con la alfombra y luego con un puf, cuya ubicación debía de haber cambiado el inquilino o su antipática

criada.

—¿Estáis bien, señorita? —preguntó la voz desde la oscuridad mientras ella, con las palmas de las manos extendidas, se familiarizaba con su puesto de trabajo.

A Dalia le habría gustado responderle que no, que no le parecía en absoluto nada bien tener que deambular por aquel antro oscuro corriendo el peligro de partirse el cuello cuando la habitación que ocupaban tenía seis puertas acristaladas orientadas al sur, lo que la convertía en la más luminosa de toda la villa.

—Estoy bien, gracias —respondió en cambio, invadida por una creciente ansiedad, mientras buscaba a tientas la silla para sentarse en su sitio. Dalia palpó la superficie del escritorio para asegurarse de que estaba despejada; al hacerlo, sus dedos encontraron arañazos en la madera que se habían creado tras años de uso. Conocía esas marcas una por una y recordaba en qué circunstancias había aparecido cada una; el contacto con esas cicatrices tan familiares la tranquilizó, permitiéndole recuperar la calma necesaria para abrir el maletín de la máquina de escribir y colocarla frente a ella.

Si su cliente realmente tenía intención de hacerla trabajar a oscuras, lo haría: «Las buenas mecanógrafas no necesitan mirar las teclas», le había repetido siempre la señorita Pellissero cuando la sometía a largos ejercicios de mecanografía con los ojos vendados. Ahora, lo que siempre le había parecido un ejercicio estoico y algo ocioso, por fin iba a serle útil.

Después de colocar el papel en el carro, Dalia tuvo que preguntarse por qué el inquilino había decidido privarse de la luz y, sobre todo, de la hermosa vista del parque corriendo las cortinas. Mientras esperaba las instrucciones del extravagante escritor, pensó de nuevo en las palabras del contable Borio sobre una herida que Nuto Cerri había recibido en una batalla no identificada, y su imaginación empezó a galopar: quizá una bala le había rozado los ojos y ahora su mirada herida ya no toleraba la luz del sol, lo que explicaría las cortinas corridas; o quizá el calor abrasador de una explosión le había dado de lleno en toda la cara, quemándole gravemente y dándole un aspecto monstruoso. Incluso tener una cara desfigurada de manera horrible, reflexionó Dalia, podría ser una razón muy válida para querer permanecer en la oscuridad y ocultarse a la vista de los demás. Dalia se acordó de un tal señor Mauro, empleado en la fábrica de cerillas de su padre, que había sido alcanzado por la metralla durante la Gran Guerra. El pobre señor Mauro tenía un ojo medio cerrado y la piel de la cara toda arrugada y con un desagradable color púrpura; de niña, la visión de ese pobre hombre le suscitaba sentimientos entremezclados de compasión y repulsión; el señor Mauro era sin duda muy consciente del efecto que su rostro destrozado causaba en la gente, pero iba por ahí con la cabeza bien alta, sin importarle.

—Quien ha mirado a la muerte a la cara —le había dicho la sabia Dorina— no tiene miedo de mirar a su prójimo a la cara.

Sin embargo, no todo el mundo tenía la fortaleza anímica del señor Mauro, y este podría ser el caso del famoso Nuto Cerri, quien prefería ocultar su deformidad en las tinieblas, como el protagonista de *El fantasma de la Ópera*, una novela que había encontrado años antes entre los libros de su madre. Dalia desterró de su mente aquellos pensamientos macabros y, a la vez, intrigantes y, haciendo acopio de todo su valor, se atrevió por fin a dirigirse a su cliente.

—Cuando queráis, estoy preparada.

Al anuncio de Dalia le siguieron un puñado de interminables minutos de silencio, intercalados con el chisporroteo de una cerilla y el brillo anaranjado de un cigarrillo.

«*Confundida y agotada, la marquesa Matilde Aldobrandi suspiró*», comenzó a dictar finalmente la misteriosa silueta oscura.

Sin titubeos, Dalia comenzó a hacer que sus dedos trotaran por el teclado, bendiciendo una vez más a la vieja señorita Pellissero y sus particulares métodos de enseñanza.

«*Su pecho blanco —coma— aprisionado en el rígido corpiño —coma— subía y bajaba frenéticamente por la falta de aire —punto*», continuó dictando su cliente.

¿Una novela romántica?

«*Tratando de recuperarse —coma— la bella Matilde se abandonó exhausta encima de un antiguo asiento de piedra —coma— colocado cerca de una espaldera sobre la que trepaba una planta de jazmín —coma— cuyas flores exhalaban un perfume embriagador y voluptuoso —punto.*»

Sí, ya no había ninguna duda, el texto que el hombre le estaba dictando era efectivamente una novela romántica, ¡y de las más cursis que circulaban por ahí!

Dalia no pudo contener una mueca de disgusto, que de todas formas ocultó la oscuridad.

El contable Borio le había dicho que el apreciado Nuto Cerri escribía relatos inspirados en las campañas militares en las que había tomado parte como voluntario, pero evidentemente «el osado escritor», como le llamaban sus admiradores, se había entregado a un género más frívolo y popular: la guerra asolaba ya una buena parte de Europa, reflexionó Dalia mientras proseguía con su trabajo de mecanografía, y, según la opinión general, pronto involucraría también a Italia; si en tiempos más tranquilos a la gente le gustaba entretenerse con las gloriosas hazañas del ejército italiano en las exóticas colonias del Imperio, ahora que la guerra llamaba a las puertas de casa probablemente se inclinaba más por sumergirse en historietas desenfadadas y algo impúdicas, como las de la marquesa Matilde Aldobrandi. Entre el tecleo de una palabra y otra, Dalia observaba al hombre, que, según podía vislumbrar en la oscuridad, permanecía apoyado en el respaldo de la butaca, con la cabeza echada hacia atrás, y que parecía en éxtasis místico, como si las musas en persona le susurraran al oído las empalagosas proezas de la marquesa.

¡Qué concentración tan sublime para contar la historieta sentimental de siempre!

Dalia no había leído muchas novelas románticas por entregas, pero las pocas con las que se había entretenido tenían prácticamente el mismo argumento: una protagonista hermosa, inquieta y algo ingenua, por no decir tontorrón, a punto de mancillar sus votos matrimoniales con un joven amante. Aunque su virtud aún seguía intacta, su reputación estaba siendo minada por el villano de turno que, claro está, la deseaba. Tras varias vicisitudes y muchos suspiros, todo volvía a su sitio: la protagonista se reunía con su marido, enviando al estudiante, poeta o cochero de turno a freír espárragos sin demasiadas contemplaciones, mientras que el villano de la historia era castigado de forma contundente, a veces por la mano de un personaje positivo, a veces por el mismo destino, que, en las novelas de ese género, ensalzaba a los buenos y se ensañaba con los malvados. Dalia sacó la primera hoja del carro e introdujo rápidamente la segunda; sus dedos volaban veloces sobre las teclas sin ver las letras, pero no poder ver lo que escribía le resultaba incómodo. Una vez que saliera de la oscuridad, se vería obligada a tragarse de nuevo las hazañas de la marquesa Matilde, en busca de cualquier error tipográfico. Hablando de errores, la protagonista acababa de cometer uno, y bien grande, al dejar una nota para su galán en un arbusto de su jardín. De hecho, la marquesa no sabía que su cuñado, movido por sentimientos encontrados de amor y de odio, la había seguido. ¡Pobre marquesa, tan enamorada, tan tontita y

con una familia tan degenerada! El escritor encendió otro cigarrillo y, por un instante, a la fugaz luz de la cerilla, Dalia intuyó su perfil, pero el breve lapso en el que se consumió la llama no le permitió identificar la horrenda cicatriz que, imaginaba, le desfiguraba el rostro. Cada vez que la voz del hombre se detenía, la punta del cigarrillo que fumaba se hacía más brillante, tras lo cual el dictado se reanudaba tedioso e inexorable.

Aunque respetaba el deseo de confidencialidad del escritor, Dalia empezaba a hartarse de teclear en la oscuridad, pero por suerte el episodio narrado estaba a punto de terminar: ahora el malvado cuñado se haría con la nota de amor y...

Sirvientas y costureras tendrían que esperar hasta el domingo siguiente para saber a qué atroz maldad se vería sometida la tonta de Matilde. El escritor se interrumpió, cogió algo de la mesita junto a la butaca, y a ese gesto le siguió el sonido de un líquido vertido en una copa, que Dalia imaginó que era coñac o brandi.

«La marquesa se despertó en su suntuosa cámara nupcial —coma— sin saber los diabólicos complots que se tramaban contra ella —punto.»

¡Otro capítulo!

Dalia colocó con resignación otra hoja de papel en el carro.

Cuando, después de tres horas consecutivas de teclear en la oscuridad, Dalia regresó por fin al despacho del contable Borio, se encontró con un grupo de curiosos al acecho, listos para ametrallarla con una ráfaga de preguntas. Dalia observó al pequeño auditorio, compuesto por las lenguas más afiladas y los oídos más voraces del vecindario, que parecían haberse citado en el cuchitril del contable: la viuda Monti, la señorita Marietta, sus jóvenes y parlanchinas dependientas e incluso el señor Fruttero, que, aunque no era devoto del antiguo arte del chismorreó, sin duda veía en el recién llegado un potencial inversor para sus extraños negocios.

—¿Cómo ha ido en casa del señor escritor? —preguntó primero su jefe—. ¿Quedó satisfecho con el servicio?

—No se ha quejado —respondió ella con evasivas.

Dalia no tenía ninguna intención de contar que había trabajado al dictado de un excéntrico desconocido en una habitación completamente oscura; revelar semejante detalle habría dado a esos cotillas material suficiente para chismorrear durante toda una temporada e, incluso, tal vez unas semanas más. Por otro lado, si su padre descubría esa extravagancia, la habría hecho renunciar a su trabajo, causándole problemas al señor Borio y dejando a la pobre Dorina otro mes sin sueldo. Para mandar al garete sus vidas solo faltaría que la buena sirvienta se viera obligada a abandonarlos; en ese desafortunado caso, le tocaría a ella ocuparse de la casa y de las comidas, tareas para las que, al haber empezado a trabajar cuando solo tenía trece años, no estaba capacitada en absoluto.

—Háblanos de la Condesa —chilló Elvira, la más joven de las vendedoras de la mercería.

—Creo que es una marquesa —le contestó Dalia yendo a apoyar el maletín de la máquina de escribir encima de su escritorio y callándose al instante, consciente de las exigencias de confidencialidad que había recibido del contable Borio sobre los escritos de Nuto Cerri.

—¡Sea condesa o marquesa, sigue siendo un pendón! —declaró la viuda Monti con una indignación que a Dalia le pareció exagerada para la protagonista de una novela por entregas—.

Traicionar así a su marido —continuó la mujer con su invectiva.

La marquesa Matilde, por lo que Dalia había tecleado ese día, aún no había traicionado a su marido, aunque estaba pensando en ello. Monti debía de referirse a otra novela por entregas, lo que confirmaba la teoría de Dalia de que las novelas sentimentales eran todas más o menos idénticas.

—No es una marquesa, sino una condesa —protestó Elvira—. Condesa Viola Constanza de Bonlieu —reiteró la chica pronunciando con énfasis ese largo nombre.

—Cállate, Elvira —le exigió la viuda Monti—. ¿Sabes cuándo se publicará la próxima novela de Nuto Cerri, querida Dalia?

—No sé nada —se escudó Dalia—, solo escribí lo que me dictó.

—Y de lo que ha tecleado, no puede revelar nada —se metió el contable en la conversación—. Debemos garantizar a nuestro cliente la máxima confidencialidad.

Los presentes, aunque a regañadientes, asintieron con comprensión.

—¡Pero a quién le importan sus novelitas patrióticas! —volvió la joven Elvira al ataque—. Quiero saber cosas sobre la Condesa. ¿La ha llevado con él a la villa?

—Espero que no —intervino la señora Monti—. ¡La Condesa es una mujer casada, y nosotros no queremos ningún escándalo aquí!

—Por supuesto que los queremos —se rio Rachele, la vendedora a punto de casarse—. Es que por aquí nunca pasa nada, y un pequeño escándalo animaría el ambiente.

—Basta ya, chicas —las reprendió la señorita Girola—. En mi opinión, vuestra Condesa ni siquiera existe.

—En cierto modo tenéis razón —intervino la viuda Monti—. He oído que la condesa Viola Costanza de Comosellame no es más que el *nom de plume* tras el que se esconde una escritora de noveluchas baratas, una desvergonzada que se entretiene con un soltero a pesar de ser una mujer casada.

—No sabemos si está casada —la contradijo Rachele—, pero sin duda es la amante del señor Cerri, eso todo el mundo lo sabe.

—¡Qué vulgaridad, Rachele! Por lo que sabemos, el señor Cerri es un hombre respetable —declaró la señorita Marietta—. ¿Te ha parecido a ti un hombre respetable, Dalia? —preguntó con aprensión.

—¡Muy respetable! —trató de zanjar el asunto Dalia dando la respuesta menos peligrosa, en un intento de dispersar la multitud de curiosos lo más rápido posible y poder concluir su jornada laboral—. Y no vi a ninguna mujer con él —añadió, a pesar de que no entendía mucho acerca de la Condesa esa de la que parloteaban, salvo que le quedaba claro que no era un personaje literario, sino una mujer de carne y hueso—. En la villa no había nadie más, aparte de Nuto Cerri y una vieja criada que, sin duda, no es ni condesa ni marquesa.

—Lástima —suspiró Elvira—, me hubiera encantado conocer a la Condesa; sus novelas por entregas son las más románticas y atractivas que he leído en mi vida.

—Cuéntanos cómo es Nuto Cerri —la exhortó Rachele—. ¿Es alto?

—No sabría decir si es alto —admitió Dalia un poco aturdida ante tanta curiosidad—, siempre ha estado sentado.

—¿Quieres decir que ni siquiera se levantó para saludarte? —se indignó la viuda Monti—. Eso no fue nada educado por su parte.

—Los escritores son personajes excéntricos —minimizó la señorita Marietta—, y cuando se ven atrapados por la inspiración se olvidan de las convenciones sociales. ¿Cuántos años calculas tú que tiene?

—No tengo ni idea —contestó Dalia exasperada a esas alturas, tratando de reprimir el impulso de mandar a la porra a ese atajo de chismosos.

—Nuto Cerri es un fascista desde el principio —les informó la viuda Monti—; dicen que estuvo presente en la fundación de los Fascios Italianos de Combate en 1919, así que supongo que no puede tener menos de treinta y ocho o quizá cuarenta años.

—Cuarenta años —susurró la señorita Marietta satisfecha—. ¡Una edad absolutamente perfecta para un hombre!

—¿Os pareció rico, señorita Dalia? —preguntó el señor Fruttero, como si olvidara lo que había sucedido el día anterior en su casa, quien hasta ese momento había estado en silencio e inmóvil contra la pared.

—Por supuesto que es rico —intervino el contable Borio—; si no lo fuera, no habría alquilado Villa Buonaventura para todo el verano; y debe de pagar un buen alquiler; de lo contrario, el ingeniero no habría hecho pintar las paredes.

La charla, que hasta ese momento había logrado manejar Dalia, se estaba volviendo incómoda. Aquellas malas lenguas hablaban de su padre y de sus finanzas como si ella no estuviera presente o, peor aún, como si no la consideraran parte efectiva de la familia Buonaventura; lo cual podía tener su lógica, ya que ella trabajaba y vivía entre ellos como una chica normal y corriente, a diferencia de su padre, que, tras la quiebra de la fábrica, estaba casi siempre atrincherado en su casa y, las pocas veces que se le veía por allí, seguía mirando a todo el mundo por encima del hombro.

Ahora la conversación se había desplazado de los presuntos amores a las posesiones mundanas del escritor y continuaba animadamente, sin que fuera necesaria su contribución. Dalia sacó de una carpeta las hojas tecleadas en el oscuro salón de Villa Buonaventura y, sin que nadie le prestara atención, empezó a recorrer cada línea en busca de posibles errores de mecanografía.

En la tarde de ese mismo día, Dalia se dirigió a la Ca' rossa no para charlar con su amiga Ester, sino para impartir su primera clase de mecanografía.

—¡Buenas tardes, Dalia! —La señora Levi y sus dos hijas menores estaban en el jardín, sentadas sobre una manta, empeñadas en sorber un té imaginario en minúsculas tazas de juguete.

—¿Os gustaría participar en nuestro pícnic, *madame* Dalia? —la invitó la joven Anna con un gesto relamido mientras Dalia apoyaba su bicicleta contra un árbol y desataba del portaequipajes el maletín que contenía la Olivetti roja—. Tenemos té y un montón de cosas deliciosas —añadió la niña mostrando con un gesto semicircular el amplio surtido de manjares invisibles.

—Todo cosas ligeras que no le quitarán el apetito para la cena —bromeó la señora Levi—. Pero la querida *madame* Dalia no puede entretenerse con nosotros; la espera la señora Ester en su habitación.

Recibida, aunque de forma inusual, la información que necesitaba, Dalia se despidió de las tres damas con una respetuosa reverencia y, entrando por la puerta principal, subió las escaleras de piedra gris que llevaban al primer piso, donde se encontraban los dormitorios.

—Adelante —oyó que respondía Ester tras un ligero toque en su puerta. La habitación de Ester, como el resto de la casa, era acogedora y un poco caótica: las paredes estaban pintadas de azul y repletas de cuadros y cuadritos de escaso valor que, sin embargo, alegraban el espacio, mientras que la cama de hierro forjado estaba pintada de un rojo chillón que no tenía nada que ver con el resto del mobiliario. El conjunto era singular y agradable, justo como la persona que ocupaba esa habitación.

—Hola, Ester. ¿Estás lista para tu primera clase?

—No haremos ninguna clase —anunció su amiga sonriendo e invitándola a sentarse en la butaquita que estaba delante de la suya.

—Pero el contable dijo que tu madre...

—Quiere que aprenda mecanografía, lo sé. La verdad, sin embargo, es que quería echarle una mano al contable para que pueda recuperarse tras la visita de los camisas negras, sin herir su amor propio ofreciéndole dinero en efectivo.

Dalia asintió. Ya había adivinado las intenciones de la señora Levi, pero había supuesto que de todos modos tendría que impartir las clases a su amiga Ester.

—Y también hay otra razón por la que mi madre organizó esta pequeña comedia —sonrió—: quiere que tenga un poco de compañía. Como ya te dije anteayer, después de lo sucedido no es prudente que nos alejemos de la Ca' rossa; además, hace tiempo que no tenemos visitas. La gente tiene miedo de arriesgarse al venir a vernos.

Lo que la gente temía, desgraciadamente, tenía una base de verdad; los periódicos daban a menudo noticias de personas que, por haber tenido algún gesto amable y habitual con los judíos, como ofrecer un regalo a un compañero obligado a dejar su trabajo a causa de las leyes raciales, habían sido arrestadas bajo la improbable acusación de «pietismo».

—Pero yo habría venido a verte de todos modos, incluso sin este subterfugio.

—Lo sé —sonrió—, pero mamá quiere que vengas aquí sin quitarte tiempo de tu trabajo.

Dalia se sintió halagada y, al mismo tiempo, humillada: sabiendo la penosa situación económica en la que se encontraban su padre y ella, su mejor amiga pretendía pagar para pasar tiempo juntas. A Dalia le habría gustado negarse con firmeza, pero esto habría significado hacerle perder dinero al contable Borio, que lo necesitaba más que nunca en ese momento.

—Quiero pasar todo el tiempo posible contigo —prosiguió Ester con un tono triste, casi suplicante—, no solo porque me aburre estar encerrada. —Su voz comenzó a vibrar con el llanto—. La verdadera razón es que pronto nos marcharemos de aquí.

—¿Os marcháis de aquí? —Dalia se levantó de la butaquita en la que acababa de tomar asiento—. ¿Cuándo y adónde?

—No puedo responder con exactitud a ninguna de las dos preguntas —dijo invitándola a sentarse de nuevo con un leve movimiento de sus hermosos ojos azules—. Seguramente nos iremos al extranjero: Suiza, Inglaterra, o quizá incluso Australia o Sudamérica; eso depende.

—¿Depende de qué? —preguntó Dalia dejándose caer de nuevo en la butaquita.

—Del dinero, querida mía —sonrió Ester como si quisiera añadir que era una respuesta más que obvia—. Los fascistas están encantados con lograr que hagamos las maletas, pero sin nuestro dinero. Mamá dice que trasladar capitales al extranjero es algo difícil y peligroso, y que solo sabremos cuál será nuestro destino cuando lo hayamos conseguido.

—¿Así que podríais marcharos dentro de unos días o de muchos meses?

—Mejor pronto que tarde, dice mi madre. Una vez que nos hayamos establecido en otro lugar y tengamos la posibilidad de disponer libremente de nuestro dinero, tal vez podamos hacer algo también por papá. Quién sabe, quizá con un poco de suerte o con el apoyo de las personas adecuadas, alguien pueda ayudarle a escapar del pueblecito al que lo han desterrado y conseguir su expatriación para que pueda reunirse con nosotras.

—Entonces, espero que podáis marcharos lo antes posible —declaró Dalia mientras unas incipientes lágrimas empezaban a nublar su vista—, aunque no puedo imaginar qué voy a hacer sin ti.

—No pensemos en eso ahora —dijo Ester improvisando la misma risita falsa que Dalia había escuchado ya el día anterior—. Cuéntame algo, tú te pasas el día en tu bicicleta, mientras que yo permanezco aquí encerrada en la Ca' rossa. Hasta que nos vayamos, ¡serás mi noticiero cinematográfico privado! ¿Ha pasado algo interesante hoy?

Dalia se secó las lágrimas con el pañuelo, su vida en general era bastante monótona y carente de acontecimientos emocionantes; sin embargo, ese día le había ocurrido algo realmente singular.

—Hoy he escrito al dictado para un famoso escritor —comenzó—, y estábamos a oscuras.

Capítulo 9

¡Otra vez sémola! Insípida, aclarada, ardiendo, ¡sémola! En opinión de Germana, la sémola es la panacea para cualquier dolencia, una medicina que hay que administrar a diario para prevenir cualquier enfermedad. Según Germana, el poder taumatúrgico de la sémola es casi infalible, siempre que se sirva y se consuma a una temperatura justo por debajo de la de ebullición. Cuidado con dejar que la sémola se enfríe en el plato, porque fría perdería toda su eficacia y, probablemente, incluso sería nociva.

Hoy, sin embargo, hay algo diferente, pero no en la sémola, que, por desgracia, es siempre e inexorablemente idéntica a sí misma, sino más bien en el ambiente doméstico.

Estás en el comedor, un espacio largo y estrecho atravesado por una mesa en la que podrían sentarse tranquilamente una docena de comensales y que, en cambio, ocupas tú sola; pero esto tampoco constituye una novedad. Compraste esa mesa con patas torneadas hace muchos años en una subasta benéfica, no con la perspectiva de utilizarla para los invitados, sino por el mero hecho de que era un hermoso mueble con una historia intrigante. En efecto, había pertenecido a una noble rusa, que se había refugiado en Italia tras la Revolución de Octubre y había pasado sus últimos y melancólicos años en una villa en las colinas turinesas.

A estas alturas la sémola ya ni siquiera humea, y tú sigues removiéndola sin inmutarte, mirando a la nada: ¡una circunstancia realmente extraordinaria! Cualquier otro día Germana se te habría cuadrado, obligándote a tragar la sémola hirviente y montándote una escena que te habría quitado el apetito y a ella le habría provocado un ataque de hambre nerviosa, a la que habría puesto remedio escondida en la cocina rebañando el plato que no te habrías comido. Aunque no sea idílica, la convivencia entre tu criada y tú se rige por una especie de equilibrio en el que nada se crea, nada se destruye y, sobre todo, nada se desperdicia. Ahora mismo, de todas formas, Germana se encuentra en la fase más aguda de su cólera, que, para ser sinceros, también te resulta la menos molesta: el enfado silencioso. Cuando has vuelto de visitar tu tienda, confundida y aturdida por la lectura de tu texto manuscrito, no ha dicho ni una palabra, sino que se ha limitado a hacerte un gesto para que te sentaras a la mesa. Germana se acerca en silencio y se lleva tu plato de sémola, que sustituye por una ración de pescado al horno acompañada de verduras rehogadas. A excepción de la sémola, Germana es una buena cocinera.

Mientras saboreas lentamente cada bocado, piensas de nuevo en las páginas que escribiste esa mañana y que luego has releído con tanta avidez y asombro, casi como si no fueras tú la autora. Pinchas con el tenedor una rodaja de calabacín y antes de llevártela a la boca la observas con curiosidad, como si escondiera la respuesta a tus preguntas, de las cuales la principal es: ¿eres tú en realidad la autora de esas páginas? Evidentemente, en sentido estricto, lo eres; han sido tus manos, tus largos y ágiles dedos de mecanógrafa los que han impreso cada carácter sobre el papel y lo que has escrito pertenece sin duda a tu pasado: lugares, personas y diálogos presentes

en algún cajón remoto de tu mente, acontecimientos en los que hace tiempo que no pensabas, pero que probablemente no se habían desvanecido por completo de tu memoria, como ocurrió en cambio con los dos meses anteriores a tu *pequeño incidente*. Mientras degustas un trozo de patata, te vienen a la mente las palabras de la señorita Pellissero: «Los dedos tienen una memoria portentosa, lo importante es permitirles que la desarrollen».

Tal vez, cuando hablaba de la memoria de los dedos, tu profesora se refería solo a la capacidad de recordar la posición de las teclas, pero ahora en tus manos hay algo más, una habilidad cuya existencia probablemente la señorita Pellissero no sospechaba. Te preguntas si lo que te ha ocurrido esta mañana volverá a sucederte y cuáles serán los próximos acontecimientos de tu existencia que las teclas de la Olivetti sacarán a la luz. Un golpe sordo, seguido de un tintineo de añicos, te arranca de tus pensamientos.

—¿Todo bien ahí? —le preguntas a Germana, que se dedica a reordenar la cocina.

—Un frasco —murmura—, se ha roto un frasco.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntas pensativa—. ¿Acaso te has cortado?

Un murmullo inarticulado te informa de que no, que no se ha cortado y que tu ayuda es lo último que necesita.

¡Ah, Germana! ¡Germana gruñona y obsesiva!

Si no te hubiera interrumpido con su imperiosa necesidad de aspirar cada rincón de la casa, podrías haber seguido escribiendo, recorriendo tu vida año tras año, hasta...

Se te cae el tenedor sobre el plato, ahora ya vacío, produciendo un agudo tintineo: quizá los dos meses anteriores al incidente, los que ni siquiera recuerdas haber vivido, también se conservan en tus dedos.

Solo tendrás que seguir escribiendo hoja tras hoja, episodio tras episodio, página tras página para sacar a la luz lo que tu mente no ha retenido. Lo recordarás todo; ¡incluso adónde ibas el día de tu *pequeño incidente*, llevando uno de tus mejores vestidos y con una insignificante anilla de cortina en el bolsillo!

—Germana, he terminado —anuncias—. Hoy nada de café, me retiro a mi estudio, no me molestes por nada del mundo.

Esperas a que Germana responda con su habitual murmullo, que te resulta imposible traducir, pero que expresa perfectamente toda su desaprobación, y luego te metes en el estudio, cerrando la puerta con una vuelta de llave. Siempre ha sido tu habitación preferida, la que has amueblado con el mayor esmero: las paredes están cubiertas con un papel pintado de un suave amarillo dorado, decorado con motivos de pequeños lirios florentinos; tu escritorio es un buró del siglo XVIII todo lleno de incrustaciones y de casilleros y cajones; la silla Louis Philippe tiene los brazos y el asiento acolchados y están forrados de brocado marfileño, idéntico al que recubre el sofá de estilo imperio adosado a la pared. Junto al sofá hay una mesa de centro del siglo XIX con la característica forma de judía sobre la que descansa una lámpara Tiffany, cuya base consiste en una delgada y esbelta figura femenina que sostiene una cúpula de cristal multicolor. Cada objeto de tu estudio tiene su propia historia, mejor dicho, en esa habitación has reunido las piezas más valiosas y con las historias más significativas, pero este no es el momento de recordarlas. Ahora solo hay una historia que te importa, y es la tuya.

Te sientas, sacas una hoja en blanco de uno de los muchos cajones del escritorio y la introduces en la Olivetti roja. Colocas los dedos sobre el teclado y esperas a que las yemas se

vean invadidas por ese hormigueo que esta mañana ha precedido a la misteriosa danza de tus manos sobre las teclas.

Nada.

Pasan los minutos y tus dedos permanecen inmóviles a escasos milímetros de las teclas, sin que ocurra nada.

Sigues a la espera.

Ahora sí que los dedos te hormiguean, pero no es el picor creativo que experimentaste esta mañana, es solo el entumecimiento causado por la inmovilidad a la que has forzado tus manos. Abandonas la silla y recorres con nerviosismo la habitación a todo lo largo.

Los momentos de paseos convulsos arriba y abajo del estudio se alternan con interminables cuartos de hora pasados en tu escritorio mirando el teclado de la Olivetti, todo ello acompañado por el tictac del reloj de pared que te recuerda inexorablemente cuánto tiempo has perdido ya sin haber tecleado ni una sola línea: una hora, dos, tres...

Te dejas caer de nuevo sobre los cojines del sofá, exhausta: en tu carrera como mecanógrafa, después de estar al servicio de Nuto Cerri, tuviste ocasión de trabajar con otros escritores y recuerdas haberlos visto retorcerse las manos, hacer muecas y deambular obsesivamente de una punta a otra de la habitación, justo como has empezado a hacer tú ahora, cada vez que el flujo de su creatividad sufría una parada. A veces bastaba una palabra que no podían encontrar, un adjetivo que se les resistía, un adverbio escurridizo, para sumirlos en el desánimo. Algunos de tus clientes lo llamaban «bloqueo del escritor», es decir, la imposibilidad de plasmar en el papel lo que estaban seguros de tener ya en la cabeza. En esos momentos, permanecías inmóvil y un poco aburrida frente a la Olivetti roja, a veces ligeramente incómoda si la impaciencia de los escritores se expresaba con demasiada vehemencia, pero siempre serena y lista para teclear a la primera orden. Los trabajos de transcripción se pagaban en función de la longitud de los textos, pero en los de dictado se pagaba una tarifa por hora, de modo que, aparte del aburrimiento y de la incomodidad, no tenías nada que perder con los momentos de *impasse* de tus clientes, por lo que no te importaba mucho su estado de ánimo.

¡Qué insensibles eras!

Un cauteloso toque en la puerta se interpone entre tu compulsivo deambular por la habitación y tú. Te detienes: el suave golpe forma parte del protocolo de rabia silenciosa activado por Germana.

—¿Qué quieres? —preguntas antipática.

—Para cenar, señora, ¿qué le preparo?

—Café con leche y galletas —le pides pese a no tener apetito, pero sabiendo que, si dices que no quieres cenar, podría ponerse muy nerviosa y afectaría negativamente a tus proyectos de escritura—. Sírreme la cena en el estudio —le ordenas.

—¡Ya volvemos a las andadas! —la oyes refunfuñar mientras se aleja.

—¿Cómo que volvemos a las andadas? —le preguntas sin obtener respuesta.

—¿Qué querías decir antes con eso de «volvemos a las andadas»? —le preguntas mientras cruza el umbral con la bandeja del café con leche.

—Yo no he dicho tal cosa, señora —niega ella dejando la bandeja sobre la mesita con forma de judía—. Si no manda usted nada más, me gustaría retirarme.

—Por supuesto, Germana —la despides insatisfecha con su respuesta, pero consciente de que no podrás sacarle nada más. Ahora ha pasado a la siguiente fase de su berrinche, aquella en la que vuelve a hablar, pero de manera formal y condescendiente, como una asistente en una obra de teatro. Vuelves a cerrar la puerta con llave y, sentada en el sofá, te dispones a comer tu modesta cena. Pruebas el café con leche, pero desistes inmediatamente por la temperatura inadmisibile. ¡Es una verdadera manía de Germana la de ofrecerte líquidos incandescentes! Ahora mordisqueas un par de galletas, son tus favoritas, las que tienen un borde dentado y un agujero en el centro que hace que parezcan margaritas.

La cálida luz del atardecer entra de refilón por la única ventana, regalando a la tapicería un tono rosado. Vuelves de nuevo a intentar acercarte al café con leche, pero la taza sigue ardiendo, así que decides llevártela contigo a tu escritorio, para intentar volver al trabajo. Te sientas delante de la Olivetti, acaricias su laca roja y colocas las manos sobre las teclas redondas y brillantes: «¡Por favor, amiga mía, ayúdame», le pides en voz baja sin obtener respuesta, lo que no te sorprende, ya que estás hablando con un objeto que, aunque sea extraordinario, sigue siendo inanimado. Además, el prodigio de esta mañana, si es que de un prodigio se trataba, no residía en la hermosa máquina de escribir, sino en tus dedos.

Las tonalidades rosas se han desvanecido de las paredes, cuyo amarillo dorado se ha convertido en bronce; el sol se está poniendo y la habitación se sume en una penumbra que se hace más espesa minuto a minuto.

Decides ir a encender la lámpara; acabas de levantarte cuando notas una sensación de hormigueo que se libera del centro de las manos y que luego se irradia hacia cada uno de los dedos. Vuelves a caer en la silla, el suave acolchado amortigua el impacto, las manos toman posición sobre las teclas de la máquina de escribir casi sin que te des cuenta, y la frenética y misteriosa danza de tus dedos empieza de nuevo.

Capítulo 10

«*La marquesa Matilde Aldobrandi se llevó el dorso de su hermosa manita a su nivea frente —coma.*» En la ya familiar oscuridad del salón de Villa Buonaventura, Dalia tecleaba veloz en la Olivetti MP1 bajo el lento dictado de Nuto Cerri.

Durante aquellas extravagantes sesiones de mecanografía, que a esas alturas duraban ya una semana, Dalia había seguido preguntándose por qué el escritor quería trabajar a oscuras, y la hipótesis por la que se inclinaba seguía siendo la de un rostro desfigurado por una herida de guerra, que, sin embargo, aún no había podido confirmar. En el despacho del contable Borio, en los últimos días, se había producido un gran bullicio de cotillas que habían compartido las noticias, o más bien los chismes, de los que estaban en posesión con la esperanza de recibir otros a cambio. Gracias a aquellas chácharas, Dalia se había enterado de varias cosas sobre Nuto Cerri; por ejemplo, que era huérfano de padres, que habían muerto de gripe española cuando él era solo un niño; que había interrumpido sus estudios de Derecho para dedicarse al periodismo; que destacaba en el remo; que en 1922 había participado en la marcha sobre Roma; que nunca se había casado, ni había noticias de compromisos truncados, y, por último, que desde hacía un par de años se le atribuía un romance con una escritora de novelas por entregas de la que solo se conocía su seudónimo, la notoria Condesa que tanto intrigaba a las jóvenes vendedoras de la mercería. Dalia había oído de todo sobre la Condesa: había quien juraba conocer su verdadera identidad, quien afirmaba haberla visto pasear por Turín seguida por una cola de jóvenes estudiantes que la adoraban, quien decía incluso haberla conocido antes de que se convirtiera en una escritora famosa, cuando solo era una humilde costurera. Mientras se dedicaban interminables comentarios a la Condesa, nadie parecía saber nada ni estar especialmente interesado por las heridas que Nuto Cerri había sufrido en sus hazañas militares, por lo que a Dalia no le quedaba más remedio que seguir tecleando en la oscuridad, consumida por la curiosidad.

«*Le pareció que la habitación daba vueltas a su alrededor como un torbellino*», continuó el dictado.

—Espere, señorita, escriba «*daba vueltas horriblemente*». No, es mejor «*como un torbellino*».

—Dalia se quedó con los dedos suspendidos a un centímetro de las teclas esperando a que Cerri eligiera qué expresión era la más adecuada para describir el mareo de la protagonista de su novela por entregas.

El despacho del contable no solo se había convertido en centro de reunión de los cotillas en busca de indiscreciones sobre la Condesa, sino también de un buen número de lectores interesados, casi todos ellos jóvenes frequentadores de la Casa del Fascio, ansiosos de obtener alguna información anticipada sobre la próxima aventura bélica de su ídolo literario. Dalia habría dado cualquier cosa, incluso los bonitos botoncitos de nácar de su blusa, por ver las caras de

aquellos admiradores del «escritor combatiente» cuando se encontraran delante de sus narices, en vez de las hazañas de un osado militar italiano, el «torbellino» —o tal vez «horrible», eso aún estaba por decidir—, con que se describía el mareo de la marquesa Matilde.

Tras unos minutos de silencio, Dalia percibió el chisporroteo de una cerilla que anunciaba el encendido del enésimo cigarrillo. «*Como un torbellino*», decretó finalmente el escritor. «*Le pareció que la habitación daba vueltas a su alrededor como un torbellino —coma— la marquesa se desplomó sobre el canapé de raso carmesí.*»

—Al principio del capítulo, el canapé era de raso rosa —dejó caer Dalia, a quien la oscuridad y el aburrimiento habían vuelto inquieta.

Su involuntaria intromisión fue seguida de un silencio que Dalia percibió cargado de indignación. Dalia tragó saliva, como si tuviera la esperanza de tragarse así sus últimas palabras.

No debería haberse permitido ese comentario: «Una mecanógrafa debe transcribir, no escribir», le había repetido la señorita Pellissero hasta el agotamiento. Una vez, como ejercicio, la profesora le dio una paginita escrita con una letra horrible y una gramática igualmente deplorable para que la pasara a máquina. Dalia empezó a corregir las faltas de ortografía y luego, llevada por un exceso de celo, había arreglado algunas frases cuya estructura dejaba mucho que desear, incluso a los ojos de una chiquilla de solo trece años.

—Las faltas de ortografía hay que corregirlas —le confirmó la profesora—; de lo contrario, parecerán errores tuyos, pero por lo demás a ti no te corresponde hacer cambios o mejoras. Los clientes podrían tomárselo a mal.

—¿Incluso cuando escriben enormes burradas? —preguntó Dalia perpleja.

—¡Especialmente en esos casos! —corroboró Pellissero—. Según la opinión común, las mecanógrafas deben escribir sin pensar, pero la realidad es diferente: nosotras, las mecanógrafas, pensamos mucho y muy rápido, pero sin que nunca se nos note.

—¿Estáis segura de ello, señorita? —preguntó Nuto en un tono inesperadamente cortés—. ¿El canapé estaba forrado de raso rosa?

—Sí, en efecto —respondió la chica con timidez—. Aunque «raso carmesí» desde luego suena mejor —aventuró Dalia—. «Raso rosa» parece un trabalenguas.

El escritor seguía en silencio. Protegida por la oscuridad, Dalia se cogió la cabeza entre las manos, preguntándose por qué había sentido la urgencia de hacer ese segundo comentario, aún más indiscreto que el anterior.

—Tenéis toda la razón, señorita —emitió finalmente el veredicto—. «Raso rosa» suena como un trabalenguas.

Por suerte, Nuto Cerri no se había enfadado; en compensación, como el raso rosa del maldito canapé se había vuelto carmesí, tendría que mecanografiar desde cero un par de abundantes páginas, aunque daba igual: su salario compensaba abundantemente esas molestias.

—¿Por dónde íbamos?

—«*La marquesa se desplomó sobre el canapé de raso carmesí*» —repitió Dalia, que por fortuna estaba dotada de una buena memoria, pues de lo contrario, al encontrarse a oscuras, no habría podido recordarle a su cliente el punto exacto en el que se habían quedado.

«*La marquesa se desplomó sobre el canapé de raso carmesí y perdió el conocimiento —punto.*»

Matilde se había desmayado de nuevo; un capítulo no podía estar completo si la protagonista

no perdía el conocimiento al menos una vez, ¡preferiblemente dos!

«*A la luz de la luna —coma— el joven Maurizio...*»

Ahora la historia se desplazaba hacia el escribiente pobretón pero guapo del que la marquesa estaba enamorada. Dalia hizo tintinear la palanca del interlineado para introducir con un doble espaciado la nueva escena.

«*El joven Maurizio —coma— esperaba ansiosamente a su amada —coma— sin sospechar que...*»

La voz del escritor se apagó, también el tictac de la Olivetti se silenció, mientras una cerilla volvía a chisporrotear en la oscuridad.

Dalia esperó con los dedos preparados sobre el teclado, repitiendo mentalmente la última frase para poder reproducirla si el escritor se lo preguntaba, pero en los siguientes minutos no le llegó ninguna pregunta ni indicación.

La oscuridad y la espera empezaron a provocarle a Dalia una sensación de somnolencia que, por un momento, hizo que su cabeza le cayera hacia delante.

—Podéis marcharos, señorita —le ordenó el hombre despertándola de su sopor—. Por supuesto, se os pagará toda la mañana, tal y como se acordó.

Sin que se lo repitiera de nuevo, Dalia sacó el papel del carro y colocó la máquina de escribir en el maletín.

—Hasta mañana —la despidió, confirmándole que, a pesar del momento de *impasse*, el trabajo de mecanografía seguiría con normalidad al día siguiente.

Deslumbrada por el sol de bien entrada la mañana, Dalia recorrió el camino de grava blanca empujando su bicicleta hacia la puerta de entrada en la que destacaban las letras D y B, que antes de ser sus iniciales habían sido las de su difunto bisabuelo Damiano Buonaventura, fundador de la Premiada Fábrica de Cerillas. Había sido el bisabuelo de Dalia quien, a finales del siglo anterior, había construido la grandiosa villa, seguramente sin suponer que un día una de sus bisnietas estaría allí en calidad de empleada. Cuando llegó a la carretera delante del edificio, Dalia aceleró el paso, dispuesta a saltar sobre el sillín.

—Buenos días, Dalia —la interceptó la señorita Marietta justo antes de que consiguiera montarse en el sillín—. Qué maravillosa coincidencia encontrarte aquí por casualidad.

La cara de la señorita Girola estaba congestionada por el calor, lo que sugería que de ninguna manera estaba allí «por casualidad», sino que había estado merodeando bajo el sol durante bastante rato. A estas alturas, Dalia había aprendido a reconocer los rasgos típicos de una encerrona, ya los había observado un par de días antes en la cara del señor Fruttero, quien le había rogado, susurrando como si se tratara de una conspiración, que le diera una de sus tarjetas de visita al escritor y le explicara que tenía un gran negocio entre manos que esperaba poder compartir con él. Elvira, la joven dependienta de la mercería, también se las arregló para encontrarse «por casualidad» a las puertas de la villa a la hora en que Dalia solía marcharse. Las intenciones de Elvira, sin embargo, no eran financieras, como las del señor Fruttero, sino mundanas; en realidad, la muchacha estaba ansiosa por saber si, entretanto, la presunta amante del escritor, la misteriosa Condesa, había dado señales de vida.

—¿Vamos a dar un paseo juntas? —le preguntó la señorita Marietta a Dalia cogiéndola del

brazo e impidiéndole definitivamente que montara en el sillín. Recorrer en bicicleta la carretera desde la villa hasta el centro de la ciudad habría requerido unos minutos, pero un paseo del brazo de la señorita Girola, empujando la Bianchi y prestando la suficiente atención a sus parloteos para no resultar maleducada, supondría media hora al sol. A los pocos pasos, la señorita Girola ya la había abrumado con una avalancha de palabras, cuyo significado, si es que podía hablarse de significado, era que, antes de enamorarse perdidamente de un hombre y aceptar su propuesta de matrimonio, había que asegurarse de que no existieran condesas, escritoras, costureras o lo que fuera. Dalia, por su parte, solo confirmó que no había visto a ninguna mujer, a excepción de la criada cascarrabias del señor Cerri.

—No puedes enamorarte de un hombre antes de saber si su corazón está libre —reiteró Marietta por enésima vez.

—Y tampoco puedes enamorarte de un hombre antes de haberlo visto y de haber hablado con él —intentó objetar Dalia con la frente perlada de sudor.

—Oh, pero yo conozco bien a Nuto Cerri —contestó Marietta—; es un hombre inteligente y sensible, es algo que se percibe en sus escritos. Y, además, debe de ser tan bello como el sol, ¡lo siento en mi alma!

—¿Y si no fuera tan guapo? —aventuró Dalia pensando en las cicatrices que se imaginaba que desfiguraban su rostro.

—¿Tú no crees que es un hombre guapo? —preguntó Marietta con aprensión.

Dalia soltó un largo suspiro para tomarse su tiempo e improvisar una respuesta evasiva.

—¿No habrás puesto tus ojos en él? —anticipó Marietta sacando su brazo de debajo del de ella—. ¡Por eso quieres obstaculizar nuestro amor!

A Dalia le habría gustado negarlo enérgicamente, pero estaba demasiado ocupada conteniéndose para no reír, lo que no habría sido nada respetuoso con la señorita Girola, quien, aunque un poco lunática, siempre había sido tan amable y generosa con ella.

—Debería darte vergüenza, Dalia, ¡todavía eres una niña! —le reprochó Marietta—. ¡Tienes diecisiete años y podrás tener a todos los hombres que quieras, mientras que yo ya tengo veintinueve y quizá sea mi última oportunidad de encontrar la felicidad!

—Cerri no me interesa lo más mínimo —se impacientó la chica—, me limito a escribir lo que me dicta y el resto del tiempo no intercambiamos ni una palabra.

—¿Me prometes que renuncias a él? —le imploró la mujer aferrándole las manos, un gesto que hizo caer la valiosa bicicleta, sobre la que estaba fijada la aún más valiosa máquina de escribir.

—¡Mirad lo que habéis hecho! —chilló Dalia soltándose de la presa de la infeliz amante y poniendo en pie la bici.

—Tienes que jurármelo —continuó impertérrita la señorita Girola—. ¡Júrame que no lo amas!

—Ya os he dicho que no tengo ningún interés en ese hombre ni nunca lo he...

—No, no puede tener ningún interés —las sorprendió una voz masculina desde atrás haciéndolas dar un respingo; las dos mujeres se dieron la vuelta y se encontraron ante un apuesto joven de ojos grises que vestía un elegante traje, aunque un poquito corto para su estatura, y que sostenía una maleta de cuero marrón.

—Dalia no puede tener ningún interés en nadie —reiteró el chico en tono burlón—. Nadie salvo yo, por supuesto.

—¿Gianni? —preguntó Dalia después de examinar los apuestos rasgos del joven durante unos instantes.

—En carne y hueso —se rio—, probablemente más hueso que carne; en el internado la comida no tiene nada que ver con la de casa.

—Cómo has crecido, Gianni. —Marietta olvidó por un momento sus penas amorosas y estrechó al chico en un abrazo.

—Y vos no habéis envejecido ni un día, señorita Girola.

—Parece que fue ayer cuando corrías por la plaza con los otros mocosos —continuó la mujer, liberándolo de su abrazo.

—Si por mí fuera, seguiría haciendo girar peonzas y lanzando canicas, pero mi padre me envió a estudiar a Turín.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Marietta escudriñándolo de la cabeza a los pies.

—Diecinueve —respondió con orgullo—. Voy a diplomarme el mes que viene.

Marietta lo observó de nuevo, deteniéndose en cada detalle de su persona. El muchacho tenía buen aspecto y buenas maneras, pero era demasiado joven para ella; sin duda era preferible que concentrara sus esfuerzos en Nuto Cerri, dejando el jovenzuelo a la pobre Dalia para que su corazón no sangrara durante demasiado tiempo.

—Podrías haber dicho de entrada que tenías novio —dijo Marietta volviéndose hacia Dalia.

—Si lo hubiera sabido, no habría dejado de informaros —respondió descolocada.

—Di más bien que se te había olvidado —se burló el chico—. Vaya con cuidado, señorita Marietta, no debéis decir nada a nadie sobre Dalia y yo, ¿entendido?

—¡Lo juro en nombre del amor! —declaró la mujer dibujando una cruz en su pecho y encaminándose al trote hacia el centro de la ciudad.

—Dentro de poco lo sabrá hasta el cura —suspiró Dalia una vez que la señorita Girola se hubo alejado.

—Al menos nos ahorrará la molestia de ir en persona a reservar la iglesia para la boda.

—No bromees, Gianni —le reprendió Dalia—. Hace muchos años que vives en Turín y probablemente ya no recuerdes los problemas que puede causar un chisme en una ciudad pequeña.

—¿Estás comprometida? —preguntó mortificado.

—No —negó ella—, pero tengo un padre bastante severo, ¿recuerdas?

—Lo siento, no pensé en las consecuencias de mi estúpida ocurrencia.

A Dalia le invadió la rabia: ya tenía diecisiete años y, sin embargo, aún se preocupaba por las reacciones de su padre, exactamente como cuando era niña y temía que la pillaran jugando con el sobrino de la criada y acabara castigada.

—No te preocupes —lo animó ella—. Mi padre sigue siendo el cascarrabias de siempre, pero yo he crecido, incluso tengo un trabajo.

—Lo sé, eres mecanógrafa, me lo ha explicado la tía Dorina.

—Yo, en cambio, no sé casi nada de ti.

—Dame la bicicleta —le dijo agarrando el manillar—, vamos a dar un paseo y así te cuento.

Los jóvenes se dirigieron hacia el despacho del contable Borio; mientras Gianni le hablaba de sus estudios, de la vida en una gran ciudad y de sus planes de futuro, Dalia le miraba de reojo la cara, intentando recordar en su memoria los rasgos de su compañero de juegos.

—Es extraño volver a verte después de tanto tiempo —dijo Dalia en cuanto el chico terminó su biografía—. Han pasado ocho años, si no me equivoco.

—¿No has pensado en mí ni una sola vez? —preguntó en tono bromista—. Deberías haberlo hecho, dado que te comprometiste conmigo.

—Nunca me comprometí contigo —respondió ella un poco molesta por la continuación de esa broma.

—Te comprometiste, vaya si te comprometiste; yo era Sandokán y tú, la Perla de Labuán; ¡luché heroicamente para conquistar tu mano!

—Podrías haberte ahorrado la molestia, yo nunca quise ser la Perla de Labuán.

—Ya, querías ser Sandokán —se rio el chico, y en su risa Dalia pareció captar un matiz de esa misma burla infantil que tanto había detestado—. Me gustaría invitarte a un helado —la sorprendió.

—Es muy amable por tu parte, pero...

—No me refiero a ahora, ¿podemos quedar mañana por la tarde?

—No creo que...

—¡Pasado mañana, entonces! Venga, Dalia, ya somos adultos, tú misma lo has dicho; no creo que la tía Dorina se atreva a darme collejas porque voy con la hija del patrón.

—Ahora ya no soy la hija del patrón —puntualizó, aunque estaba segura de que este cambio de estatus no impediría que su padre perdiera los estribos si la pillaba en su compañía.

—De acuerdo, ¡venga ese helado! —aceptó al fin la invitación, probablemente más excitada por la idea de hacer algo que sacara de sus casillas a su padre que por cualquier deseo real de pasar un rato con su viejo amigo.

—Entonces, quedamos pasado mañana, en el café de piazza Conte Rosso a eso de las cinco.

Los chicos prosiguieron su camino sin hablar más. Fue Gianni, cuando ya se encontraban bajo los soportales del centro, quien rompió el silencio:

—¿Por qué te estaba asaltando la señorita Marietta?

—Digamos que se había hecho alguna idea disparatada sobre mí —respondió ella intentando proteger el decoro de la *tota* Girola, quien de todas formas ya se había encargado de comprometerse ella solita al ser sorprendida por Gianni en medio de su escena—. La señorita Marietta es una mujer buena y generosa —precisó Dalia—, aunque a veces puede ser un poquito petulante. Te agradezco que me hayas salvado de su cháchara.

—No tienes que darme las gracias —se rio Gianni de nuevo con ese vago tono de burla—. Te he salvado solo para demostrarte, de una vez por todas, que soy yo el único y auténtico Sandokán.

Capítulo 11

¡Normalidad! Para recomponer los añicos de tu memoria y de toda tu existencia solo necesitas un poco de normalidad; por eso, desde hace un par de días, has vuelto a trabajar regularmente en tu adorada tienda de antiguallas. No abres tan temprano por la mañana, no eres uno de esos septuagenarios que han perdido el gusto por dormir bien y, además, ¿se ha visto alguna vez a alguien comprando antigüedades a primera hora? Eso solo ocurre en los rastros, donde los anticuarios y los aficionados se presentan de madrugada para ser los primeros en rebuscar entre los trastos de los «vaciapisos» a la caza de alguna pieza rara. Tú misma lo has hecho en alguna ocasión, en Turín, en el barrio de Porta Palazzo, donde todos los sábados por la mañana se instala uno de los mayores rastros de Europa, al que los turineses llaman el Balon.

Buscar objetos de valor en el Balon es como tamizar briznas doradas de la arena de un río; hay que encontrarlos entre la chatarra, los trapos y las baratijas más inverosímiles que los «vaciapisos» disponen, casi siempre de forma desordenada, en bancos improvisados o incluso por el suelo sobre mantas viejas. A veces, entre tanta arena, quien sabe del tema y tiene buen olfato puede encontrar una valiosa pepita de oro, pero a ti no te interesa hacer un buen negocio; lo que tú quieres son objetos con historias, y los «vaciapisos» difícilmente saben algo sobre los trastos que ponen a la venta, todos ellos encontrados durante los asépticos vaciados.

A pesar de que nunca has conseguido hacer ninguna compra interesante allí, el Balon siempre te ha gustado por esa atmósfera un poco festiva y un poco desesperada que se respira entre sus puestos y por los viejos bares y tabernas, que se han mantenido tal y como estaban hace cincuenta años. Todo el barrio de Porta Palazzo es muy querido para ti, probablemente por el hecho de que cuando llegaste a Turín tu primera casa estaba en via Milano, a dos pasos del gran mercado de alimentos que se celebra a diario y que representa la auténtica y bulliciosa alma del barrio.

«La despensa de Turín», así es como alguien llamaba al barrio de Porta Palazzo, cuyo mercado de alimentos servía a la mayor parte de las mesas de la ciudad, mientras que con su rastro vaciaba y volvía a llenar de baratijas las casas de Turín.

Porta Palazzo durante la guerra... Los que no lo han visto no pueden imaginarlo.

Era una despensa vacía, pero no abandonada y polvorienta, porque la gente del barrio seguía apañándose las como podía y los gritos de los vendedores seguían resonando con fuerza, a pesar de que en sus puestos no había más que alguna patata nudosa y media docena de huevos.

Mientras dejas vagar tu mente por años lejanos y difíciles, con la ayuda de un moderno plumífero sintético, regalo de Navidad de Germana, sacas el polvo a los pequeños objetos expuestos en las vitrinas de la tienda: copas de licor, servicios de café y vieja bisutería que brilla con cristales y cuentas. Estás acariciando con las fibras sintéticas una caja cuyo interior está

forrado de raso blanco, que contiene un set de viaje con accesorios para el aseo personal, ribeteado de plata, compuesto por un cepillo, un peine y un frasco para la colonia, cuando el reloj de Diana cazadora da las doce. Diana siempre ha ido medio minuto por delante de sus colegas expuestos en la estantería, y a veces tienes la sospecha de que esta aceleración de su ritmo es una especie de peculiaridad, una pequeña señal de divina distinción. Mientras los demás relojes siguen el ejemplo de Diana en un alboroto de campanadas y tictacs, te das cuenta de que todavía ningún cliente ha puesto un pie en la tienda. ¡Qué le vamos a hacer! Después de todo, solo lleva abierta un par de días, e incluso antes de tu *pequeño incidente*, la verdad es que la clientela no se apelotonaba en la entrada. Aprovechando que hoy Germana tiene el día libre, decides no ir a comer a casa, sino pedir que te traigan algo del bar, como hacías a menudo antes de tu hospitalización.

Hojeas la pequeña agenda que tienes sobre el escritorio donde está colocado el teléfono, este también *vintage*, pero que funciona perfectamente, el mismo modelo que aquel en cuyo auricular gritaba el contable Borio.

Los datos de contacto del bar, como es obvio, están en la letra B, pero en esa misma página hay varios números marcados con la palabra «BAR», sin ninguna otra especificación.

Examinas los números de teléfono y luego decides confiar en la memoria de tus dedos, que en los últimos tiempos ha demostrado saber más cosas que tú: colocas la mano sobre el disco del teléfono y simulas marcar cada uno de los números. Eliges llamar al tercero, el que tu dedo índice ha marcado con más desenvoltura.

—Diga —responde una voz femenina bastante familiar que, sin embargo, no logras asociar con un rostro o un nombre.

—Buenos días, soy...

—¡Señora Dalia! —Te reconoce al vuelo—. ¡Qué placer tener noticias tuyas de nuevo! ¿Se encuentra mejor? ¿Ha vuelto al trabajo?

—En efecto, estoy en la tienda ahora mismo —respondes un poco descolocada por tanto entusiasmo— y me gustaría que me trajerais algo de comer.

—¿Le llevo lo de siempre?

—Perfecto —confirmas titubeando, ya que de momento se te escapa qué es «lo de siempre», pero da igual; si te gustaba antes de tu *pequeño incidente*, probablemente también te gustará ahora.

—Hoy tengo sus preferidos —continúa la voz femenina, que supones que puede pertenecer a una mujer joven—. ¿Quiere también las dos botellas de agua mineral de costumbre?

—Como siempre —te marcas un farol para impresionar.

—Le llegará todo en unos minutos. Oh, ¡cuánto me alegra saber que ya se encuentra bien otra vez!

Permaneces sentada en tu escritorio, reflexionando sobre la breve conversación que has mantenido con la desconocida de voz familiar. En los meses anteriores a tu *pequeño incidente*, de los que no guardas memoria alguna, debes de haber cambiado de bar y has hecho buenas migas con la camarera. Haces amigos con facilidad, especialmente con las mujeres, y esta habilidad tuya debe de haber sido una especie de reacción al hecho de que en los primeros diecisiete años de tu vida, por las severas normas de tu padre, te estaba prohibido relacionarte con nadie.

Con la mirada puesta en la puerta principal, esperas a que la misteriosa chica del bar cruce el umbral, con la esperanza de que ver su rostro desbloquee los oxidados engranajes de tu memoria.

Los relojes van marcando el tiempo alegre e imperturbablemente hasta que, con la anticipación de costumbre, Diana cazadora marca la media hora.

Continúas imperturbable mirando la entrada, hasta que tintinea la campanilla de la puerta.

—Buenos días. —Un chico que viste una chaqueta blanca al menos dos tallas más grandes entra en la tienda; sostiene una abultada bolsa de papel, que apoya sobre el escritorio.

—Buenos días —le saludas sorprendida mientras él rebusca en los bolsillos de su chaqueta excesiva.

Este jovenzuelo con el rostro algo picado te inspira una feroz antipatía, lo cual resulta verdaderamente peculiar. Nunca sientes antipatía hacia alguien sin conocerlo, por lo que deduces que ya lo conoces de antes y lo has clasificado como una persona desagradable. Sin embargo, tal vez solo te sientas molesta al verlo aparecer delante de ti en vez de la chica de voz amable a la que tantas ganas tenías de verle la cara.

—Son ocho mil liras —dice el camarero examinando el tique arrugado que acaba de sacar de su bolsillo—. Dos sándwiches, dos botellas de agua mineral y un agua tónica.

—No he pedido agua tónica —objetas.

—Se la tomó la última vez que fue al bar y no la pagó.

—¿De verdad? —te sorprendes mientras le tiendes un billete de diez mil liras y haces un gesto con la mano para indicar que no quieres el cambio.

—Adiós —se despide el joven sin agradecerte la propina.

Al quedarte sola, abres la bolsa, perpleja: ¿desde cuándo tienes la costumbre de cargar en cuenta tus consumiciones en el bar? Una de las reglas de tu padre, probablemente la única que siempre has cumplido con convicción, era la de no comprar nada nunca a crédito.

—¡Un sándwich de salmón! —constatas con satisfacción mientras examinas el triángulo de pan blanco envuelto en film transparente.

La camarera sin rostro tenía razón, te encantan los sándwiches de salmón, sobre todo cuando las rebanadas de pan están untadas con un poco de queso fresco.

Metes la mano en la bolsa y sacas el segundo sándwich, con curiosidad por descubrir el relleno: gambas en salsa rosa y... ¿rúcula?

Capítulo 12

—¿De dónde han salido esos botones? —preguntó el señor Buonaventura a su hija cuando, solos en la mesa, se disponían a comer su melancólica cena a base de huevos duros y ensalada—. ¿No los habrás arrancado por casualidad de uno de los vestidos de tu madre? —preguntó un poco preocupado, como si su mujer, que llevaba casi diez años lejos de casa, pudiera volver de repente a reclamarlos.

—No, papá —respondió Dalia observando con gusto los botoncitos de nácar, que producían destellos opalescentes en la tela blanca y algo desgastada de su blusa—. La ropa de mamá se quedó en la villa.

—Sí, es verdad —dijo receloso el hombre.

Dalia observó el rostro de su padre, que, a pesar del paso de los años y de los disgustos, seguía siendo el de un hombre fuerte y gallardo.

—El otro día vi al ingeniero Buonaventura —había oído murmurar días atrás, bajo los soportales del centro de la ciudad, a una señora con gafotas a una larguirucha amiga suya mientras, delante de la verdulería, palpaban albaricoques con aire de expertas—. Para ese hombre, parece que no pasa el tiempo.

—Me pregunto cuál es su secreto —replicó la larguirucha.

—Muy sencillo —se rio la mujer de las gafotas—, no ha trabajado ni un solo día en toda su vida.

—¡Callad, por favor, su hija es esa de ahí! —susurró la interlocutora mientras Dalia, ostentando indiferencia, pasó por su lado caminando rápido.

—Ella sí que anda atareada —oyó suspirar a la mujer de gafas nada más doblar la esquina—. Trabaja de la mañana a la noche, esa buena señorita. Hace que te preguntes de quién lo habrá sacado.

—Seguro que del padre no.

—Y menos aún de su madre. ¿La recordáis? Siempre endomingada y con ese aire de fastidio, ¡que parecía estar haciéndole un favor al mundo estando aquí!

Dalia siguió adelante a pesar de esos comentarios; estaba acostumbrada a las habladurías sobre su padre, y más aún sobre su madre, a la que muchos consideraban la principal responsable de la caída de los Buonaventura.

Hasta donde Dalia podía recordar, su padre y su madre siempre habían sido una pareja fría y distante. Sus padres nunca le habían contado nada sobre cuándo se habían conocido y cómo se habían comprometido, pero los chismes que intercambiaba la servidumbre la habían ayudado a reconstruir la historia a grandes rasgos.

Su padre había conocido a su madre en su época universitaria gracias a un compañero de estudios. Leopoldo, este era el nombre del amigo del padre, era el único hijo varón de una

familia aristocrática venida a menos desde hacía generaciones, pero que seguía viviendo por encima de sus posibilidades practicando el antiguo arte de acumular deudas y pedir préstamos. Si en el siglo XIX todavía era posible encontrar proveedores que aceptaran dar crédito a las familias nobles a cambio del prestigio de tenerlas como clientes, en el nuevo siglo las cosas habían cambiado mucho: la burguesía era ahora la clase dominante, y para los comerciantes el dinero del pueblo llano valía tanto como el de los aristócratas; así, un cliente insolvente era una gran molestia, independientemente de su sangre.

Leopoldo había aprendido a sobrevivir en el gran mundo explotando la fascinación que su linaje ejercía sobre los acomodados provincianos que acudían a la universidad, a los que hacía que le pagaran las cuentas y le prestaran dinero. Como era más fácil exprimir el dinero de los miembros de su propia familia, Leopoldo se las había ingeniado para emparejar a sus hermanas con sus ricos amigos burgueses, que se sentían muy honrados de tomar como esposa a una aristócrata.

La madre de Dalia y su hermana mayor se habían mostrado reticentes a aceptar esos pretendientes plebeyos, pero las presiones de la familia y el miedo a convertirse en unas solteronas, al no disponer de medios para casarse con sus iguales, las habían convencido finalmente. El padre de Dalia se casó así con una mujer reticente y despechada, que lo toleró mientras sus medios económicos se ajustaban a sus exigencias. Sin embargo, cuando la fábrica de cerillas quebró, la mujer buscó el consuelo de su hermana, que se había trasladado al sur de Francia con su marido, gracias a lo que llevaba una vida acomodada y de postín. Su cuñado, de hecho, no solo había tenido el buen gusto de no arruinarse, sino que, por el contrario, seguía aumentando día tras día su fortuna. Las visitas a su hermana rica se hicieron cada vez más frecuentes y prolongadas, hasta que la mujer no regresó.

El padre de Dalia nunca aceptó el abandono de su esposa, que había huido sin darle tiempo a recuperarse, y por eso trataba a su hija con tanta dureza, sin darle la más mínima libertad. Si su mujer lo había abandonado, Dalia se quedaría a su lado hasta que él consiguiera salir de la pobreza y proporcionarle la buena vida que se merecía.

—Entonces, ¿de dónde han salido esos botones? —Su padre la sacó de sus pensamientos—. ¡No los has comprado a crédito, espero! Nosotros, los Buonaventura, no dejamos deudas a nuestras espaldas en las tiendas, como hace la gente insustancial.

—Son un regalo —contestó pensando que no, que su padre nunca dejaba deudas en las tiendas, pero en cambio era bastante pródigo en firmar pagarés cuando quería financiar alguno de sus «buenos negocios».

—¿Un regalo? —dijo receloso el hombre de nuevo—. ¿Y quién te ha hecho un regalo tan inapropiado, si se puede saber?

—La señorita Girola —respondió Dalia intentando mantener un tono despreocupado mientras una ráfaga de indignación le mordía el estómago—. Trabajo a menudo para ella y está muy satisfecha; estos botones son una especie de propina.

—¡Una propina! ¿Conque esas tenemos? —rezongó negando con la cabeza—. ¡Pues muy bien! Si es lo que tú quieres, te concedo permiso para conservarlos, pero en el futuro, antes de aceptar «una propina», ¡recuerda quién eres!

Dalia recordaba muy bien quién era: una chica de diecisiete años que cosía botones nuevos en una blusa vieja con la esperanza de ocultar el desgaste de la tela. No le importaban las estrecheces en que vivía, que en cualquier caso consideraba lejos de la pobreza; si acaso, era la injustificable arrogancia de su padre lo que la molestaba y mortificaba. Estaba acostumbrada a las penurias; la fábrica de cerillas había quebrado cuando ella era aún una niña y casi no recordaba los buenos y prósperos tiempos que su padre evocaba a veces, ayudado por un vaso de vino de Barbera. Recordaba la villa con sus innumerables habitaciones que, año tras año, se había ido despoblando de sus moradores: primero el servicio, luego su madre. Dalia también se acordaba de cómo, a medida que su padre despedía a los sirvientes, el espacio de la enorme villa se había reducido a su alrededor: primero se cerraron las habitaciones del tercer piso, casi todas ocupadas por la servidumbre, luego les tocó el turno al salón y al comedor de la planta baja y, por último, a los dormitorios principales del primer piso. Desde que Dalia tenía once años, o tal vez doce, no lo recordaba con exactitud, su padre y ella vivían en las habitaciones de la planta baja que daban a la parte trasera del edificio y que incluían la cocina, ahora demasiado grande para ellos dos solos, un salón que hacía las veces de comedor y que antaño fue el refugio de los criados de mayor categoría, y otras dos pequeñas habitaciones cuyo uso original se le escapaba, pero que habían sido convertidas en sus dormitorios. Ese encierro voluntario le permitió al ingeniero recortar los gastos de calefacción, ingentes en una casa tan grande, así como reducir los sirvientes a una sola unidad, o más bien, para ser exactos, a media unidad. Su nuevo alojamiento en la villa, aunque podría parecer estrecho para alguien como su padre, acostumbrado a mucho más espacio, seguía siendo un palacio comparado con la «quinta de veraneo», el destartelado cuchitril al que se trasladaban durante los meses de verano, cuando la villa estaba alquilada.

—El señor Borio me ha explicado que has empezado a dar clases de mecanografía a la señorita Ester —continuó hablando el padre—. ¡Solo llevas cuatro años trabajando y ya estás dando clases! —se alegró, tragando medio huevo duro después de sazónarlo con una pizca de sal—. Sin embargo, intenta no pasarte con la aceptación de alumnas; de lo contrario, llenarás la zona de mecanógrafas y ¡adiós al empleo! —barbotó antes de tragar la segunda mitad del huevo duro.

—No depende de mí, papá —objetó Dalia—. Es el contable quien me consigue los encargos.

—Ya hablaré yo con el contable —sentenció el padre con el tono de un monarca que puede disponer de la vida y de la muerte de sus súbditos—. Tu amiga Ester seguramente no querrá hacerte la competencia —dijo luego limpiándose los labios con la servilleta. De las muchas chicas de las inmediaciones, Ester era la única a la que su padre consideraba digna de ser su amiga, y eso se debía principalmente a la riqueza de su familia. A pesar de haber cenado un par de huevos duros y un poco de lechuga aliñada con sal y vinagre, el señor Buonaventura seguía sintiéndose como un gran señor, y había pocas familias en el vecindario a las que considerara sus iguales—. Probablemente Ester quiera aprender a escribir a máquina por mera curiosidad, pero una chica tan rica no se quedará aquí en provincias para ser mecanógrafa.

Dalia volvió a las últimas hojas de lechuga sin reaccionar de ninguna manera, y su padre, por fin, guardó silencio. En ese momento el ingeniero debió de darse cuenta de que la hipótesis de una niña rica obligada por los reveses de la fortuna a convertirse en mecanógrafa no era tan descabellada, ya que eso era exactamente lo que le había ocurrido a su hija.

—Ester tiene veinte años, ¿verdad? —preguntó el hombre para romper el silencio.

—Tiene que cumplir los diecinueve.

—Apuesto a que ya tiene novio.

—No, no lo tiene.

—Pero pronto lo encontrará —sentenció—. Es de muy buena familia, y las chicas de buena familia siempre encuentran pretendientes dignos —dijo acompañándose con un gesto de la mano que pretendía incluir a Dalia también entre las chicas de buena familia a las que no les faltarían pretendientes de alta cuna.

—En cuanto me recupere —añadió—, verás como te cortejan muchos buenos partidos, y podrás elegir el mejor.

—No me importa tener pretendientes —intentó acabar con esa conversación tan desagradable para ella—. Y a Ester tampoco.

—Le importe o no, Ester tendrá más pretendientes de los que pueda imaginar. Es una chica de rara belleza: tiene el denso pelo negro típico de su gente, pero sus ojos son los más azules que se puedan desear. Ni siquiera parece una... — el hombre se hizo un lío—, me refiero a que nunca dirías que es...

—No, no se nota en absoluto —atajó Dalia.

Era infinitamente triste que personas como su padre y como ella, que ciertamente no apoyaban las leyes raciales, se sintieran incómodas al decir la palabra «judía», casi como si fuera un insulto.

Dalia se quedó en silencio, mirando el plato vacío, mientras su padre pelaba una manzana con precisión milimétrica.

—Recogeré la mesa —declaró Dalia mientras se levantaba.

—Espera. —Le indicó con un gesto que volviera a sentarse—. Me temo que ahora vamos a tener una charla un poco desagradable —dijo, como si durante la cena hubieran estado tratando temas ligeros.

—Corre el rumor de que el sobrino de Dorina y tú estáis prometidos —soltó de golpe su padre, dejándola atónita—. Casualmente, se lo he oído decir a la hija del vecino a su madre. Es un chisme, supongo.

—Por supuesto que lo es —respondió la chica sonrojándose de vergüenza—. Me lo encontré por casualidad ayer por la mañana, después de tantos años, cuando salía de la villa. Charlamos un poco, con nosotros también estaba la señorita Girola —explicó omitiendo la cita que había concertado con Gianni para la tarde siguiente.

—Bueno —suspiró el hombre—, el chico se quedará en casa de su tía solo unos días, este rumor se extinguirá pronto, pero procura no volver a perder el tiempo con él.

—¿Por qué, papá?

—Me parece obvio —dijo el hombre poniéndose en pie de un salto y dejando caer la fruta recién pelada—. No quiero que se diga que la señorita Buonaventura se entiende con el sobrino de una criada suya.

A Dalia le habría gustado responder que Dorina no era «una criada», sino la única que había permanecido a su servicio por puro afecto, a pesar de que su padre no le pagaba el sueldo de manera puntual; y que, además, la «señorita Buonaventura» era una simple mecanógrafa, mientras que Gianni pronto se graduaría y, quién sabe, tal vez algún día tendría una licenciatura, y seguramente sabría abrirse camino en la vida. Pero esos eran temas espinosos que habría valido

la pena tratar si hubiera estado enamorada de Gianni, pero como, para la tranquilidad de la señorita Marietta, no estaba enamorada de nadie, decidió defender tan solo su derecho a conversar con quien le pareciera y quisiera.

—Pero si por casualidad me encontrara con él, no creo que hubiera nada malo en...

—¿Quieres humillarme hasta este punto? —despotricó.

—Papá, yo...

—¡Retírate, déjame solo!

—De acuerdo —capituló Dalia—. Voy a terminar de recoger la mesa.

—¡Los sirvientes se encargarán de ello! —gritó fuera de sus cabales.

Dalia salió a la carrera de la habitación y se refugió en el piso de arriba, en su cuarto. A través del velo de las lágrimas, su habitación se le apareció por primera vez en toda su sordidez: tres pequeñas camas, cada una diferente de la otra, que en su día habían hospedado a otros tantos temporeros de la fábrica de cerillas, se apoyaban en las paredes color verde desvaído, una cómoda con el espejo ennegrecido completaba el mobiliario y, como único adorno de la habitación, junto a la puerta colgaba un cuadro con una estampa ya amarillenta que representaba a Nuestra Señora de Lourdes. No era la escualidez de la habitación en sí lo que la deprimía —hasta ese momento apenas había reparado en ella—, sino la absurda contradicción que la obligaba a mantener el decoro y la reserva de una chica acomodada, pese a que su familia ya no gozaba de los privilegios de la riqueza. Dalia abrió con esfuerzo los postigos del marco encorvado de la única ventana e inhaló con ávidas bocanadas el frescor de la noche. Sentía que se asfixiaba, tenía que salir, abandonar aquel lúgubre lugar y caminar a solas con sus pensamientos.

Sin tener en cuenta la posibilidad de que su padre se enterara, bajó las escaleras con pasos temblorosos pero decididos y salió de casa.

La noche aún no había oscurecido el cielo por completo, pero ya eran visibles un cuarto de luna y la primera estrella de la noche, que, según su padre y los aficionados a la astronomía, era Venus, pero a la que los campesinos del lugar llamaban Lucifer. Los pies de Dalia apenas hacían ruido en el sendero de tierra, pero su paso era saludado por los ladridos de los perros de las casas de los alrededores.

Las granjas dieron paso a los campos, luego el sendero se estrechó y se perdió en un bosque bajo que se fue haciendo cada vez más ralo hasta convertirse en una húmeda marisma, donde el canto de los grillos fue sustituido por el zumbido de los mosquitos. Dalia intentó defenderse de los ataques de los insectos agitando los brazos, pero las picaduras no la disuadieron de seguir su camino. Tras atravesar la zona pantanosa, las oscuras aguas del lago Grande brillaron con destellos lunares delante de sus ojos. Dalia se quedó unos minutos contemplando la superficie apenas rizada del lago; la luna y Lucifer estaban ahora acompañadas por numerosas estrellas, pero el brillo del cielo estrellado no sería suficiente para iluminarle su camino de regreso. Recorrer de nuevo el pantano habría sido una imprudencia, era sin duda preferible bordear la orilla del lago hasta la pequeña iglesia de la Virgen de los Lagos, cuyo campanario se vislumbraba en la oscuridad, y luego llegar desde allí a la carretera provincial. Su recorrido sería mucho más largo, pero desde luego más seguro. La torre de la iglesia anunció las once,

informando a Dalia de que llevaba ya más de una hora vagando. Decidió acelerar el paso, pero una sensación de frío le atravesó la mitad del cuerpo: su pie derecho había aterrizado en el agua arenosa y poco profunda de la orilla. Dalia lo retiró, pero al hacerlo se tambaleó hasta perder el equilibrio y acabó en el agua. Nada peligroso, solo unos centímetros de agua cenagosa, pero empaparse los zapatos y la falda era un buen fastidio, sobre todo teniendo en cuenta la larga caminata de regreso a casa.

Una ligera niebla comenzó a levantarse de la superficie del lago; de pequeña, paseando con Dorina, ya había sido testigo de ese fenómeno, que era muy pintoresco cuando se observaba al atardecer y se estrechaba la mano a un ser querido, pero bastante inquietante ahora que estaba sola de noche. Dalia pensó otra vez en las historias que le contaba Dorina:

—¿Ves esa neblina que se levanta del agua? —le decía—. Es el hada del lago, que nos está saludando.

Dalia agitó la manita en señal de saludo, esperando que el hada, al menos una vez, tuviera la cortesía de mostrarse con sus espléndidos rasgos. Otras veces, en cambio, Dorina afirmaba que la niebla era el fantasma de un príncipe que, el primer día de invierno de un año muy lejano, se ahogó, cuando solo tenía veintiocho años, en las frías aguas del lago. Más tarde su padre le confirmó que el suceso había ocurrido realmente; el príncipe en cuestión era Felipe II de Saboya-Acaia, condenado a muerte en 1368 acusado de traición por Amadeo VI de Saboya, conocido como el Conde Verde. Si el ahogamiento del príncipe era un hecho históricamente probado, según su padre era igual de cierto que su fantasma, como los fantasmas en general, no existía.

Crear lo que decía su padre a la cálida luz de una tarde de verano le resultó fácil, pero aquella noche en la que ella misma vagaba sola y atormentada como un fantasma estaba dispuesta a cuestionarlo todo. Para ahuyentar los malos pensamientos, Dalia volvió a evocar otra historia, la que Dorina le contaba más a menudo y que hablaba de una época aún más lejana que aquella en la que vivía el cruel Conde Verde, una época en la que los lagos de Avigliana todavía no existían y en su lugar había un pueblo tan próspero que había hecho que los corazones de sus habitantes fueran codiciosos e insensibles a las necesidades de los demás. Un día de invierno, un viajero con un manto blanco como la nieve que caía copiosamente llamó a todas las casas del pueblo para conseguir refugio, en vano. Cuando llegó a las afueras del pueblo, el viajero llamó a la puerta de una mísera choza habitada por una anciana. A pesar de que la pobrecita apenas tenía lo necesario para vivir, invitó al visitante a entrar y le dio de comer lo mejor que pudo. A la mañana siguiente, cuando la anciana se despertó, el viajero ya se había marchado y el sol resplandecía alegremente, como si la primavera hubiera llegado antes de tiempo. La viejecita salió de casa y descubrió que el pueblo ya no estaba allí y en su lugar habían aparecido dos magníficos lagos: el lago Grande y el lago Pequeño de Avigliana.

—El divino caminante castigó a los avariciosos y premió a la buena mujer —concluía Dorina su relato.

—¿Qué quieres decir con que la premió? —protestaba Dalia—. El caminante no le regaló un anillo mágico o un cofre con monedas. ¡La anciana se quedó tan pobre como antes y, además, más sola que un perro!

—¡Mejor sola que mal acompañada! —sentenciaba Dorina—. Los habitantes del pueblo eran mala gente; mejor perderlos que encontrarlos. El caminante divino no le dio nada a la pobre mujer porque las posesiones materiales no son importantes. La verdadera riqueza es tener un

buen corazón.

—En tu opinión, ¿el caminante tuvo buen corazón al inundar todo un pueblo, sin perdonar siquiera a los niños, los perros y los gatitos que, como es obvio, no tenían culpa de nada?

Dalia sonrió al ver de nuevo en su mente el rostro exasperado de Dorina que, ahora se daba cuenta, había hecho mucho más que su deber al intentar proporcionarle una infancia tranquila.

La niebla que había aparecido a ras de agua se había extendido ya por las orillas del lago, haciendo que el camino de Dalia fuera aún más oscuro y dificultoso; la muchacha entrecerró los párpados, el campanario de la iglesia era ahora una sombra enrarecida pero aún lo bastante visible como para indicarle la dirección que debía seguir. El débil chapoteo del agua se hizo de repente más audible; Dalia se volvió hacia el lago y vio una forma negra que salía del agua y avanzaba hacia la orilla. Su primer instinto fue huir, pero sus piernas estaban paralizadas por el terror. Si se trataba del hada del lago o del inquieto espíritu del príncipe, ella no tenía intención alguna de averiguarlo. Con un doloroso esfuerzo, ordenó a sus piernas que retrocedieran: un paso atrás, dos pasos, tres, y entonces su talón se topó con un obstáculo inesperado, quizá una piedra, que hizo que de golpe se encontrara en el suelo, sentada en el terreno fangoso y mirando todavía al lago, desde el que la sombra negra, cada vez más grande y amenazante, se acercaba a la orilla. Dalia intentó levantarse, pero sus pies resbalaban en el limo, así que trató de ir hacia atrás ayudándose con los brazos, clavando las palmas abiertas de las manos en el suelo; sin embargo, su marcha era demasiado lenta y la oscura sombra ya había llegado a la orilla y se cernía sobre ella. Debía de tratarse del príncipe fantasma, pues un hada no podía tener en modo alguno una complexión tan imponente.

La sombra se encontraba a pocos pasos y estaba agachándose sobre ella como un animal feroz sobre su presa; Dalia intentó gritar entonces, pero su garganta, al igual que sus piernas, estaba petrificada por el miedo y el único sonido que pudo emitir fue un aullido lastimero.

—Dios mío, ¿necesitáis ayuda?

Dalia sintió que una mano la aferraba por la muñeca y la ayudaba a ponerse en pie.

—¿Os habéis hecho daño, señora? —La galante voz del espectro le pareció un tanto familiar.

—¿Señor Cerri? —preguntó con un estupor que superaba con creces el que le habría provocado el encuentro con el príncipe fantasma.

—¿La mecanógrafa? —preguntó a su vez la sombra oscura tras unos momentos de silencio.

Capítulo 13

Dos campanadas del cercano santuario de la Consolata te devuelven al tiempo presente, a tu tienda de antiguallas. Te has comido los sándwiches, incluso el de rúcula, con buen apetito, disfrutando mientras tanto de la lectura de lo que escribiste la noche anterior.

Las páginas que has escrito son muchas, pero el relato avanza a pequeños pasos, deteniéndose en episodios de tu juventud que te resultan muy queridos, aunque queden infinitamente alejados de tu objetivo: reconstruir los dos meses que precedieron a tu *pequeño incidente*, cuyo rastro tu memoria ha borrado por completo. Tienes que acelerar el ritmo de la narración, pero no eres capaz de imaginar cómo hacerlo; son tus dedos y no tu voluntad los que dictan el ritmo. Escribir mientras persigues tus recuerdos y la imparable e involuntaria carrera de tus dedos es un acto extremadamente agotador, y te preguntas cuánto tiempo serás capaz de aguantar este esfuerzo. Si la historia de tu vida se obstina en desenredarse día a día, ¿cuánto tiempo tardarás en llegar a 1994? ¡Tendrás que pasar meses, quizá años, confinada a oscuras en tu estudio!

Suena la campanilla de la entrada, una chica empuja la puerta de la tienda.

—Buenas tardes, señora Dalia. —La chica tiene el pelo castaño más bien corto, a lo *garçon*, como se habría dicho en tus tiempos, y lleva una larga casaca india sobre unos pantalones verdes de campana; parece que va vestida con la ropa que su madre llevaba durante la protesta juvenil del sesenta y ocho, pero lo más importante es que parece conocerte.

—¡He venido en cuanto me he enterado! —declara la *neohippy* abrazándote. Así que no solo os conocéis, sino que debe de haber cierta confianza entre vosotras.

—Yo también me alegro mucho de verte —afirmas. No sabes quién es ni cómo se llama, pero te alegras sinceramente de verla, ya que esperas que pueda ofrecerte algún material para tapar los agujeros que tu *pequeño incidente* ha abierto en tu memoria.

—En cuanto supe que había vuelto, lo dejé todo y vine a verla.

—¡Eres un encanto, querida! —Saber el nombre de la chica te vendría bien, pero está claro que no puedes preguntárselo; sería demasiado desconsiderado teniendo en cuenta el afecto que te está mostrando.

—¿Cómo has sabido que había vuelto a la tienda?

—Me lo dijo Nadia, la del bar —responde eufórica—. Cuando me enteré de que la habían ingresado, me habría encantado ir a visitarla, pero no sabía en qué hospital estaba y nadie por aquí supo decírmelo.

La chica habla como una máquina, pero no consigues seguir su conversación, te quedas en «Nadia, la del bar», que seguramente es la chica de la voz familiar que escuchaste por teléfono cuando pediste la comida.

—¿De qué bar estás hablando? —Lanzas la pregunta como un guijarro en su río de palabras.

—El bar de via della Consolata —responde ella interrumpiendo por un momento el hilo de su

discurso para recuperarlo de inmediato. Ahora te está contando lo que le ha ocurrido en estos últimos tiempos, sobre los exámenes a los que se ha presentado en la universidad y las grandes alegrías y las pequeñas miserias propias de una veinteañera serena y sana.

«El bar de via della Consolata», repites en tu mente, ¡pero debe de haber al menos media docena de bares en via della Consolata!

—¿Tiene todavía la Singer? —te pregunta a bocajarro, interrumpiendo el flujo de su charla.

—¿La Singer? —repites desconcertada.

—La Singer que perteneció a esa costurera que a principios de siglo reparaba los trajes de las compañías de teatro que pasaban por Turín.

—¡La Singer portátil! —exclamas. Si no te acuerdas de esta chica, sí recuerdas muy bien la máquina de coser a la que se refiere, un modelo bastante raro de principios del siglo XX. Por esa Singer un coleccionista te ofreció nada menos que quinientas mil liras, pero tú las rechazaste porque parecía mucho más interesado en el valor comercial del objeto que en su historia.

Esa máquina de coser te la vendió una sobrina de la propietaria, la hija de su hermana pequeña, si te acuerdas. La costurera podía presumir de una vida bastante agitada, había tenido gemelas sin estar casada, que habían emprendido siendo niñas aún una carrera de cantantes de variedades. La mujer las había confiado entonces, por no decir abandonado, al cuidado del director de una compañía teatral turinesa cuando aún eran adolescentes, para ir tras un hombre del que se había enamorado y que, según la sobrina de la modista, no era trigo limpio. La mujer murió unos años más tarde en circunstancias bastante misteriosas; las gemelas, en cambio, fueron a buscar fortuna en los escenarios americanos, perdiéndose así su rastro.

—¿Aún tiene la Singer? —te pregunta de nuevo la chica con aprensión—. No se la ha vendido a nadie, ¿verdad? Prometió reservármela a mí mientras reunía el dinero.

—¡Claro que no la he vendido! —afirmas. A pesar de que no tienes ni idea de dónde ha ido a parar esa máquina de coser, estás segura de que no se ha vendido porque, en tu trayectoria como vendedora de recuerdos, nunca has dado salida a un objeto comprometido con alguien, especialmente si ese alguien ha mostrado, como tu joven interlocutora, un interés tan vivo por su historia. La Singer no se encuentra entre los artículos expuestos, de eso estás segura. Esta mañana has sacado el polvo a todos los objetos, y la máquina de coser no estaba entre ellos.

—Espérame un momento, querida —le dices a la chica dirigiéndote a la trastienda, una pequeña habitación de unos pocos metros en la que has amontonado una gran cantidad de cosas, la mayoría guardadas en cajas anónimas. Encontrar la máquina de coser en esa extensión de cartón es una tarea que podría llevar varios días.

El polvo de la habitación te hace cosquillas en la nariz, provocando una ráfaga de estornudos. Buscas un pañuelo en el bolsillo y, mientras lo sacas, oyes que un pequeño objeto cae al suelo produciendo un tintineo para luego rebotar un par de veces y detenerse cerca de una caja. ¿Otra vez la anilla de cortina? No, piensas encogiéndote de hombros, no puede ser la misma anilla que, recuerdas muy bien, has colocado en la cajita sobre el tocador. Probablemente tu casa esté infestada de esas viejas anillas, al igual que tu trastienda lo está de polvo. Te agachas para recogerlo y te das cuenta de que, encima de la caja junto a la que ha aterrizado, hay algo escrito con un rotulador.

—«Giada» —lees el nombre sobre el cartón.

—¿Sí, señora Dalia? —te responde la chica mientras se asoma a la puerta de la trastienda.

Levantamos las aletas de la caja y ahí está, la Singer con su elegante lacado negro, sus motivos florales dorados y su base de madera.

—Ayúdame a levantar la caja, Giada —le pides a la chica a la que por fin puedes atribuir un nombre—. Es demasiado pesada para mí.

—Desgraciadamente, aún no puedo llevármela —se lamenta—. No he reunido todo el dinero.

—¿Cuánto tienes, querida? —le preguntas.

—Ochenta mil liras.

—¡Ese es justamente su precio! —afirmas.

—Pero habíamos acordado doscientas mil liras.

—No me lloves la contraria, Giada —la regañas invitándola con un gesto de la mano a que se haga cargo de la caja—. He estado mucho tiempo en el hospital y no es bueno llevarles la contraria a los convalecientes.

Capítulo 14

Dalia se quedó mirando la sombra negra surgida de las aguas del lago, que permanecía de pie frente a ella. El cuerpo de la chica se veía sacudido por escalofríos provocados no solo por el contacto de su ropa mojada, sino sobre todo por el estupor ante ese improbable encuentro.

—¿Qué hacéis a estas horas por aquí, señorita...?

—Buonaventura —se presentó con voz temblorosa—. Dalia Buonaventura.

—Nuto Cerri —le dijo ofreciéndole la mano con la que poco antes la había ayudado a levantarse del suelo—. Hasta ahora no nos habíamos presentado —constató estrechando su mano—. Deberíamos haberlo hecho desde el primer día; mejor dicho, me correspondía a mí presentarme, ahorrándoos la molestia de hacerlo por iniciativa vuestra. Estáis temblando, pobrecita —señaló—. ¿Tal vez os he asustado?

Dalia siseó un débil «sí».

—Lo lamento —se disculpó mientras se inclinaba hacia el suelo y recogía un objeto, probablemente con el que había topado el tacón de Dalia poco antes, provocando su caída.

Dalia oyó un débil chasquido metálico al que siguió la aparición de un rayo de luz que le dio en la cara.

—Señorita Buonaventura —repitió el hombre—. ¿Es usted, por casualidad, pariente de mi casero? —le preguntó mirándola de los pies a la cabeza, cosa que Dalia no podía hacer con la misma facilidad, pues la luz de la linterna la apuntaba a ella y dejaba a su interlocutor en la penumbra. Sin embargo, Dalia pudo comprobar que se trataba de un hombre muy alto, con unos hombros inusualmente anchos y un pelo un poco más largo de lo normal, que casi le cubría por completo las orejas.

—Soy la hija del ingeniero, sí —explicó con voz aún vacilante.

—Así que no solo sois mi mecanógrafa, sino también mi casera. ¿Habéis vivido en la villa?

—Todavía vivo allí. Excepto cuando llega el verano.

—Entiendo —comentó.

A partir de esa simple palabra, Dalia sintió que su mente de narrador había esbozado los rasgos esenciales de su historia: chica de buena familia, ahora decadente, enviada a trabajar a una edad temprana y, por ironías del destino, obligada a prestar sus servicios en la casa donde nació y creció. Dalia esperaba de todo corazón que su vida no le proporcionara a Nuto Cerri la inspiración para una novelita lacrimógena.

Molesta por la linterna que el hombre seguía apuntando a su cara, Dalia se protegió los ojos con la palma de la mano.

—Perdonadme. —Nuto apartó el haz de luz de su rostro, dirigiéndolo hacia abajo—. Y perdonadme también por haberos asustado, pero no esperaba que me viera nadie. Probablemente me habéis tomado por algún tipo de monstruo acuático.

—En realidad, dudé por un momento de que fuerais el fantasma del lago —admitió.

—¿Este lago tiene un fantasma? —preguntó en tono hilarante—. Entonces, tendré que tener cuidado durante mis baños nocturnos. —Nuto Cerri bromeaba afablemente, como si Dalia y él estuvieran en un salón y no a orillas de un lago, ambos empapados. Mientras él le hablaba, el único pensamiento de Dalia era encontrar una forma de despedirse y regresar a casa, donde podría quitarse la ropa mojada, meterse bajo las mantas y dejar que se evaporara la incomodidad de aquel encuentro.

—Entonces, señorita Buonaventura —continuó él sin sospechar su desazón—, ¿qué hacéis aquí a estas horas?

—Solo estaba dando un paseo —susurró contrariada, sabiendo lo descabellado que podía sonar.

—A mí también me gusta la oscuridad —respondió comprensivo—. Ya os habréis dado cuenta.

—Sí —respondió ella captando la referencia al salón con las cortinas corridas en el que se había visto obligada a trabajar durante una semana.

—Pero para los paseos nocturnos hay que tomar precauciones —declaró levantando la linterna—. Con una de estas para iluminar el camino, no os habríais caído. —El gesto de levantar la linterna hizo que, por fin, fuera visible para Dalia: el rostro de Nuto Cerri no estaba desfigurado en absoluto, la piel de su cara era lisa excepto por unas sutiles arrugas de expresión, sus rasgos parecían fuertes pero regulares y sus ojos tenían una forma alargada que le otorgaba algo exótico y que evocó en Dalia la imagen de Sandokán, el pirata malayo de las novelas de Salgari. El detalle más intrigante de su persona eran los labios, muy finos, que dibujaban una sonrisa levemente asimétrica.

—Tendré que hacerme con una linterna —respondió la chica apartando la mirada del hombre que, solo en ese momento se dio cuenta, estaba casi desnudo, salvo por un par de pantalones cortos de tela. Sin embargo, un detalle, captado con el rabillo del ojo, la obligó a volver por un momento a su cuerpo: una larga y gruesa cicatriz que comenzaba a la altura de las costillas y recorría el lado izquierdo del cuerpo, para desaparecer en los pantalones cortos y reaparecer por debajo del dobladillo, en el muslo.

Allí estaba la famosa herida de guerra de la que había hablado el contable; una línea clara y en relieve que atravesaba en diagonal el cuerpo atlético del escritor combatiente.

—No es sano para mí que me quede aquí todo mojado, y vos también deberíais secaros, querida —dijo iluminando su vestido empapado y embarrado, que se le pegaba de forma embarazosa, resaltando todas las curvas y recovecos de su cuerpo.

—Tenéis razón —cogió al vuelo el pretexto—. Será mejor que me vaya enseguida a casa para cambiarme. Os deseo una agradable velada —se despidió mientras se daba la vuelta y avanzaba unos pasos en la oscuridad.

—¿Adónde vais, señorita? —El hombre la aferró por el brazo; el contacto con esa mano húmeda y fría le provocó un estremecimiento, por lo que no se dio cuenta de lo inapropiado del gesto—. Está oscuro como boca de lobo, ¿queréis volver a tropezar? Permitidme que os acompañe en coche —dijo él ofreciéndole el brazo, al que ella se agarró con cierta reticencia, puesto que, hasta ese momento, nunca se había apoyado en un brazo masculino que no fuera el de su padre, y desde luego no se habría imaginado inaugurar ese gesto con un hombre empapado

y en pantalones cortos.

—Ahí está mi automóvil —dijo señalando una sombra oscura a unos veinte metros—. Esperadme un momento, por favor —añadió en cuanto estuvieron cerca del coche; luego abrió la puerta y sacó una toalla de lino que primero utilizó para secarse el cuerpo que aún chorreaba y que extendió sobre el asiento del copiloto—. Perdonad la precaución, pero el coche no es mío, me lo ha prestado mi superior y no puedo permitirme devolverlo con chafarrinadas de barro.

Dalia ocupó su lugar en el asiento cubierto por la toalla y, como precaución adicional, se quitó los zapatos sucios y los apoyó en su regazo, pues la falda no estaba menos embarrada; mientras llevaba a cabo todo esto, Nuto Cerri se había apartado para ponerse la ropa, una consideración que le pareció bastante ridícula, pues el hombre se había mostrado ante ella medio desnudo, sin ningún tipo de pudor, durante el transcurso de toda la conversación.

—¿No montarán vuestros padres un escándalo al veros regresar a casa a estas horas y en este estado? —preguntó Nuto mientras ponía el coche en marcha.

—Con un poco de suerte no tendré ningún problema —contestó Dalia mirando hacia la carretera.

—Venid conmigo a la villa —le propuso al cabo de unos momentos.

—¿Cómo? —preguntó confundida.

—No me malinterpretéis, señorita —trató de rectificar comprendiendo que había molestado a su pasajera—. La villa es vuestro hogar y volveréis allí en otoño, ¿no es así?

Dalia asintió sin dejar de mirar la carretera que tenía delante.

—Supongo que en vuestro armario podríais encontrar algo, ¿cómo decirlo?, menos embarrado para vestiros.

Dalia se tomó unos momentos para reflexionar sobre la propuesta del señor Cerri, que le pareció tan razonable como inconveniente.

Hasta ese momento había llevado una vida laboriosa y morigerada y sabía poco o nada del mundo, pero incluso desde su reducido punto de vista era muy consciente de que, para una chica de su edad, aceptar la invitación nocturna de un soltero podía resultar una elección poco inteligente. Por no hablar de que, si su padre se enterara, ¿se le caería el mundo encima! Aunque, en el fondo, ¿qué podría hacerle su padre? Desde luego, no la encerraría en su habitación; de lo contrario, adiós a su pequeño sueldo de mecanógrafa; tampoco podría castigarla sin ropa nueva, fiestas u otras diversiones que, de todos modos, no estaban a su alcance.

Lo único que podría hacer el ingeniero sería ponerse como un basilisco, gritando y enfadándose como nunca.

En general, Dalia intentaba evitar que su padre se alterara, pero aquel día se sintió demasiado herida, y la idea de suscitarle una rabia feroz e impotente le pareció la venganza más exquisita.

—La vuestra es una muy buena idea —respondió al final—. Llevadme a la villa, por favor.

Había pasado menos de un mes desde que los Buonaventura abandonaron la villa; además, durante la última semana, Dalia había estado allí todos los días como mecanógrafa; sin embargo, mientras caminaba por los pasillos a esa hora tardía al lado de Nuto Cerri, tuvo la sensación de que volvía a poner los pies en una vida ya lejana a la que sería imposible regresar. Descalza y con los zapatos embarrados en la mano, Dalia se encaminó en silencio hacia su dormitorio; Nuto

la seguía a corta distancia, guardando él también un silencio absoluto, como si hubiera percibido su turbación y quisiera respetarla.

—Esta es mi habitación —anunció Dalia señalándole la puerta.

—¡Habría apostado a que era esta! —dejó escapar Nuto—. Es la habitación más intrigante de toda la villa, especialmente la librería; he encontrado algunos títulos bastante interesantes allí.

Dalia bajó la mirada. Nuto Cerri era el inquilino de la villa y tenía todo el derecho a entrar en todas las habitaciones, pero el hecho de que se hubiera tomado la libertad de mirar entre sus cosas, y de que ahora pudiera sacar conclusiones acerca de su persona, la hizo sentirse en cierto modo violada.

—Disculpadme, ahora tengo que cambiarme —declaró la chica tratando de disimular su creciente desazón.

—Por supuesto, señorita —aceptó—, pero primero dejadme vuestros zapatos para que los limpie.

—¡No puedo dejar que lo hagáis! —se negó ella abrazando los viejos zapatos de suela ya desgastada de los que se avergonzaba. Cuando llevaba sus zapatos, que siempre estaban bien lustrados, se hacía la ilusión, y no injustamente, de que nadie reparaba en el hecho de que les habían cambiado la suela más de una vez; eso era un secreto entre el zapatero y ella, que la buena de Dorina se las arreglaba para preservar mediante constantes aplicaciones de betún.

—¿Por qué no debería ocuparme yo de vuestros zapatos? —sonrió con esa sonrisa ligeramente asimétrica—. He estado en el ejército, y los soldados tienen que mantener su calzado siempre en perfecto estado. Limpiar un par de zapatitos de mujer un poco embarrados después de una excursión al lago no será en modo alguno más complicado que dejar como nuevas unas botas que han marchado por los campos de batalla —explicó quitándole los zapatos de la mano.

—Está bien, os lo agradezco —cedió ella, confundida ante esa mezcla de impertinencia y amabilidad.

—En el ejército aprendí a lustrar botas y botines, pero no me enseñaron mucho sobre la colada, así que os pido que dejéis vuestra ropa sucia en una silla; mañana le pediré a la asistenta que se encargue de ella.

—No, eso no, de ninguna manera —se opuso rotundamente.

—No os preocupéis —respondió él intuyendo su preocupación—, mi asistenta no es de por aquí, no conoce a nadie de los alrededores y no podría cotillear aunque quisiera. Ahora cambiaos, señorita, os espero en el salón junto a la entrada.

—El saloncito francés —puntualizó Dalia.

—¿Lo llamáis así? —volvió a sonreír—. Es un nombre que se podría utilizar en una novela por entregas. *La marquesa se retiró a su saloncito francés...* Debería tomar nota —dijo mientras se alejaba.

Dalia pensó que debería sentirse ofendida por la libertad con la que el señor Cerri se había burlado de las costumbres de su familia, pero ella misma siempre había pensado que ese hábito de ponerle un nombre a las habitaciones, como si vivieran en un palacio real, era bastante ridícula.

Cuando por fin se quedó sola, abrió la puerta de su habitación y antes de hacer lo que había ido a hacer allí, es decir, buscar un vestido seco para ponerse, miró a su alrededor acariciando el papel pintado con florecillas, la colcha azul, las muñecas de caras altivas que desde lo alto de la

cómoda parecían disfrutar con el melancólico recuerdo de la riqueza pasada y, por último, la librería que había despertado la curiosidad del señor Cerri. Se trataba de una pequeña estantería blanca que contenía todos sus volúmenes; no eran tantos, a decir verdad. En otro tiempo, Dalia adoraba los libros, especialmente las novelas de aventuras, y había leído mucho durante sus años de colegio, pero desde que empezó a trabajar, en parte por falta de tiempo y en parte por escasez de dinero, había abandonado ese hábito tan bueno y saludable. Su biblioteca era la de una chiquilla, pensó Dalia mientras recorría con el dedo índice los lomos de los volúmenes: el ciclo de *Los piratas de Malasia*, de Salgari; *La isla del tesoro*, de Stevenson; *Las aventuras del barón Münchhausen*, de Raspe; *Los viajes de Gulliver*, de Swift, y además *Cuento de Navidad*, de Dickens, y *El fantasma de Canterville*, de Wilde.

Los temas recurrentes de sus lecturas de infancia eran los viajes y los fantasmas, dos temas que siempre la habían fascinado y de los que no tenía la más mínima experiencia, aunque aquella tarde se había acercado bastante a los fantasmas. Al final de su rápido recorrido, Dalia tuvo que cambiar de opinión: ¡la suya no era la biblioteca de una chiquilla, sino la de un niño! No es que Dalia hubiera descartado voluntariamente las novelas «para niñas»; tal vez si de pequeña hubiera tenido la oportunidad de comprar libros habría leído algunas, pero debido a los problemas económicos sobrevenidos a su familia, en vez de crear su propia biblioteca había heredado la que había pertenecido a su padre cuando era pequeño.

A Dalia se le cruzó un pensamiento muy desagradable: después de observar aquella habitación, Nuto Cerri debía de haber pensado que seguía siendo una niña devota de las muñecas, con una extraña pasión por las lecturas de mocosillo. ¡Si el escritor hubiera sabido que los libros de su habitación eran solo una pequeña parte de sus lecturas...! También estaban los libros de su madre, los que había cogido a escondidas unos años antes de la estantería del saloncito de la planta baja y vuelto a colocar allí después de leerlos con avidez. Su madre, probablemente aburrida de la vida provinciana y de un matrimonio nada apasionado, se entretenía con la lectura de novelas bastante atrevidas sobre adulterios y mujeres perdidas, como *El diablo en el cuerpo*, de Radiguet; *La dama de las camelias*, de Dumas, o *Esplendor y miserias de las cortesanas*, de Balzac. La señora Buonaventura había leído esas historias decadentes y un tanto impúdicas en el idioma original para mantener vivo su excelente francés, y quizá también para no ser sorprendida por su marido, que desaprobaba las lecturas libertinas, pero cuyo francés, a pesar de sus años de estudio, no iba más allá de *bonjour y merci beaucoup*. A diferencia de su padre, a Dalia, en cambio, se le daban bien los idiomas, gracias a lo cual, alrededor de los trece años, había devorado aquellas novelas deliciosamente inapropiadas para su edad. La chica recordó que su padre la sorprendió una vez mientras leía *Las relaciones peligrosas*, de Choderlos de Laclos.

—¿Qué estás leyendo, querida? —le preguntó arrebatándole el libro de las manos y pasando las páginas. Dalia sintió que sus mejillas se sonrojaban y que el corazón le saltaba en el pecho—. Lees en francés —se regodeó ingenuamente el ingeniero—. ¡Muy bien!

Dalia sonrió ante ese recuerdo de hacía solo cuatro años, pero que ya quedaba infinitamente lejos, y pensó que después de todo era una suerte que Nuto Cerri no supiera nada de sus lecturas francesas y libertinas.

Una vez de vuelta al presente y al motivo por el que estaba en aquella habitación, Dalia abrió el armario con puertas de espejo, donde se conservaba casi toda la ropa que se había puesto en su

vida, desde la infancia hasta la temporada anterior. Con un gesto parecido al de una arpista, recorrió con los dedos la ropa que colgaba de las perchas, demorándose con las yemas de los dedos en algunos tejidos.

La ropa de cuando era niña, elegante y vaporosa como la de sus muñecas, ocupaba buena parte del armario y aún estaba en excelente estado; por el contrario, la más reciente era escasa y ya estaba algo desgastada. Dalia eligió un vestido de muselina de color marfil, demasiado abrigado para el mes de mayo, y se lo puso: le quedaba bien, pensó con satisfacción mirándose un momento en las puertas de espejo, y luego se desprendió rápidamente de su imagen y de ese frívolo pensamiento.

Antes de salir de la habitación, le echó de nuevo una larga mirada, deteniéndose en cada detalle, como si quisiera grabar en su mente los pormenores de un lugar que nunca volvería a visitar. Tras ponerse un par de zapatillas, recorrió el pasillo, cruzó el vestíbulo con el suelo ajedrezado y llegó al saloncito francés donde Nuto Cerri la esperaba en un sillón.

—Por favor, sentaos unos minutos, señorita —la invitó cortésmente el hombre—. Estaré encantado de ofreceros una copa de vino —dijo tendiéndole una de las dos copas que descansaban en la mesita junto a una botella con una etiqueta de aspecto pretencioso—. Para entrar en calor tras una caída al agua un té caliente hubiera sido la mejor opción, pero no pude encontrar la tetera ni el té.

Dalia dudó un momento y luego aceptó el vaso que el hombre le entregaba. En su casa el vino nunca había sido un tabú, podía tomarlo, siempre que fuera durante las comidas y en cantidad moderada, lo que, de todos modos, rara vez había hecho.

—También nuestra asistenta —empezó a conversar Dalia intentando adoptar un tono mundano— a menudo cambia las cosas de sitio. Creo que lo hace para disuadirnos de utilizar la cocina por nuestra cuenta.

—La señora que trabaja aquí no es mi asistenta, está empleada por mi superior, el que alquiló esta villa.

—¿La villa y la asistenta son prestadas, como el automóvil? —preguntó Dalia perseverando en su intento de entonación mundana mientras tomaba asiento en el sofá.

—Así es —confirmó entregándole una pitillera de la que Dalia sacó uno—. Tanto la casa como el coche y la asistenta son de mi jefe de redacción; en pocas palabras, soy su invitado —le explicó tendiéndole una cerilla encendida con la que Dalia, aunque con cierta dificultad, consiguió encender su primer cigarrillo—. Mi superior alquiló esta villa para él y su esposa, pero luego le surgió algún contratiempo, así que, como ya lo había pagado todo, me ofreció pasar unas semanas aquí.

—Siento el contratiempo de su superior —comentó Dalia dando una ligera calada a su cigarrillo y expulsando el humo sin inhalarlo.

—No os preocupéis; no creo que él, y sobre todo su mujer, tuvieran verdadera intención de pasar aquí todo el verano. Más bien creo que pensaban en mí y en mis achaques, y querían darme la oportunidad de descansar.

—¿Achaques? —repitió Dalia con la esperanza de obtener detalles sobre la cicatriz que había vislumbrado en el lago.

—Una bronquitis preocupante —la decepcionó, en cambio, el hombre—. A veces el invierno turinés sabe ser despiadado. Además, mi jefe tenía la esperanza de que encontrara aquí un poco

de inspiración para empezar a escribir de nuevo.

—Yo diría que el plan ha funcionado —carraspeó Dalia, tras lo que se tomó un sorbo de vino para apagar el molesto picor de garganta que le provocaba el humo—. Los baños nocturnos en el lago probablemente no son el tratamiento ideal para la bronquitis, pero en compensación estáis escribiendo todas las mañanas.

—Desgraciadamente, como habéis podido constatar, tengo grandes dificultades. —El hombre se sirvió un poco más de vino y rellenó la copa de Dalia—. No podía escribir en la ciudad y tampoco puedo aquí —concluyó tomando un sorbo.

—Lo siento —murmuró Dalia con sus pensamientos un poco empañados por el alcohol—; tal vez, sin embargo, si no os quedarais encerrado todo el día en casa, sino que salierais a explorar los alrededores...

—Yo ya salgo —protestó—, vos misma me habéis visto bañarme en el lago.

—¡Por la noche, como el fantasma del príncipe ahogado! —comentó Dalia, cuya lengua estaba suelta ahora por efecto del vino—. Deberíais salir en pleno día, hablar con la gente. No es que haya gente especialmente interesante por aquí, pero...

—Yo no diría eso, ya he conocido a algunos sujetos muy peculiares. Hay un hombre que me mandó una carta muy mal redactada en la que afirmaba que quería venderme unos explosivos.

—¡El señor Fruttero! —estalló en carcajadas Dalia, animada por la ligera ebriedad.

—Le respondí cortésmente que no me interesaba, ¿qué iba a hacer yo con sus explosivos?, pero desde entonces ese caballero se aposta cerca de la verja de entrada, tratando de interceptarme.

—El señor Fruttero es un tipo raro pero inofensivo, explosivos al margen —comentó ella apagando el cigarrillo en el cenicero de mármol apoyado sobre la mesita de café y cogiendo de inmediato otro, para el que Nuto le dio fuego rápidamente. Ahora el humo le bajaba por la garganta que era una maravilla, dejándole un agradable cosquilleo en el paladar.

—También hay por aquí algunas mujeres que me escriben. Una es poco más que una niña, la otra, en cambio, es una mujer bastante elegante de unos treinta años. Supongo que son lectoras mías y quieren saber cuándo saldrá mi próxima novela.

—A esas dos les importan un bledo sus novelas patrióticas —espetó Dalia aspirando su cigarrillo con los gestos amplios y teatrales que había aprendido de las divas del cine, sin importarle lo ofensiva que pudiera sonar su afirmación.

—Entonces, ¿qué quieren de mí?

Dalia lo miró de reojo, con la media sonrisa de quien tiene guardada una sabrosa revelación.

—Por lo que se refiere a la mujer bien vestida —empezó Dalia bajando la voz—, creo que os referís a la señorita Marietta Girola, pero no puedo deciros lo que está buscando; sería una falta de consideración hacia ella.

Nuto sonrió confundido y divertido.

—Por otra parte, Elvira, en cambio, la más joven, desea... —Dalia se permitió una larga pausa para impresionar— ¡desea conocer a la Condesa!

—Eso lo veo muy improbable. —Esta vez fue Nuto Cerri quien se echó a reír, seguido de cerca por Dalia, que no lograba imponerse la conducta seria y refinada que, según ella, requeriría una conversación semejante.

—Ya le he dicho y repetido que la Condesa no se encuentra aquí —continuó Dalia—, ¡pero

Elvira es testaruda!

—Al contrario, la Condesa está aquí mismo —declaró Nuto, dejando a su interlocutora con la boca abierta—. ¿También os gustaría conocerla? —la descolocó.

Dalia sintió que la leve ebriedad se evaporaba de su rostro, blanqueándole los carrillos sonrojados por el vino: ahora estaba sobria de nuevo, muy agitada e inexplicablemente un poco decepcionada. En realidad, nunca se había interesado por los chismes sobre la Condesa porque, en el fondo, no creía en su existencia, o más bien no daba crédito a los rumores que querían que fuera la amante de Cerri.

—¿Estáis preparada para conocer a la Condesa? —le preguntó mientras se levantaba y se dirigía hacia el vestíbulo.

—¡No, no lo hagáis! —intentó detenerlo—. No la despertéis a estas horas de la noche.

—Pero ella no está durmiendo —le contestó cogiendo un periódico apoyado sobre una consola.

Dalia empezó a mirar a su alrededor con inquietud, sospechando que la misteriosa Condesa podría haberse agazapado detrás de una cortina y haber presenciado desde allí toda su conversación. En ese momento Dalia percibió lo ridícula que debía de resultar mientras intentaba darse aires de mujer mundana con los ojos nublados por el alcohol, el cigarrillo que manejaba torpemente y esa risa irreprimible y molesta.

—Leed esto —le ordenó Cerri tendiéndole el periódico abierto.

La página mostraba una ilustración de una dama vestida de blanco, con el dorso de la mano apoyado en la frente, en el acto lánguido de perder el conocimiento.

—*Confundida y agotada, la marquesa Aldobrandi suspiró* —leyó Dalia en silencio pasando la mirada por la página—. *Su pecho blanco, aprisionado en su rígido corsé, subía y bajaba frenéticamente por la falta de aire.*

Dalia levantó los ojos del periódico y miró asombrada a Nuto Cerri: el texto que acababa de leer era el que el escritor le había dictado en el salón oscuro el día que se habían conocido.

—¡Aquí tenéis a la Condesa! —proclamó Nuto mientras se ponía en pie de un salto y abría los brazos con la audacia de un acróbata que acaba de realizar un doble salto mortal.

Capítulo 15

¡Nuto era la Condesa!

Tus labios rojo magenta se dilatan en una carcajada. Te levantas de la silla y a tientas llegas hasta la ventana para abrir los postigos. Para tu sorpresa, descubres que el sol ya se ha puesto. Observas la elegante fachada barroca del edificio de enfrente, cuyas ventanas, ya todas iluminadas, parecen mirarte con aire de superioridad.

Enciendes la luz de la habitación, como si quisieras responder de la misma manera a las arrogantes ventanas de enfrente, y te sientas de nuevo en el escritorio para ordenar los papeles que has mecanografiado.

Esta tarde te has divertido mucho, y a ratos te has enternecido, al observar a tu propio yo de hace tantos años, empeñada en la ardua y torpe tarea de interpretar a la mujer de mundo para impresionar a un indiferente Nuto Cerri.

Sí, *indiferente*; ahora desde la altura de tu experiencia puedes afirmarlo sin ninguna duda: Nuto era realmente un hombre indiferente, o, mejor dicho, mostraba indiferencia hacia todo lo que no le concernía, y si en aquel mayo de 1940 dirigió su atención hacia ti fue solo porque percibió la curiosidad y la admiración que sentías hacia él. Recordar hoy aquella noche lejana, la primera que pasaste fuera de casa, aunque, en rigor, ¡la villa era tu casa!, verla de nuevo a través del filtro de la página escrita y, sobre todo, de los años transcurridos hace que te parezca diferente a como la recordabas: menos poética, nada romántica y un poquito grotesca.

Si en este momento se te plantara delante un Nuto Cerri cualquiera y empezase a hacer alarde de su vasto repertorio de miradas intensas, sonrisas maliciosas, salidas ingeniosas y zalamerías, probablemente serías capaz de ponerlo en su lugar en menos de un minuto, pero en 1940 no eras más que una chiquilla un tanto achispada con un cigarrillo encendido entre los dedos que fingía saber fumar.

«Cigarrillo», susurras para ti misma.

El que te fumaste en compañía de Nuto, en el saloncito francés de Villa Buonaventura, fue tu primer cigarrillo; el primero de una larga serie. De repente, sientes un cosquilleo bajo las uñas, pero no se trata del cosquilleo que notas antes de que tus dedos empiecen a saltar sin control sobre el teclado de la Olivetti roja; la sensación que percibes ahora es diferente y en modo alguno agradable, como un deseo insatisfecho o una pregunta sin respuesta.

Una chispa salta en tu memoria: ¡desde el día de tu *pequeño incidente*, no has fumado ni un solo cigarrillo! Después de tu *pequeño incidente* estuviste hospitalizada y, obviamente, estaba prohibido fumar en la clínica, mientras que durante tu convalecencia en casa no has fumado porque...

Intentas concentrarte en las recomendaciones de los médicos, pero no recuerdas que ninguno de ellos mencionara el hecho de no fumar. Con independencia de los consejos de los médicos, ¡tú

ahora quieres un cigarrillo, sientes ese deseo y lo vas a conseguir!

Comienzas a abrir una a una las numerosas puertas y cajoncitos de tu antiguo escritorio y de cada uno de ellos surgen lápices, bolígrafos, sacapuntas, abrecartas, todo ordenado con meticulosidad según un preciso esquema que por una vez no es obra de Germana, sino tu propia idea. Eres muy desordenada; sin embargo, existe un ámbito en el que eres extremadamente meticulosa, esto es, en tu trabajo como mecanógrafa, del que el escritorio es parte integrante. Los cigarrillos no están incluidos en tu equipo de trabajo, pero, como Germana siempre ha estado en contra de tu pequeño vicio y muchas veces te ha tirado todo el paquete «por error», hace años que decidiste guardarlos en el único lugar del que ella siempre se mantuvo a una respetuosa distancia, o sea, tu escritorio.

Has abierto todos los compartimentos del mueble, incluidos esos secretos perfectamente camuflados gracias a los adornos y las incrustaciones; te asalta la duda de si no habrás dejado de fumar antes de tu hospitalización, lo que explicaría por qué no has vuelto a sentir la necesidad de hacerlo, pero no, ahora te acuerdas con claridad de haber encendido un cigarrillo justo el mismo día de tu *pequeño incidente* mientras estabas en un bar, esperando...

A quién estabas esperando en la mesa de ese local sin identificar realmente no lo recuerdas, pero al menos te acuerdas de haberte dirigido a un bar ese día y de haberte sentado a una mesita, una de esas antiguas mesitas con tablero de mármol que se mantiene fresco incluso en verano y te transmite un agradable escalofrío cuando te apoyas en ella. También recuerdas haber pedido un agua tónica; siempre te ha encantado el saborcito fresco y levemente amargo de esa bebida un tanto retro.

Ahora vuelves a ver la mirada de suficiencia en el rostro del camarero, un jovenzuelo tristemente vulgar con restos de acné juvenil en los mofletes y una chaqueta blanca dos tallas más grande, con toda probabilidad heredada de un camarero anterior.

—¿Agua tónica? —repitió indignado—. ¿Quiere decir una tónica?

Aunque estabas convencida de la inutilidad y la descortesía de tal aclaración, asentiste sonriendo.

Haces un esfuerzo por apartar de tu mente al descarado camarero y dirigir tus recuerdos a la mesita del bar, sobre la que ves un voluminoso cenicero de falso cristal, de esos que estaban tan de moda en los años setenta. Junto al horrible cenicero hay un gran sobre amarillo, como los que utilizabas para guardar los trabajos de mecanografía que debías entregar a los clientes. Es un sobre de fuelle concebido para contener un gran número de hojas.

Un pensamiento se interpone entre tus recuerdos y tú, obligándote a abandonar por un momento la mesita del bar para dirigir tu atención al mundo real y, más concretamente, a tu escritorio, o mejor dicho, a un determinado cajón del escritorio, el último de abajo, donde guardas los trabajos incompletos y los borradores. Sacas el cajón y ahí está, la hoja aún algo curvada que el día de tu *pequeño incidente* olvidaste en el carro de la Olivetti MP1, una página casi completamente en blanco, salvo la palabra «FIN», escrita en mayúsculas y colocada en el centro.

Esa hoja, estás segura de ello, debería haber formado parte del sobre amarillo que llevabas contigo en el bar y que tendrías que haber entregado a la persona a la que estabas esperando.

¿Es posible que, antes de tu *pequeño incidente*, aceptaras un trabajo de mecanografía?

Guardas el misterioso papel en su sitio y vuelves con tu memoria a la mesita del bar, donde

recuerdas haber bebido tu agua tónica, o solo tónica, como se diga, y haber encendido un cigarrillo para matar el rato. Fue entonces cuando el odioso camarero vino a decirte que en «su bar» estaba prohibido fumar. ¡Y con qué desfachatez lo afirmó, casi como si en Italia hubiera una ley específica que prohibiera fumar en los locales públicos! Por no hablar del medio kilo de cenicero colocado sobre la mesita.

Mientras recuerdas ese diálogo, sientes que tu ira hierve. En ese momento te levantaste y saliste a terminar tu cigarrillo en paz, y cuando a tu regreso...

Ahora a tu memoria le cuesta centrarse en el tablero de mármol rojizo de la mesita sobre la que estaban el cenicero, el vaso medio lleno y nada más.

¡El sobre amarillo había desaparecido!

Recuerdas que le pediste explicaciones al odioso camarero, quien te miró atónito, como si fueras una pobre loca.

—En el bar no ha entrado nadie —te respondió lapidariamente, volviendo a secar una taza.

—¡Ese sobre contenía un documento muy importante! —dijiste tratando de hacerte respetar.

—Si era tan importante, entonces no debería haberlo dejado desatendido.

Presa del pánico, saliste del bar con la débil esperanza de localizar al ladrón y, al cabo de unos metros, sentiste un agudo dolor de cabeza y...

Agotada por tus propios recuerdos, te dejaste caer exhausta en el sofá de tu estudio.

Capítulo 16

—Buenos días, Dalia —la saludó Ester con aire sorprendido y somnoliento—. Perdona si te he hecho esperar, todavía estaba en la cama.

—Perdóname tú, pero quería hablar contigo de inmediato.

Ester observó el rostro de su amiga, que estaba más pálido que de costumbre, y sus ojos marrones estaban rodeados de un matiz plumizo: parecía que había dormido poco o que había llorado demasiado; o quizá ambas cosas a la vez.

—Entra, entra, querida Dalia. —La tomó cariñosamente del brazo—. Marisa ya ha llevado el café al salón, ¿te apetece una taza?

Dalia se dejó llevar a la habitación de la planta baja y se tumbó en el sofá.

—Cuéntame lo que te ha pasado —la instó después de ofrecerle una taza de café—. ¿Ha habido algún otro incidente desagradable? —preguntó—. ¿Han vuelto los camisas negras a molestar al contable?

Al hacer esa pregunta, el rostro de Ester se había vuelto más ceroso que el de su amiga.

—No, no es nada de eso —se apresuró a tranquilizarla.

—Bueno —suspiró Ester—. Entonces, ¿por qué te has venido aquí corriendo a estas horas de la mañana, sacándome de la cama y dándome un susto de muerte?

Ester era una chica educada y brillante, pero, como todo el mundo, no estaba exenta de aristas y asperezas; tenía de hecho un talante austero, incluso un tanto condescendiente, y le daba mucha importancia al sentido común, del que creía estar dotada en abundancia. Pero en lo que la naturaleza no había sido muy pródiga con ella era en la paciencia, que perdía cada vez que consideraba que se desoía su amado concepto del sentido común. En tales casos, Ester podía llegar a ser muy dura, a veces incluso grosera. Su carácter había ido suavizándose a lo largo de los años, pero se estropeó de nuevo cuando, a causa de las leyes raciales, se vio confinada en la Ca' rossa. Dalia soportaba con paciencia esos esporádicos arrebatos de ira, pues a Ester se le había arrebatado su vida justo cuando se estaba poniendo interesante. En verano de 1938, antes de que la situación política se precipitara, la señora Levi estaba confeccionando un hermoso vestido blanco con el que, la primavera siguiente, Ester iba a participar en el baile de debutantes del Club de Oficiales. Su tío, coronel de los Carabinieri acantonados en el cuartel de Cernaia, en Turín, iba a llevarla allí. Sin embargo, por desgracia, fue expulsado del cuerpo de los Carabinieri por su condición de judío, y así que adiós a su presentación en sociedad.

—¿Por qué te quedas ahí atontada? —le espetó Ester al ver que se entretenía en quién sabe qué fantasías—. Explícame de una vez qué te ha pasado.

—Nuto Cerri... —comenzó Dalia para luego interrumpirse de inmediato.

En aquellos días, durante sus ficticias clases de mecanografía, Dalia le había contado a su amiga todos los detalles de sus encuentros con el escritor, incluidos todos los cotilleos que

circulaban acerca de la misteriosa Condesa.

—¿Y bien, Dalia? —la azuzó—. ¿Qué ha hecho Nuto Cerri que sea tan excepcional como para que hayas galopado hasta aquí al amanecer para explicármelo?

—Nuto Cerri y la Condesa son la misma persona —profirió finalmente de un tirón.

—¿Cómo? —respondió Ester sin relajar el ceño.

—La Condesa, en realidad, no existe, es solo el seudónimo de Nuto Cerri.

—Es una noticia intrigante —le concedió—. Pero también lo habría sido esta tarde —añadió removiendo nerviosamente la cucharilla en el café.

—Nuto Cerri me lo ha confesado esta noche. —La cucharilla de Ester estaba a punto de posarse en el platito y se detuvo en el aire.

—¿Has pasado la noche con ese hombre? —preguntó entonces estupefacta conteniendo el tono de voz—. ¿Y te parece que lo primero que tienes que decirme es que Nuto Cerri se esconde tras las novelas de la Condesa?

—No ha ocurrido nada inapropiado —le anticipó Dalia—. Nos hemos limitado a charlar, beber un poco de vino y fumar algunos cigarrillos.

—Oh, Dalia, ¿pero no has pensado en las consecuencias? —En el rostro de Ester el ceño fruncido había dado paso a una expresión preocupada.

—Bueno, he dormido muy poco y ahora me duele un poco la cabeza por culpa del vino, pero cuando Nuto me llevó de regreso a casa en su coche me hizo bajar antes de girar en la calle de casa, así que mi padre no se ha dado cuenta de nada.

—¡Dalia, qué ingenua eres! —suspiró recuperando su expresión severa—. ¿Te parece que has hecho algo de sentido común?

Dalia negó con la cabeza. Por una vez su amiga no invocaba el sentido común sin venir a cuento.

—¿Y si alguien te hubiera visto?

—¿Quién podría habernos visto? Eran las cuatro de la madrugada —se defendió.

—¡Precisamente! —saltó—. ¿De verdad crees que aquí nadie se fija en un coche que circula en mitad de la noche?

—Estoy segura de que nadie nos vio —reiteró Dalia.

—Ojalá sea así, se necesita mucho menos para comprometer a una chica.

Los ojos de Dalia se llenaron de lágrimas.

—Vamos, ahora no llores. —La voz de Ester se suavizó—. Probablemente tengas tú razón, nadie os vio, pero en el futuro intenta evitar estas hazañas.

—Tengo miedo —sollozó.

—En tu lugar yo también lo tendría —estuvo de acuerdo—, pero ahora preocuparse es inútil, es más, incluso perjudicial. No debes mostrarte alterada; de lo contrario, darás lugar a sospechas.

—No tengo miedo de que me descubran —le confió a su amiga—, tengo miedo de lo que sucederá hoy cuando vaya a trabajar a la villa.

—¿Se portó mal Nuto Cerri contigo anoche? —se alarmó Ester—. ¿Crees que puede tomarse libertades?

—No, eso no —negó con seguridad—. Me trató con mucho respeto, pero temo haberle dado una impresión equivocada. Estaba un poco achispada y puede que haya dicho y hecho cosas un poco descaradas.

—¡Oh, por Dios! —prorrumpió Ester presa de una sospecha—. ¡Estás enamorada de él!

—Anda ya —negó rápidamente—. Sería una verdadera idiota, es más, una pobre ilusa, si me enamorara de un hombre tan fascinante y sofisticado que solo me ve como una provinciana simplona, pero...

—¿Pero qué?

—De algún modo, hubo una cierta intimidad, hablamos mucho y de muchas cosas. Me habló de sus novelas y del hecho de que, al no poder participar en las campañas militares por culpa de su salud, ya no podía escribirlas. Ha perdido la inspiración.

Ester negó con la cabeza con displicencia, pero Dalia continuó sin prestarle atención.

—Es precisamente por este motivo por el que se ha centrado en las historias de amor, que están muy solicitadas, pero que detesta con todas sus fuerzas.

—Pobrecito —puntualizó Ester con sarcasmo—, ¡debe de echar mucho de menos ir por el mundo disparando a los enemigos del fascismo!

—Ahora, sin embargo, está tan angustiado que ya no puede escribir novelas románticas.

—Un duro golpe para las criadas y las costureras —siguió ironizando Ester sin que Dalia le prestara atención.

—Y me tomé la libertad de aconsejarle, ¿entiendes? Yo, una sencilla mecanógrafa, ¡he aconsejado a un gran escritor!

—Un escritor de novelas por entregas —se burló Ester—, que probablemente sería un don nadie sin sus amistades políticas.

—Y también le hablé de mí, de mi familia. —Dalia estaba llorando ahora sin freno—. Le hablé de nuestra situación financiera, de mi madre, que nos abandonó tras la quiebra de la fábrica, y de los parientes que no vienen a vernos desde hace años por miedo a que mi padre pueda pedirles dinero.

—Si el problema es solo ese, deja de preocuparte —la tranquilizó su amiga—. Te guste o no te guste, son cosas que todo el mundo sabe y de las que todo el mundo chismorre. Tarde o temprano se habría enterado de todos modos, y es mejor que las hayas oído por ti, sin los adornos que las malas lenguas le añadirían.

—Ahora me mirará como a una pobre marginada.

—Su opinión no tiene ninguna importancia —resopló Ester—. Nuto Cerri no permanecerá aquí para siempre; pronto regresará a su hogar, llevándose consigo todas sus opiniones.

Dalia asintió, tristemente su amiga tenía razón: Nuto se marcharía como ya lo había hecho su madre y como pronto haría también Ester.

Se quedaría sola, reflexionó con amargura; sola con su padre y sus odiosas prohibiciones.

—Tengo que irme ya —declaró levantándose de un salto.

—Un momento, por favor —la detuvo Ester—. Gianni pasó ayer por aquí para vernos. Dice que habéis quedado esta tarde para tomar un helado.

Las palabras de Ester la sorprendieron como si no fuera consciente de a qué se estaba refiriendo.

En los últimos días, Dalia había tomado algunas decisiones solo para fastidiar a su padre, como concertar una cita con el sobrino de su criada o ir a la villa por la noche para beber vino y charlar con su inquilino; pero ahora estaba demasiado decaída para soportar más reproches. Tenía que anular su cita con Gianni; al fin y al cabo, él también, como todos los demás, se iría

pronto, y no valía la pena librar una batalla por él. Su padre, en cambio, para bien o para mal, era el único punto de referencia en su vida, el único que siempre había estado a su lado.

—Debes hacerme un favor, Ester —imploró—; envía a alguien a casa de Dorina para que le diga a Gianni que la cita se ha cancelado.

—¿Y eso por qué? ¿Tienes miedo de que tu escritor se ponga celoso?

—¡Me temo que mi padre se pondrá furioso!

—¡Al diablo con tu padre! —soltó Ester—. Tienes que acudir a tu cita con Gianni y procurar que te vean el mayor número de personas posible. Todo el vecindario cotilleará sobre el tema y tu padre enloquecerá, pero si los cotillas están centrados en espiar los movimientos de Gianni, difícilmente harán conjeturas sobre ti y el escritor. Dentro de unos días, además, Gianni regresará al internado, las chismes se apagarán y tu padre por fin se calmará. ¡Es cuestión de elegir el mal menor, querida!

Dalia miró a su amiga con admiración; Ester tenía la astucia de una «mujer de mundo», aunque había abandonado el «mundo» incluso antes de convertirse en «mujer». Si las protagonistas de las novelas románticas hubieran sido tan astutas como Ester, en lugar de tan lánguidas y pusilánimes como esa marquesa Matilde, entonces sí que le habrían entrado ganas de leerlas.

Cuando, poco después, Dalia llegó a la villa, la encontró completamente revuelta, todo lo que puede estarlo una casa grande con tan pocos habitantes.

El coche de Nuto estaba mal aparcado, atravesado delante de la entrada, y la sirvienta, con un humor más sombrío de lo habitual, se afanaba en cargar bultos mientras el escritor corría tras ella, intentando en vano que atendiera a sus razones.

—¡Dejad que me explique!

—¿Qué diablos hay que explicar? —respondió la mujer—. No sois una persona decente, y yo no me quedaré ni un minuto más aquí.

—Pero razonad, señora —le imploraba Cerri—, ¿qué van a decir sus patronos si abandona la casa?

—Se lo explicaré todo, y seguro que estarán de acuerdo conmigo —declaró depositando otro bulto más delante de la puerta principal y fijándose finalmente en Dalia, quien se afanaba en colocar su bicicleta contra la pared—. Ahí está, la mecanógrafa noctámbula.

—Por favor, os ruego que no os dirijáis a la señorita Buonaventura de manera irrespetuosa —le ordenó Nuto en un tono que pretendía ser firme, pero que resultó suplicante.

—¿Yo, faltarle al respeto? Vosotros dos habéis faltado al respeto entregándoos a las juergas nocturnas, por no hablar del descaro de pedirme que lavara su vestido.

—¡Pero qué juergas, vamos!

Dalia observaba petrificada cómo la mujer se echaba los bultos al hombro y se marchaba por el camino murmurando a media voz.

—Al menos permitidme que os lleve a la estación. —La educada y desesperada oferta de Nuto se perdió en el crujido de la grava en el sendero de entrada, que gemía bajo las suelas de la enfurecida criada.

Dalia seguía el balanceo de la mujer, imaginando el efecto que su visión tendría en la gente de

los alrededores. Seguramente alguien la habría reconocido como la criada del inquilino de Villa Buonaventura y habría empezado a especular, eso en el caso de que la mujer no les ahorrara explicaciones en términos claros acerca de los motivos que la habían llevado a salir huyendo. En ese desafortunado caso, para Dalia sería el fin: su buena reputación, que hasta entonces nunca se había puesto en duda, se vería comprometida para siempre, y en cuanto a su padre, la pobre chica ni siquiera tenía el valor de imaginar su posible reacción.

—Se ha ido —constató finalmente Nuto al verla desaparecer más allá de la verja—. Nosotros también nos vamos.

—¿Perdón? —encontró Dalia la lucidez para articular.

—Después de esta trifulca no tengo ánimos para trabajar en mi novela, quiero seguir vuestro consejo de anoche y cambiar un poco de aires. Una excursión campestre le sentará bien a mi inspiración, y dejar de lado la máquina de escribir por un día también os sentará bien.

—Os agradezco vuestra preocupación, señor Cerri —profirió la muchacha intentando controlar su voz, que, al igual que sus piernas, se veía sacudida por un ligero temblor—, pero, si no me necesitáis esta mañana, creo que volveré al despacho del contable.

—Vamos, señorita —insistió—, esto no será más que un inocente paseo entre amigos. Fue muy agradable charlar con vos anoche. Sois una dama brillante.

—Os lo agradezco. —La mente de Dalia estaba más embriagada por ese cumplimiento de lo que lo estuvo por el vino la noche anterior—. Pasar un día de ocio es una perspectiva atractiva, pero me temo que mi reputación ya está lo bastante comprometida.

—Reputación comprometida —repitió—, es una expresión verdaderamente intrigante; sois muy hábil con las palabras, pero no creo que la situación sea tan grave. La asistente mantendrá la boca cerrada; trabaja desde hace años para mi superior y le tiene demasiada devoción como para hablar mal de uno de sus colaboradores y amigos; sin embargo, si por desgracia se tomara la molestia de soltar algo, será su palabra contra la mía. ¿Alguien de casa ha notado vuestra ausencia esta noche?

—Solo estamos mi padre y yo —especificó Dalia—. Y no, no se ha percatado de nada.

—Perfecto: por lo que todo el mundo sabe, estabais tranquila en vuestra cama, mientras que yo me entretenía con una señorita que, evidentemente, no podíais ser vos. Vuestra reputación estará a salvo, y en cuanto a mí, desde luego no será el relato de una noche pasada en dulce compañía lo que me desacredite.

Una noche pasada en casa de un hombre, reflexionó Dalia, suponía la ruina para una chica, pero lo que para una mujer era un acto imperdonable, para un hombre era tan solo una travesura de la que reírse mientras se daban codazos.

—Os lo ruego, señorita, dadme esa satisfacción. —El tono implorante del hombre la hizo tocar el cielo con un dedo, haciendo flaquear sus buenas intenciones—. Podríamos ir a Rivoli; es una ciudad lo suficientemente alejada y grande como para que nadie de por aquí pueda descubrirnos, y además hay un bonito castillo. ¿Habéis tenido ya la oportunidad de admirarlo?

—De niña —respondió.

En ese momento, Dalia se dio cuenta de que hacía años que no salía de Avigliana y sus inmediaciones. Era una chica curiosa, y no era justo que su juventud se consumiera dentro de unos límites tan cerrados.

—Vamos, señorita —la apremió Nuto sonriendo con esa sonrisa suya asimétrica y seductora.

—Muy bien, vamos —capituló finalmente Dalia—. Pero iremos por carreteras secundarias.

—Me ocuparé de hacer todo lo posible para salvaguardar vuestro buen nombre —declaró el escritor en tono de broma mientras le abría la puerta del coche y la invitaba a sentarse—. En el peor de los casos, repararé vuestro honor casándome con vos.

Dalia comprendió que la salida de Nuto Cerri no era más que una ocurrencia; sin embargo, el temblor que la había invadido justo antes y que Nuto había apagado con sus seguridades comenzó a sacudirla de nuevo.

—¿Os he molestado, señorita? —preguntó el hombre arrancando el coche, que circulaba con pequeñas sacudidas por el camino de grava—. No sería ninguna desgracia si os pidiera que fuerais mi esposa —dijo en el tono condescendiente de quien se dirige a un niño—. Ciertamente os merecéis algo mejor, pero no soy tan mal partido después de todo.

—No importa —trató Dalia de cambiar de tema.

—Sois una mujer inteligente, muy inteligente —retomó la palabra tras unos kilómetros de silencio—. Sois joven y, si me permitís decirlo, bastante guapa —añadió volviendo a hablarle como a un adulto—. Quien se case con vos será un hombre afortunado.

A diferencia de la noche anterior, durante su viaje a Rivoli, Dalia y Nuto no hablaron mucho, limitándose a pasear por las calles del centro. Nuto miraba a su alrededor sonriendo satisfecho y deteniéndose en los detalles más minúsculos, lo que a Dalia le pareció muy natural para un hombre que había pasado muchos días confinado en casa y a menudo a oscuras; en cuanto a ella, no pudo disfrutar plenamente del hermoso paseo. Gran parte de su atención se dirigía a los transeúntes, a los que escudriñaba de soslayo con la cabeza inclinada, por temor a cruzarse con un rostro conocido.

—Podríamos ir a comer algo —propuso Nuto.

—¿Qué hora es? —preguntó alarmada.

—Casi la una —le informó Nuto unos instantes antes de que el campanario confirmara su respuesta con un repique. Dalia recordó que el contable Borio, como todos los días, la estaba esperando para comer y, al no verla, se habría preocupado.

—Debería llamar a mi patrón —dijo Dalia.

—Para decirle que os he retenido en la villa trabajando más allá de vuestro horario habitual, supongo. —La chica asintió—. Es una buena idea, y estoy seguro de que encontraremos un restaurante que tenga un aparato telefónico.

—No hay problema —la tranquilizó el contable Borio con su habitual grito en el auricular—. Nuto Cerri es un cliente muy importante y tenemos que complacerlo; solo espero que tenga la amabilidad de invitarte a un refrigerio —murmuró.

Dalia colgó aliviada y se dirigió a la mesa donde la estaba esperando Nuto. El local donde se encontraban estaba a medio camino entre un restaurante elegante y una taberna sin pretensiones. Las mesas estaban cubiertas con manteles de grueso algodón blanco, la parte inferior de las paredes estaba forrada de madera oscura, mientras que la superior se encontraba revestida de grandes espejos rectangulares inclinados hacia el suelo, a la manera de finales del siglo XIX

importada de los cafés parisinos.

—Yo empezaría con unos entrantes —le pidió Nuto al camarero, sin especificar cuáles quería, ya que, según la tradición del Piamonte, los entrantes eran numerosos, pero más o menos siempre los mismos: *tomini elettrici*, anchoas en salsa verde, *giardiniera*, *vitello tonnato**** y otras variantes habituales.

—¿Su hija también desea entrantes?

—Entrantes también para la señorita —confirmó sin inmutarse.

A pesar de la despreocupación de la respuesta de Nuto, el camarero no pudo evitar sonrojarse ante la metedura de pata; Dalia también se sonrojó, no tanto por incomodidad como por enfado. Lo que la turbó más aún que la metedura de pata del camarero fue la despreocupación con la que reaccionó Nuto, para quien, evidentemente, era plausible que se creyera que era su hija y no su prometida.

—Ha sido una mañana encantadora —prosiguió Nuto ignorando su disgusto, quizá por caballerosidad o quizá por un escaso espíritu de observación—. Teníais razón, señorita, lo cierto es que necesitaba un poco de aire. Ahora me siento con la cabeza más ligera y creo que mi escritura se beneficiará de ello.

—Me alegro —contestó ella esbozando apenas una sonrisa.

A pesar de las extrañas sensaciones que la perturbaban, Dalia disfrutó de cada plato del almuerzo con gran placer. Al igual que sus ojos se habían visto obligados durante años a ver los mismos paisajes, su paladar estaba acostumbrado a las mismas comidas, muy modestas en su casa y más sustanciosas en la mesa del señor Borio, pero siempre más o menos parecidas.

Mientras disfrutaba de cada bocado de la comida y sorbía un vino blanco con extrema precaución, Dalia no pudo evitar pensar en lo hermosa que habría sido su vida al lado de un hombre brillante como Nuto Cerri. Con él seguramente habría visitado lugares bellísimos y tenido experiencias interesantes, todo muy distinto a su monótona existencia y sus escasas perspectivas.

—¿Queréis algo de postre, señorita? —la trajo de vuelta Nuto de sus pensamientos deliciosamente insensatos.

—Sí, os lo agradezco —aceptó Dalia, que, aunque ya estaba saciada, no quería perderse ningún detalle de una experiencia que para ella era singular y difícil de repetir.

Cuando Dalia y Nuto reanudaron el camino de vuelta, ya eran más de las cinco.

—Un día de estos podríamos ir a visitar Susa —le propuso Nuto como si las excursiones fueran una costumbre a esas alturas consolidada ya entre ellos—. Hay allí unas ruinas romanas que se remontan a la época de Julio César. Hace tiempo leí un artículo sobre el arco de Augusto, construido para celebrar la alianza entre Susa y Roma. Sería interesante verlo.

Sentada a su lado, a Dalia le invadía una sensación de malestar debida al poco sueño de la noche anterior, al exceso de comida y, sobre todo, a la persistente preocupación de ser descubierta.

—A pocos kilómetros de Turín tenemos un monumento como ese —siguió hablando Nuto—, ¡y la mayoría de los turineses lo ignora! —Mientras Nuto enumeraba los tesoros artísticos y arqueológicos de los alrededores, Dalia se juraba a sí misma que, si salía de aquella sin

problemas, nunca más se aventuraría a hacer algo tan arriesgado, y poco importaban los sentimientos, inoportunos y enmarañados, que empezaba a sentir por aquel hombre. Tanto si lo amaba como si lo detestaba, Nuto solo estaba de paso en su vida, y de lo único que tenía que preocuparse era de evitar que su rápido tránsito dejara tras de sí demasiados escombros.

—Hasta mañana, señorita —se despidió Cerri mientras Dalia volvía a subir a su bicicleta.

—Hasta mañana —le devolvió ella el saludo, invadida por esa vaga sensación de vacío que se tiene cuando se ha perdido algo.

*** Se trata de sencillos platos de la zona: los *tomini* son formas redondas de queso fresco que se aliñan de distintas formas (en concreto, los *elettrici* suelen llevar una buena dosis de pimienta), la *giardiniera* es un plato de verduras semejante al pisto y el *vitello tonnato* es un plato de carne (tipo rosbif), aderezada con una salsa hecha con atún, mayonesa y alcaparras (*N. del T.*).

Capítulo 17

—¡Oh, Dios mío, señora Dalia! —Germana te sorprende tendida boca abajo en el sofá de tu estudio, con un brazo colgando que roza el suelo. Debe de haber pasado media hora, quizá más, desde que perdiste el conocimiento. Estás confundida, por tu mente pasan imágenes de un bar con mesitas de mármol y un camarero maleducado, y te las apañas para reordenarlas a pesar de que tienes a Germana encima de ti, haciéndote preguntas e invocando a todos los ángeles del cielo. El camarero en el que te has centrado en ese recuerdo es el mismo que te entregó los bocadillos en la tienda, el que te había inspirado una instintiva antipatía, consigues atisbar mientras Germana continúa su jaculatoria.

Ahora tendrás que hablar con ese maleducado camarero, aunque la perspectiva no es nada atractiva; necesitas averiguar si después de tu *pequeño incidente* vino alguien a reclamar el sobre amarillo que...

—Señora mía, ¿qué le pasa? ¡Oh, Virgencita, protégela!

Por cada trozo de tu memoria que consigues colocar en su sitio, ¡otro se te escapa! ¿Qué hace Germana en tu estudio? Estabas más que segura de haber cerrado con llave, y, sin embargo, Germana está ahí, delante de ti, alarmada, invocando la protección de todos los santos.

—¿A qué viene tanto escándalo? —le preguntas desperezándote, como si no te hubieras desmayado, sino que simplemente te estuvieras despertando—. Solo estaba descansando un poco —mientes, deslizando las piernas fuera del sofá y sentándote.

—Habría estado más cómoda en su habitación.

—Me temo que tienes razón —admites—. Este sofá antiguo es tan bonito como incómodo.

—He venido a preguntarle qué le apetece cenar.

—¿Cómo has entrado aquí, Germana? —cambias de tema—. Pensé que había cerrado la puerta.

—De hecho, la había cerrado —los carrillos regordetes de Germana se vuelven casi tan rojos como su pelo teñido—, pero mientras estaba ingresada mandé hacer una copia de la llave.

Fulminas a Germana con la mirada, y la mujer se ve obligada a dar más explicaciones.

—Antes de... —Germana duda un momento para reunir las palabras más adecuadas—, antes de su *pequeño accidente*...

—*Pequeño incidente* —la corriges resentida.

—Antes de que acabara en el hospital —reformula—, había adquirido la costumbre de encerrarse en el estudio horas y horas, así que durante su ausencia se me ocurrió que si... —Germana vuelve a dudar—, que si tuviera otro *pequeño incidente* en el estudio, yo no podría entrar a ayudarla; por eso mandé hacer una copia de la llave.

—Lo entiendo, Germana, has hecho bien y te lo agradezco —le sonríes—, pero solo usa tu llave después de llamar al menos un par de veces.

—Desde luego, señora —acepta ella, satisfecha de que hayas valorado sus buenas intenciones—. Pero ahora mismo he llamado a la puerta, y al menos cuatro o cinco veces.

—Entonces, has hecho bien en utilizar tu llave, muy bien, Germana.

Ahora que tu asistenta está alegre como unas castañuelas es el momento de atreverse.

—Sé que no debería, querida Germana, pero me apetece mucho fumar un cigarrillo, ¿sabes si tenemos alguno en casa?

—Están justo ahí, a su lado —sonríe señalando un paquete aún sin abrir sobre la mesita junto al sofá.

Consciente de las esforzadas búsquedas hechas poco antes, miras los cigarrillos preguntándote cómo han llegado hasta allí y entonces decides que tienes más ganas de fumar que de resolver este enésimo enigma.

—¿Qué le apetece cenar? —pregunta Germana mientras saboreas la primera calada de humo.

—Lo que te resulte más fácil —respondes conciliadora—. Un plato de tu deliciosa sémola bastará —le concedes apaciguada por la nicotina.

—¡Perfecto, señora! —responde encaminándose hacia la cocina.

—Una cosa más, Germana —la retienes—. Has dicho que antes de mi *pequeño incidente* pasaba mucho tiempo en el estudio.

—Oh, sí, se estaba allí horas, y cuando la tienda estaba cerrada se quedaba allí dentro todo el día.

—¿Y qué hacía yo en el estudio?

—¿Cómo voy a saberlo? —responde encogiéndose de hombros—. Quien estaba en el estudio era usted, no yo. Tal vez leía, o tal vez solo quería estar sola. A veces la oía murmurar y pasearse arriba y abajo por la habitación.

—¿Y escribía a máquina? —le preguntas pensando en el sobre amarillo que has recordado hace poco—. ¿Recuerdas si había aceptado algún encargo?

—A veces escribía a máquina, sin duda —afirma con seguridad—. Usted, señora, un poco más o un poco menos, siempre está tecleando, pero no creo que hubiera aceptado ningún encargo. Hace tiempo que usted no trabaja —puntualiza la última frase como si temiera que también te hubieras olvidado de esto.

—Bien, Germana. Gracias.

Germana se dirige de nuevo hacia la cocina, pero tras unos pasos un destello en el suelo atrae su atención.

—Qué raro —murmura agachándose para recoger algo del suelo—. Y pensar que hoy he pasado la aspiradora nada menos que dos veces. ¿De dónde ha salido esta anilla de cortina?

Miras el pequeño objeto que Germana sostiene entre el pulgar y el índice con una expresión más exasperada que sorprendida.

—No tengo ni idea, Germana —le contestas inhalando la última calada de tu cigarrillo—, hace días que me la vengo encontrando una y otra vez. Tírala, por favor.

—En esta casa no hay ninguna cortina que tenga anillas tan pequeñas —constata—. A saber de dónde viene.

—No importa de dónde venga —respondes apagando el cigarrillo ya terminado—, ¡lo importante es que desaparezca!

Capítulo 18

«¡No lo haré nunca más! —se repetía a sí misma con cada pedalada—. ¡Si me libro de esta, no lo haré nunca más!»

La promesa que Dalia había hecho mientras regresaba a la oficina del contable, tras el viaje a Rivoli con Cerri, fue ampliamente desatendida. Todas las mañanas, Dalia se dirigía a la villa y el día comenzaba en el salón, ya no oscurecido por las cortinas, de acuerdo con las buenas intenciones de ambos: Nuto se sentaba en el sillón con expresión cogitabunda, mientras Dalia esperaba sus instrucciones detrás de la Olivetti roja.

El dictado de Nuto comenzaba de forma fluida y estentórea para estancarse unos minutos más tarde o perderse en amables bromas. Con el pretexto de que en la villa ya no había una sirvienta que se encargara de las comidas, Nuto invitaba a Dalia a comer fuera todos los días, en tabernas de pueblos remotos donde estaba seguro de que no llamarían la atención; y esto con el beneplácito del señor Borio, quien, al no verla regresar para comer e imaginarla sumamente ocupada, acababa engullendo también su ración. A pesar de las precauciones, alguien en los alrededores se había dado cuenta ya de su trato frecuente; sin embargo, nadie se había atrevido a poner sobre aviso al ingeniero. Si aquellos agudos observadores hubieran investigado, se habrían quedado bastante decepcionados al descubrir que entre el conocido escritor y la joven mecanógrafa no había nada, salvo sus largas charlas y comidas en las tabernas; los dos seguían incluso tratándose de vos, aunque hacía poco que habían empezado a llamarse por su nombre de pila.

—Nuto —articulaba Dalia saboreando esas pocas sílabas cada vez que la conversación lo permitía.

No es que Dalia hablara mucho en presencia de Nuto, prefería más bien escucharlo y, aún más, mirarlo, algo que podía hacer sin temor a que se le notara cada vez que él empezaba a hablar. Nuto estaba tan enamorado del sonido de su propia voz, tan inmerso en la elegancia de su conversación, que no prestaba ninguna atención a que ella posara su mirada en su tez ambarina, en sus oscuros ojos de pirata malasio y, sobre todo, en sus labios finos y deliciosamente rasgados. La enajenación de Nuto durante sus soliloquios, que una mujer más madura habría reconocido como un claro síntoma de autocomplacencia, para Dalia era en cambio una sublime abstracción artística.

—¿De verdad creíais que mi cara estaba marcada? —preguntó Cerri, cómodamente en su sillón, a Dalia, quien había dejado su escritorio para tomar asiento en el sofá.

—Sí, Nuto —confirmó ella encendiéndose un cigarrillo, una operación que ahora podía llevar a cabo con cierta desenvoltura—. Me hicisteis trabajar a oscuras y mi fantasía se desbocaba. — Los dos hablaban de lo que llamaban irónicamente “sus días oscuros” como de un periodo muy alejado en el tiempo, del que, en realidad, solo había pasado una semana. Pero muchas cosas

podían cambiar en una semana, sobre todo en el alma de una mujer joven y con crecientes deseos de vivir.

—Me habían hablado de una herida de guerra vuestra —prosiguió Dalia—, así que pensé que podríais tener la cara quemada por el fuego de una explosión, o los ojos dañados e intolerantes a la luz.

—Me siento honrado de haber sido objeto de tantas conjeturas —se alegró—. La realidad es que recorro a la oscuridad siempre que no puedo escribir tanto y tan bien como me gustaría. A los que en el pasado se enteraron de esta costumbre mía, siempre les decía que la oscuridad me ayudaba a aislarme del mundo y a estimular mi concentración, pero la realidad es otra, y si lo deseáis, os la revelaré.

—¡Oh, sí, Nuto, por favor! —Dalia estaba prendada de sus labios finos y asimétricos; el escritor tenía un gran talento no solo para atraer su atención, sino también para hacer que se sintiera una privilegiada, casi una elegida por poder saborear la exquisitez de sus confidencias.

—Cuando tenía vuestra edad me llamaron a filas —comenzó—. Nos llamaban «los chicos del noventa y nueve». Luchábamos con el cuchillo entre los dientes y con una granada en mano; el capitán gritaba: «¡Adelante, nos toca!» y nos lanzábamos al asalto. Vivíamos la vida de las trincheras, nos arrastrábamos como ratas fuera de nuestras madrigueras subterráneas por turnos para cortar el alambre de espino que nos separaba del enemigo austrohúngaro; alguno recibía un disparo, mientras que los más afortunados conseguían volver a su agujero. Por la noche, en las trincheras estábamos a oscuras; el resplandor de un cigarrillo era suficiente para recibir un disparo del enemigo. Fue en la oscuridad de la trinchera donde escribí mis primeros relatos. Las balas silbaban por encima de nuestros cascos mientras mi pluma corría por el papel. —Los ojos de rasgos asiáticos de Nuto se velaron por el llanto durante un fugaz instante, pero ninguna lágrima se atrevió a aventurarse más allá de sus párpados y bajar por su rostro.

A Dalia le hubiera gustado levantarse del sofá donde estaba sentada y abrazarlo, besarlo a ser posible, pero por supuesto se quedó en su sitio, mirándolo con los ojos como platos y los labios entreabiertos por la admiración.

—Desgraciadamente, debo daros una mala noticia, mi querida Dalia —le anunció Nuto tras unos instantes.

La expresión de éxtasis se borró al instante del rostro de la chica.

—Dentro de unos días voy a tener que marcharme —anunció sin más preámbulos—. Mi superior quiere que vuelva a Turín.

Dalia sintió que la garganta se le cerraba y las piernas se le agarrotaban, como la noche en que vio a Nuto emerger de las brumas del lago como si fuera un fantasma, y, al igual que entonces, su boca era incapaz de emitir sonido alguno. Sabía que Nuto no tardaría en emprender el camino de regreso, pero durante la última semana se había obligado a no pensar en ello.

—¿No decís nada, Dalia? —le preguntó—. ¿No estáis afligida como yo lo estoy?

—Sí —articuló conteniendo a duras penas las lágrimas. A Dalia le hubiera gustado añadir que no sabía cómo imaginar su vida sin poder verlo, y otras frases del vasto repertorio de la novela por entregas que hasta entonces había despreciado tanto, pero que ahora le parecían plausibles y muy adecuadas a la ocasión.

Nuto observó el hermoso y triste rostro de la chica y tuvo una iluminación: ¡Dalia era perfecta! Bonita, inteligente, pero dócil como un cordero y, sobre todo, lo admiraba y adoraba de

manera incondicional. Sus superiores y los miembros del partido, que apoyaban su carrera de escritor, lo presionaban desde hacía años para que tomara una esposa: «Casarse es el deber sagrado de todo italiano», lo apremiaba el doctor Matteis, su superior en el periódico. «Mientras os ofrecisteis para todas las empresas gloriosas de nuestro Duce, vuestro celibato era tolerable, pero ahora, en vuestra posición, ya no podéis postergarlo. ¡Buscaos una buena chica, joven y con buena salud, y traed hijos al mundo! Si no sentís la exigencia moral de casaros —continuó Matteis su sermón—, al menos pensad en las cuestiones prácticas: ¿no estáis cansado de pagar el impuesto del celibato****? Lleváis ya quince años tirando el dinero por el capricho de no querer contraer matrimonio».

Aunque comprendía las razones de Matteis y de quienes lo empujaban al altar, Nuto nunca se había decidido a tomar esposa; todas las mujeres que había conocido le habían parecido inadecuadas por algún motivo: poco inteligentes, demasiado independientes, de clase social baja o, peor aún, muy alta. Aunque el sueño de la mayoría de los hombres era encontrar una esposa rica, Nuto nunca habría aceptado a una mujer que fuera superior a él en cualquier aspecto. Dalia, en cambio, pese a proceder de una buena familia y haber recibido una educación adecuada, no tenía ni un céntimo y, por lo tanto, nunca podría echarle en cara que se había casado con él a pesar de ser pobre. Sí, Dalia era perfecta en todos los sentidos y, si la dejaba escapar, no encontraría a otra tan digna de convertirse en su esposa.

—Venid conmigo, Dalia —le propuso.

Dalia dio un respingo en el sofá por la sorpresa, un gesto poco elegante que una heroína de una novela por entregas seguramente habría evitado.

—Nunca podría ir con vos.

—Podríais si fuerais mi esposa.

¿Estaba ocurriendo realmente aquello? ¿La quería Nuto como esposa? La vida le estaba ofreciendo la más maravillosa de las oportunidades y, sin embargo, no sería capaz de aprovecharla.

—No puedo casarme con vos —respondió de mala gana apagando su cigarrillo, que se consumía sin que ella lo fumara—. Soy menor de edad y necesito el consentimiento de mi padre.

—Si vuestro padre diera su consentimiento, ¿queríais ser mi esposa a pesar de que no soy un hombre rico y tengo nada menos que veinticuatro años más que vos? —le preguntó mientras se sentaba a su lado y le tomaba la mano.

—¡Por supuesto, Nuto! —respondió sin dudar—. Pero mi padre nunca nos concederá permiso.

—Eso lo veremos —le sonrió.

—¿Cómo que te vas a casar? —Los ojos azules de Ester brillaron con sorpresa e indignación—. ¡Mamá, hazla entrar en razón, por favor!

Dalia estaba sentada en el sofá de la sala de la planta baja de la Ca' rossa; frente a ella, Ester y su madre la observaban con las tacitas de café en la mano.

—¿Tu padre ha dado su aprobación? —preguntó la señora Levi.

—Sí —confirmó Dalia—. Firmó los papeles esta mañana, ya se han colgado las amonestaciones.

—No puedo creerlo —intervino de nuevo Ester—. ¿Tu padre ni siquiera te dejaba ir a la fiesta patronal y ahora acepta que te cases con un hombre mucho más viejo que tú, al que conoces, además, desde hace solo dos semanas?

Las palabras de Ester eran más que sensatas; cuando Nuto se presentó en la «quinta de veraneo» para presentarle con todo respeto su propuesta de matrimonio, el ingeniero había despotricado, acusando a Nuto de ser un canalla y un aprovechado que quería hacerse con la dote de su hija, una dote que Dalia sabía perfectamente que consistía solo en letras de cambio. Se expulsó a la muchacha del salón, donde los dos habían seguido discutiendo de manera acalorada, por no decir peleándose.

—Soy un escritor de fama nacional —oyó declarar a Nuto, escuchando desde detrás de la puerta—. Tengo una buena posición y amistades influyentes y, por mucho que sea una chica encantadora, no creo que vuestra hija pueda encontrar nada mejor. Desde luego, no se quedará aquí en provincias para ser mecanógrafa.

—Si me lo permitís, me corresponde a mí encontrar un marido adecuado para mi hija —objetó Buonaventura. El hombre, que seguía con obstinación durmiendo en los laureles de sus vanas ilusiones, siempre había dado por sentado que, una vez recuperada su riqueza, encontraría para Dalia un marido de otro nivel, capaz no solo de satisfacer adecuadamente sus necesidades, sino también de devolver el lustre y el prestigio a la familia Buonaventura. La circunstancia de que su hija pretendiera casarse con el primero que llegaba, sin darle tiempo a mejorar su situación económica, era para él una falta de confianza, una ofensa que no podía perdonarse.

—Razonad, ingeniero —replicó el escritor—. Dentro de unos años vuestra hija será mayor de edad y entonces podrá casarse con quien quiera, tal vez un comercial, un agricultor o incluso un holgazán sin oficio ni beneficio, y no podréis hacer nada para impedirselo.

A esa afirmación, que al ingeniero le había escocido, le siguió un largo silencio y luego una cautelosa charla, de la que Dalia no oyó casi nada. Nuto se marchó, Dalia se enteró por el ruido de la puerta, y su padre se quedó largo rato en el salón sin moverse ni hablar.

—Puedes casarte con ese hombre —le concedió unas horas después—. Pero, si decides convertirte en la señora Cerri, entonces olvídate de que alguna vez fuiste una Buonaventura. —A partir de ese momento, su padre no volvió a dirigirle la palabra.

La señora Levi dejó su taza de café sobre la mesita y observó la pálida cara de Dalia, que parecía muy lejos de ser la de una novia radiante.

—¿Estás segura de que casarte con Nuto Cerri es realmente lo que quieres? —le preguntó en un tono mucho más calmado y conciliador que el que utilizaba su hija.

—Sí —respondió sin titubeos—. Nuto es un hombre brillante y con talento.

—Pero te dobla con creces la edad —protestó Ester—, ¡y además es un fascista!

—¿Y quién no lo es, hoy en día? —objetó la señora Levi.

—Los judíos, obviamente, no lo somos.

—Pero muchos de nosotros lo fueron; tu tío, por ejemplo, era un ferviente fascista antes de ser despedido de los Carabinieri por las leyes del treinta y ocho.

—Y luego están los socialistas, los anarquistas y los comunistas —enumeró Ester—, todos ellos, por supuesto, no son fascistas.

—¿Y tú preferirías que Dalia se comprometiera con un opositor al régimen, quien podría poner en peligro su vida?

—¡Cualquier cosa menos un fascista!

—Oh, Ester, nunca es todo blanco o negro, incluso las buenas personas que nos han ayudado a conservar nuestros bienes y que ahora están organizando nuestra marcha son fascistas con carné. Si no lo fueran, no podrían habernos ayudado de ninguna manera.

La señora Levi rechazaba con firmeza las objeciones de su hija, una detrás de otra, mientras Ester intentaba contener su rabia retorciendo la tela de sus enaguas con los dedos.

—De acuerdo, madre, puede que este Nuto Cerri no sea el monstruo que me imagino —Ester se había levantado de un salto—, ¡pero Dalia no lo ama! ¿Cómo podría hacerlo si apenas lo conoce?

—Dalia, ¿amas al señor Cerri? —le preguntó la señora Levi con voz seráfica.

—¡Lo amo! —respondió ella—. Con él seré feliz.

—¿Feliz en sentido absoluto —la provocó Ester— o solo más feliz de lo que serías aquí con tu padre?

—Deja ya de torturar a tu amiga y vuelve a sentarte —le ordenó su madre.

—Pongamos que está enamorada de este hombre —prosiguió Ester, que no mostraba intención alguna de terminar la conversación ni de volver a sentarse—. Dalia solo tiene diecisiete años, y a su edad una se enamora con facilidad —declaró con el tono de quien ha vivido sus diecisiete años hace un par de décadas—, pero el señor Cerri tiene cuarenta y uno: ¿cómo es posible que un hombre de esa edad se enamore tan repentinamente de una chica y le pida que sea su esposa?

—Posible o no —se metió la señora Levi—, los papeles se han firmado y las amonestaciones se han publicado, por lo que el compromiso del señor Cerri con Dalia es real.

—Habrán sido sus amigos fascistas los que le dijeron que debía apresurarse a encontrar esposa —dedujo Ester—; los solteros no están bien vistos.

—¡Ya basta, Ester! —la reprendió la señora Levi—. Deberías alegrarte de que tu amiga haya encontrado un hombre que pueda cuidar de ella. Esta buena chica ha tenido que mantenerse a sí misma desde los trece años y...

La señora Levi hizo una pausa antes de terminar su frase, pero para Dalia estaba claro que las palabras que faltaban eran «a su padre».

Una carcoma que roía los pensamientos de Dalia se refería precisamente a su padre: ¿cómo se las apañaría sin ella y sus ingresos, aunque fueran modestos? ¿Podría sobrevivir con lo que cobraba en los meses de verano por alquilar la villa? ¿Encontraría una fuente de sustento un poco menos evanescente que sus «buenos negocios»?

—Si su padre no puede mantenerla, podemos encargarnos nosotras de ella —aventuró Ester—; dinero no nos falta, y cuando consigamos marcharnos, podemos llevarla con nosotras. ¿Te vendrías con nosotras, querida Dalia?

Dalia no sabía qué responder, pero la señora Levi la sacó del apuro respondiendo en su nombre.

—Ester, por favor, déjalo ya, no estamos hablando de invitar a tu amiga a veranear, sino de involucrarla en un viaje que comporta graves peligros.

—Pero Dalia no es judía, ¿qué peligros podría correr?

—Sería una menor que se expatria sin ningún permiso, junto con una familia de judíos que, como sabes, no pueden ser los tutores legales de personas de raza aria, ni siquiera con el consentimiento de sus propios padres.

Dalia escuchaba a las dos mujeres, buscando un buen momento para meterse en el diálogo y expresar su punto de vista, pero Ester era imparable.

—¿Así que una chica solo tiene dos alternativas? —estalló Ester dejando fluir las lágrimas que hasta ese momento había contenido—, ¿permanecer a las órdenes de su padre o ponerse a las de un marido? ¿Es posible que siempre sea un hombre quien decida nuestro destino?

Convulsa por los sollozos, Ester salió de la habitación a la carrera. La señora Levi y Dalia permanecieron en silencio, oyendo los pasos de la chica que resonaban escaleras arriba.

—Y ahora, Dalia, hablemos de cosas agradables —propuso la señora Levi cuando se apagaron las pisadas de Ester—. Quiero hacerte un bonito regalo de bodas —declaró mientras se levantaba de la butaca y se dirigía al aparador—. Esto es para ti —dijo entregándole una gran caja forrada de cuero azul. Dalia levantó el gancho dorado del cierre y admiró un antiguo candelabro de siete brazos.

—Quizá tu marido no quiera exponerlo en la repisa de la chimenea —dijo la señora Levi—, pero es de plata maciza y, si alguna vez lo necesitas, cosa que por supuesto no te deseo, siempre puedes venderlo o empeñarlo.

Dalia reconoció en el bello objeto el candelabro que el señor Levi había encendido todos los sábados por la noche que había podido pasar en la Ca' rossa y que no se había vuelto a utilizar desde que lo habían desterrado.

—No puedo aceptarlo, señora Levi —se escudó la chica—, es una reliquia familiar.

—Cógelo, no podremos llevarlo con nosotras de todos modos, no encajaría con las identidades falsas que nos veremos obligadas a asumir. Y además quiero regalarte este servicio de mesa —continuó la señora Levi levantando la tapa de otra caja y mostrándole un surtido de cubiertos de plata con mangos finamente cincelados—. Pueden servir tanto para los invitados distinguidos como para la casa de empeños: en la vida hay que esperar lo mejor y estar preparado para lo peor —se rio. Luego, abriendo un cajón cerrado con llave, añadió—: Y una última cosa. Coge este dinero —le dijo entregándole unos billetes—, pero prométeme que no se lo darás a tu marido; guárdatelo para tus gastos personales.

A Dalia se le salían los ojos de las órbitas: lo que la señora Levi le había puesto en las manos eran nada menos que unas dos mil liras, una suma que a duras penas ganaba en un año de trabajo.

—Es demasiado, señora Levi.

—Ojalá pudiera hacer más, querida mía —declaró la mujer abrazándola—. Pero aquí a la Ca' rossa el dinero en efectivo nos llega con cuentagotas. Ahora vete, seguro que tienes muchas cosas que arreglar; haré que te lleven a casa la cubertería y el candelabro para que no tengas que transportarlos en la bicicleta.

Dalia dio las gracias una docena de veces más a la señora Levi, quien tomándola del brazo la acompañó hasta la puerta. Cuando estaba a punto de montar en el sillín de la Bianchi, Dalia lanzó una mirada hacia la ventana de la habitación de Ester con la esperanza de poder despedirse de ella, si no con un abrazo, al menos con un gesto de la mano.

—¡Espera, Dalia! —Un repiqueteo de pasos le informó de que Ester bajaba corriendo las

escaleras. La chica llegó jadeante con un portatrajes entre los brazos—. Este es mi regalo; arreglándolo un poco puedes usarlo como vestido de novia —dijo abriendo la bolsa de tela y sacando un vestido blanco.

—¡Oh, querida! —exclamó la señora Levi conteniendo un sollozo de emoción—. ¡Este es el vestido que habíamos preparado para tu presentación en sociedad! —dijo entre lágrimas—. ¡Qué hermosa idea, hija mía, qué hermosa idea!

En los días siguientes, Dalia permaneció confinada en casa con su padre, que perseveraba en no dirigirle la palabra, convencido de que la decisión de su hija de casarse era una afrenta solo un poco menos grave que la que le había infligido su esposa al abandonarlo.

Nuto había regresado a Turín por orden de su superior y solo lo vería de nuevo el día de la boda. Sin embargo, fueron muchas las personas que acudieron a romper su soledad en «la quinta de veraneo», trayendo consigo felicitaciones y regalos de boda: el contable Borio, entristecido por perderla quizá más que su propio padre, le llevó una colcha de ganchillo tejida por su mujer; la viuda Monti, aunque criticó con dureza su elección, le regaló uno de los hermosos cuadros de su salón; incluso el señor Fruttero y su anciana madre acudieron a la quinta, ofreciendo un modesto juego de tazas de café. En cuanto a la señorita Marietta, obviamente, no se presentó, pero hizo que sus dependientas le entregaran una pieza de valiosa tela de lana con la que podría hacer que le confeccionaran un abrigo para el invierno. El regalo iba acompañado de una nota lacónica, carente de felicitaciones y buenos deseos, en la que solo se leía: «EN EL CORAZÓN NO SE MANDA».

El ingeniero Buonaventura recibía esa comitiva de visitantes con una alegría artificial, cantando las alabanzas de su futuro yerno, al que hacía aparecer como el mejor de los partidos. La boda, por mandato del ingeniero, se celebraría en Turín en una fecha y en una iglesia no especificadas; esta reserva servía para evitar la participación inoportuna de conocidos y curiosos, proporcionando al orgulloso Buonaventura el pretexto para explicarles que la de su hija iba a ser una boda a lo grande, a la que asistirían su madre y sus blasonados parientes, así como muchas otras personas «prominentes», ya que su muy estimado yerno frecuentaba la flor y nata de la buena sociedad turinesa. Nadie se creía semejantes dislates, pero todo el mundo simulaba admiración y se congratulaban vivamente.

**** Impuesto en vigor durante el fascismo que buscaba el crecimiento de la población con fines expansionistas. Se aplicaba a varones de entre veinticinco y sesenta y cinco años, quedando exentos el clero, los militares e inválidos de guerra y los extranjeros, aunque fueran residentes (*N. del T.*).

Capítulo 19

Una fina lámina de luz se filtra a través de los postigos, y el hormigueo que ha invadido tus dedos durante toda la noche se desvanece rápidamente.

Agitas las manos, abanicando los dedos como cuando necesitas secar el esmalte de uñas, y luego te los masajeas largo rato: están doloridos y, al mismo tiempo, llenos de energía, como un atleta después de un buen entrenamiento.

Sacas la última hoja mecanografiada del carro, tras lo que abres los postigos de la ventana, dejando que el sol penetre con plena libertad en la habitación.

Te abandonas agotada en la silla; has pasado muchas horas tratando de mantener el ritmo de los dedos, que iban como flechas sobre el teclado, pero antes de irte por fin a la cama quieres leer lo que has escrito. Estas sesiones de escritura compulsiva dejan fuertes sensaciones en tu mente, pero a veces algunas imágenes quedan un poco borrosas, y solo con la siguiente lectura consigues desenredar las marañas de la memoria. Comienzas a pasar las páginas y tus finas cejas se arquean y estiran en una sinuosa danza de estupor y perplejidad.

Lees con avidez hasta la última línea, ahora no solo tus dedos están cansados, sino que también tus ojos empiezan a empañarse: definitivamente necesitas una tregua y decides permitirte unas horas de sueño. Empujas la puerta del estudio, el apartamento está en silencio, demasiado silencioso teniendo en cuenta que ya son las nueve de la mañana y que, por regla general, a esta hora Germana ya está trasteando en la cocina o librando su batalla diaria contra el polvo. El alegre tañido de las campanas del santuario de la Consolata te recuerda que es domingo y que seguramente Germana ya ha salido para ir a misa, por lo que la casa está en un agradable silencio. Decides aprovechar la ocasión para meterte bajo las mantas.

En cuanto tu pelo, todavía bien peinado, toca la almohada, te quedas dormida al instante. Tu sueño es pesado y carece de sueños o de imágenes de cualquier tipo.

—¡Que el cielo me ayude!

Un grito te despierta de golpe al cabo de una hora.

—¡Hay espíritus en esta casa, que el cielo me ayude! —oyes gritar a Germana.

Molesta más que preocupada, sacas las piernas fuera de la cama y buscas las pantuflas con los pies.

—¿Qué modales son esos, Germana? —murmuras mientras te diriges al salón, de donde provienen las ruidosas invocaciones de tu sirvienta. Envuelta en su vestido de domingo, una abominación de color melocotón con falda plisada y hombreras tan acolchadas que uno sospecha que se lo haya puesto sin quitar la percha, Germana permanece aplastada contra la pared, con los ojos como platos y la boca entreabierta, de la que salen extemporáneas invocaciones a la bondad divina.

—Germana, ¿qué te pasa? —preguntas alarmada por su expresión desencajada.

La pobre mujer no responde, pero adelanta el brazo derecho, señalando algo que, sin embargo, no logras identificar.

—Dime, Germana, ¿qué pasa?

—Los espíritus —murmura—, ¡hay espíritus en esta casa!

Sigues la trayectoria de su dedo índice hasta la mesita, encima de la cual descansa, como desde hace años, un jarrón de opalina azul que, pese a ser un tanto cursi, no es desde luego nada tan horroroso.

—Vamos, Germana —la instas empujándola suavemente hacia el sofá—. Siéntate y explícate.

Germana, sin embargo, no tiene intención de despegarse de la pared y clava los pies al suelo como una niña que no quiere ir al colegio.

—¡Ya está bien! —estallas—. Dime qué te pasa y acabemos con esto de una vez, o llamaré a una ambulancia y que los médicos decidan si estás loca o no.

La amenaza suprema de la hospitalización afloja la lengua de la mujer lo suficiente como para permitirle mascullar un puñado de sílabas.

—En la mesita —balbucea—, junto al jarrón.

Te acercas con cautela, imaginando que encontrarás algo realmente excepcional, como mínimo una viuda negra que se haya escapado de la cajita de algún incauto coleccionista de animales exóticos.

Sin embargo, en la superficie de mármol de la mesita no parece haber nada, excepto el jarrón azul, el tapete de debajo, con los bordes ligeramente desgastados, y la vieja anilla de cortina que le pediste ayer que tirara.

—Te rogué que te deshicieras de eso —protestas, cansada de toparte de nuevo con la anilla en tu camino.

—¡La tiré, señora, lo juro! —se defiende la mujer—. ¡Pero al volver de misa la encontré aquí!

—La habrás dejado tú —intentas tranquilizarla, aunque con poca convicción, ya que la constante aparición de ese pequeño objeto empieza a preocuparte a ti también—. Tal vez pensaste en tirarla y, en cambio, la dejaste aquí. Son cosas que pasan.

—Estoy segura de que la tiré —insiste Germana—. Recuerdo el sonido que hizo al caer al fondo del cubo de basura: *cling*.

—¿Estás segura? ¿No pudiste dejarla aquí con la intención de tirarla luego?

—No, señora, no he puesto un pie en el salón desde ayer por la mañana.

Observas alternativamente la pequeña anilla y el rostro alucinado de Germana y concuerdas contigo misma en que lo más urgente en este momento no es llegar al fondo de ese pequeño y recurrente misterio, sino tranquilizar a la pobre mujer.

—No estoy del todo segura de que esta anilla de cortina sea la misma que tiraste —afirmas—. Normalmente se necesitan bastantes para sostener una cortina. Es probable que las haya por docenas en el apartamento.

—¡Ya se lo he dicho! —protesta sin despegarse de la pared—. Ninguna de las cortinas de esta casa se sostiene con anillas como esa.

—Eso no significa nada —improvisas—. Tal vez provienen de una de las casas en las que viví antes de mudarme aquí. Tal vez las había conservado pensando que podrían serme útiles —continúas tejiendo tu patraña—, han estado en un rincón durante años y...

—Y luego las ha esparcido por toda la casa. —Los rasgos de Germana por fin se relajan—.

Probablemente ocurrió la otra mañana cuando montó todo aquel jaleo en su habitación, vaciando cajones y armarios, ¿recuerda?

—Quizá sea eso lo que ha pasado, Germana —confirmas, contenta de que se haya tranquilizado.

—Voy a cambiarme —declara Germana—, luego prepararé el almuerzo.

—Y yo me iré a dormir otra horita si no te importa.

Vuelves a acurrucarte bajo las mantas, donde encuentras de nuevo la agradable calidez dejada por tu cuerpo. Vuelves a dormirte rápidamente, pero esta vez tu sueño está plagado de sueños; nada elaborado, sin embargo, solo imágenes estáticas como fotografías: el contable Borio con sus anteojos torcidos sobre la nariz, los hermosos ojos azules de Ester coronados por los arcos perfectos de sus cejas negras, la sonrisa asimétrica de Nuto...

Amaste a Nuto, aunque fuera por un periodo muy breve. A lo largo de los años has intentado redimensionar tus sentimientos, racionalizarlos, pero la verdad es que en aquella primavera tardía de 1940 estabas muy enamorada de él. En el sueño aún te parece percibir el amor que sentiste por Nuto; un sentimiento inmaduro, dulzón, casi viscoso, que te envolvía tanto el cuerpo como la mente, y en el que te debatías como quien está a punto de ahogarse pero aún no se ha rendido a su destino.

—Que el cielo me ayude.

Germana te despierta de nuevo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntas exasperada, sin molestarte siquiera en levantarte de la cama.

—¡La anilla de cortina ya no está sobre la mesita de café —se desespera la mujer—. Quería tirarla, ¡pero ya no está ahí! ¡Que el cielo me proteja, que el cielo me proteja!

Suspiras y escondes la cara bajo la manta, decidida a regresar al sueño del que acabas de ser arrebatada.

Capítulo 20

El día de la boda, Dalia y su padre tomaron el tren a Turín; el señor Buonaventura vestía un frac que emanaba un sutil tufo a naftalina y Dalia el vestido blanco que le había dado Ester, demasiado suntuoso para la ceremonia que la aguardaba. En aquellos años, las novias solían llevar en la mayoría de los casos ropa normal, que podía volver a utilizarse también después de la ceremonia. Solo los miembros de la nobleza, y de la alta burguesía que remedaba sus costumbres, recurrían a vestidos largos y blancos como el que Dalia había acabado llevando por pura casualidad.

Engalanados de tal manera, sentados en un compartimento de segunda clase, tanto el padre como la hija parecían unos tristes cómicos de la legua viajando hacia su próxima función.

En la estación de Porta Nuova los recogió un automóvil oscuro, que a Dalia le recordó terriblemente al que había llevado a los brigadistas de camisa negra al despacho del contable Borio, y tal impresión se vio reforzada por el conductor, que vestía también el mismo uniforme.

Del brazo de su padre, Dalia recorrió la nave de la iglesia de San Domenico, en cuya penumbra no pudo localizar ni a su madre ni a los demás parientes, quienes sin embargo habían recibido las participaciones. Los únicos asistentes a la boda eran los conocidos más cercanos a Nuto, una veintena en total, buena parte de ellos ataviados con botas y pantalones bombachos como si fueran a un desfile militar. La música del órgano sonaba en parte majestuosa y en parte estridente, probablemente ejecutada por el sacristán o incluso por un monaguillo; Dalia sostenía en las manos un ramo de flores artificiales que Elvira, la joven dependienta de la mercería, le había regalado, asegurándole que era el último grito en cuanto a buqués nupciales. Mientras avanzaban hacia el altar, se volvió un par de veces para mirar a su padre, quien hacía gala de una actitud fría y austera. Nuto estaba esperándola junto al sacerdote, una mancha negra en la penumbra de la iglesia. Dalia, pese a albergar muchas esperanzas de verlo con traje y corbata, se sorprendió de lo bien que le sentaba el uniforme fascista.

Al llegar cerca del altar, su padre se le acercó para besarle la frente, como era la costumbre.

—Has tomado tu decisión —le susurró manteniendo una expresión imperturbable en el rostro—. De ahora en adelante ya no eres hija mía.

Nuto le cogió la mano y le sonrió; aquella sonrisa suya un poco asimétrica, que tanto la había fascinado desde el primer momento, le dio las fuerzas para no deshacerse en lágrimas. Un sacerdote chiquitín y regordete dio rienda suelta a las fórmulas rituales en una incomprensible jaculatoria.

A partir de ese momento, Dalia ya no fue capaz de sentir o de pensar nada, solo oía la perorata del sacerdote, quien, de vez en cuando, se detenía para esperar sus respuestas.

«Estoy casada», pensó al salir de la iglesia del brazo de Nuto, mientras los escasos invitados aplaudían y lanzaban arroz. Su padre se había largado a hurtadillas, pero Dalia no sintió dolor

alguno, solo un gran alivio del que más tarde se avergonzaría.

Los novios y sus invitados se trasladaron al Círculo de Piragüistas, donde, en la hermosa terraza con vistas al río Po, se había organizado el banquete nupcial.

—¿De dónde has sacado ese vestido? —le preguntó Nuto en un tono fastidiosamente divertido—. Pareces una niña preparada para su primera comunión, o la hija de un militar de bajo rango en vísperas de su presentación en sociedad.

—¿Qué más os da a vos, Nuto? —le reprendió con descarada familiaridad una hermosa mujer con los ojos muy maquillados y el pelo demasiado negro para ser natural—. Vuestra esposa tiene por su parte encanto y juventud, y cualquier trapo le sentaría de maravilla.

—Además, no es culpa suya —añadió un hombre alto y algo corpulento, probablemente el marido de la mujer— si le habéis pedido la mano en vísperas de su presentación en sociedad. Ya tenía listo el vestido de gala, la pobrecita; ¡no esperaríais que fuera a tirarlo! Podéis consideraros afortunado de que no se haya presentado ante el altar vistiendo el uniforme de Pequeña Italiana.

—Dejad en paz a esta entrañable muchacha —ordenó la mujer de los ojos maquillados tomando a Dalia del brazo—. Tiene aspecto de chica despierta y estoy segura de que sabría responderos como os merecéis si no tuviera que mostrar el debido respeto al vestido blanco que lleva. Me llamo Augusta Matteis —se presentó guiándola hacia una mesa donde estaban colocadas las copas de vino—. No os preocupéis por esos de ahí —dijo señalando a los hombres que rodeaban a Nuto y que lo agasajaban con felicitaciones y palmaditas en la espalda—, son fanfarrones de primera categoría, empezando por mi esposo, pero no tardaréis en acostumbraros.

—Me llamo Dalia Buonaventura —se presentó ella a su vez.

—Ahora sois Dalia Cerri —se rio la mujer—. No tardaréis en acostumbraros también a vuestro nuevo apellido.

Dalia admiraba a su bella interlocutora y su elaborado maquillaje.

—¡Sois muy hermosa! —se le escapó mientras sujetaba la copa que le tendía la mujer.

—¡Vos sí que sois hermosa! —se rio Augusta—. Yo lo fui hace muchos años.

—Aún lo sois, parecéis una actriz de cine.

—Lo era, en efecto —declaró con orgullo—. Mi padre trabajaba en Ambrosio, la productora cinematográfica.

Dalia asintió. A pesar de que no solía ir al cine muy a menudo, se había percatado del nombre Ambrosio proyectado a gran tamaño en la pantalla.

—Era joven y muy mona, así que, cuando la gente de la Ambrosio me vio, le pidieron a mi padre que me dejara participar en alguna toma.

—Debe de haber sido divertido.

—¡Vaya que si lo fue! Me maquillaban y me ponían pelucas, y delante de la cámara hacía así. —Augusta empezó a hacer amplios gestos con sus largos brazos, cambiando de expresión, de triste a lánguida, de tímida a descarada—. El cine todavía era mudo —se echó a reír—. Tenía quince años, ahora ya paso de los cuarenta.

—¿Por qué lo dejasteis?

—Porque me casé, querida mía, pero fue lo mejor. En mis tiempos, bastaba con bracear y hacer unos cuantos guiños; hoy, con el cine sonoro, no sé cómo me las habría apañado. ¿Os

imagináis las carcajadas cuando se oyera mi estupendo acento turinés resonando en las salas cinematográficas?

—Vuestro maquillaje es espléndido —la felicitó Dalia.

—Aprendí a maquillarme en los estudios cinematográficos —le explicó la señora Matteis—. Este estilo queda un poco anticuado, pero al fin y al cabo yo también hace bastante que he pasado de moda.

—Yo, en cambio, creo que os sienta muy bien.

—Puedo enseñaros el arte del maquillaje si queréis.

—¡Señora Matteis! —Nuto se les acercó—. Os ruego que no corrompáis a mi dulce e inocente mujercita —declaró en tono de broma, pero al mismo tiempo molesto—. Ven, querida, hemos de sentarnos a la mesa.

—Estoy realmente contento de que hayáis decidido dar el gran paso —lo felicitó un hombre más bien anciano al que todo el mundo trataba con deferencia y que debía de ser un pez gordo del periodismo—. Vuestro celibato estaba empezando a resultar embarazoso.

—Nuto no ha tomado la decisión de casarse para evitar el impuesto del celibato, desde luego —intervino Augusta, quien, a diferencia de los demás, no parecía cohibida ante aquel hombre ni ante ninguno de los presentes—. Si por fin se ha decidido ha sido por amor hacia esta hermosa criatura.

—Sí, es una chica encantadora —confirmó el anciano—. Os habéis casado tarde, señor Cerri, pero en compensación habéis encontrado una mujer joven y hermosa: ¡Ah, la juventud! «*Oggi brilla in tutti i cuor. / Giovinezza, giovinezza, / primavera di bellezza. / Della vita nell'asprezza, / il tuo canto squilla e va!******» —se alejó el hombre canturreando.

—Todo el mundo te adora, cariño mío —le dijo Nuto mientras le daba un beso en la frente, el primer beso que recibía de su marido.

Los ojos de Dalia grababan con avidez las salobres vistas de la laguna veneciana; era el 1 de junio de 1940 y el sol refulgía, iluminando con mil reflejos la superficie de los canales, haciendo relucir los frisos dorados de los antiguos palacios. Aferrada al brazo de Nuto, la joven se sentía libre y feliz, mientras infinitas perspectivas se desplegaban en su imaginación y el futuro le parecía vívido y atornasolado, como los resplandores de los canales de Venecia.

—¿Quieres dar un paseo en góndola? —le preguntó Nuto mientras bajaban por el Ponte della Paglia hacia la Riva degli Schiavoni.

—Quizá más tarde —respondió—, con la puesta de sol.

—Tengo una mujer con un sentido estético inigualable —se complació Nuto rodeando su cintura y estrechándola contra él—. Además, tienes unos ojos preciosos —añadió.

—Pero si no son tan bonitos —protestó ella, incapaz pese a todo de ocultar cuánto la llenaba de alegría ese cumplido—. Son de un marrón muy común —continuó, pensando en los ojos extraordinariamente azules de su amiga Ester.

—Para mí son los más bonitos del mundo —le sonrió—, y no por el color o la forma, sino por la manera en la que me miran.

Nuto se demoraba a menudo en los ojos de su mujer, que le dispensaban miradas de infinita admiración. Nada en su vida, ni siquiera la gloria militar o los éxitos literarios, lo había hecho

sentir tan feliz y orgulloso de sí mismo como aquellos jóvenes ojos que lo adoraban.

Mientras recorrían la Riva degli Schiavoni, abarrotada de elegantes turistas que caminaban con la nariz levantada charlando en idiomas desconocidos para ella, Dalia pensó en la excursión que Nuto y ella habían hecho unas semanas antes a Rivoli, durante la cual ella había andado todo el rato con la cabeza gacha espiando por el rabillo del ojo a los transeúntes, ante el temor de toparse con algún conocido dispuesto a informar de lo sucedido a su padre. Qué distinto y extraordinariamente hermoso era caminar del brazo de su marido, cruzando la mirada con la de los transeúntes que, estaba segura, los observaban con admiración, tal vez incluso con envidia. Formaban una buena pareja; Dalia lo había inferido no solo por las miradas de la gente, sino también por el reflejo de los espejos de los cafés venecianos, que le devolvían la imagen de una mujer joven y guapa del brazo de un hombre estatuario, de rasgos nobles como los de una escultura clásica. Dalia solo llevaba tres días en Venecia, pero sus ojos ya se habían acostumbrado al verde brillante de los canales, a las arquitecturas blancas y a las resplandecientes doraduras, tanto que se preguntaba cómo se las apañaría sin todo ello una vez que se fueran.

—Quiero hacerte un regalo —declaró Nuto.

—Ya me has hecho muchos —objetó—. El precioso vestido que llevo puesto, la maleta de piel y el collar de cuentas de cristal de Murano.

—Baratijas —sonrió Nuto—. Estoy hablando de un regalo bonito y precioso, algo que apreciarás durante toda tu vida.

A través de un recorrido laberíntico y pintoresco entre calles y puentecillos, Nuto y Dalia llegaron a Ruga dei Oresi en Rialto, donde detrás de luminosos escaparates refulgían las maravillas de la orfebrería veneciana.

—No necesito joyas —protestó Dalia—. Este anillo es más que suficiente —declaró mostrando su alianza nupcial, fina y reluciente como las joyas de orfebrería recién hechas.

—Ni siquiera has recibido un anillo de compromiso, pobrecita mía.

Nuto la empujó al interior de una de las tiendas, donde una señora con el pelo espléndidamente ondulado los recibió con una amplia sonrisa.

—Me gustaría hacerle un regalo a mi señora —explicó Nuto.

La mujer empezó a desplegar envoltorios de tela que contenían refulgentes tesoros. Con sus hermosas manos, la joyera levantaba collares y pulseras, ensalzando sus virtudes, mientras Dalia trataba de localizar el objeto menos caro.

—No seas tímida, querida —la instaba Nuto—. Elige lo que más te guste.

La mirada de Dalia se demoró un segundo de más en una pulsera de filigrana de oro adornada con turquesas, circunstancia que la experta joyera no dejó de señalar.

—La señora tiene buen gusto —la felicitó, haciendo chasquear el cierre de la pulsera en la muñeca de Dalia—, ¡le queda de maravilla!

—¿Qué te parece, cariño? —le preguntó Nuto.

Dalia observó encantada los hilos dorados armoniosamente entrelazados para formar un patrón que le recordaba las cestas de sauce que Dorina llevaba bajo el brazo cuando iba al mercado. Las turquesas de forma ovalada, aprisionadas en las espirales de oro, en cambio, le

recordaban los ojos de Ester.

—Me gusta —admitió a su pesar.

—Entonces, ¡ha de ser tuya! —decretó Nuto.

La joyera y Nuto se apartaron a un lado por un momento para resolver los trámites de pago de forma discreta, sin involucrarla.

Al quedarse sola, Dalia acarició la intrincada trama de la pulsera y palpó con las yemas de los dedos la superficie lisa y fría de las turquesas, como demostración de su falta de interés en las negociaciones entre su marido y la mujer, pero la curiosidad por saber cuánto podría costar una pulsera tan hermosa la llevó a echar una mirada furtiva que le reveló algo muy desagradable, que la hizo pensar en su padre y en la imprudencia con la que siempre había administrado sus bienes. Nuto estaba relleno de un trozo de papel largo y estrecho; sin embargo, no se trataba de un cheque, sino de otra clase de documento tristemente conocido para ella: una letra de cambio.

La casa donde viviremos es mucho más modesta que la villa en la que te criaste —se sintió obligado a decirle Nuto mientras un vehículo local los llevaba de la estación de Porta Nuova a su hogar.

—No espero un palacio —lo tranquilizó Dalia.

—Algún día espero poder ofrecerte algo mejor, pero ya verás que te encontrarás a gusto en mi apartamentito.

—Estoy segura —le sonrió con una mirada confiada y enamorada.

El automóvil se detuvo frente al portal de un edificio de via Milano, ni demasiado lujoso ni excesivamente modesto, que Dalia juzgó de acuerdo con sus expectativas. Nuto pagó al conductor y cogió sus maletas.

—¡Señor Cerri, bienvenido! —lo saludó una mujer de unos sesenta años, que llevaba un delantal no recién lavado, desde luego—. ¡Qué hermosa mujercita, señor Cerri! —añadió abriéndose paso por un zaguán de arquitectura imponente que, no obstante, no parecía haberse beneficiado de una mano de pintura desde hacía décadas.

—Buenos días, señora. Me llamo Dalia —se presentó.

—¡Oh, qué chica más educada! —respondió la mujer dirigiéndose a su marido, sin presentarse a su vez—. Hace unos días trajeron algunas cosas para la señora Cerri —le informó como si hablara de una mujer que no estuviera presente en su diálogo—. Supongo que son regalos de boda, hice que se los subiera mi hermano.

Desde detrás de la puerta de cristal de la garita, Dalia vio un hombre delgado de expresión alelada, que debía de ser el hermano al que se refería la portera.

—Muchas gracias, señorita Venanzi —terminó la conversación Nuto, encaminándose escaleras arriba y dejando a la mujer con la palabra en la boca. La joven siguió a Nuto a dos peldaños de distancia durante cuatro pisos y, a medida que subían, la escalera iba estrechándose y el ascenso se volvía más empinado.

—Bienvenida a nuestra casa —anunció por fin dejando las maletas en el suelo y abriendo una puerta de madera oscura que conducía directamente a una habitación bastante amplia, iluminada por dos altas ventanas.

En el centro de la estancia había un sofá y dos sillones de un color verde oscuro que hacía

juego con el más tenue del papel pintado; en el lado izquierdo se disponían una mesa y un aparador, mientras que, adosados contra la pared opuesta, había una estantería y un escritorio; todo ello indicios inequívocos de que esa habitación cumplía la triple función de salón, comedor y estudio. La habitación contenía también una chimenea de ladrillo, esmaltada en un color rojizo veteado de blanco a imitación del mármol, sobre cuyo estante destacaba una gran fotografía con la imagen de Benito Mussolini en toda su jactanciosa gallardía.

Con toda probabilidad, la fotografía del Duce y los volúmenes de la biblioteca eran los únicos objetos propiedad de Nuto; todo el resto del mobiliario debía de pertenecer al dueño de la casa.

—Esta es la cocina —le informó apartando una cortina tras la que se reveló un minúsculo cuarto donde no podía permanecer más que una persona a la vez. Nuto le enseñó después el dormitorio, bastante soso, pero que podría mejorar con una colcha de colores vivaces y unas cortinas claras.

La habitación que le causó mejor impresión fue sin embargo el baño, que, lejos de ser lujoso, tranquilizó a Dalia al saber que no tendrían que usar retretes comunes, como sucedía a menudo en algunos viejos edificios de Turín.

—¿Qué te parece? —le preguntó Nuto no sin cierta aprensión.

De un escritor tan célebre, Dalia habría esperado algo mejor, pero a fin de cuentas ese apartamento era mucho más confortable que la «quinta de veraneo».

—Yo diría que no falta de nada —lo tranquilizó—, y para nosotros dos será más que suficiente.

—Cuando tengamos hijos nos mudaremos a una casa más grande —le prometió—, y confío en que no tengamos que esperar mucho tiempo.

Dalia se estremeció. El matrimonio implicaba tener hijos, eso obviamente lo sabía, pero era la primera vez que Nuto hacía alusión al asunto. Quién sabe si se quedaría embarazada de inmediato o si tendría la posibilidad de disfrutar un poco de esa libertad que tanto deseaba. Tal vez, en el mismo instante en el que estaba formulando esos pensamientos, ya estaba esperando un hijo, y la idea no le gustó en absoluto.

—¿Por qué elegiste cortinas negras? —Dalia cambió rápidamente de tema—. Oscurecen mucho el interior.

—Esa es justo su función, son cortinas de oscurecimiento. Por la noche tendrás que correrlas para que la luz del apartamento no se filtre al exterior.

—¿Por qué?

—Para oscurecer la ciudad y hacer la vida difícil a los enemigos de Italia que quieran bombardearnos. Es una medida de precaución adoptada en todas las grandes ciudades italianas, y no es la única: las lámparas de las farolas se han pintado de azul para que sean menos visibles; las luces antiaéreas rastrean el cielo toda la noche y luego, periódicamente, se realizan simulacros de ataques.

—¿En qué consisten?

—Oirás el silbido de una sirena, lo reconocerás de inmediato porque tiene un sonido insoportable. Entonces tendrás que vestirte a toda prisa y bajar al refugio, que no es más que un sótano reforzado con puntales. Cada edificio elige a un responsable, que dirige los ejercicios y encamina a los inquilinos de la casa al refugio. Nada especialmente complicado, ya lo verás.

—¿Por qué hay que hacer todo eso? No estamos en guerra.

—Pero no tardaremos en estarlo, querida.

—Supongo que no tienes sirvienta —cambió de tema de nuevo, ya que no le gustaba oír hablar de guerra, sobre todo en un momento como ese, en el que prefería concentrarse en las muchas novedades que la aguardaban.

—La portera viene a limpiar un par de veces a la semana, pero ahora quizá quieras encargarte tú de eso.

La muchacha asintió, sin especificar que no había agarrado una escoba en toda su vida; al fin y al cabo, limpiar no debía de ser demasiado complicado; después de todo, la mayoría de las mujeres lo hacían sin necesidad de asistir a cursos específicos, como tuvo que hacer ella en cambio para aprender a escribir a máquina. Lo que sí la preocupaba, mucho más que mantener limpia la casa, era preparar las comidas.

—No sé cocinar —decidió declarar abiertamente.

—Yo tampoco —se rio Nuto—, pero creo que sabrás apañártelas, y además confío en que pronto podremos permitirnos una casa más grande y una sirvienta.

—Mientras tanto, podría seguir trabajando —aventuró ella.

—Si quieres, no tengo nada en contra, siempre y cuando no vayas a trabajar a casas de desconocidos, como hacías en Avigliana. Ahora eres una mujer casada. Estoy seguro de que en la redacción de la *Gazzetta* habrá alguien al que le hagan falta los servicios de una buena mecanógrafa.

—Estupendo.

—Se entiende que cuando tengamos hijos tendrás que dejarlo —concluyó Nuto.

—De acuerdo —confirmó Dalia, a esas alturas más resignada que disgustada.

Nuto se despidió diciendo que quería pasarse por la *Gazzetta* para hablar con el redactor jefe, y Dalia se quedó sola en su nuevo hogar.

«No se está tan mal aquí», se dijo mientras abría las maletas e iba colocando su ropa y la de su marido en el armario del dormitorio, prestando atención a separar la ropa sucia y pensando con pesar que también el asunto de la colada era un misterio insondable para ella. Dalia guardó la hermosa pulsera que le había regalado su marido en el primer cajón de la cómoda, el único con llave, donde decidió esconder, recordando sus recomendaciones, las dos mil liras que le había dado la señora Levi.

Completadas estas primeras operaciones, Dalia se percató de que, en un rincón del dormitorio, había una caja de transporte de madera en la que estaba escrito su nombre. Arrastró la caja al centro de la sala de estar y la abrió con gran esfuerzo, dado que la tapa estaba claveteada. Como había sugerido la portera, la caja contenía los regalos de boda de sus conciudadanos, que su querida Dorina le había enviado, casi con certeza pagando de su bolsillo. Dalia empezó a sacar los objetos y a liberarlos de su embalaje de hojas de periódico: las tacitas del señor Fruttero, la cubertería de plata de la señora Levi, el candelabro de siete brazos en su caja de cuero, la colcha bordada por la señora Borio, que le resultaría muy útil para animar el dormitorio. La caja contenía también su preciosa Olivetti roja protegida en su maletín, el único objeto de su propiedad que su padre le había permitido llevarse consigo, junto con algo de ropa. La muchacha desempaquetaba cada uno de los objetos y los colocaba, según los casos, en la cómoda del dormitorio o en el aparador, ambos prácticamente vacíos. Se disponía a poner el candelabro en el rincón más remoto del aparador, para evitar que su marido lo viera y tuviera

algo que decir, lo que consideró muy probable, dada la fotografía del Duce que campeaba en la chimenea, cuando se percató de que en el fondo de la caja había un paquete rectangular cuyo contenido desconocía. Dalia cogió el paquete en sus manos y lo examinó por todos los lados; estaba envuelto en papel marrón y asegurado con cordel de envío, y no llevaba ninguna indicación sobre el remitente. Muy intrigada, desanudó el cordel y rasgó el papel: «*Yolanda, la hija del Corsario Negro – Novela de Emilio Salgari*», leyó en la cubierta del libro.

Buscando alguna pista sobre el autor del regalo, abrió la cubierta, que representaba a una dama vestida al estilo del siglo XIX, erguida en la proa de un barco, que en lugar de sostener una sombrilla empuñaba una brillante espada: «Tenías tú razón —encontró escrito en el frontispicio—. Salgari escribió una novela con una protagonista femenina. Con afecto. Gianni».

Al pie de la dedicatoria, escrito en letra pequeña, Dalia encontró una fecha: «Avigliana, 16 de mayo de 1940».

¡La cita con Gianni! No solo no se había presentado, sino que ni siquiera había vuelto a pensar en ello. Dalia se imaginó a Gianni sentado esperándola en una mesita del café de piazza Conte Rosso, sin ser consciente de que, en ese mismo momento, la que le había concedido la cita paseaba por las calles de Rivoli del brazo de su futuro marido.

Quizá porque hasta ese día nunca había faltado a ningún compromiso, o tal vez por el hecho de no haberse dado cuenta hasta ese preciso momento de que su vida había cambiado para siempre, Dalia rompió a llorar.

**** Célebre canción fascista: «Hoy brilla en todos los corazones. / Juventud, juventud, / primavera de belleza. / En la aspereza de la vida, / tu canto retumba y se va» (*N. del T.*).

Capítulo 21

—¡Se lo ruego, sálvenos, señorita! —oyes ladrar a Germana en el pasillo—. Esta casa está infestada, no hay duda: ¡in-fes-ta-da! —silabea con énfasis.

—No exagere, señora, estoy segura de que no es para tanto —responde una voz que no conoces. Te levantas de la cama y te pones a toda prisa la ropa; no tienes el pelo tan arreglado como para presentarte ante un invitado, pero quieres saber a quién ha traído Germana a tu casa.

—Me da la impresión de que no hay nada raro aquí —declara la voz desconocida desde la sala de estar.

—¡Siga buscando, señorita! —replica Germana—. Le aseguro que aquí hay algo extraño y muy molesto, además.

Entras en el salón y lo que ves delante de ti es una escena bastante singular: Germana está de pie ante el hueco de la ventana, en el punto diametralmente más alejado de la mesita de café, fuente suprema de sus preocupaciones, con las manos entrelazadas sobre el pecho como una estatua votiva en su nicho; en el sofá está sentada una muchacha diminuta de piel clara y un pelo rubio casi transparente.

—Germana, ¿te importaría presentarme a tu invitada?

La joven vuelve la cabeza hacia ti, tiene los ojos de un gris más evanescente que el de su pelo.

—Me llamo Rosina —se presenta tendiéndote la mano.

—Dalia Cerri —contestas dándole la mano a tu vez y notando que la muchacha titubea al estrechártela.

—La pobrecita está casi ciega —susurra Germana convencida de que, por quién sabe qué extraño fenómeno acústico, sus cuchicheos solo puedes oírlos tú y no la chica.

Incómoda por el comentario de Germana, le estrechas la mano y ella te devuelve el apretón.

—¿Quiere sentarse a mi lado, señora? —te pregunta ella con amabilidad sin soltarte la mano.

Ahora ambas estáis sentadas en el sofá, con tu mano en la de ella, mientras te observa con insistencia. Al ser «casi ciega», como ha precisado Germana con tan poco tacto, Rosina probablemente solo esté tratando de enfocar los rasgos de tu rostro, pero la impresión que da es la de estar mirando más allá, más allá de algo que no sabrías definir.

De repente se te vienen a la cabeza esos reportajes televisivos que hablan de ancianos embaucados por supuestos médiums y te gustaría retirar de inmediato tu mano de la suya, pero no te atreves a hacerlo: por inesperada que sea no deja de ser una invitada y no te apetece mostrarte grosera.

—La señora Germana me ha contado que en esta casa suceden cosas inexplicables —dice con una sonrisita que no sabrías definir, entre solidaria y condescendiente.

—La anilla de las cortinas —gañe Germana.

—¿Sucedan cosas extrañas? —insiste en preguntarte la muchacha.

Te gustaría negarlo, decirle que Germana es una visionaria y que las continuas apariciones y desapariciones de la anilla de cortina no tienen nada de sobrenatural. Al fin y al cabo, que los objetos se disuelvan y luego se materialicen de nuevo es algo que sucede en todas las casas, sobre todo en aquellas donde viven una desordenada crónica como tú y una miedica tan impresionable como Germana, que clama al prodigio ante cualquier tontería.

Si las desapariciones y apariciones de los objetos pueden tener una explicación lógica, no lo tienen en cambio tus excéntricas e improvisadas sesiones de escritura, durante las cuales no estás completamente presente ante ti misma. La idea de que alguna arcana presencia guíe tus dedos no te sorprendería, pero no tienes desde luego la menor intención de hablar de ello con esa chica descolorida y ni mucho menos con Germana.

—¿Cuánto me costará su asesoramiento? —preguntas a Rosina para llevar el asunto de vuelta a un ámbito material.

—¿Asesoramiento? ¡Esto no es un asesoramiento! —te sonríe, otra vez con esa sonrisa indescifrable—. Pero si se empeña en darme algo, me tomaría con gusto un café.

—Voy a prepararlo de inmediato. —Germana desaparece al instante.

—¿Me haría el favor de enseñarme la anilla de la que hablaba la señora Germana? —te pregunta, ahora que estáis solas.

—No, no puedo —protestas retirando tu mano de la suya—. ¡No tengo ni idea de dónde puede haber ido a parar!

—¿Está segura? —te pregunta mirándote fijamente como se hace con los niños cuando se quiere hacerles confesar una trastada.

Estás a punto de arremeter contra esa desconocida que te está acusando de no sabes muy bien qué cuando percibes una sensación de frío intenso en el costado. Introduces de manera instintiva la mano en el bolsillo derecho y ahí está, la tristemente célebre anilla de cortina.

—¿Le importa enseñarme la anilla? —insiste Rosina.

—Aquí está —la contentas sacándola del bolsillo, curiosa de ver adónde quiere ir a parar.

—Es una anilla de cortina de lo más normal —declara girando la anilla entre los dedos—, pero, si se topa usted constantemente con ella, podría tratarse de un recordatorio.

—¿Disculpe?

—Un recordatorio —repite—, esas cosas que usamos para recordar otras, como una nota o el clásico nudo en el pañuelo.

Levantas la vista al cielo: la muchacha te ha dado la definición de un recordatorio, como si fueras casi una niña de cinco años o, peor aún, una centenaria con la cabeza en las nubes.

—¿Qué se supone que debe recordar ese recordatorio? —decides indagar.

—No lo sé —admite—, el recordatorio es suyo. Hay «alguien» que se lo pone delante de sus narices, para que recuerde algo que ha olvidado pero que le sería útil evocar.

—¿Cómo que alguien? —Ahora sí que estás perdiendo la paciencia—. ¿Quién mueve la anilla?

—«Alguien» —reitera señalándote.

—Ah, ahora lo entiendo —declaras poniéndote de pie—. Está insinuando que soy yo misma quien cambia la anilla de sitio y que luego lo olvido. Me juego algo a que Germana le ha dicho que soy un poco despistada.

—No, se lo aseguro. —Rosina se queda mirándote fijamente, por un instante sus ojos grises

ya no parecen los de una mujer casi ciega—. La señora Germana no me ha dicho nada sobre su *pequeño incidente*.

Esa es la prueba de que Germana ha cantado: nadie aparte de ella sabe que te gusta hablar del ictus como de tu *pequeño incidente*, aunque para ser precisos ella lo llama *pequeño accidente*.

—Señora Dalia, usted no está loca —te concede magnánima— ni su casa está infestada en absoluto, solo que, cuando se tienen *pequeños incidentes*, una parte de nosotros muere.

¡Vaya descubrimiento! Cuando se sufre un ictus hay millones de células cerebrales que mueren.

Empiezas a cansarte de sus desvaríos; vuelves a sentarte en el sofá y te quedas mirando la puerta con la esperanza de que aparezca Germana con la bandeja de café.

—Lo que quiero decirle —intenta recuperar tu atención— es que tal vez ahora usted sea dos personas: la señora Dalia de antes del *pequeño incidente* y la señora Dalia que está sentada a mi lado.

El razonamiento es más evanescente que quien lo ha formulado, pero para ti empieza a tener sentido: tu yo de «antes» intenta enviarte mensajes, ayudarte a recordar.

—Recordar nos interesa a las dos —continúa Rosina—. Por eso su yo de antes le deja recordatorios.

Por fin entra Germana con el café, tiene la cara como la cera y, aunque intenta mostrar desenvoltura, la sacude un ligero temblor que ha hecho que se desborde parte del contenido de las tazas en los platillos.

—Siéntate con nosotros, Germana —la invitas—. Parece que en esta casa no hay ninguna presencia. Debo de ser yo la que muevo las cosas y luego no me acuerdo.

Los labios de la chica, rosados y transparentes como el cuarzo, están a punto de abrirse, seguro que con la intención de explicar que las cosas no son exactamente así, pero luego se dilatan en una sonrisa de complicidad que te da a entender que se da cuenta de que solo estás intentando tranquilizar a la pobre mujer.

—Entonces, ¿es usted quien mueve los objetos? —te pregunta Germana mientras aflora algo de color en sus mejillas.

—Así es, pero sin darme cuenta.

—Estupendo —exclama Germana aliviada.

¿*Estupendo*? Le acabas de confesar que chocheas un poco y ella dice «estupendo».

—Pero todo saldrá bien —comenta Rosina devolviéndote la anilla de cortina, que te metes de nuevo en el bolsillo, preguntándote cuándo y dónde hará su próxima aparición.

—La señora Dalia solo necesita poner un poco de orden en sus recuerdos, y todo lo demás vendrá por sí solo. Usted, Germana, sin embargo, tendrá que ayudarla.

—¿Yo? —pregunta perpleja.

—No la agobie demasiado, concédale su propio espacio, déjela a su aire.

Dudas de que Rosina sea una vidente o algo parecido, pero lo cierto es que sabe leer en el alma humana si ha intuitido con tanta nitidez la relación que tenéis Germana y tú, comprendiendo lo agobiante que puede llegar a ser contigo.

—Así lo haré —dice Germana con convicción.

La muchacha toma la tacita de café y se lo bebe de un trago, hirviendo y sin añadir leche ni azúcar.

—Ya es hora de que me vaya —declara mientras Germana y tú seguís removiendo vuestros cafés con la cucharita a la espera de que alcancen una temperatura aceptable.

Germana deja su taza sobre la mesita que hace un momento tanto la asustaba y sale de la habitación, para regresar con la chaqueta de la chica y un bastón blanco. Ahora Rosina está en la puerta, sujetando el bastón en la mano derecha.

—Adiós —se despide— y gracias por el café.

—Gracias a usted por... —titubeas— por la visita.

—Voy a preparar la comida —anuncia Germana definitivamente sosegada.

—¿Quién es esta chica tan extraña y de qué la conoces?

—Vive cerca de aquí, es una amiga de la familia. Su tía limpiaba la casa de mi abuela — responde encaminándose hacia la cocina.

—¿Así que la tía de Rosina estaba al servicio de tu abuela?

—No —niega—, su tía solía limpiar las “casas tristes” —explica enredando aún más lo que dice.

—¿Las casas tristes? —preguntas confundida.

—Así las llamaba Rosina cuando trabajaba para mi abuela —responde Germana dirigiéndose con la bandeja hacia la cocina.

—¿Qué estás diciendo, Germana? —protestas—. Rosina es demasiado joven para haber conocido a tu abuela.

—No esta Rosina, fue su tía la que limpió la casa de mi abuela de las tristezas. En casa de mi abuela pasaban cosas extrañas, pero entonces llegó Rosina y las arregló. «Rosina de las casas tristes», así la llamaban en el pueblo.

Capítulo 22

Sentada en el suelo, Dalia lloró largo rato estrechando en sus manos el ejemplar de *Yolanda, la hija del Corsario Negro*. Por las altas ventanas de la sala de estar, la luz del sol empezaba ya a calar. La joven se espabiló y miró su reloj, un diminuto Longines plateado que en el pasado adornaba la muñeca de Ester y que su amiga le había regalado generosamente el año anterior por su cumpleaños. Eran más de las ocho y Nuto podía volver de un momento a otro, sin duda hambriento y con la esperanza de encontrar algo en la mesa. La joven se levantó del suelo y se fue a la pequeña cocina confiando en encontrar algo con lo que improvisar una cena, ya que era demasiado tarde para salir y hacer la compra. Los estantes de la cocina estaban bastante desabastecidos y, tras una cuidadosa búsqueda, Dalia solo encontró un bolsa de arroz y unas patatas ya con brotes pero aún comestibles. Empezó a pelar las patatas, que debido a su inexperiencia perdieron aproximadamente la mitad de su volumen, luego las cortó en cubitos como le había visto hacer muchas veces a Dorina. Encendió el hornillo con cierta dificultad y puso sobre el fuego una cacerola llena de agua con las patatas y el arroz. Al no encontrar en los armarios de la cocina aceite u otros condimentos, se limitó a salpimentar su experimento culinario, que, al cabo de un buen rato de removerlo, adquirió la forma de un plato a medio camino entre un *risotto* y una sopa. El sabor no era desagradable, pero tampoco demasiado apetitoso dada la falta de condimentos. Dalia concluyó en todo caso para sí misma que, debido a su poca experiencia y la escasez de ingredientes, no podía esperar nada mejor. El Longines marcaba las nueve y cuarto y aún no había noticias de Nuto. Dalia cubrió su manjar con una tapa, con la esperanza de mantenerlo caliente hasta la llegada de su marido. A las diez de la noche, exhausta por la espera y por el hambre, se decidió a recalentar la cena y a servirse un plato. El apetito de la juventud le permitió comer con gusto, a pesar de que el guiso fuera poco apetecible y su mente empezase a elucubrar pensamientos funestos sobre el destino de su marido. Cuando el plato estuvo vacío y su estómago lleno, la preocupación de Dalia comenzó a atenuarse. Al haber vivido la mayor parte de su vida a solas con su padre, no tenía experiencia alguna en las dinámicas del matrimonio; sabía, sin embargo, que a veces, después del trabajo, el contable Borio, en lugar de volver derecho a casa, prefería demorarse en el bar de piazza Conte Rosso con los amigos, un pequeño vicio que ponía a su señora hecha un basilisco.

«Perdí la noción del tiempo —se desahogaba con Dalia a la mañana siguiente—. Las mujeres no entienden que a veces los hombres necesitamos pasar un rato entre nosotros.»

Si tales descuidos podían ocurrirle al contable, a quien ella consideraba el hombre más bueno del mundo, quizá también Nuto estuviera en ese momento tomándose felizmente un vermú sin darse cuenta de la hora que era.

Tranquilizada por ese pensamiento, Dalia recogió el ejemplar de *Yolanda, la hija del Corsario Negro*, que aún yacía en el suelo, se acurrucó en el sofá y comenzó a leer, disfrutando

de las descripciones de los paisajes caribeños que Salgari trazaba con gran verosimilitud, pese a no haber puesto el pie nunca fuera de Italia, sino simplemente documentándose en los diarios de viaje de exploradores, diplomáticos y comerciantes de siglos pasados. En cuanto a Yolanda, como heroína dejaba bastante que desear: en más de una ocasión la chica había hecho gala de cierto valor, pero en el curso de la novela la raptaban nada menos que dos veces, algo que a Sandokán o a Tremal-Naik nunca les hubiera ocurrido, al menos no dos veces seguidas. La historia avanzaba rápido, a la par de las manecillas de su Longines, que ahora marcaban la medianoche. Dalia dejó a Yolanda a merced de un naufragio y se fue a la cama, donde a pesar de su creciente preocupación se durmió al instante.

Un ruido la despertó al cabo de unas horas; Dalia abrió los ojos y, en la oscuridad de la habitación, reconoció la silueta de Nuto, que se disponía a meterse en la cama.

—Quiero preguntarte una cosa —articuló medio dormida.

Nuto suspiró y sonrió, a la espera de sus quejas.

—Esa cicatriz que tienes —le sorprendió en cambio—, ¿cómo te la hiciste?

—En Eritrea, durante una emboscada de unos desertores áscaris; uno de ellos me hirió con la hoja de una bayoneta —contestó tumbándose a su lado.

—Una bayoneta —repitió Dalia mirando al techo y percibiendo el leve olor a alcohol y a sudor que se desprendía del cuerpo de él.

—No era una de esas de hoja corta que se utilizaban en la Gran Guerra, sino una vieja bayoneta francesa, casi de la época de Napoleón —sonrió—. Solo el cielo sabe cómo la consiguieron esos áscaris.

—Hace mucho tiempo que quería preguntártelo —dijo acurrucándose a su lado antes de quedarse otra vez dormida.

A la mañana siguiente, cuando Dalia se despertó, Nuto dormía profundamente a su lado. La joven se levantó de la cama, con cuidado para no despertarlo, abrió el armario con idéntica cautela y sacó un vestido para ponérselo. Eran las ocho de la mañana y mientras bajaba las oscuras escaleras del edificio la embargaba una sensación de euforia. La amargura de la noche anterior se había disipado, y todo lo que su mente retenía de esas horas de espera eran las aventuras de Yolanda y del capitán Morgan.

Por vía Milano circulaban mujeres vestidas con ropa muy sencilla, en algunos casos humilde, que se desplazaban rápidamente con algunos capachos bajo el brazo, y Dalia dedujo que siguiéndolas encontraría el mercado. A medida que recorría la calle, percibió un creciente zumbido que muy pronto se convirtió en un gran vocerío: había llegado al mercado de Porta Palazzo; enorme, caótico, recorrido por carretillas cargadas de mercancías que, empujadas por hombres con los brazos desnudos, salían de todos lados y avanzaban zigzagueando entre la multitud de amas de casa y criadas. Aturdida por tanto ajeteo, Dalia se apresuró a hacer algunas compras: un poco de fruta y verdura, una docena de huevos, cincuenta gramos de café, un litro de leche y una diminuta barra de mantequilla, dado que en su apartamento no había fresquera y el calor de junio pronto la volvería rancia. Una vez de regreso a su pequeña cocina, mezclando esos ingredientes, obtendría sin duda algo mucho más apetecible que el plato de arroz y patatas cocinado la noche anterior. Antes de volver a casa, hizo una última parada en la panadería, donde

compró una hogaza y unas galletas en forma de herradura con las puntas cubiertas de chocolate.

Subió los escalones de dos en dos, saboreando de antemano la alegría de prepararle un buen desayuno a su marido, pero cuando abrió la puerta lo vio hacer algo que nunca se habría imaginado: el hombre estaba sentado en el escritorio con las manos apoyadas sobre la Olivetti roja.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó en un tono que hubiera casado mejor con el descubrimiento de un flagrante adulterio.

—Mi trabajo —respondió sin alterarse—. Estoy escribiendo los últimos episodios de *Matilde, la inquieta marquesa*.

—¡Levántate! —le ordenó después de dejar la compra sobre la mesa.

—Pero si yo sé escribir a máquina —protestó—. No tan bien como tú, claro, y pensé que...

—Déjame a mí —le ordenó.

Nuto obedeció, asombrado y divertido

—Ya entiendo —se rio—, el uso de la máquina de escribir me está vedado.

—¿A qué capítulo has llegado? —le preguntó intentando atenuar su descontento.

—El último que he terminado es el decimoséptimo, que se publicará este domingo.

Dalia hojeó las páginas de un cuaderno en el que Nuto tomaba notas, escribiéndolas con letra tosca y despreocupado de la forma.

—La marquesa ha rechazado a su cuñado, negándose a someterse a su chantaje —resumió Dalia recorriendo los apuntes—. Hecho una furia, el cuñado está yendo a ver a su hermano para enseñarle la carta que su esposa escribió al joven Maurizio.

—Bien —dijo Nuto sentándose en el sofá.

Con los dedos preparados en el teclado, Dalia esperó a que su marido empezara con el dictado, tal como sucedía en el salón de Villa Buonaventura.

—¿Qué va a pasar en este capítulo? —le preguntó.

—¡Ese es exactamente el problema! —contestó molesto—. Ahora el cuñado se lo soltará todo al marido y la novela habrá terminado, cuando yo todavía tengo que entregar tres episodios.

—Y con un final feliz —puntualizó Dalia.

Nuto echó la cabeza hacia atrás y dirigió la mirada al techo, como si la solución estuviera ahí, junto a la lámpara.

—La verdad es que no se me dan nada bien esta clase de historias —explicó—. Al principio me las apañaba, pero después de escribir una docena de novelas sentimentales he agotado todas las variaciones del tema.

—Tendrías que volver a escribir novelas patrióticas —le sugirió.

—Para escribir novelas patrióticas debería irme a la guerra —respondió—, marcharme como voluntario.

—¿Lo dices en serio? —preguntó turbada—. ¿Quieres presentarte voluntario otra vez para ir a luchar quién sabe dónde, dejándome sola?

—Si pudiera, me iría de voluntario para luchar en la inminente guerra contra Inglaterra y Francia, pero no me dará tiempo: se prevé «una guerra dinámica, rápida, cualitativa» —añadió citando un artículo que también Dalia había tenido ocasión de leer, publicado pocos días antes en todos los periódicos, firmado por Alessandro Pavolini, ministro de Cultura Popular.

—Así que no crees que llegues a marcharte, pero ¿te gustaría? —lo apremió.

—¡Lo que me gustaría es escribir los últimos capítulos de esta odiosa novela! —atajó Nuto la conversación apretando los puños.

—Al cuñado tendría que surgirle algún imprevisto que le impidiera entregar la carta a su hermano —sugirió Dalia—. El marqués podría partir de repente.

—¡El marqués acaba de regresar de un viaje! —objetó él.

—Pero tiene que volver a marcharse de inmediato —improvisó ella— para acudir a la cabecera de la cama de un anciano tío suyo que, según ha sabido, está en las últimas.

—Eso me daría la oportunidad de ganar tiempo para otro capítulo.

—Y mientras tanto, la marquesa, en vez de limitarse a desmayarse, podría hacer algo para salvarse. Intercambiar las cartas, por ejemplo.

—Intercambiar las cartas... Sí, podría funcionar.

—Cuando el cuñado consiga entregar la carta a su hermano —siguió fantaseando Dalia—, en el sobre encontrará una misiva con la que la marquesa rechazará las propuestas amorosas de su joven admirador, declarando su eterno y devoto amor por su marido.

—Podría funcionar —corroboró Nuto a media voz.

—*El cuñado recorrió a grandes zancadas el pasillo que llevaba de las habitaciones de la marquesa a los aposentos de su hermano* —declamó Dalia.

—¡Muy bien, escríbelo! —Los dedos de Dalia obedecieron instantáneamente a la orden.

—*El hombre empujó la puerta* —continuó Dalia.

—Mejor: *la puerta de frisos dorados* —puntualizó Nuto—. A las lectoras les encantan ciertos detalles.

—Describamos las habitaciones del marqués, entonces —propuso Dalia—. *Una abundancia de estucos y cortinas de seda se reveló al abrirse la puerta.*

—¡Perfecto, querida, perfecto! —se exaltó Nuto.

—¿Usaban cortinas de seda en la época de la historia? —le preguntó dejando de teclear.

—No lo sé y estoy seguro de que mis lectoras también lo ignoran —comentó—. Sigamos escribiendo.

—Me he casado con una mujer excepcional —se congratuló Nuto, guardando el capítulo recién mecanografiado en una carpeta—. Iré a entregarlo de inmediato a la redacción.

—¿No quieres comer algo? —le preguntó Dalia—. Esta mañana, mientras aún dormías, he comprado leche, café, pan y más cosas.

—Eres una esposa excepcional —reiteró estampándole un beso en la frente sin preocuparse por preguntarle de dónde había sacado el dinero para la compra—, pero ahora tengo que irme.

—Lástima —suspiró—, también había comprado galletas.

—Guárdalas para el café de esta tarde —dijo mientras se ponía la chaqueta—. Augusta Matteis vendrá a visitarle, ¿te acuerdas de ella?

—La esposa de tu jefe —confirmó Dalia encantada ante la buena noticia—. La actriz.

—Sí —comentó despectivo—, la estrellita cinematográfica. Menudo negocio hizo el señor Matteis al casarse con ella.

—¿Qué le ocurre? —preguntó turbada por el desprecio de sus palabras.

—Es una mujer vulgar, con un pasado cuestionable —argumentó—. Si no fuera la esposa de

mi superior, te prohibiría que tuvieras trato con ella.

Las palabras de Nuto la hirieron: estaba convencida de que, una vez casada, podría elegir libremente sus propias amistades, por lo menos las femeninas; en cuanto al verbo «prohibir», tan empleado por su padre, se había hecho la ilusión de no tener que volver a oírlo nunca más.

—Yo la encuentro simpática —intentó expresar su opinión—. Para mí será un placer recibirla.

—Sé que cumplirás con tus deberes de esposa y ama de casa —prosiguió—, pero no le des demasiadas confianzas, no es una persona decente. ¿Sabes que no ha sido capaz siquiera de darle un hijo a su marido?

—Eso la convierte en una mujer desafortunada —protestó Dalia—, no en una mala mujer.

—La fortuna no tiene nada que ver con eso, mujercita mía, que desconoces las fealdades del mundo —dijo haciendo más grave el tono de voz—. Su marido la llevó a ver a un médico, una eminencia, ¿y sabes lo que salió a relucir?

Dalia movió la cabeza en señal de negación.

—La estrellita cinematográfica, antes de casarse, interrumpió voluntariamente un embarazo.

—¿Pero eso se puede hacer? —preguntó Dalia más con curiosidad que con indignación.

—La ley lo prohíbe, pero hay algunas comadronas corruptas que se prestan a tales servicios. Operan en las casas, sobre las mesas de las cocinas, sirviéndose de viejas agujas de tejer como utensilios para operar.

—Es horrible —se estremeció Dalia presionándose instintivamente el vientre con las manos.

—A menudo las cosas salen mal y algunas mujeres mueren desangradas, pero las más desgraciadas sobreviven y se quedan estériles.

—Mejor estériles que muertas —objetó Dalia.

—Mejor muertas que esposas de maridos engañados, a quienes se niega el sagrado derecho a la descendencia.

—Pero esas mujeres probablemente no sepan que no pueden tener más hijos —razonó Dalia—, al igual que no lo saben las que nacen estériles.

—No te enredes con esos malos pensamientos —le dijo en un tono dulcificado—. Eres joven y saludable, y regalarás numerosos soldaditos al ejército italiano.

Nuto le dio un beso en la frente y desapareció sin añadir más. Dalia se quedó mirando la puerta cerrada mientras los pasos de él se perdían por las escaleras.

—Una casa bastante deprimente —comentó con poca cortesía Augusta Matteis mirando a su alrededor—. En el fondo, sigue siendo la casa de un hombre —le guiñó un ojo ribeteado de negro— y todos los hombres son un poco deprimentes.

—¿Os apetece un café, señora Matteis? —le preguntó Dalia invitándola a sentarse en el sofá verde.

—Si, os lo agradezco. Estoy segura, ahora que estáis vos aquí, de que las cosas cambiarán. Este apartamento se convertirá en un lugar agradable y también vuestro marido mejorará. Lleváis poco tiempo casados y Nuto ya ha cambiado para mejor.

—¿En serio? —preguntó la joven tendiéndole un plato en el que había colocado las galletas.

—Por supuesto que sí —dijo tomando una—. Imaginaos que, a la hora de comer, mi esposo

me ha confiado que Nuto ha entregado el siguiente episodio de su novela nada menos que un día antes de la fecha establecida.

—¿Vuestro marido come en casa? —se sorprendió Dalia.

—Desde luego —respondió la señora Matteis con una risita—, no hay manera de librarse de ese viejo cascarrabias. Llevamos dieciocho años casados y todavía es incapaz de prescindir de mí.

Dalia escuchaba a su interlocutora hablar de su matrimonio y se preguntaba cómo era posible compaginar tanta alegría con el terrible drama vivido por los dos esposos.

—Hoy me parecéis distinta al día de vuestra boda —comentó Augusta interrumpiendo un monólogo que duraba ya demasiado rato—, y no solo porque no llevéis el vestido blanco.

—No creo ser distinta —respondió Dalia perpleja.

—Casi no habéis hablado, aunque tal vez sea culpa mía, que con tanta charla por mi parte no os he dado ocasión.

—Me gusta escucharos —dijo Dalia, que, a falta de soluciones más sofisticadas, se limitó a decir la verdad.

—¡Claro, ya caigo! —se iluminó—. ¡Me juego algo a que vuestro marido os ha prevenido contra la aquí presente!

—¡No! —negó ella con un tono demasiado afligido para resultar creíble.

—No os esforcéis, no puedo condenar a Nuto Cerri del todo —sonrió con amargura la mujer—. Mi marido le hace determinadas confidencias y él las da por buenas.

La mujer mordisqueó los extremos recubiertos de chocolate de la galleta mientras sus ojos maquillados de negro se velaban de lágrimas.

—Mi marido le contó al vuestro que si no podemos tener hijos es por culpa mía, cuando las cosas no son en absoluto así.

—Lo siento —soltó Dalia, avergonzada por el cariz que estaba tomando la conversación.

—No lo sintáis; al fin y al cabo, tampoco mi marido tiene la culpa —suspiró—. Cuando yo tenía vuestra edad, los hombres eran muy diferentes a los de hoy: en invierno llevaban sombrero de copa y, en verano, canotier, vestían ropas que competían en elegancia con las femeninas, tenían modales sofisticados y conversaban moviendo armoniosamente las manos, envueltas con exquisitez en guantes blancos. Después llegó ese de ahí —dijo Augusta señalando la fotografía de Mussolini expuesta en la chimenea— y ¡adiós al refinamiento, a la elegancia y a los buenos modales! Hoy los hombres van por ahí muy tiesos y estirados, haciendo alarde de una virilidad mediocre y desprovista de encanto. Deben parecer fuertes, audaces, sin mostrar jamás la menor debilidad, ¿entendéis?

Dalia asintió.

—Me casé a los veintidós años —continuó—, y admito que no llegué al altar casta e inmaculada como sin duda alguna hicisteis vos. —Ante esas palabras, Dalia ocultó su incomodidad tomando otro sorbo de café de la tacita ya vacía—. Pero si no era virgen, por lo demás estaba toda entera —le guiñó un ojo—; no había sufrido intervenciones quirúrgicas de ninguna clase, y mucho menos allá abajo. Yo era una chica despierta y sabía muy bien qué medidas adoptar para no meterme en líos.

A Dalia le habría gustado preguntarle cuáles eran esas medidas, ya que, a pesar de la impaciencia de su marido, hubiera preferido no iniciar inmediatamente la producción en serie de nuevos soldaditos italianos.

—Mi marido no puede tener hijos —declaró la señora Matteis después de una breve pausa—. Cuando era joven tuvo un accidente y perdió uno de sus... —Augusta se echó a reír—. No hay razón para bromear, lo sé —se recompuso—, pero soy incapaz de hablar del asunto y permanecer seria.

Las dos mujeres se quedaron mirándose durante unos instantes, envueltas en un embarazoso silencio, y luego Augusta se echó a reír de nuevo.

—Es más fuerte que yo, ¡perdonadme! Tal vez me ría por no llorar —volvió a justificarse, riéndose y arrastrando también a Dalia en sus carcajadas.

Aún se reían cuando se oyó el chasquido de la cerradura al abrirse.

—Buenas noches, Nuto. —Dalia se puso de pie y todo rastro de hilaridad desapareció de su rostro. En cuanto a Augusta, en cambio, necesitó otro puñado de segundos para apaciguar su risa.

—Buenas noches, mis queridas señoras. Veo que se están divirtiendo. —Nuto pronunció esa frase con tono cortés, pero Dalia leyó un matiz de desaprobación.

—Me temo que la cena aún no está lista —se disculpó Dalia mirando la esfera del reloj, que marcaba las siete pasadas.

—No os preocupéis por la cena —dijo Augusta levantándose decidida del sofá—. Me apuesto lo que sea a que Nuto querrá llevaros a cenar fuera.

—No sería una mala idea —concedió Nuto.

—Esta chica se merece una buena cena en un restaurante —lo apremió Augusta ajustándose el sombrero—. Ha estado deslomándose todo el día para tener limpia la casa, hacer la compra y quién sabe qué más; y eso solo porque vos no habéis contratado aún ninguna criada. Hasta pronto, querida —se despidió besando a Dalia en las mejillas—. Señor Nuto, un placer, como siempre —añadió con bien dosificado sarcasmo.

—Hasta pronto, señora Matteis —la saludó Nuto abriéndole la puerta, que ella cruzó con andares de reina.

—Detesto a esa mujer —exclamó Nuto una vez que se quedaron solos, dejándose caer en un sillón—. No hace más que provocarme, sabe perfectamente que no puedo reaccionar. Ya he visto que os reíais mucho —continuó—. ¿Con qué motivo?

—Ha dicho algo gracioso —respondió Dalia evasiva.

—Una insolencia, sin duda. Parece como si todo el mundo adorara sus insolencias, hasta su marido se ríe complacido cuando lanza una estocada a sus colegas. Eres una chica inteligente y juiciosa —continuó Nuto—, y confío en que no te dejes contagiar por sus modales extravagantes e impertinentes.

—¡Por favor, ya está bien! —soltó Dalia al fin—. Me estaba riendo con la señora Matteis, es cierto, pero lo estaba haciendo para secundarla, igual que haces tú cuando respondes con cortesía a sus provocaciones.

—Tienes razón —admitió inesperadamente—. Eres una mujer orgullosa, y eso es bueno, siempre que el orgullo vaya acompañado por el sentido de la moderación y del decoro.

Dalia se tomó el desagradable cumplido con una mueca de disgusto, y sus ojos perdieron el brillo de admiración que tanto ansiaba su marido.

—Ánimo, querida. Ve a cambiarte, quiero seguir el consejo de la señora Matteis e invitarte a cenar.

—¿De verdad, Nuto? —preguntó ella recompensándolo con una mirada de gratitud que lo complació mucho.

—Pues claro, cariño. La señora Matteis es una mujer detestable, pero incluso a ella, como a todos, se le puede ocurrir una buena idea de vez en cuando.

Una media hora después, vestida de punta en blanco y completamente serena, Dalia bajaba las oscuras escaleras del edificio del brazo de su marido.

—No puedo dejar que suba —oyeron protestar a la portera—. Vuelva mañana a una hora decente; sin duda a estas horas los señores Cerri están cenando.

—Es justo a la hora de la cena cuando tengo que presentarme —replicó una voz masculina—, cuando estoy seguro de encontrarlos en casa.

Nuto detuvo el paso, pero no lo suficientemente rápido.

—Qué afortunada coincidencia, el señor Cerri —se congratuló ante su buena estrella un hombrecillo de mediana edad que llevaba unas gruesas gafas y una chaqueta grasienta. La portera, olisqueando lo embarazoso de la situación, desapareció tras la puerta de cristal de su garita, aunque su silueta seguía siendo bien visible a través de la tela perforada del visillo, junto a la de su hermano de aspecto alelado.

—Buenas noches, señor Fenoglio —saludó Nuto mientras seguía caminando con Dalia detrás.

—Si me permite un momento, señor Nuto. —El hombrecillo lo sujetó de una manga—. Siento molestaros ahora mientras estáis en compañía de una linda señorita, pero la verdad es que ya no puedo esperar más.

—Es mi esposa —rugió Nuto.

—Felicitaciones y mis mejores deseos para la recién casada —profirió el hombre tomando la mano de Dalia para besarla—. Una magnífica joya, señora Cerri —se congratuló melifluo al fijarse en la pulsera de filigrana veneciana que lucía para la ocasión.

—Lo arreglaremos todo el viernes —declaró Nuto arrastrando a Dalia hacia la salida—. Tiene mi palabra.

—Que sea el viernes —asintió el hombre—. Otra vez todas mis felicitaciones a la recién casada.

Nuto caminaba a grandes zancadas por via Milano, mientras Dalia no hablaba ni pedía aclaraciones, ya que, recordando la conducta de su padre con el dinero, había entendido a la perfección lo que ocurría.

—No tienes que preocuparte por nada —la tranquilizó su marido—. Hace tiempo firmé unos pagarés. Es cosa de pocas decenas de liras y el viernes, cuando reciba la paga, saldaré mi deuda —le prometió.

Capítulo 23

Recordatorio. Esta palabra, una hermosa palabra, además, ha estado dándote vueltas en la cabeza desde ayer, cuando te viste con esa tal Rosina. Incluso ahora, mientras te diriges con paso decidido a abrir tu tienda, la voz de Rosina y esa palabra en particular continúan resonando en tu mente. Qué chica más extraña: menuda, de cara pálida y brillante como el azúcar, con los ojos y el pelo casi transparentes. Probablemente esa peculiar muchacha resplandezca en la oscuridad, tal como, según te contaba Dorina, resplandecía el hada del lago Grande de Avigliana cuando, en plena noche, asomaba entre las aguas negras.

«Recordatorio», había dicho la diáfana criaturita: tu yo de antes, y por «antes» se entendía *antes* de tu *pequeño incidente*, intenta recordarle algo a tu yo de hoy, un recuerdo importante y resolutivo que colocará de nuevo todas las piezas del rompecabezas en su lugar.

Aunque, en el fondo, ¿qué es un recordatorio sino algo que usamos para rememorar otra cosa? Eso fue más o menos lo que dijo Rosina, y ese concepto no te es nuevo en absoluto, al contrario, es algo muy cercano para ti, pues, en caso contrario, ¿por qué habrías abierto una tienda de antigüallas llamada La Vendedora de Recuerdos? Pensamiento tras pensamiento, paso tras paso, te encuentras delante de la puerta de tu tienda y antes de meter la llave en la cerradura observas los escaparates. En parte porque la cosa te divierte, en parte porque los clientes son pocos y te queda mucho tiempo libre, has adquirido la costumbre de rehacer los escaparates casi todos los días, exhibiendo todos tus objetos de forma rotatoria. El sábado por la tarde, la última vez que realizaste esa operación que te resulta tan agradable, optaste por exponer muñecas y ropa interior femenina, que, en los viejos tiempos, tenía la función de dar a las mujeres formas curvilíneas. En el centro de una pequeña multitud de muñecas de toda clase de materiales, desde las de porcelana de principios de siglo hasta los modelos de plástico de los años sesenta, pasando por las de trapo que nunca han quedado desfasadas del todo, destaca un medio maniquí forrado con tela negra que lleva un rígido corsé; nada de piernas ni cabeza para ese polvoriento simulacro de feminidad, solo un escote prominente, caderas exuberantes y cinturita de avispa. En el fondo, era así como se esperaba que fueran las mujeres en la época en la que tomaste marido: pechos grandes y caderas fecundas, pero sin cabeza para pensar, ni brazos para actuar, ni mucho menos piernas para tomar un camino propio. No es que tú, de joven, encarnaras ese estereotipo; tenías más bien poco para «encarnar», dado que tus carnes no eran abundantes y, de hecho, nunca te pusiste el corpiño, pues no tenías nada que ceñir ni que levantar.

«Recordatorio», murmuras cuando por fin abres la puerta de la tienda y entras en ella. Ha llegado la hora de concentrarse, de juntar los pocos elementos que tienes a tu disposición; cosas y personas. Después de haber dado cuerda a los relojes de la estantería, operación simbólica que te da la ilusión de haber dado cuerda también a tus engranajes, te sientas detrás del aparatoso escritorio y sacas una hoja del cajón. En el lado izquierdo de la página, enumerarás a las

personas, en primer lugar aquellas que parecen haber desempeñado un determinado papel en tu vida en los meses previos a tu *pequeño incidente*, pero de las que ahora te has olvidado: la chica de la Singer, el camarero cascarrabias, la señorita del bar con la voz familiar... En el lado derecho, enumerarás, en cambio, los objetos con los que cada una de estas personas está relacionada de alguna manera y que podrían llevarte a otro objeto o acontecimiento: el camarero te ha recordado los feos ceniceros de falso cristal de su bar, que a su vez te han recordado el sobre amarillo, que te ha recordado...

Nada, todo se detiene ahí, en el sobre amarillo.

La chica de la Singer, Giada, en cambio, no te ha recordado nada, pero tienes la sensación de que conoce detalles preciosos para ti. Marcas el nombre de la chica en el papel y a su lado el del objeto asociado a ella.

Giada. Singer.

Observas ambas palabras una al lado de la otra, pero su unión no te dice nada. Te exprimes las meninges, sin llegar a ninguna conclusión. Para estimular tu concentración te haría falta un café.

¡Nadia! Así dijo que se llamaba la chica sin rostro que trabaja en el bar donde perdiste el sobre amarillo.

—Giada y Nadia —susurras—. Nadia, café. Nadia, café y sobre amarillo...

Capítulo 24

El calendario indicaba el 9 de junio e iba a ser el primer domingo que pasaría Dalia en su nuevo apartamento con su marido. Entre altibajos, la convivencia entre ella y Nuto no iba mal, es más, estaba mejorando desde que él se había mostrado sincero sobre su situación financiera. Para celebrar el primer domingo juntos en casa, así como la liquidación de las deudas que Nuto había saldado nada más recibir su paga, Dalia estaba preparando una deliciosa comida, o al menos ese era su propósito. El día anterior había ido a la carnicería y había comprado un trozo de ternera que pretendía cocinar siguiendo escrupulosamente las instrucciones del carnicero: «Poned ajo, aceite y romero en una cazuela —le explicó el hombre—, dejad que se dore la carne por cada lado y dadle la vuelta cuando cambie de color, luego echad vino blanco por encima y tapad la cazuela. Echad un vistazo de vez en cuando y, si creéis que la carne se está secando demasiado, añadid más vino. ¡No hay forma de equivocarse!».

Dalia había memorizado ese procedimiento infinitas veces y esa mañana, después de la misa, lo había seguido sin demasiada dificultad. Ahora ese asado, ¿o tal vez era un estofado?, estaba cociéndose a fuego lento. Después de misa, Nuto se había reunido con algunos colegas en un café de piazza delle Erbe, pero volvería a la una en punto, se lo prometió, y ella le tendría preparado el mejor de los almuerzos.

Dalia extendió sobre la mesa el mantel más bonito de su modesto ajuar y abrió el aparador para poner los cubiertos de plata que le había regalado la señora Levi. Para llegar hasta los cubiertos, movió la caja que contenía el candelabro de siete brazos en plata maciza. Agarró la caja con decisión para dejarla sobre la mesa, pero, al realizar esa operación, notó que el peso del objeto había disminuido notablemente. Arrastrada por una horrible sospecha, levantó el gancho dorado que aseguraba la tapa: ¡en el interior de la caja solo había la funda de satén blanco y nada más!

Todo le quedó claro de inmediato: ella había escondido el candelabro para que su presencia no chocara con el credo fascista de su marido, pero este lo había encontrado y, lejos de sentirse ofendido, se lo había llevado a la casa de empeños para saldar sus deudas, tras lo cual había devuelto el estuche vacío a su lugar con la esperanza de que ella no se diera cuenta de nada.

Rebosante de indignación, Dalia comprobó el estuche de los cubiertos de plata de los que por suerte no faltaba ni una cucharita siquiera, luego se dirigió rápidamente hacia el dormitorio, giró la llave del cajón superior de la cómoda y lo abrió: la pulsera de filigrana veneciana todavía estaba en su hermosa cajita de terciopelo rojo, así como el sobre que contenía el dinero recibido de la señora Levi. Dalia giró el sobre entre los dedos, preguntándose si abrirlo y contar los billetes sería una falta de confianza en su marido. El olor a asado se hacía más intenso a cada minuto y le subía por la nariz, dándole una sensación de náuseas. Al final decidió volver a la sala de estar, donde abrió el sobre y comenzó a colocar los billetes en la mesa del comedor a medio

poner, como si fuera el repartidor de cartas en una partida.

Inicialmente, el sobre contenía dos mil liras, pero en esa primera semana de vida matrimonial Dalia había recurrido a esos ahorrillos suyos para ir de compras y adquirir unas cortinas nuevas, en las que había gastado algo menos de cien liras. Dalia contó y volvió a contar el dinero media docena de veces por lo menos, pero el resultado era siempre el mismo: faltaban seiscientas liras.

Cuando Nuto regresó a casa media hora después, la encontró sentada mirando con aire torvo los billetes dispuestos uno al lado del otro sobre la mesa, mientras ráfagas de humo oscuro procedentes de la cocina envolvían la escena.

—¡Dios mío, Dalia! —Nuto se lanzó a la cocinita y, con la ayuda de un trapo y algunas maldiciones, retiró la olla del fuego y la depositó humeante en el fregadero.

—¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta de nada? —le preguntó mientras se acercaba, percatándose solo en ese momento de la exposición de billetes sobre la mesa del comedor y, junto al dinero, la caja del candelabro abierta.

—No podía permitir que guardaras eso en nuestra casa —empezó a justificarse Nuto refiriéndose al candelabro—. Es más, me pregunto cómo se te ocurrió traerlo aquí.

Dalia no reaccionó ante la provocación; su marido, era evidente, estaba tratando de darle la vuelta a la tortilla.

—Si alguien hubiera visto ese candelabro, habría pensado quizá que era una reliquia familiar —explicó intentando darle a su voz un tono de conciliadora gravedad, como cuando se le explica a un chiquillo por qué no debe hacerse determinada travesura—. Podrían haber pensado que nuestra sangre no es completamente pura.

—¿Y el dinero? —replicó Dalia con voz firme—. ¿Eso también cuestionaba nuestra pertenencia a la raza aria?

—Cuando dos personas se casan, sus bienes se vuelven comunes —argumentó Nuto—. En todo caso, debería sentirme ofendido porque me lo has ocultado.

—Sabías muy bien que tenía dinero. —La voz de Dalia vibraba de indignación—. Desde que estamos en esta casa he ido de compras todos los días sin pedirte nunca ni una lira. ¿Cómo creías que pagaba?

—No sabía que tenías esa suma tan considerable.

—Deberías habérmelo pedido —dijo—, te lo habría dado con mucho gusto.

Nuto se sentó frente a ella.

—No tengo por qué pedirte nada de nada —dijo—. Estamos casados y ese dinero también era mío.

Los dos permanecieron en silencio mirándose el uno al otro, como dos gatos que no acaban de decidirse si enzarzarse en una pelea o dejarlo correr y seguir cada uno su propio camino.

—¿A cuánto ascienden tus deudas? —preguntó Dalia optando por la discusión.

—Ya te dije que las había saldado todas, menos la letra de tu pulsera, pero aún queda tiempo para eso.

—La otra noche, cuando ese hombre te acechaba en el vestíbulo, me dijiste que tus deudas ascendían a unas pocas decenas de liras —recalcó Dalia sin la menor intención de rendirse—. Sin embargo, sumando el dinero que has sacado de mi cajón y el valor del candelabro, tengo motivos para creer que superaban las mil liras.

—Sí, es cierto —capituló Nuto—. La verdad es que me daba vergüenza. En el último año y

medio no he trabajado mucho, tú también sabes que me cuesta encontrar la inspiración.

—¿Hay algo más? —preguntó Dalia esforzándose por contener la rabia que iba creciendo en su interior y sin comentar lo más mínimo su explicación—. ¿Tienes más letras pendientes?

Nuto guardó silencio, sin bajar la mirada.

—¿A cuánto ascienden las letras? —lo apremió—. Soy tu mujer, ¡tengo derecho a saberlo!

—¡No, no lo tienes!

—Quiero ver todas las letras —rebató ella sin dar su brazo a torcer.

—¿Y luego me dejarás en paz? —preguntó levantándose y encaminándose hacia su escritorio—. Míralas tú misma —dijo dejando caer de golpe una carpeta sobre la mesa.

Dalia no se alteró, abrió la carpeta y empezó a revisar los documentos, separando las facturas pagadas de las que quedaban por saldar, como solía hacer en el estudio del contable Borio cuando lo ayudaba a ordenar los expedientes financieros de sus clientes. Entre la factura de un sastre y la de un cristallero, Dalia encontró un par de papelitos de aspecto familiar. La joven sacó uno para examinarlo; el papel estaba amarillento, en la parte superior derecha tenía impresa una estrella bolchevique y en mayúsculas podía leerse: «¡COMPAÑEROS ITALIANOS! ¡DESCONFIAD DEL ALIADO ALEMÁN! EL PUEBLO ALEMÁN NO...».

—¡Eso no es una factura! —dijo Nuto arrebatándole la hoja de la mano.

Dalia, en ese momento, se puso de pie y lo miró con un desprecio del que nunca se hubiera creído capaz.

—¡Fuiste tú! —susurró—. ¡Fuiste tú quien mandó a los camisas negras a la oficina del contable Borio! ¿Por qué hiciste algo así?

—¿Qué se supone que hice? —preguntó Nuto con una risita nerviosa.

—No mientas —lo presionó—. Al día siguiente de la agresión vi salir a los camisas negras de la villa. Aún no te conocía y temí que te hubieran hecho daño a ti también; luego, cuando descubrí quién eras pensé que simplemente habían ido a rendir homenaje a la «radiante pluma del Imperio italiano».

—Y, en efecto, fue así —se justificó.

—En cambio, habían ido a rendirte cuentas del trabajito que les habías encomendado. Todos sabíamos que esas octavillas eran solo un pretexto y que las habían llevado los propios camisas negras para fingir haberlas encontrado allí.

Nuto seguía en silencio, sus puños apretados mostraban los nudillos blanqueados.

—¿Por qué le hiciste algo así a una persona tan buena como el contable? —preguntó Dalia con lágrimas en los ojos.

—Tenía que hacer mis comprobaciones —explicó—. En mi posición, antes de contratarlo para los trabajos de mecanografía, quería asegurarme de que era un hombre sin tacha.

—¡Dios mío, Nuto! —Dalia se dejó caer en el sofá, cuyo color verde volvía su palidez casi luminiscente—. Podías haberte limitado sencillamente a informarte sobre él.

—En realidad, solo quería que esos chicos echaran un vistazo para excluir conexiones con comunistas, anarquistas u otros enemigos del fascismo —le explicó tomando asiento junto a ella, que miraba impasible a la nada—. No me imaginaba que se lo tomaran tan en serio.

Ahora Dalia había dejado de mirar a la nada y observaba su cara con aversión.

—De hecho, intenté compensárselo —dijo Nuto levantándose y revolviendo entre los documentos.

—Mira —dijo agitando dos facturas bajo su nariz, de la misma manera que los camisas negras habían agitado las octavillas ante el rostro tumefacto del pobre contable—. Fui yo quien mandó al cristalero al despacho del contable y quien le compró sillas nuevas para reemplazar las rotas.

—Aléjate —articuló marcando cada sílaba—. ¡Me das asco!

Nuto dejó caer al suelo las facturas que tenía en la mano; por un momento pareció que sus finos labios querían abrirse para pronunciar la enésima justificación, pero no lo hicieron. Se quedó mirando el rostro de su joven esposa, sus hermosos ojos grandes y castaños ensombrecidos ahora por las lágrimas en los que tanto le gustaba contemplar la admiración que ella sentía hacia él y de la que ya no quedaba ni rastro. ¿Dónde estaba la muchacha dulce y devota con la que se había casado? Sintió que la había perdido para siempre. Ahora, en lugar de aquella criatura perfecta, dispuesta a adorarlo incondicionalmente, había una mujer que lo cuestionaba, una mujer como todas las demás.

—¿Quieres que me vaya? —le susurró en tono suplicante con la esperanza de hacer resurgir en la mirada de ella esa devoción ciega que para él era indispensable—. ¿De verdad quieres que me vaya?

Dalia no quería que se fuera, pero el nudo que le atenazaba la garganta le impidió contestarle, y la indignación que sentía no le permitió dulcificar su mirada cargada de desprecio.

Nuto la observó durante un largo instante, luego se dio la vuelta y se marchó. Dalia se quedó mirando por unos momentos la puerta de casa, que su marido había cerrado violentamente, luego se acurrucó en el sofá a la espera de que las lágrimas aligeraran el peso que oprimía su pecho.

—¿Por qué, Nuto, por qué? —susurraba entre los sollozos que empezaban a sacudir su grácil cuerpo—. ¿Por qué? —repetía mientras las lágrimas le empapaban las mejillas. Dalia lloraba, acurrucándose cada vez más, casi como si quisiera empequeñecerse y diluirse en la nada, junto con su inmenso dolor. Los sollozos no le daban tregua, como le había ocurrido después de la paliza que recibió el contable, cuando se refugió en un campo, sobre un murete en ruinas, para desahogar sus lágrimas sin que nadie la viera. Ese día reunió fuerzas para dejar de llorar e ir a buscar consuelo a la Ca' rossa. Pero ahora la Ca' rossa quedaba lejos, al igual que lo estaban Ester, la señora Levi y todas las personas a las que quería. Dalia estaba completamente sola, a merced de su amargura. Al cabo de un tiempo que no habría sabido calcular, exhausta por el dolor y los sollozos, se hundió en el sueño.

Cuando se despertó, el sol hacía mucho tiempo que se había puesto y su reloj marcaba las diez. Había dormido nueve horas acurrucada en el sofá y, no obstante, aún se sentía agotada. Inmersa en la oscuridad, Dalia se preguntó si Nuto habría vuelto a casa, se levantó con dificultad, cruzó la sala de estar sin encender la luz, ya que las cortinas opacas no estaban echadas. La joven abrió con cautela la puerta del dormitorio; los haces luminosos de los focos antiaéreos se introducían por la ventana, diluyendo a intervalos regulares la oscuridad de la habitación y revelándole que la cama estaba vacía. Nuto no estaba allí y, con gran sorpresa, Dalia se dio cuenta de que sentía más alivio que pena. Después de correr las cortinas oscuras, se tumbó en la cama vacía y volvió a quedarse dormida.

A la mañana siguiente, via Milano cobraba vida, las persianas metálicas de las tiendas se

levantaban ruidosamente, los adoquines resonaban bajo las zancadas de las amas de casa y de las sirvientas que avanzaban a paso rápido, atraídas por los gritos de los vendedores del mercado de Porta Palazzo. Dalia se despertó por fin, saciada de sueño; tenía los ojos pesados, pero el alma inesperadamente ligera.

Nuto la había decepcionado y después de la discusión se había ido dando un portazo, pero una vez que se le aplacara la rabia sin duda regresaría, y ella encontraría fuerzas para perdonarlo.

Consolada por ese pensamiento, se levantó de la cama y fue a la sala de estar, donde recogió los billetes que aún yacían sobre la mesa, y, a la espera de encontrar una mejor ubicación, los guardó en el cajón de siempre, teniendo la precaución de meterse la llave en el bolsillo.

Después de haber puesto a salvo el dinero, Dalia se ocupó de los documentos esparcidos por la mesa y por el suelo, que metió en su carpeta, incluidas las octavillas que habían sido la causa de la pelea. Al dejar la carpeta sobre el escritorio se fijó en la agenda de Nuto, abierta por ese mismo día: «LUNES 10 DE JUNIO. ENTREGA CAPÍTULO 19 ANTES DE LAS 16». El capítulo diecinueve estaba aún por escribir, de eso Dalia estaba segura, como también lo estaba de que, estuviera donde estuviera, Nuto no estaría trabajando en ningún caso para respetar el plazo fijado. Dalia abrió el cuaderno de notas de su marido, donde el capítulo estaba esbozado a grandes rasgos. Si Nuto no entregaba el episodio a tiempo, sin duda tendría problemas; el señor Matteis estaba «más que harto de sus retrasos», como le había confiado Augusta Matteis cuando vino a visitarla. A Dalia no le importaba en absoluto la idea de que Nuto se llevara un buen rapapolvo, pero por el momento el trabajo en el periódico era su única fuente de ingresos y ella debía preservarla a cualquier precio.

Con extrema lucidez, abrió el maletín de la máquina de escribir y colocó una hoja en blanco. Al haber mecanografiado los capítulos anteriores, Dalia estaba familiarizada con las vicisitudes de la marquesa Aldobrandi, así como con el estilo de Nuto, lo suficiente como para poder escribir por su cuenta la continuación de la historia. Examinó con todo detalle las notas de su marido, de las que ya habían hablado: la carta de amor que la marquesa le había escrito a su joven admirador estaba en manos del odioso cuñado, y la mujer debía hallar la forma de reemplazarla con otra carta que demostrara su fidelidad hacia su marido. De qué manera debía producirse esa sustitución, sin embargo, las notas de Nuto no lo especificaban; Dalia se devanó los sesos. ¡Una criada! Una fiel doncella encariñada con la marquesa, así como la buena Dorina estaba unida a ella, se haría cargo de la empresa. Nada muy original; Dalia sabía que, desde tiempos inmemoriales, tanto en la vida como en la literatura, los criados desenredaban los líos de sus amos; con todo, la comedia sentimental no requería grandes alardes de originalidad. Los dedos de Dalia empezaron a tamborilear rápidamente en el teclado y se interrumpieron justo antes de que la buena sirvienta diera comienzo a su empresa. Ese truquillo, que le había enseñado Nuto, dejaría a las lectoras conteniendo la respiración hasta el siguiente capítulo.

¿Se enfadaría Nuto por lo que estaba haciendo? Probablemente sí, pero el asunto no la preocupaba; mucho más que su posible reacción, lo que la inquietaba de verdad era la posibilidad de que lo despidieran, dejándolos a ambos en la calle.

Dalia metió el capítulo mecanografiado en un sobre y, después de almorzar, ya que las penas de amor no parecían haberle quitado el apetito, salió del apartamento para dirigirse a la sede de la *Gazzetta del Popolo*, que se hallaba a poca distancia en corso Valdocco, haciendo esquina con via Garibaldi.

Al llegar frente al portal, a Dalia le atemorizó el ajeteo de gente que entraba y salía, alborotando y moviéndose nerviosamente. ¿Era esa, pues, la vida de quienes trabajaban para un periódico? Con mucho cuidado para no chocar con nadie, se abrió paso por el gran vestíbulo, cuyas altas bóvedas amplificaban el vocerío.

—Tengo que entregar un texto mecanografiado —le gritó a un hombre sentado detrás de un cristal—. Es para el señor Matteis —chilló señalando el destinatario escrito en el sobre—. Lo espera para hoy a las cuatro. ¿Lo habéis entendido? Para las cuatro.

—Hoy aquí nadie espera nada —respondió el hombre mientras cogía el sobre y le entregaba un recibo como comprobante de la puntual entrega—. Mejor dicho, todo el mundo espera una sola cosa.

Dalia aferró la nota, dio las gracias al hombre y se batió en retirada, ansiosa por salir de aquel guirigay. La tarea que se había marcado, y que la había mantenido ocupada desde primera hora, se había llevado a cabo: ¿qué haría a partir de ese momento? La perspectiva de buscar algo que hacer, de no quedarse sola con sus pensamientos, le provocó una leve sensación de mareo.

—Dalia, ¿de verdad eres tú? —le preguntó un chico de ojos grises saliendo del portal con una carpeta entre las manos.

El joven tenía el pelo rizado untado de brillantina y vestía un traje muy elegante, pese a que se le notara la típica sensación de incomodidad de quienes no están acostumbrados a tales ropas.

—¡Gianni!

—En persona.

—¿Y qué estás haciendo aquí? ¿Trabajas en la *Gazzetta*?

—Ojalá —suspiró—, solo he venido a entregar una solicitud de prácticas. Dentro de unos días recibiré mi diploma y me gustaría emprender la carrera periodística. Por desgracia, no conozco a nadie en este ambiente, y hoy no es desde luego el día ideal para que se fijen en uno: mira lo alborotado que está todo el mundo, y dentro de unas horas la inquietud se extenderá por todas partes.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¿De verdad no lo sabes? —se sorprendió—. El Duce va a lanzar una proclama hoy por la tarde desde el balcón del Palazzo Venezia, en Roma, y se transmitirá mediante conexión radiofónica en las plazas de las principales ciudades de Italia. Aquí también en Turín están montando los altavoces.

—¿Y qué va a proclamar el Duce para que todo el mundo esté tan nervioso? —preguntó señalando el frenético ir y venir a través del portal de la *Gazzetta*.

—¡La guerra, querida! ¿Tu marido no te lo ha contado?

—Oh, sí, y no solo él. Pero se ha hablado tanto y durante tanto tiempo de esta guerra «inminente» que dejé de creer en ella.

—Pues parece que esta vez es la buena, se dice que ya se ha enviado la declaración de guerra a Francia e Inglaterra.

—Espero que estés equivocado.

—Yo también lo espero y con todas mis fuerzas —respondió Gianni.

—¿Cuándo hará el anuncio Mussolini? —le preguntó Dalia.

—A las seis de la tarde, según he oído.

Los dos jóvenes se miraron en silencio durante un largo rato, mientras sus cabezas trataban de

imaginarse cómo sería su vida a partir de ese momento.

—Siento mucho no haberme presentado a nuestra cita —rompió al final el silencio Dalia, pese a saber que se trataba de una frase fuera de lugar, pero en aquel momento de angustia e incertidumbre cualquier tema parecía desentonar.

—No te preocupes —cortó Gianni en un tono igualmente artificial, dejando que la conversación cayera en otro grave silencio.

—Durante algún tiempo la guerra no se notará aún —prosiguió no sin esfuerzo Dalia—. Podríamos aprovechar la oportunidad para tomarnos ese helado que nos habíamos prometido compartir.

—¿Y tu marido no tendrá nada que decir al respecto? —preguntó Gianni con cierta incomodidad.

—No creo —respondió encogiéndose de hombros—. Además, con todo lo que está pasando, sin duda tendrá otras cosas en las que pensar.

Paseando y charlando, los chicos recorrieron toda la via Garibaldi y se detuvieron en la esquina con piazza Castello, donde había una heladería bajo los pórticos. Se sentaron en una mesa de fuera, mientras la gente empezaba a agolparse en la plaza y a moverse en grupos en dirección a via Roma.

Dalia escuchaba a Gianni hablar sobre sus planes para convertirse en periodista con profunda admiración; ella nunca había tenido un proyecto de verdad en su vida, su único sueño había sido sustraerse a la autoridad paterna para disfrutar de un poco de libertad. Gianni enumeraba las muchas posibilidades que podían abrirsele, pero también las muchas dificultades que lo obstaculizarían.

—¿Crees que tu marido podría ayudarme a conseguir unas prácticas en la *Gazzetta*? —le preguntó visiblemente violento.

—Se lo preguntaré —respondió ella con poca convicción, dado que, incluso suponiendo que Nuto volviera pronto a casa, no estaría desde luego en la mejor disposición para hacerle favores.

El camarero les trajo dos copas de helado. Al hundir la cuchara en la crema, a Dalia se le vino a la cabeza Augusta Matteis. Ella era la mujer de un pez gordo de la *Gazzetta* y tenía gran influencia en su marido; nadie mejor que ella para ayudar a Gianni.

—¿De verdad crees que esa señora podría interceder por mí?

—No la conozco muy bien, pero me parece que sí.

—Me gustaría conocer a tu marido —continuó Gianni—. Podría ir a visitaros un día de estos.

—Un poco más adelante, tal vez. Me temo que ahora no es el momento más oportuno.

—Tienes razón —confirmó él—. Después de la declaración de guerra, los próximos días van a ser caóticos, especialmente para los que trabajan en un periódico.

En realidad, Dalia no estaba pensando en el gran conflicto que se desataría dentro de poco, sino en su pequeña guerra conyugal, que aún no sabía cómo ni cuándo iba a terminar.

A su alrededor, mientras tanto, la multitud crecía. Ahora un río de personas discurría rápido e ininterrumpido desde via Garibaldi y desembocaba en la plaza, para seguir fluyendo por vía Roma.

—Gracias por el libro —le agradeció Dalia—. Fue un detalle precioso. El hecho de que te acordaras de nuestra diatriba infantil sobre las novelas de Salgari me conmovió.

—Una tontería —minimizó Gianni casi como queriendo cambiar de tema inmediatamente—.

¿Quieres que vayamos a oír la proclama? —le preguntó.

—No puedo soportar la idea de estar apretujada en medio de tanta gente, me da miedo.

—Podríamos ir a alguna de las calles paralelas a la plaza —sugirió Gianni—. No nos perderemos ni una sola palabra, los altavoces del EIAR***** son muy potentes.

Dalia, que todavía no se orientaba bien por las calles de Turín, se dejó guiar por calles desconocidas para ella donde se alternaban palacios antiguos con edificios modernos de estilo racionalista. En las aceras de la calle en la que decidieron detenerse se habían congregado muchas personas, animadas por sus mismos propósitos, a las que se sumaban los propietarios y los dependientes de las tiendas, que permanecían de pie frente a sus escaparates a la espera de que los altavoces difundieran la voz del Duce. Era como si la ciudad estuviera suspendida, congelada en una espera vibrante, cargada de impaciencia y expectativas.

En la plaza cercana, la gente estalló en un estruendoso rugido. Dalia, que nunca se había enfrentado a una multitud mayor que la de las fiestas patronales, se estremeció asustada.

—*¡Combatientes por tierra, mar y aire!*

Escupida por los altavoces, la voz de Mussolini rebotaba en las fachadas de los edificios.

—*¡Camisas negras de la revolución y de las legiones! ¡Hombres y mujeres de Italia, del Imperio y del Reino de Albania! ¡Escuchadme!*

El Duce se concedió una larga pausa mientras la multitud estaba pendiente de sus palabras, emitiendo una especie de chisporroteo; un ruido que le recordaba a Dalia el de las hojas secas movidas por el viento.

—*Una hora marcada por el destino ha sonado en el cielo de nuestra patria* —volvió a atronar Mussolini para detenerse luego de inmediato.

—*La hora de las decisiones irrevocables.*

Durante la enésima pausa, la agitación del público se transformó en el fragor de una tormenta de verano.

—*La declaración de guerra ya se ha entregado a los embajadores...*

La palabra «embajadores» quedó eclipsada por el incontenible entusiasmo de la multitud, que obligó al Duce a otra pausa, esta última no prevista como las anteriores.

Mussolini permitió que el público se regocijara con su propia exaltación durante aproximadamente medio minuto, después de lo cual reanudó su discurso donde lo había interrumpido.

—*... a los embajadores de Gran Bretaña y de Francia.*

—Me gustaría irme a casa —dijo Dalia.

—Te acompaño —le propuso Gianni.

—¿Te has dado cuenta de lo contentos que estaban todos? —murmuró Dalia cuando la voz del Duce y el atronar de las multitudes ya no eran más que reverberaciones lejanas.

***** El Ente Italiano per le Audizioni Radiofoniche (EIAR) fue la única entidad radiofónica permitida por el régimen fascista de Mussolini entre 1927 y 1944 (N. del T.).

Capítulo 25

Relees una vez más el relato de los que fueron los momentos más oscuros de tu existencia, es más, en lo que atañe a la última parte del capítulo, de la vida de todo un país. Cuando piensas en aquel lejano 10 de junio, la voz del Duce sigue retumbando en tus oídos, y aún más resuenan en la memoria sus largas pausas, durante las que la multitud se entregaba al más fanático entusiasmo. Las nuevas generaciones quizá se pregunten cómo fue posible enardecerse hasta ese punto con las palabras de Mussolini. Tú, en cambio, te has preguntado a menudo cómo te las apañabas para permanecer inmune a tal contagio. Probablemente fue mérito de tu padre y de sus ínfulas elitistas lo que te impidió formar parte de las Pequeñas Italianas, donde se instilaba la devoción ciega hacia el Duce. Cuando naciste, los fascistas ya estaban en el poder, y hasta tus quince años Mussolini fue una entidad constante pero borrosa que campeaba en el trasfondo de tu existencia, sin darte ni alegrías ni preocupaciones. Fue la promulgación de las leyes raciales en 1938, con las consiguientes aflicciones que causaron a la familia Levi, lo que te hizo apartarte de aquel a quien todos estaban convencidos de tener que amar.

El reloj de Diana cazadora da las doce con su consabido adelanto de medio minuto. Guardas el texto mecanografiado en la carpeta y vuelves a estudiar las notas en las que has estado trabajando en las últimas horas: un revoltijo de nombres propios y de objetos relacionados entre sí y de casillas vacías que esperan ser rellenadas.

Exasperada por ese laberinto de palabras y líneas, retomas el texto mecanografiado y vuelves a recorrer las páginas.

Leyendo por tercera o cuarta vez quizá esas líneas, revives de nuevo el agudo dolor que sentiste al descubrir que tu marido era el instigador de la paliza que recibió el contable Borio. Nuto Cerri, a quien considerabas lo mejor de tu vida, era en realidad el autor de lo peor de lo que habías sido testigo.

Nunca tuviste el valor de confesar al contable que el instigador de su agresión fue el estimadísimo Nuto Cerri; aquel buen hombre expiró muchos lustros después sin llegar a saber por qué cuatro matones en camisas negras se lanzaron contra él para sacudirle a base de bien y descalabrarle los anteojos. El contable Borio nunca se decidió a reemplazar sus maltrechas gafitas, que exhibió en la punta de la nariz al desgaire, incluso con orgullo, hasta el final de sus días.

A lo largo de los años, los anteojos del contable se convirtieron en un minúsculo pedazo de historia, una admonición para que las nuevas generaciones recordaran los horrores a los que podían llevar la exaltación política y la falta de democracia.

Empiezas a asociar libremente cada elemento garabateado en la hoja hasta que una palabra emerge con prepotencia: *Giada*.

Coges la agenda que se encuentra junto al teléfono antiguo, idéntico a aquel en cuyo auricular

berreaba el contable, y la hojeas: en la letra G no aparece la joven Giada.

Decepcionada por ese inconveniente que manda al traste el plan que todavía estabas elaborando, estás a punto de guardar la agenda cuando tienes una iluminación: levantas con la uña la lengüeta de la letra S, y aquí está el número de teléfono de Giada, marcado como «CHICA DE LA SINGER».

Capítulo 26

Dalia se preparaba para afrontar otra noche sin Nuto, de quien no tenía noticias desde el domingo anterior. Podría haber hecho algo, denunciar su desaparición probablemente, pero el abandono del techo conyugal era una acusación demasiado infamante, que podría dañar la respetabilidad de Nuto y comprometer de manera irreparable su carrera como escritor. Dalia estaba segura de que Nuto estaría en casa de algún conocido y que la prolongación de su ausencia no era más que una estrategia para asustarla e inducirla a ser más dócil. Podría haberlo buscarlo entre sus colegas, pero se avergonzaba; además, no tenía ninguno de sus contactos, aparte de la dirección de la señora Matteis, a quien, después de interminables reflexiones, llamó esa misma mañana. Se encaminó a via Roma, al PTP, el teléfono público, donde titubeó largo rato frente a uno de los aparatos y no se decidió a marcar el número hasta que detrás de ella empezó a formarse una cola inquieta.

—Casa Matteis —escuchó decir a una voz desconocida, probablemente la de la criada.

—Buenos días, soy la señora Cerri —se presentó Dalia ostentando indiferencia—. ¿Podría hablar con la señora Augusta Matteis, si es tan amable?

—La señora Matteis ya se ha marchado de vacaciones —respondió la mujer—. Si lo desea, puedo facilitarle el número.

Dalia empezó a anotar el número que la mujer le estaba dictando, pero en la cuarta cifra una idea la detuvo: ¡Augusta estaba de veraneo en Avigliana, en Villa Buonaventura!

Le llevó apenas unos segundos reunir todas las piezas, es más, se preguntó cómo podía haber pasado por alto tal circunstancia: Nuto le había confiado que era huésped de la villa gracias a la generosidad de su superior, que la había alquilado para toda la temporada y le había ofrecido pasar allí algunas semanas. Confundida y desconcertada, Dalia emprendió el regreso a casa, imaginándose a Augusta paseando por el jardín de la villa, a Augusta reclinada apaciblemente en el sofá del saloncito francés e, incluso, a Augusta bebiendo vino en una de esas copas de cristal que en otros tiempos tanto le gustaban a su madre. Cada una de esas imágenes la turbó profundamente, y por esa razón no se sintió con ánimos para marcar el número de la villa y preguntar a la señora Matteis si tenía noticias de Nuto. Después de ese único y débil intento de localizar a su marido, Dalia decidió suspender toda búsqueda. Si Nuto quería volver, ya conocía el camino; si en cambio prefería vagar errabundo lejos de su mujer, ella desde luego no imploraría su regreso.

Reconfortada por tal resolución, Dalia pasó el día en el apartamento de via Milano entreteniéndose como podía: leyendo los últimos capítulos de *Yolanda, la hija del Corsario Negro*, escuchando la radio y pasando a máquina el último capítulo de las aventuras de la marquesa Matilde Aldobrandi, que entregaría, como el anterior, en la redacción de la *Gazzetta*.

A lo largo de ese día, Dalia se sorprendió a sí misma varias veces pensando que vivir sola,

trabajando para su propio sustento, no sería en modo alguno una condición despreciable. Era una auténtica pena que los trabajos a los que podía acceder una mujer difícilmente permitieran llevar una existencia independiente y digna.

Después de cenar, pasó las últimas horas que la separaban del sueño escuchando la radio, pero quedó decepcionada porque, en vez de transmitir música, solo se facilitaban de manera continua novedades sobre la guerra recién declarada. Desde el día anterior, la guerra estaba en boca de todos los italianos; se oía hablar del asunto con tono entusiasta no solo en la radio, sino también en las tiendas, en las paradas de los tranvías o en los cruces de las calles. Incluso en el vestíbulo de su edificio, delante de la portería y en los rellanos de las escaleras, sus vecinos reunidos en corrillos comentaban con orgullo y euforia la sabia e inevitable resolución del Duce, la única posible en opinión de todos.

Dalia giró asqueada el botón de la radio para acallar la voz del reportero.

Su Longines plateado marcaba las once de la noche cuando se metió en la cama. El sueño se había mostrado amigable con ella en esos días, consolándola sin negársele nunca ni hacerse esperar demasiado.

La joven llevaba ya varias horas inmersa en el sueño cuando el pitido de una sirena la despertó.

¡La alarma antiaérea!

El corazón de Dalia comenzó a latir enloquecido bajo el camisón; su primer instinto fue el de encender la luz, pero su mano se congeló a escasos milímetros del interruptor: cuando la sirena antiaérea sonaba, era preferible mantener las luces apagadas, por más que las cortinas negras de oscurecimiento estuvieran corridas.

Dalia permaneció sentada en la cama por unos momentos, intentando aplacar las palpitaciones de su corazón: la declaración de la guerra era demasiado reciente para temer un ataque aéreo, pensó; debía de tratarse de una de esas pruebas de las que Nuto le había hablado.

Dalia aún no había participado en ninguno de esos simulacros que hacía tiempo que se efectuaban en la ciudad, pero sabía exactamente lo que iba a ocurrir: el responsable del edificio, un inquilino al que se le encomendaba la responsabilidad de la evacuación, equipado con un brazalete tricolor y un casco en la cabeza, llamaría a todas las puertas y conduciría a los vecinos a los sótanos, donde uno de los locales se había habilitado como refugio antiaéreo.

—Todos al refugio —oyó gritar en efecto al responsable del edificio desde el descansillo—, llevad solo lo estrictamente necesario.

Un zumbido creciente se sumó al pitido de las sirenas, acompañado ahora por el rápido trote de los inquilinos que bajaban corriendo por las escaleras.

Dalia se puso el vestido que se había quitado antes de ir a la cama y se calzó apresuradamente los zapatos.

—Esto no es un simulacro —oyó gritar a una mujer—. ¿No oís los aviones sobre nuestras cabezas?

—No corráis, señora —le advirtió el responsable—. Mantened todos la calma, los aviones que oís son nuestros cazas, que salen de reconocimiento. Lo hacen por nuestra seguridad.

Un estruendo lejano lo desmintió, seguido por otro y por un tercero más cercano que hizo vibrar los cristales de las ventanas.

—¡Al sótano! —ordenó el responsable—. Avanzad rápido y en orden.

Dalia decidió no bajar a los sótanos con aquel grupo de exaltados presa del pánico, su propio miedo le parecía más que suficiente para sumarlo al de los demás.

Al cabo de unos minutos, la escalera quedó en silencio, pero unos estruendos sordos retumbaban por todas partes, sacudiendo el edificio desde los cimientos, y a las explosiones más cercanas les seguían ruidos de cristales rotos y cascotes que se hacían añicos contra el adoquinado.

Dalia permaneció durante unos minutos inmóvil en el centro de la habitación a oscuras, y después, impulsada por una extraña ventolera, se acercó al escritorio y colocó a tientas una hoja en el carro de la Olivetti.

Sus dedos, temblando de terror, se posaron sobre las teclas de la máquina de escribir: ASDF – espacio – MLKJ – espacio.

Dalia empezó a realizar el primer ejercicio de mecanografía que le había enseñado su antigua maestra. A medida que sus dedos presionaban las teclas, su temblor iba atenuándose, para reaparecer después con cada nuevo estruendo.

ASDF – espacio – MLKJ – espacio.

La respiración de Dalia recobró un ritmo regular y su corazón ya no latía enloquecido.

Las bombas seguían cayendo del cielo como granizo, pero el contacto de los dedos con las teclas redondas de la máquina de escribir le infundía valor.

Al cabo de un rato que Dalia calculó que superaba la media hora, se acallaron por fin las explosiones, el zumbido de los aviones dejó de ser audible y también las sirenas interrumpieron sus agudos pitidos.

Dalia sacó la hoja del carro de la máquina mientras sus vecinos iban subiendo por las escaleras, unos hablando, otros llorando, algunos maldiciendo.

¿Dónde quedaba, se preguntó Dalia, la enorme euforia que había invadido a toda esa buena gente en los últimos días?

Sus viviendas no debían de haber sufrido grandes daños, excepto quizá un par de cristales rotos o algunos adornos caídos de los muebles; algo mucho más precioso que los cacharos y las ventanas, sin embargo, se había quebrado: la confianza ciega que depositaban en las decisiones de su Duce.

¿Cómo habían podido pensar, esos ingenuos, que los ingleses y los franceses se quedarían quietecitos y atemorizados en sus casas aguardando a que el ejército italiano fuera a derrotarlos de manera rápida y definitiva, tal y como había prometido Mussolini?

¿Dónde se había metido Nuto? ¿Estaría bien? Estos fueron los primeros pensamientos de Dalia cuando se despertó la mañana del 12 de junio de 1940.

Hasta ese momento no se había preocupado por su marido, o al menos no por su incolumidad; se lo imaginaba de lo más tranquilo en casa de algún amigo que lo compadeciera un poco a la espera de volver con su joven y caprichosa consorte, quien, mientras tanto, habría aprendido lo que podía ocurrir si se revolvía contra él.

Con su prolongada ausencia, Nuto solo pretendía castigarla y domarla, de eso estaba más que convencida, pero el bombardeo de esa noche lo cambiaba todo: tal vez en ese momento estuviera herido o incluso...

Ya no podía limitarse a esperar, ¡tenía que buscarlo! Esa mañana iría a la sede de la *Gazzetta* con la excusa de entregar el último capítulo de su novela por entregas e indagaría. Después de vestirse y peinarse por encima, fue a la sala de estar, donde se topó con la desagradable sorpresa de descubrir que tanto el suelo como la mesa y el sofá estaban cubiertos por un polvillo blanco que había caído cual nieve del techo, que ahora se veía curvo y protuberante. El bombardeo había perdonado el edificio, pero las vibraciones producidas por las explosiones habían causado, sin embargo, algunos daños. También de esta circunstancia se ocuparía más tarde, se dijo mientras tomaba el sobre que contenía el capítulo mecanografiado y salía de casa.

—Estaba a punto de subir a buscaros, señora Cerri —dijo con aire grave la portera interceptándola en el zaguán. A Dalia se le congeló la sangre en las venas; tal vez la señorita Venanzi había recibido noticias de Nuto, y por su expresión preocupada debían de ser malas.

—Un jovencito pregunta por vos —le dijo en cambio—. Afirma ser vuestro primo —añadió deletreando la palabra «primo» con el tono de «a otro perro con ese hueso»—. No le he dejado subir, le he dicho que esperase fuera.

—Gracias —respondió Dalia sin darse la vuelta, ansiosa por ver la cara de su presunto primo.

—Dalia, gracias a Dios que estás entera —le sonrió Gianni, plantado frente a la puerta—. Vine a comprobar que tanto tu marido como tú os encontráis bien.

Ver una cara amiga después de la terrible noche que acababa de pasar la reconfortó profundamente. Dalia tuvo que refrenar el impulso de echar los brazos al cuello del joven, porque la portera la había seguido para llegar al fondo de la cuestión.

—Gracias, Gianni.

—Estaba preocupado —le dijo Gianni—, y además la portera me ha dicho que ni tu marido ni tú bajasteis ayer al refugio.

—No, efectivamente —respondió ella confundida—. Mira, voy a la *Gazzetta* para entregar este sobre —dijo señalando el paquete que contenía el último capítulo de la novela por entregas de Nuto—. ¿Serías tan amable de acompañarme?

—Con mucho gusto —aceptó.

Ambos, en ese momento, no querían quedarse solos.

Las calles de la ciudad mostraban los signos del reciente bombardeo y delante de sus tiendas los comerciantes barrían los trozos de tejas, fragmentos de cristales y cascotes de la acera. Algunos edificios, pese a no haber sido alcanzados por las bombas, mostraban tejados dañados y ventanas con los cristales rotos.

—Qué contenta estoy de tener un primo aquí en la ciudad —declaró Dalia siguiendo con la mirada a un par de cristaleros que recorrían vía San Domenico a toda prisa montados en sus bicicletas, con las placas de cristal —ahora especialmente valiosas— colgadas de la espalda mediante correas.

—Dije que era tu primo solo para no dar pábulo a chismorreos —se justificó Gianni.

—Lo sé —se esforzó por sonreírle—, y te repito que un primo es justo lo que más falta me hace, ahora que estoy tan sola.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó Gianni asombrado.

—No tengo ni idea —tuvo por fin el valor de admitir con la voz vibrante por el llanto.

—¿Quieres decir que no estaba en casa durante el bombardeo y que luego no ha vuelto a casa?

—Exactamente —respondió sin especificar que no tenía noticias suyas desde el domingo. Un marido que se retrasa una noche, charlando acaso con los amigos en un café, era una circunstancia aceptable y para ella mucho menos humillante de referir.

—Estamos yendo al lugar adecuado para recibir noticias —trató de tranquilizarla—. En la *Gazzetta* ya tendrán a estas horas todos los nombres de las víctimas, y tal vez incluso de los heridos.

Frente a la sede del periódico, una ruidosa multitud pretendía cruzar la verja, que, a diferencia del día anterior, tenía las puertas cerradas.

—Atrás, señores —trataba de contenerlos un hombre con uniforme de ujier—. En menos de media hora estará disponible una edición especial con los nombres de las víctimas y todos los detalles sobre el bombardeo de esta noche.

Ante esa noticia, una parte de la multitud se dispersó, pero la mayoría de los presentes siguieron dando voces y apretujándose, hasta el extremo de que el ujier abrió con cautela un resquicio del portal a través del cual se escabulló hacia el interior para ponerse a salvo.

—Me temo que no es el día adecuado para entregar textos mecanografiados —suspiró Dalia señalando su sobre.

—Dámelo a mí—dijo el joven quitándoselo de las manos, tras lo que fue a introducirlo por la ranura del buzón que se abría en la pared del edificio, a poca distancia del portal donde se agolpaba la gente—. En cuanto las aguas se hayan calmado, lo encontrarán y lo entregarán a quien corresponda.

—Muchas gracias.

—De nada. Ahora tenemos que encontrar un quiosco y esperar a la edición especial de la *Gazzetta*. Probablemente *La Stampa* también habrá preparado una edición especial.

Mientras avanzaban por vía Garibaldi en busca de un quiosquero, se vieron sorprendidos por los gritos de los vendedores ambulantes.

—¡*Gazzetta*, edición extraordinaria! —gritaban unos niños con una bolsa en bandolera llena de periódicos.

—¡*La Stampa*! —les hacían eco otras voces estridentes—. ¡Diecisiete víctimas, unos cuarenta heridos!

—Dame un periódico —le ordenó Gianni a uno de los niños, entregándole una moneda.

—¡*Gazzetta*, edición extraordinaria! —El niño le dio el periódico sin dejar de vociferar—. Incursión aérea inglesa a la una y media de esta noche, cuarenta y cinco minutos de bombardeo sobre Turín.

Dalia y Gianni se sentaron en un banco y leyeron ávidamente cada palabra del artículo de la portada: Nuto Cerri no figuraba entre los nombres de las diecisiete víctimas.

—Ahora solo nos queda recorrer los hospitales —dijo Gianni colocando su mano sobre la de Dalia y retirándola inmediatamente después.

—Tengo que confiarte una cosa —dijo ella reteniéndole la mano—. Nuto se marchó de casa el domingo —declaró dejándose llevar a un llanto que había contenido demasiado tiempo. Normalmente, una chica llorando en un banco junto a un joven habría atraído las miradas de reprobación de los transeúntes, pero no esa mañana; ese 12 de junio de 1940 la gente dedicaba a los dos jóvenes expresiones solidarias y fugaces y seguía su camino con la máxima discreción.

Entre un sollozo y otro, Dalia le contó a Gianni, a grandes rasgos, los acontecimientos de los

últimos días: las deudas de su marido, la venta del candelabro de plata y el descubrimiento de su implicación en la paliza que le dieron al contable Borio.

A cada palabra de Dalia, a cada nuevo sollozo, Gianni bullía de rabia y de indignación.

—¡Vente conmigo! —le ordenó tomándola de la mano en cuanto recuperó algo de calma—. Necesitas un abogado.

—¿Un abogado? —preguntó Dalia con incredulidad clavando los pies en el suelo.

—Sí, un abogado. Eres una mujer abandonada por su marido y debes hacer valer tus derechos.

—Pero yo no quiero —protestó ella.

—El abogado al que te llevaré es un segundo padre para mí —le dijo mientras seguía arrastrándola a pesar de su firme oposición—. Sabrá darte buenos consejos con la máxima discreción y no te pedirá ni un céntimo. Te lo repito: es un padre para mí.

En su joven vida, Dalia ya había visitado los despachos de dos abogados diferentes, a los que la había mandado el contable Borio para pasar a máquina algunos documentos.

Al visitar las guaridas de esos leguleyos, Dalia se formó la idea de que se habían diseñado explícitamente para intimidar a los visitantes: la decoración era austera y majestuosa, con muebles de madera oscura apoyados sobre feroces patas de león y monumentales estanterías que exhibían volúmenes de lomos abombados. El pobre simplón que llegaba a uno de esos lugares hostiles para hacer valer sus razones, en presencia de esas librerías tan altas como catedrales que parecían contener todo el saber de la humanidad, no podía evitar sentirse intimidado e incómodo, como Renzo Tramaglino cuando va a ver a Azzecagarbugli con su atado de capones*****. Otra cosa que no le había gustado a Dalia de los abogados era el tono distante, cuando no grosero, con el que se dirigían a los clientes. A pesar de que se los maltrataba y despojaba de bastantes cuartos, los clientes de los abogados salían de la consulta legal con la mirada agradecida de quienes se creen en buenas manos; es más, cuanto más hostil se había mostrado el letrado, más satisfechos y serenos parecían: «Es muy buen abogado —murmuraban después de haber sido baqueteados—, uno que sabe lo que hace».

El bufete de abogados al que Gianni la llevó no se parecía en absoluto a los que había visitado, al contrario, más que el despacho de un abogado parecía el almacén de un comerciante de libros usados.

El bufete consistía en una gran sala con paredes forradas de libros, pero no con esos volúmenes encuadernados en piel y con letras doradas que había visto en las librerías de los otros abogados, sino con libros de diversas formas y ediciones que ni siquiera tenían aspecto de ser textos jurídicos. Además, los volúmenes no solo ocupaban las baldas de las estanterías, sino también los alféizares de las ventanas, los muebles e incluso parte del suelo.

La criada del abogado los condujo por entre aquella barahúnda de páginas impresas y les pidió que se sentaran, lo que era más fácil de decir que de hacer, pues incluso las sillas estaban ocupadas por pilas de libros.

—¡Benditos los ojos! —proclamó un hombrecillo próximo a los setenta entrando en la habitación—. ¡El hijo pródigo ha vuelto!

—Buenos días, abogado Ferro —lo saludó Gianni—. He venido a comprobar vuestro estado

de salud.

—¿Por el bombardeo de esta noche? —preguntó el hombre ciñéndose el cinturón del batín—. ¡Ah, bagatelas! Aún no ha llegado el momento de dejar este mundo, tengo una lista de cosas que hacer y, sobre todo, de libros que leer que me mantendrán ocupado hasta 1975 más o menos.

—Abogado, permitidme presentaros a la señora Dalia Cerri.

—¿Señora? —El abogado se puso rígido, mirándola a la cara—. Podrás ser una “señora”, pero no esperes que te trate de vos; eres demasiado joven para el vos y, en mi opinión, también para estar casada.

—Buenos días, abogado —lo saludó Dalia sorprendida por tanta franqueza—. Es un honor conoceros.

—Gianni, deja que esta joven señora se siente —lo exhortó con familiaridad. El joven liberó dos sillas de las pilas de volúmenes que sostenían mientras el abogado tomaba asiento en un viejo sillón, el único mueble de la habitación al que se le había perdonado el cometido de servir de punto de apoyo para los libros.

—Mis jóvenes invitados sabrán perdonarme si me apropio del único sillón —se disculpó el abogado—, pero se trata de una descortesía solo en apariencia: este es un viejo sillón maltrecho, las sillas son más cómodas, desde luego.

—El abogado tiene la intención de cambiar ese sillón desde los tiempos en los que yo vivía aquí con él, hace ocho años nada menos —le explicó Gianni a su amiga—. Cuando salí de Avigliana para venir a estudiar a Turín, en el internado no había ninguna plaza para mí y, a la espera de que quedase una libre, el abogado tuvo la amabilidad de acogerme.

—Tres meses estuvo aquí —contó Ferro—. Tres meses de barahúnda y de un aluvión de preguntas.

—¿Por qué no habéis reemplazado aún el sillón? —le preguntó Gianni.

—Pues eso, ¿lo ves, querida? Pregunta tras pregunta, es desesperante.

A Dalia se le escapó una leve risa, la primera en varios días.

—Decidnos la verdad, abogado: le tenéis demasiado cariño a ese viejo armatoste como para deshaceros de él —lo provocó el chico.

—¡Qué estupidez! Si aún no he cambiado el sillón ha sido únicamente por falta de tiempo.

El hombre planeaba desde hacía años comprar un nuevo sillón de lectura, pero lo que tardaría en localizar un buen artesano y elegir el modelo más adecuado a sus exigencias le habría llevado un tiempo no inferior a la lectura de tres libros.

El abogado Ferro no calculaba el tiempo en horas, días o semanas, sino en libros leídos.

¿Un asesoramiento legal?

Dos libros menos que leería.

¿Un juicio?

De diez a veinte libros.

¿Presentar un recurso?

No menos de treinta títulos.

Había muchísimos libros buenos y la vida humana no bastaba más que para leer una ínfima parte de ellos; por eso, para ahorrar tiempo y ganar páginas preciosas, había tenido que renunciar a muchas cosas, en primer lugar, a la brillante carrera judicial a la que estaba destinado por derecho de nacimiento. Las ambiciones profesionales no iban con él, todo lo contrario:

compadecía a sus compañeros abogados que para ganarse a sus prestigiosos clientes los seguían como perritos falderos a reuniones y actos sociales, para pasarse luego noches enteras estudiando sus casos y buscando resquicios legales para inclinar a su favor la balanza de la justicia. Su padre había sido un abogado de esa clase, al igual que su abuelo y su bisabuelo. Ferro era descendiente de una estirpe de abogados de gran renombre, a cuyo prestigio, sin embargo, había decidido no acomodarse. ¿Para qué cortejar a personalidades ilustres y respetables, quienes, en su modesta opinión, si realmente fueran tan respetables, no necesitarían un abogado, cuando el mundo estaba lleno de ladronzuelos, mujercitas de vida alegre y estafadores encantados de que los defendiera el primer abogado de paso? Como es natural, esa pobre gente no suponía una gran fuente de ingresos, pero eran muchos y no tenían grandes pretensiones; con ellos no se perdía el tiempo en charlas y halagos, como era necesario hacer con los clientes de prestigio.

La verdadera riqueza, en opinión del abogado, no consistía en acumular dinero, sino en ahorrar tiempo para hacer lo que a uno le gusta, y a él, por encima de cualquier otra cosa, le gustaba leer.

—¿Os apetece un café? ¿No? —pidió confirmación al ver el leve signo de rechazo que los dos chicos habían dibujado con la cabeza—. Mejor así, ahorramos tiempo. Y ahora, Gianni, dejándonos de charlas, ¿quieres explicarme por qué has traído a esta encantadora menor emancipada a verme?

—¿Una menor emancipada? —repitió Dalia perpleja.

—Aún no has cumplido veintiún años, me doy cuenta incluso yo, que de mujeres siempre he entendido poco —explicó el abogado—. Todavía eres menor de edad, pero tu padre te dio permiso para casarte, y esto hace de ti una menor emancipada, es decir, una de las condiciones jurídicas más latosas que conozco. Necesitas asesoramiento legal, ¿verdad, querida?

—Sí, abogado Ferro —intervino Gianni.

—Tú calla, jovencito —le reprendió—. Tú tampoco eres mayor de edad todavía. Vamos, cuéntamelo todo, joven señora...

—Señora Cerri —le sugirió Dalia—. De soltera, Buonaventura. Pero llamadme solo Dalia, por favor.

—Buonaventura —repitió—. Este nombre me dice algo. —El abogado se tomó unos instantes para reflexionar—. Es ella tu compañera de juegos, ¿no es así, Gianni? La Perla de Labuán.

—Sí, ella en persona —confirmó Gianni.

—¿Qué le preocupa a nuestra Perla de Labuán? —preguntó el hombre a Dalia.

Contarle al abogado lo sucedido resultó para ella mucho más fácil de lo que se imaginaba. Ferro tenía la habilidad de tranquilizar a su interlocutor y de hacer las preguntas adecuadas para desbloquearlo cuando, por miedo o timidez, tardaba en responder. El hombre había perfeccionado ese talento en el transcurso de su carrera jurídica gracias a sus clientes, todos ellos bribonzuelos de tres al cuarto que no sobresalían desde luego por sus dotes oratorias y de los que debía obtener declaraciones convincentes y exhaustivas.

Después de haber escuchado cada palabra, Ferro se levantó de su adorado sillón de lectura y empezó a pasearse nerviosamente por la enorme habitación, realizando audaces yincanas entre esos libros que se alzaban del suelo en pilas de más de un metro de altura.

—Abandono del domicilio conyugal —murmuró—. ¡Mal asunto! ¡Mal asunto!

—Abogado, ¿qué debería hacer Dalia?

—¡Señora Cerri! —lo corrigió—. Para ti ella es la señora Cerri, ¿queda claro? —Gianni asintió perplejo—. No importa si solíais jugar juntos cuando erais críos y tampoco tiene la menor importancia que su marido se haya largado; Dalia no deja de ser una mujer casada y lo apropiado es que mantengas una respetuosa distancia. La situación de esta pobrecita ya es lo bastante complicada como para tener que añadir los chismorreos.

—Tenéis razón, abogado —admitió el joven.

—Ante Dalia solo se abren dos perspectivas: si su marido se niega a volver con ella, tendrá que pagarle una manutención, algo bastante dificultoso, dado que ese hombre no parece capaz de mantenerse a sí mismo siquiera. —Dalia confirmó con un triste asentimiento de cabeza—. La segunda posibilidad, por el contrario, es que su marido acepte regresar al domicilio conyugal, en cuyo caso todo volverá a ser como si nunca hubiera pasado nada.

Ante esas últimas palabras, Gianni se mordió el labio inferior y apretó los puños para reprimir la rabia.

—Sea cual sea la decisión de este tal Nuto Cerri —continuó Ferro—, Dalia y él seguirán unidos por el vínculo matrimonial, en cualquier caso.

—Ya lo sabía yo —suspiró volviéndose hacia Gianni—. Esa era la razón por la que no quería molestar al abogado.

—Ninguna molestia —sonrió—, para la Perla de Labuán esto y mucho más. Empezaré por indagar un poco por ahí para ver dónde se ha metido nuestro recién casadito y luego intentaremos comprender cuáles son sus intenciones.

—Gracias por vuestro tiempo, abogado —se despidió Dalia levantándose de un salto.

—Un momento, querida —dijo Ferro dirigiéndose hacia una de las librerías—. Tengo una tradición que Gianni conoce bien y que debo respetar —continuó mientras con su huesudo índice recorría los lomos de los libros.

—¡Aquí está! —Ferro sacó de la estantería el volumen que estaba buscando. A Gianni seguía pareciéndole increíble cómo se las arreglaba aquel hombre, en esa babel de libros, para encontrar siempre el título que necesitaba en tan poco tiempo.

—Este es el *Cándido*, de Voltaire —dijo entregando el pequeño volumen al chico—. Te servirá para que entiendas de una vez que las buenas intenciones no siempre dan buenos resultados.

—Gracias, abogado —se lo agradeció él con la mirada gacha.

—Además, creo que en tu caso será conveniente este otro también —continuó el hombre yendo a tiro hecho a otra sección de la estantería para sacar *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens.

—Este no puedo llevármelo, abogado —dijo Gianni—. En el internado nos han prohibido los libros de autores extranjeros; los profesores hacen la vista gorda con los textos franceses, pero si nos encuentran leyendo una novela inglesa, nos castigan.

—Qué gente más amable y cariñosa —resopló Ferro levantando los ojos al cielo—. ¡Lo hacen para poneros en guardia ante la pérfida Albión, que nos hizo la afrenta de regalarnos autores como Shakespeare, Jane Austen y Oscar Wilde!

El abogado miró a su alrededor, localizó el lomo de otro volumen, lo sacó y le quitó la sobrecubierta.

—Aquí tienes, corazón de león —dijo poniendo la sobrecubierta sobre el volumen de Dickens

—. Ahora puedes disfrutar de *Grandes esperanzas* en paz. Todo el mundo pensará que estás deleitándote con el italianísimo *Adelchi*, de Alessandro Manzoni.

Dalia observaba divertida la desazón de Gianni, intentando no echarse a reír, ya que en su situación la hilaridad le parecía de todo punto fuera de lugar.

—De los ingleses, hijo, no debemos temer las novelas, sino solo las bombas que nos han lanzado esta noche sobre nuestras cabezas y que, si las cosas salen como espero, seguirán lloviéndonos del cielo.

—Y ahora te toca a ti, querida —la sorprendió el abogado—. Tienes todo el aspecto de no saber mucho sobre el matrimonio y hubiera sido oportuno haber leído ciertos libros antes de dar el gran paso, para que te pusieran en guardia contra la estupidez que estabas a punto de cometer —continuó eligiendo otros dos volúmenes de la biblioteca—. En todo caso, nunca es demasiado tarde para aprender algo. ¿Te gusta el teatro?

—Nunca he ido —admitió.

—¡Mal! El teatro puede verse y escucharse, pero también leerse —dijo entregándole un librito—. Lee *Casa de muñecas*, de Ibsen; podrá ofrecerte algunas ideas para tu reflexión.

—Gracias —respondió Dalia confundida.

—Y luego te sugiero *Las afinidades electivas*, de Goethe —le dijo—. De hecho, si me lo permites, te leeré un pasaje: *Uno de mis amigos, cuyo buen humor solía expresarse bajo la forma de nuevas propuestas de ley, afirmaba que los matrimonios debían estipularse únicamente para una duración de cinco años. Según él, esta era una hermosa cifra impar, una cifra sagrada, y ese espacio de tiempo era el apropiado para llegar a conocerse bien, traer al mundo un par de hijos, separarse y, lo más hermoso de todo, para volver a reconciliarse.*

El abogado observó con satisfacción la mirada atenta de los dos jóvenes.

—¡Y ahora marchaos, queridos míos, que el tiempo pasa! —los despidió apresuradamente—. Os llamaré tan pronto como tenga noticias, vosotros mientras tanto leed los libros que os he dado —añadió empujándolos hacia la puerta.

***** Sobrenombre de un abogado, personaje de *Los novios*, de Manzoni, a quien se dirige Renzo, el protagonista, para pedirle protección legal ante la prepotencia de don Rodrigo. Tiene un significado semejante al español «picapleitos» (*N. del T.*).

Capítulo 27

Marcas el número por enésima vez y, como en las ocasiones anteriores, la línea no está ocupada, pero nadie te contesta.

Así que guardas las páginas que acabas de leer, pero, antes de hacerlo, las recorres con los ojos una vez más, enternecida.

¡El abogado Ferro!

Ferro fue el segundo hombre al que te confiaste, así como el único que nunca te defraudó.

De no haber sido por ese excepcional individuo, tal vez ahora no estarías aquí, algo desmemoriada pero serena, en tu tiendecita de antiguallas. Cuánta falta haría un abogado Ferro en la vida de todas las chicas; lástima que a él las mujeres nunca le hubieran interesado demasiado. Hay que reconocer que muy atractivo no era, tan bajito, alfeñique y con el pelo ralo. Tú lo conociste cuando tenía casi setenta años, pero los que lo conocían desde hacía más tiempo, como su sirvienta, juraban que su apariencia siempre había sido más o menos la misma.

«Su madre, que en paz descanse, se moría de ganas de que tomara esposa —te había confiado la criada—. Le presentó a un montón de señoritas estupendas que se hubieran casado con él de buena gana, a pesar de que fuera un poco raro, pero las dejaba escapar a todas. Contaba que no tenía tiempo para cortejarlas.»

Ferro tenía su propio concepto del tiempo, temía su imparable discurrir, pero lo suyo no era miedo a envejecer, dado que, como sostenía con poco tacto su sirvienta: «Nunca fue joven, ni siquiera de joven». Lo que le preocupaba al abogado del transcurso del tiempo era la limitación que suponía para sus lecturas, y, sin embargo, a pesar de haber vivido sometido a esa obsesión, al final logró doblegar el tiempo a su voluntad, dominarlo.

«Moriré a los ciento tres años, ni un día antes» —repetía a menudo—. Empecé a leer a los tres años y quiero que en mi lápida graben: “Abog. Edmondo Ferro — un siglo de lecturas”.

Al verlo tan demacrado, con esa palidez que tendía al amarillento, nadie pensaría jamás que pudiera superar los setenta, y, en cambio, página tras página, libro tras libro, año tras año, el abogado logró su objetivo e incluso le sobraron cuatro meses. Lo encontraron exánime en su sillón de lectura con el volumen de *Madame Bovary* en las manos, abierto por la página donde Emma muere envenenada. El abogado había dejado este mundo no como mero mortal, sino como devoto lector, afrontando el fallecimiento en compañía de uno de sus personajes literarios favoritos. Su epitafio está hoy grabado en una lápida de mármol blanco como acicate para todos los lectores que pasan por casualidad por los senderos del cementerio monumental de Turín.

Marcas una vez más, sin demasiada convicción, el número de la chica de la Singer. Un tono de llamada, dos, tres...

—¿Diga? —Te habías esforzado tanto para entrar en contacto con ella que ahora su voz te sorprende.

—Soy Dalia, de la tienda de antigüedades.

—¡Señora Dalia! —se entusiasma la joven—. ¿Qué tal está usted?

—Me gustaría invitarte a tomar un café, querida mía.

—Qué amable —responde—. ¿Quiere que nos veamos en el bar de Nadia?

¡Ojalá supieras dónde está! En cambio, ya no te acuerdas de cuál es el bar donde se perdieron las huellas del misterioso sobre amarillo y necesitas que Giada te acompañe hasta allí.

—No, pásate por la tienda, por favor, tengo algo que me gustaría regalarte —improvisas.

—Está bien. Estaré allí en un cuarto de hora.

Misión casi cumplida. Tienes un cuarto de hora para encontrar algo que regalarle que no defraude su entusiasmo, un objeto que pueda interesarle y que no haya visto todavía, lo cual no será fácil, ya que no añades nuevos artículos desde antes de tu *pequeño incidente* y la chica de la Singer te ha dado la impresión de haber explorado cada rincón de tu local.

Vas a la trastienda y observas las cajas apiladas en las paredes y los objetos colocados en los estantes. Tendrías que hacer un buen inventario, o por lo menos una buena limpieza; te lo repites desde el día que viniste a buscar la máquina de coser. Te devanas los sesos: la chica de la Singer cose, o al menos planea hacerlo... ¡Un costurero! Recuerdas que tienes uno de madera en algún lado. Nunca has llegado a exponerlo porque tiene el barniz demasiado desconchado, pero Giada te parece de las que se tomaría gustosamente la molestia de volver a pintarlo. Por regla general, tienes la costumbre de almacenar los objetos que compras, a pesar de estar dañados, en la balda superior de la estantería. Ahí está, en efecto, el costurero, lo ves en cuanto levantas los ojos; se encuentra entre una palangana de metal un poco abollada y una lámpara que nunca has conseguido encender. Te subes a un taburete bajo y estirando las manos agarras el costurero; una sensación extraña invade tu mano derecha y, como una descarga eléctrica, desciende a lo largo del brazo hasta llegar al costado, donde, en el bolsillo del vestido, está guardada la anilla de cortina, cuyo metal percibes vibrar como el de un diapasón. Por un instante todo se oscurece a tu alrededor, apenas tienes tiempo para agarrarte a una balda de la estantería y sentarte en el taburete al que te habías subido. Mientras respiras profundamente esperando que el mundo vuelva a adquirir sus contornos habituales, tu mente proyecta la imagen de dos manos, dos manitas jóvenes y frescas que sostienen un costurero de madera parecido al que estás aferrando ahora, pero mucho más pequeño, casi un juguete, o mejor dicho, un juguete de verdad. Un objeto familiar para ti que tuviste ocasión de ver muchas veces, hace muchos años. En tu recuerdo, ves las manitas abrir las puertas superiores y en su interior consigues reconocer un dedal de plata, unos carretes de hilo y... El velo negro que ha caído sobre tus ojos se va retirando, la habitación a tu alrededor está reapareciendo lentamente, pero tú no quieres volver en ti de inmediato, deseas demorarte unos instantes más en ese estado de semiinconsciencia y rebuscar con la mente en el costurero de juguete: hay ahí unas tijeras, un alfiletero rojo, una docena de botones sueltos y, por fin lo ves claramente, una anilla para las cortinas idéntica a la que llevas en el bolsillo, o mejor dicho, dos anillas idénticas a la que...

—Buenas tardes. —El ruido de la campanilla de la puerta y la voz igualmente estridente que lo acompaña disipan cualquier imagen. Ahora a tu alrededor solo ves polvo y cajas.

—Ya voy —respondes levantándote, invadida por una ligera sensación de aturdimiento—. Solo un minuto.

Capítulo 28

—Aquí no queda otra que apuntalar —dijo con aire de entendido un hombre de mediana edad que sostenía un cigarrillo apagado en la comisura de la boca—; de lo contrario, con el próximo bombardeo...

—¡Dios no lo quiera! —lo interrumpió la portera persignándose.

—Con el próximo bombardeo —repitió el hombre con el cigarrillo apagado que seguía misteriosamente pegado al labio inferior, vibrando con cada palabra—, el forjado se vendrá abajo.

Cuando Dalia regresó a su apartamento acompañada por Gianni, se encontró la puerta principal abierta de par en par y, en el centro de la sala de estar, a la señorita Venanzi con un hombre manchado de cal mirando al techo.

—Perdone la intromisión, señora Cerri —se disculpó la mujer con un tono no muy creíble—, pero estamos verificando los daños del edificio. —La portera desvió la mirada hacia Gianni—. Veo que está aquí también su señor primo —constató con bien medido sarcasmo para que su insinuación solo fuera captada por las partes interesadas—. Es bueno que haya alguien de la familia que esté a vuestro lado en estos momentos —prosiguió volviéndose hacia Dalia—, porque aquí se cae todo.

—No se cae nada de nada —la contradijo el albañil, que mientras tanto se había encendido el cigarrillo—. Un par de puntales bien colocados y nos quitamos el miedo de encima.

Dalia no pudo evitar seguir con la mirada el cigarrillo que permanecía aferrado al labio del hombre, casi como si estuviera pegado, y que él fumaba sin tocarlo, solo inhalando y exhalando.

—Costará su buen dinero —supuso la señorita Venanzi.

—Costará lo que cueste —murmuró el hombre dejando caer al suelo la colilla consumada, gesto que por lo general resultaría de lo más grosero, pero que con el piso cubierto con polvo de yeso pasó completamente inadvertido—. Si no se apuntala, con el próximo bombardeo el forjado se vendrá abajo —reiteró el hombre mientras salía, dirigiéndose probablemente al siguiente apartamento, donde llevaría noticias igual de alegres.

—¿Qué hacemos con este asunto, señora Cerri? —preguntó la portera poniéndose las manos en sus delgadas caderas, casi como si la culpa de los desperfectos fuera suya.

—Esta clase de mantenimiento es responsabilidad del propietario —respondió Dalia con seguridad, pues en el estudio del contable Borio había tenido ocasión de observar de cerca muchas disputas entre inquilinos y caseros, hasta el extremo de serle familiar el asunto sin ser consciente siquiera.

—Efectivamente —asintió Venanzi—. Los gastos extraordinarios le corresponderían a él si el inquilino pagara regularmente el alquiler.

—Eso querrá decir que aclararé este punto con el dueño de casa —replicó Dalia encajando el

golpe, no del todo inesperado: que su marido llevara retraso con el alquiler no la sorprendió en absoluto.

—El dueño de la casa lo tiene frente a sus ojos —afirmó la mujer con orgullo—. Todo el edificio es propiedad de mi hermano y mía.

Eso, en cambio, Dalia no se lo esperaba: la señorita Venanzi, con su delantal sucio y ese hermano medio lelo con quien compartía el diminuto apartamento de la portería, parecía la más paria de las criaturas, ahora, sin embargo, salía a relucir que era una mujer rica. Con el acaloramiento de los últimos minutos, Dalia se había olvidado de Gianni, quien, lejos de sentirse cómodo, permanecía inmóvil al fondo.

—¿Cuánto retraso llevamos con el alquiler? —preguntó Dalia yendo derecha al grano.

—Cinco meses —respondió rápidamente—. Me debéis seiscientas liras.

Dalia disponía de la suma necesaria, pero semejante desembolso reduciría a la mitad sus pequeñas reservas, que se habían vuelto máspreciadas que nunca ahora que su marido se había ido y ella aún no tenía trabajo.

—Busquemos un arreglo —propuso Dalia.

La larga negociación, a la que Gianni tuvo que asistir a su pesar, se produjo en la mesa sucia de enlucido y se resolvió con el pago de trescientas liras y la cesión de la cubertería de plata, regalo de boda de la señora Levi.

—Me gustaría que me diera un recibo —dijo Dalia yendo hacia el escritorio, que afortunadamente se había salvado de la nevada de yeso. La joven introdujo una hoja de papel en el carrito de la Olivetti y mecanografió el texto en el acto, bajo la mirada admirada de la portera —: *«Yo, la abajo firmante, Annamaria Venanzi, recibo trescientas liras y una cubertería de plata con un valor aproximado de quinientas liras como liquidación de los alquileres atrasados de los cónyuges Cerri y para cubrir el mes corriente y los meses de julio y agosto»*. Firme al pie, por favor.

La portera firmó el recibo y salió satisfecha con su botín bajo el brazo.

—Que tenga un buen día, señora Cerri —se despidió la mujer—. Y despídame de su primo —añadió en tono cortés, pues el hecho de haber cobrado lo que se le debía la hacía propensa a dar crédito a la patraña del parentesco.

La señorita Venanzi cerró la puerta tras de sí, dejando a Dalia y a Gianni solos.

—Has estado brillante —la felicitó él—. Eres más joven que yo, pero tienes mucha más experiencia en la negociación. Mientras yo estudiaba latín y geometría, tú trabajabas y aprendías a apañártelas en la vida real.

El joven se percató de la turbación que su amiga trataba de reprimir y refrenó su lengua; Dalia dejó escapar una profunda respiración y se le acercó unos pasos. Ambos se quedaron mirándose en silencio durante un buen rato, cada uno con la esperanza de encontrar la frase más adecuada para bajar la tensión, pero ninguna palabra parecía ajustarse a las circunstancias. Gianni notó que su labio inferior le temblaba como el de una niña a punto de estallar en lágrimas, pero los ojos no; los grandes ojos castaños de Dalia se veían firmes y secos.

—Abrázame —le pidió al final—, como un hermano.

—Como un hermano —repitió él estrechándola en sus brazos.

En los días que siguieron, Gianni fue todas las tardes a casa de Dalia para preguntar si había tenido noticias de su marido. A veces se quedaban en casa para especular sobre su destino, en otras ocasiones salían a buscarlo sin demasiadas esperanzas por los cafés cercanos a la sede de la *Gazzetta*. A medida que pasaban los días, sus batidas de búsqueda fueron transformándose en simples paseos; Dalia sentía remordimientos hacia su marido por el hecho de disfrutar de esos ratos que esperaba con ansia.

—El abogado quiere vernos —le anunció Gianni una semana después de su primera visita a su despacho.

—Tomad asiento, chicos —los exhortó la voz del abogado Ferro desde detrás de la muralla de libros que se erigía sobre su escritorio. Gianni hizo el gesto habitual de liberar dos sillas de las pilas de volúmenes que las ocupaban y los dejó ante el escritorio del abogado, apenas visible por encima de la barricada de libros.

—Felicitaciones por tu diploma, Gianni.

—Gracias, abogado —se lo agradeció el joven.

—Ahora que te has diplomado, ¿qué vas a hacer?

—Espero conseguir unas prácticas en la *Gazzetta* —respondió sin poder disimular cierta emoción—. Dalia ha escrito a una conocida suya, mujer de un pez gordo del periódico. Los señores Matteis me esperan este sábado en Avigliana para conocerme. Están de veraneo —le explicó—, o por lo menos la señora Matteis está de veraneo, mientras que su marido se reúne con ella cuando puede y...

—Entiendo —le interrumpió el abogado, a quien las aventuras veraniegas de la familia Matteis no le interesaban en absoluto—. Os he hecho venir para daros noticias importantes.

El abogado se puso de pie; su cabeza ya se veía del todo por encima de la muralla de libros.

—Dalia, querida, he encontrado a tu marido —le anunció.

—¿Está bien? —preguntó ella poniéndose de pie a su vez. Al ver ese gesto sincero, Gianni se mordió disgustado el labio inferior, detalle que al abogado no le pasó desapercibido.

—Nuto Cerri está bien. Se presentó como voluntario nada más proclamarse la guerra.

La joven volvió a sentarse, aunque la noticia no la sorprendía del todo, al contrario; entre las muchas conjeturas que había elaborado en esas semanas de ausencia, la del alistamiento voluntario fue una de las primeras hipótesis que tomó en consideración. Dalia experimentaba una multitud de sensaciones, ninguna de ellas agradable: estaba preocupada por su marido, con quien, a pesar de todo, esperaba poder reconciliarse, y se sentía responsable por aquella decisión repentina.

Antes de irse, Nuto le había preguntado si era eso lo que ella quería. Una palabra hubiera sido suficiente, una sola, para que se quedara, y ella no había encontrado la fuerza para pronunciarla. Con todo, la muchacha no solo sentía remordimientos, sino también rabia hacia su marido, quien había tomado una decisión tan importante sin consultársela.

—La mala noticia es que no podemos plantear ninguna causa por abandono del domicilio conyugal —explicó Ferro—, dado que no ha abandonado a su esposa por capricho, sino para alistarse y servir a la patria.

Dalia inclinó la cabeza para no mostrar sus ojos llorosos, mientras Gianni se mordía el labio

de nuevo.

—Y ahora veamos el lado bueno, querida Dalia —dijo dirigiéndose a ella—. Ya no eres una mujer abandonada que deba disimular su situación, ahora eres la esposa de un héroe de la patria. Sé que puede parecerte poca cosa, pero las formas, en este mundo, a veces cuentan más que la sustancia.

—Es cierto —asintió convencida, pero no muy satisfecha.

—Tal vez puedas conseguir una indemnización —añadió Ferro—. Aunque desde luego no será gran cosa.

—Algo es algo —se esforzó por sonreír la joven—. Mientras tanto, intentaré conseguir algún trabajo de mecanógrafa para ir tirando.

—Excelente idea —afirmó Ferro complacido—. Para una mujer con el marido en la guerra es absolutamente respetable, mejor dicho, encomiable, mantenerse a sí misma trabajando.

—Abogado, ¿podrías ayudar a Dalia a encontrar algún cliente? —intervino Gianni.

—Sí, creo que puedo intentarlo —reflexionó Ferro—, es más, empezaré yo mismo por darle algo de trabajo. Llevo tiempo pensándolo y me vendría bien tener una mecanógrafa que se encargue de las cartas y los documentos. Por desgracia, no la necesito a tiempo completo, podríamos empezar con dos mañanas a la semana, ¿qué te parece, Dalia?

—Os lo agradezco de todo corazón.

—Oh, esto y lo que sea por la Perla de Labuán.

El hombre se quedó en silencio durante unos momentos, como para atrapar un pensamiento que se le escapaba.

—Mis libros —dijo—, ¿me los habéis traído?

Los chicos le devolvieron los volúmenes, que el abogado se apresuró a colocar cada uno en una sección específica del aparente caos.

—Los habéis leído, ¿verdad? —Los chicos asintieron.

—¿Qué opinas de *Casa de muñecas*? —preguntó Ferro a Dalia—. ¿Nora te recuerda a alguien a quien conoces?

Dalia reflexionó unos instantes:

—Me hizo pensar en Pinocho.

—Oh, santo cielo, ¿y por qué razón?

—Nora es una mujer muñeca que se transforma en una mujer viva y pensante.

—Una reflexión extraña pero interesante —le concedió—, aunque a Nora no le hizo falta un hada madrina para transformarse.

—No, lo decidió ella misma y fue muy valiente —contestó Dalia.

—No sé si sabes que durante las representaciones de este drama todavía hoy el público abandona indignado la sala —le explicó Ferro—. Mientras sea el marido quien quiera dejar a su esposa por el escándalo financiero en el que ella lo ha metido de absoluta buena fe, nadie tiene nada que decir, pero cuando todo se acalla y Nora decide no seguir con él, ¡entonces se arma la marimorena! Este texto debería ser obligatorio en todas las instituciones femeninas.

Mientras le hablaba de la valiente y desafortunada Nora, Ferro se había acercado a una fila de libros alineados en un estante y había identificado un par que le interesaban.

—Este es para ti, Dalia —dijo entregándole un volumen con una portada muy colorida—. *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, de Mark Twain. No hay en él ninguna admonición sobre la

vida marital o sentimental, esta vez te ofrezco solo un poquito de aventuras y de distracción. Además, hay otra razón por la que he elegido a Mark Twain, un detalle que como mecanógrafa deberías valorar: Mark Twain fue el primer autor que usó la máquina de escribir, al menos según sus declaraciones. La primera novela que Twain mecanografió, o más bien dictó a un mecanógrafo, fue *Las aventuras de Tom Sawyer*.

—Gracias, abogado —le dijo Dalia metiéndose el libro en el bolso.

—Nos vemos mañana a las nueve y media para las tareas de mecanografía. ¿Te viene bien?

—Estupendamente.

—Y ahora me gustaría quedarme a solas con mi sobrino putativo —dijo señalando a Gianni.

Dalia salió de la habitación y se quedó de pie en el vestíbulo esperando a que Gianni terminara de hablar con el abogado.

—Te voy a dar un consejo, querido Gianni —le dijo Ferro en cuanto se cerró la puerta—. Vete a Avigliana para tratar tus asuntos con la familia Matteis y luego quédate con tu tía. Te has diplomado hace unos días y te mereces unas vacaciones; además, aquí en Turín nos espera un segundo bombardeo cualquier día de estos, mientras que en provincias no se corren estos riesgos.

—Pero yo no puedo, yo...

En el pasillo, Dalia se alejó todo lo posible de la puerta para evitar oír la conversación, que pese a todo podía seguir en parte.

—Tengo que cuidar de Dalia —concluyó la frase Gianni.

—De Dalia ya me encargo yo. Tú ya tienes suficiente con resolver tus propios asuntos.

—Pero yo...

—¡«Pero yo» un cuerno! —le espetó Ferro—. Confía en mí, jovencito, ¿alguna vez te he dado un mal consejo?

Gianni negó con la cabeza con poco entusiasmo.

—Léete esto —dijo entregándole un pequeño volumen.

—*Las penas del joven Werther*, de Goethe —leyó Gianni en la portada—. Este libro ya lo he leído —declaró devolviéndoselo al abogado.

—Los libros se leen, pero los clásicos se releen —objetó Ferro.

—Recuerdo bien la historia —protestó.

—La historia la conoce todo el mundo, puede resumirse en un puñado de palabras: ella ya está comprometida y él se pega un tiro. Pero no es la trama en sí misma la que hace que un libro sea bueno. Mira esto —dijo sacando un ejemplar de *Moby Dick* de una estantería—. ¿Conoces esta otra historia también? Te la resumo yo: un marinero loco persigue a una ballena. ¿Te parece suficiente para describir la complejidad de esta novela? Aquí dentro encuentras a la humanidad luchando contra sus propios límites, el espíritu de aventura, la alegría de hacer nuevos descubrimientos.

—Volveré a leer a Goethe —se rindió Gianni—. Aunque ya sé cómo acabará.

—No pienses en el final —le sugirió Ferro—. Mejor intenta concentrarte en las causas, trata de averiguar cuál fue el instante en el que Werther pudo haber cambiado de rumbo, dirigir sus pensamientos y su corazón hacia otro lado, en lugar de hundirse en la obsesión.

Gianni se quedó en silencio, mirando al suelo.

—Así pues, joven, ¿qué vas a hacer? ¿Elegirás el camino del sentido común o el de la obsesión, como hizo el joven Werther?

—Haré lo que me decís —cedió al final el chico—. Pasaré el verano en Avigliana y volveré solo si consigo las prácticas en la *Gazzetta*.

Capítulo 29

Para ser un hombre mucho más familiarizado con las páginas impresas que con el sexo opuesto, Ferro había demostrado mucha lucidez: entre Gianni y tú estaba naciendo un sentimiento profundo, es más, ya hacía días que había nacido. Después del primer bombardeo en la noche del 12 de junio, Gianni y tú pasasteis mucho tiempo juntos, quedándoos a menudo uno al lado de la otra en silencio porque hablar habría podido sacar a la luz lo que era necesario mantener oculto, sobre todo a vosotros mismos. Cuántas veces acababa tu mano accidentalmente en la suya, o se apoyaba de manera fugaz tu cabeza en su hombro. Nada más, no te habrías atrevido a contravenir los votos matrimoniales, que sí, habías contraído a la ligera, pero a los que siempre te mantendrías fiel. Tu padre era un hombre arisco y muy severo, pero te había transmitido el sentido del honor y la importancia de respetar los compromisos.

El abogado había percibido la creciente electricidad que fluía entre Gianni y tú y, por lo tanto, consideró necesario separaros. Por desgracia, esa decisión condujo a resultados nada positivos, pero el abogado no podía prever que Gianni, una vez lejos de ti y abrumado por la melancolía, habría buscado consuelo entre...

—Es precioso, verdaderamente magnífico. —Las manos de la chica de la Singer abren y cierran los compartimentos del costurero de madera, haciendo chirriar las viejas bisagras metálicas. Ese ruido sutil pero molesto te obliga a sacudirte tus pensamientos. En el fondo, es mejor así; de nada te sirve abandonarte a los recuerdos de un amor pasado y lejano cuando has de recuperar un recuerdo más reciente y probablemente muy importante que tu memoria ha eliminado.

Las manos de la joven siguen trasteando entre los compartimentos del estuche de costura; esos dedos ágiles y nerviosos son casi idénticos a los que has visto en tu recuerdo, solo que un poco más largos, digamos que más adultos.

—¿Cuál es la historia de este objeto? —te pregunta.

—Por lo que parece, nunca se usó para su cometido —empiezas a contar con cierta desgana, algo que por lo general nunca te ocurre. Narrar las historias de tus artículos siempre te provoca felicidad, pero ahora la única historia que en realidad te importa es la tuya, o una parte de ella, por lo menos, que tal vez Giada pueda ayudarte inconscientemente a reconstruir—. Este costurero se hallaba en una tienda de letreros y sellos; el propietario guardaba en él los modelos de los tipos de imprenta y antes había pertenecido a su madre, quien, al no haber cosido un solo botón en toda su vida, lo dejó en la habitación de sus hijos para que lo usaran para guardar las piezas de los juegos de construcción.

—Creo que este costurero estará encantado de dedicarse por fin a su trabajo —dijo la chica como si se refiriera a una criatura viviente, lo que en condiciones normales te enternecería, pero que hoy te deja insensible.

—Creo que lo que le encantará de verdad es que engrases sus bisagras y le des una buena mano de pintura —intentas zanjar el asunto.

—Lo pintaré de azul —declara ella—, o tal vez rasque la pintura y le devuelva su color de madera natural.

—Es una excelente idea —le concedes sin especificar a cuál de las dos te refieres—. Deja tu costurero aquí y vamos a tomar un café —propones con tono decidido, casi brusco.

Sin embargo, Giada está demasiado eufórica para darse cuenta y te toma del brazo. Te dejas guiar hacia *via della Consolata*; mientras Giada charla alegremente, intentas participar en la conversación con idéntico entusiasmo para que no se note que no tienes ni idea de adónde estás yendo. Por suerte, no tienes que esforzarte mucho: el bar de la misteriosa Nadia resulta estar a dos pasos de tu tienda. Entrás mirando a tu alrededor, ansiosa por reencontrarte con las mesitas con superficie de mármol, el mostrador de madera e incluso los horrorosos ceniceros de falso cristal y al camarero cascarrabias.

—Señora Dalia, qué gusto volver a verla.

La que oyes es la voz cristalina y fresca que escuchaste por teléfono, pero la propietaria de esa voz no es en absoluto una chica, como habías supuesto; todo lo contrario: debe de tener más o menos tu edad. Lleva el pelo platino recogido, los ojos apenas maquillados y tiene una hermosa sonrisa.

—La he echado mucho de menos —dice mientras Giada y tú tomáis asiento en una de las mesas, todas libres en ese momento, ya que en el bar no hay ningún cliente.

—Un café de cebada para mí —pide la joven— y un expreso para usted, ¿verdad?

Asientes con decisión, porque lo que no quieres desde luego es tomarte un café de cebada, a pesar de que se haya puesto tan de moda en los últimos tiempos. Durante los largos años de guerra bebiste sucedáneos de todo tipo, desde la cebada hasta la achicoria, y no ves ninguna razón para privarte del café ahora que, gracias a Dios, está fácilmente al alcance de la mano.

Te bebes a sorbos tu expreso en silencio, total, de hablar ya se encarga Giada, y miras a tu alrededor en busca del camarero desagradable a quien, a tu pesar, deseas hacer algunas preguntas sobre el día de tu *pequeño incidente*.

—¿Dónde está el chico? —le preguntas por fin a Nadia, que se afana detrás de la barra, obligando a la chica de la Singer a poner freno a su charla.

—Se ha despedido —te responde un poco sorprendida—. Es usted la primera que me pregunta por él. No es que mis clientes le echen mucho de menos, era un camarero distante —sigue contándote mientras tú piensas que «distante» es una definición demasiado amable para alguien tan maleducado.

—Hace ya tiempo que quería despedirlo, pero no podía, no dejaba de ser mi nieto y no quería darle un disgusto a mi hija, pero afortunadamente decidió irse por su cuenta, sin obligarme a ponerlo de patitas en la calle.

Mientras te preguntas cómo una señora tan agradable puede ser la abuela de un chico tan irritante, notas que el camarero no es el único elemento desagradable del bar que ha desaparecido; tampoco se ven ya los ceniceros en las mesas y en su lugar, en la pared rosa pálido, campea un cartel que reza «prohibido fumar».

—Era demasiado brusco —sigue diciendo Nadia—. Y además no tenía ninguna consideración hacia los clientes. El día en que usted se sintió mal —dice bajando la voz a pesar de que en el

local solo estéis las tres— él ni siquiera se dio cuenta. Fue el estanquero de la esquina quien pidió ayuda. Lo único que notó fue que usted no había pagado su bebida.

—Pero luego la pagué —explicas—. El otro día, cuando vino a traerme los bocadillos.

—¡No me diga que le pidió el dinero de esa agua tónica! —gime la mujer llevándose las manos a la cabeza—. Y pensar que llegué a hacerme la ilusión de que semejante sujeto podría heredar el local tan pronto como yo me jubilara...

Sientes pena por la señora Nadia y sus preocupaciones familiares, pero, aun a costa de parecer insensible, decides proseguir con tus indagaciones, incluso en ausencia del principal y probablemente único testigo.

—¿Se sabe algo de adónde fue a parar mi sobre? —preguntas con la esperanza de que alguien, el día de tu *pequeño incidente*, se lo llevara por error y lo devolviera más tarde al bar de Nadia.

—Esa es otra, su sobre —suspira saliendo de la barra y viniendo a sentarse a nuestra mesa.

—¿Qué sobre? —pregunta Giada, para quien haber permanecido en silencio nada menos que un minuto y medio ha supuesto un gran esfuerzo.

—El sobre lo cogí yo —confiesa la señora Nadia con expresión avergonzada—. Estaba en la trastienda y al volver vi ese enorme sobre abandonado sobre la mesa. Pensé que algún cliente se lo habría olvidado y lo guardé. Primero le pregunté a mi nieto si sabía de quién era, pero me soltó que no. Creo que ni siquiera oyó mi pregunta.

—¿Qué contenía el sobre? —vuelve a preguntar Giada sin que nadie le responda, algo que en cualquier caso tú no podrías hacer, dado que no tienes ni idea.

—¿Puede devolvérmelo entonces? —le preguntas a Nadia.

—Ya no lo tengo —responde ella mortificada—. Se lo entregué al señor que tenía cita aquí con usted.

—¿Quién era? —preguntas por impulso. Nadia y Giada te miran perplejas, preguntándose cómo puedes desconocer la identidad de la persona con la que habías quedado.

—¿No debería haberle dado el sobre a ese caballero? —pregunta Nadia consternada—. Pensé que se lo había dejado a propósito para ese hombre. El caso es que se presentó aquí preguntando por usted, y su nombre estaba escrito en el sobre.

—¿Cómo se llamaba? —la apremias.

—Tenía un nombre de lo más normal —dice—, pero no recuerdo cuál era.

Tus labios rojo magenta se retuercen en una mueca de decepción.

—Tiene que perdonarme, señora Dalia —te pide perdón Nadia en un tono tan afligido que te avergüenzas de tu involuntaria mueca—. ¡Desde hace ya algunos años mi memoria no es lo que era!

Le sonríes comprensiva; no puedes enfadarte con una desmemoriada, precisamente tú, que estás luchando por sacar a la luz esos dos meses de los que ya no recuerdas nada.

—¿Podría describirme a ese hombre? —le preguntas intentando ofrecer una expresión conciliadora.

—Un caballero distinguido —se esfuerza por recordar—, con el pelo gris y un traje bonito y elegante.

—¿No recuerda ningún detalle más? —la apremias—. La forma del rostro, el color de los ojos...

—No sabría decirle —menea la cabeza apesadumbrada—, era un hombre apuesto, de eso estoy segura, y llevaba una corbata azul con pequeños lunares blancos. Una corbata discreta y elegante, no de esas variopintas y estridentes que están hoy de moda.

Haces un esfuerzo indescriptible para impedir que tus labios vuelvan a retorcerse en una mueca exasperada: la señora Nadia se acuerda de los lunares de la corbata, pero ha olvidado todo detalle del rostro de aquel que, según sus propias palabras, era un hombre guapo.

—¿Dejó algo para mí? —preguntas—. ¿Un mensaje, una tarjeta de visita?

—No —constata afligida—. Pero se dejó una cosa olvidada sobre la mesa —dice levantándose y deslizándose detrás del mostrador—. Una cosita insignificante, pero preferí guardarla. —Nadia saca de un cajón de detrás del mostrador una cajita negra y cilíndrica, de esas donde se guardan los carretes fotográficos antes de llevarlos a revelar. ¡Fotografías! Eso sí que es una muy buena pista.

Nadia te entrega la cajita, que abres inmediatamente, pero en su interior, con gran decepción por tu parte, no encuentras un carrete, sino solo una bola de algodón.

—Saque el algodón —te sugiere con tono impaciente la chica de la Singer—. El hombre misterioso podría haber metido algo pequeño pero de gran valor en el algodón.

—No, no hay nada valioso —enfría su entusiasmo Nadia—. Ya lo miré yo —dice mientras tus dedos rebuscan en el algodón—. Solo hay una vieja anilla de cortina; probablemente su mujer lo mandó a una mercería a comprar otras iguales.

Aprietas la anilla entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, cuyo temblor eres incapaz de impedir. Hasta ahora la anilla había aparecido de forma improvisada y sorprendente, pero siempre en tu casa y solo una vez en tu tienda, donde muy probablemente se te cayera del bolsillo. Pero ahora la anilla estaba en una cajita, encerrada a su vez en un cajón, detrás del mostrador de un bar al que no acudes desde hace tiempo.

—Señora Dalia, ¿se encuentra bien? —pregunta Giada al verte palidecer.

—Sí, claro —intentas tranquilizarla mientras un escalofrío gélido te punza en el costado. De manera instintiva metes la mano en el bolsillo y ahí está, fría como el hielo, tu anilla de cortina, aún en su sitio.

—Hay dos —murmuras aturdida apretando la anilla dentro del bolsillo y mirando fijamente la cajita que contiene su melliza.

Capítulo 30

La festividad del 15 de agosto estaba casi a las puertas y la sirena antiaérea no había vuelto a perturbar el sueño de los turineses, de manera que ahora la mayoría de ellos se arrullaban en la ilusión de que ese primer y único bombardeo no pasaría de ser un caso aislado.

Dalia, sin embargo, no podía evitar vivir en el recuerdo de aquella noche entre el 11 y el 12 de junio, aunque no fuera más que por esos dos postes de metal que se levantaban en el centro de su piso para sostener el techo en los puntos en los que se había abombado a causa de las vibraciones provocadas por las bombas.

Si el luminoso sol de agosto alejaba de Dalia el miedo a un nuevo bombardeo, cuando caía la noche y tenía que correr las cortinas opacas, la joven empezaba a angustiarse y acababa buscando el consuelo del sueño yéndose a la cama muy temprano, para despertarse luego en plena noche rebotante de preocupaciones sobre el destino de las personas que le importaban.

No echaba tanto de menos a Nuto como se había imaginado, seguía estando demasiado indignada por su comportamiento como para sentir nostalgia por él, pero indudablemente la tenía preocupada y en ocasiones no podía evitar pensar que había sido su comportamiento duro e intransigente lo que había empujado a ese hombre, tan osado en el campo de batalla como temeroso a la hora de cuestionarse a sí mismo, al alistamiento voluntario. En cuanto Ferro le consiguió su dirección, Dalia le escribió una carta en la que no le lanzaba reproche alguno, sino al contrario: lo tranquilizaba acerca de su inalterado afecto. Aquella carta no recibió respuesta; más tarde, ante el temor de que no la hubiera recibido, le envió otras, que, al igual de la primera, no respondió.

Las cartas que le había enviado a Nuto no eran las únicas que quedaron sin respuesta, también las que enviaba a su padre eran sistemáticamente ignoradas. Dalia había experimentado una sensación de liberación al alejarse de su padre y de sus severísimas reglas, pero, una vez de vuelta de su luna de miel, había tenido remordimientos por esos sentimientos suyos de indiferencia y le escribió una carta afectuosa. Al fin y al cabo, su padre siempre había obrado por lo que creía que era su bien y Dalia entendía a la perfección por qué estaba tan enfadado con ella: su única hija, a quien tanto había querido, aunque fuera con un amor posesivo y autoritario, había tomado una decisión de importancia capital sin tener en cuenta su opinión. Después de la primera carta, Dalia le mandó otras, aun sabiendo que su padre no le respondería. Sin embargo, cuando después del bombardeo del 12 de junio le escribió para tranquilizarlo acerca de su estado de salud, su silencio la hirió en lo más profundo. ¿Cómo era posible que ni siquiera una circunstancia tan grave lo indujera a dejar de lado su orgullo? Esa fue la última carta que Dalia le escribió, por más que no hubiera dejado de pensar en él con afecto y preocupación. Se preguntaba, de hecho, cómo se las estaría apañando sin ella y si la falta de su modesto salario como mecanógrafa le habría dado por fin el empuje necesario para encontrar un trabajo que le

permitiera mantenerse, abandonando sus rocambolescos y vagos proyectos «para volver a la carga».

Por Gianni, en cambio, a quien también echaba muchísimo de menos, Dalia no estaba preocupada en absoluto: se hallaba en Avigliana como huésped de su tía, lejos del peligro de los bombardeos y con la cabeza llena de proyectos y grandes esperanzas.

En la primera semana de su separación, Gianni le escribió casi todos los días, luego sus cartas fueron espaciándose y al final dejó de recibirlas. Dalia sabía que era mejor así y que su desaparego era bueno para ambos, por más que tal circunstancia la afligiera muchísimo.

Como casi todas las mañanas, ese 13 de agosto de 1940, el despertador sorprendió a Dalia profundamente dormida; después de haber estado rumiando pensamientos durante la mayor parte de la noche, la joven no pudo conciliar el sueño hasta las primeras luces del amanecer, cuando el peligro de un ataque aéreo era ya improbable.

Aunque adormilada, Dalia se levantó de la cama de buen humor, ya que esa era una de las dos mañanas de la semana en las que iba a via del Carmine, a la casa y despacho del abogado Ferro, para pasar a máquina unas cuantas cartas. La joven mecanógrafa, acostumbrada desde hacía años a trabajar todos los días, sufría por la falta de una tarea diaria, sin contar con las preocupaciones económicas derivadas de ello.

El abogado se esforzaba por encontrarle otros clientes, pero hasta ahora solo había aparecido una tal señora Peyran, que vivía en el mismo edificio que el abogado y que necesitaba mecanografiar contratos de alquiler para unos pisos de su propiedad. *Madame* Peyran era la joven y hermosa viuda de un coronel de la Regia Aeronáutica caído en Abisinia, que le había legado una fortuna en efectivo y en bienes raíces. Dalia solo había aceptado el primero de los encargos que Amalia Peyran le había ofrecido porque, aunque la viuda era muy rica, le había regateado vergonzosamente el precio.

Cuando llegó a casa del abogado, el hombre se hallaba en su estudio, muy concentrado en desmontar pilas de libros que luego volvió a colocar en un orden diferente. Lo ayudaba en esa especie de mudanza un niño de seis o siete años tal vez, de pelo ralo y expresión insólitamente socarrona para alguien de su edad.

—Bienvenida, Dalia —la saludó—. Ughin, saluda a la señora Cerri.

—Buenos días, señora Cerri —obedeció el niño con una voz oscura, que contrastaba con su apariencia menuda y grácil.

—Ughin se quedará conmigo un tiempo —le explicó el abogado examinando un libro antes de colocarlo en una de las torres de volúmenes que iban creciendo en su escritorio—, al menos mientras su madre no vuelva.

—Mi madre también lleva mucho tiempo lejos —dijo Dalia para hablar de algo con el niño.

—¿El abogado Ferro aún no ha logrado sacarla? —le preguntó.

—Me temo que estáis hablando de cosas diferentes —intervino el abogado—. Ugo, llévate estos —ordenó señalando una pila de libros.

—A sus órdenes —respondió Ughin cargando en sus delgados brazos un número considerable de volúmenes.

—¿Pero todo ese peso no será excesivo para un niño tan pequeño? —preguntó Dalia al abogado mientras observaba a Ughin alejarse a paso rápido con ese montón de libros.

—No te dejes engañar por la altura; Ugo ya tiene doce años y es más fuerte que nosotros dos

juntos.

—¿Doce años? —se sorprendió Dalia—. Le echaba siete como mucho.

—Sufrió raquitismo infantil. El pobre crío pasó los primeros años de su vida con parientes lejanos que no le prestaban demasiada atención mientras su madre era huésped de las cárceles patrias. Por suerte, conseguí que la soltaran antes de que confiaran al crío a una institución para niños abandonados, donde el trato hubiera sido aún peor.

—¿Y dónde está su madre ahora? —preguntó Dalia.

—Otra vez es huésped del rey —murmuró—. No es una mala mujer, antes de volver a chirona trabajaba en el Babi de via Barbaroux.

—¿En un restaurante? —preguntó ingenuamente.

—No, en un burdel —explicó el abogado sin darle demasiadas vueltas—. Ganaba lo suficiente para darle al chico una vida digna, parece que estaba bastante solicitada; lástima ese vicio que tiene de limpiarle los bolsillos a sus clientes.

—¡Es terrible!

—No, no lo es. ¡Si la gente no quiere que le hurguen en los bolsillos de los pantalones, no debería quitárselos!

—Quería decir que es terrible la vida de ese pobre niño.

—Lo ha sido, pero ahora se las apaña muy bien —la tranquilizó Ferro—. Cuando su madre se va de veraneo a expensas de Italia, le permito quedarse aquí y le doy algunos trabajillos. En septiembre, sin embargo, lo mandaré con los salesianos al instituto profesional Valdocco para estudiar carpintería. Tiene aptitudes para la carpintería, me ha hecho un par de estanterías que no están mal.

—Sois muy bueno cuidando a vuestro prójimo —dijo Dalia pensando no solo en el joven Ugo, sino también en las atenciones que el abogado había tenido con Gianni y con ella.

—Me gusta echar una mano —declaró el hombre—, pero solo si las personas a las que ayudo demuestran buena voluntad y no me hacen perder el tiempo.

—Oh, perdonadme —se disculpó la joven apartando algunos libros del escritorio para obtener el espacio suficiente donde colocar la Olivetti roja.

—Hoy nada de máquina de escribir —la detuvo Ferro—. Necesito que me eches una mano con un trabajo muy delicado: deberías ayudarme a clasificar los libros.

—¿Como en una biblioteca?

—Más o menos —confirmó—. Quiero poner a salvo algunos de mis libros. Los esconderé en espera de tiempos mejores, algo parecido a lo que hacen algunos perseguidos por razones religiosas o políticas cuando se refugian en lugares apartados.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ayúdame a encontrar todos los libros censurados por el Ministerio de Cultura Popular —le explicó señalando unos folios en los que figuraba una larga lista de títulos, cada uno acompañado por su autor—. El MinCulPop lo llaman —resopló Ferro—. Un nombre ridículo para una institución aún más ridícula.

—MinCulPop —repitió divertido el joven Ugo, que, mientras tanto, ya de regreso, estaba preparando otra carga de volúmenes—. ¡MinCulPop! ¡MinCulPop! —canturreó al volver a marcharse—. Suena como una palabrota.

—Sí, Ughin —estuvo de acuerdo el abogado—. ¡Una de las más asquerosas!

Imitando al abogado, Dalia cogió uno de los folios y empezó a buscar los libros de la lista y a sacar los títulos cuando los encontraba, circunstancia absolutamente fortuita en la barahúnda de volúmenes que ocupaban esa habitación. El dueño de la casa, por el contrario, se movía a tiro hecho, localizando los títulos a gran velocidad, hasta el punto de que la joven llegó a pensar que su implicación en esa actividad constituía una suerte de apoyo moral más que una ayuda real.

—En Alemania, queman libros en las calles —dijo el abogado acariciando un volumen con tal arrebatismo que llevaba a pensar que no le estaba quitando el polvo, sino consolándolo—. Aquí no, los libros no se queman, sino que sencillamente desaparecen —suspiró apretando el volumen contra el pecho para colocarlo después en lo alto de una de las pilas—. Antes desaparecían de los almacenes de las editoriales, ahora incluso de las librerías y de las bibliotecas —añadió—. No sé si llegarán a ordenar que desaparezcan también de las casas particulares, pero prefiero tomar mis precauciones.

—Sería demasiado laborioso rastrear casa por casa en busca de libros prohibidos —razonó Dalia—. Me parece una hipótesis bastante improbable.

—Oh, no los subestimes. Los del MinCulPop están especializados en acciones improbables. Mira lo que he encontrado en una librería, en un pobre e inocente libro.

Ferro sacó una pequeña tira de papel medio arrugada y se la tendió; era una faja de esas que se ponen en las cubiertas de los libros: «LOS USOS Y COSTUMBRES DE LA POLICÍA DESCRITOS EN ESTA OBRA NO SON ITALIANOS. EN ITALIA, LA JUSTICIA Y LA SEGURIDAD PÚBLICA SON COSAS SERIAS», estaba escrito.

—Y ahora prosigamos —apremió el abogado Ferro a Dalia y Ugo—. Los autores judíos en esa silla, los ingleses sobre la mesita y los rusos en mi escritorio. De los escritores italianos políticamente comprometidos ya nos encargaremos más adelante.

—¿Dónde ponemos los libros franceses? —preguntó Dalia al cabo de unas horas de trabajo.

—Gracias al cielo, el MinCulPop no ha prohibido los textos franceses.

—Pero ahora los franceses también son enemigos nuestros —argumentó ella.

—Me temo que tienes razón —suspiró Ferro sacando un libro y acariciándolo como un gatito—. *Adieu Monsieur Molière, à bientôt mon cher ami* Dumas, os ruego que presentéis mis respetos a vuestro hijo; mencionadle cuánto he amado a su desventurada dama de las camelias —susurraba Ferro despidiéndose de cada volumen antes de apilarlo con sus hermanos francófonos—. Llévate a mis amigos franceses, hazme el favor —ordenó al final de esa dolorosa operación a su joven ayudante.

—Esperad, abogado —lo detuvo Dalia—. Todavía falta este —dijo entregándole un ejemplar de *Madame Bovary*, de Flaubert.

—Este no, ni se te ocurra —declaró el hombre arrebatándole el volumen de la mano.

A lo largo de su vida, el abogado había conocido a pocas mujeres de carne y hueso, pero por supuesto no había escatimado en novias literarias y Madame Bovary había sido una de sus amantes más fieles y apasionadas. Si Emma Bovary hubiera sido una mujer de verdad, y si él hubiera tenido el honor de conocerla, la pobre mujer no habría acabado suicidándose. Fueron las novelitas románticas leídas en su juventud las que la envenenaron mucho antes que el arsénico, haciéndola desear desesperadamente una existencia por encima de sus posibilidades. A Emma no

le hacían falta fiestas de bailes ni vestidos elegantes, sino solo alguien que, como él, fuera capaz de recomendarle buenos libros. Las lecturas son como las amistades: si eliges las equivocadas, pueden destrozarte la vida. Esa era la razón por la que el abogado se había fijado como misión la de recomendar a cada uno el libro más adecuado para sus exigencias. Claro está, tal empresa no siempre resultaba fácil, sobre todo con el pequeño Ugo, que a duras penas sabía deletrear, o con la viuda Peyran, su rica vecina, que desde sus orígenes muy humildes había logrado abrirse camino en la vida sin molestarse en leer ni siquiera media página, y que por esa razón no reconocía a los libros utilidad alguna.

—Estoy cansado —admitió al final el abogado—. Dalia, si no te importa, vuelve mañana por la mañana para continuar con el traslado. Ugo, ve a divertirme un rato, te lo has ganado.

El chiquillo no dejó que se lo dijeran dos veces y salió corriendo del apartamento.

—Hasta mañana, abogado.

—Un momento, querida —la detuvo—. ¿Te ha escrito Gianni?

—No recientemente —respondió la muchacha, entristeciéndose a su pesar.

—Que no haya noticias es una buena noticia —minimizó Ferro—. Hasta mañana, querida.

Tras quedarse solo, Ferro tomó asiento en su sillón de lectura medio hundido en compañía de su amada Emma Bovary. El hombre sentía un dolor infinito por la joven Dalia y por su vida irremediabilmente comprometida debido a un matrimonio apresurado e imprudente. A Dalia le pesaba ahora la ausencia de Gianni, pero para los dos chicos permanecer separados era lo mejor, sobre eso Ferro no albergaba la menor duda. Permitir que sus sentimientos maduraran alimentados por su recíproca presencia solo podía perjudicarlos a ambos.

Aunque nunca se había casado, también Ferro había probado el sabor acre de un amor sin final feliz. En su vida, más de una mujer le habían hecho perder la cabeza, que, a pesar de sus buenas intenciones, no siempre conseguía mantener fija en los libros.

Quince años atrás, por ejemplo, se enamoró de la bibliotecaria que cubría el turno de tarde en la Biblioteca Real.

¡Qué mujer más encantadora! Tenía unos ojos vivaces y curiosos que se asomaban por detrás de las gruesas lentes de las gafas y dos hombros un poco curvados, justo como deben serlo los de una verdadera lectora. ¿Y qué decir de su tez placenteramente marfileña, propia de quienes prefieren volver el rostro a las páginas escritas en vez de al sol?

Siempre que la «señorita bibliotecaria» —Ferro la llamaba así, ya que nunca se había atrevido a preguntarle su nombre— le devolvía el carné de la biblioteca lanzándole una mirada rápida pero intensa, a él le sacudía un escalofrío. También la señorita debía de sentirse atraída por él; lo intuía por los ojillos inquisitivos que se demoraban unos instantes en su rostro antes de sumergirse de nuevo en el libro que estaba leyendo. Ferro había fantaseado a menudo con idílicas tardes que la bibliotecaria y él podrían pasar juntos, sentados en un sillón uno frente a la otra, cada uno concentrado en su propia lectura. Por una mujer como la señorita bibliotecaria, Ferro sopesó incluso la idea de sacrificar el tiempo de algunas lecturas para elegir y comprar un sofá. El placer de leer sentados cerca bien valdría la pérdida de una media docena de títulos.

—*Amo tan solo las rosas que no cogí* —susurró citando a Gozzano, uno de sus poetas favoritos—. *Amo tan solo lo que pudo haber sido y no fue.*

El abogado intentó disipar el recuerdo de su perdido amor y concentrarse en la lectura de *Madame Bovary*, pero la imagen de la señorita bibliotecaria volvió a ocupar con prepotencia sus

pensamientos: siempre tenía delante de sus narices un libro abierto, que descansaba junto al libro de registro. Trabajaba con eficacia, consultando catálogos, poniendo al día el registro de préstamos y ayudando con cortesía a cada lector, pero en cuanto quedaba libre de otros deberes se lanzaba de lleno a su lectura del día.

Estaba claro que a ella tampoco le gustaba perder el tiempo ni páginas preciosas; por eso el abogado vaciló tanto en invitarla a tomar un café, actividad que, incluidas las formalidades de rigor, no podía durar menos que el equivalente a dos o tres capítulos de buena lectura.

Titubea hoy, titubea mañana; un día el abogado se encontró a un chicarrón regordete en el mostrador de la biblioteca.

—Soy el nuevo bibliotecario —explicó por iniciativa propia el chico, que según Ferro mostraba cierto exceso de locuacidad para el lugar que ocupaba—. La señorita que estaba antes ha presentado su renuncia, porque se ha casado —añadió sin sospechar que infligía un duro golpe a su interlocutor—. Las señoritas siempre hacen lo mismo: trabajan unos años y, cuando ya dominan el puesto, aparece un sujeto que quiere desposarlas y lo dejan todo. Es una verdadera lástima que las mujeres casadas no sigan trabajando, ¿no cree? —preguntó el locuaz progresista tendiéndole el libro que había solicitado para consultar.

Aunque afligido por la noticia y molesto por tanta verbosidad, Ferro no pudo evitar asentir.

—Las mujeres deberían poder tener sus propias carreras, igual que nosotros los hombres —prosiguió el implacable bibliotecario—. ¿Sabe lo que decía Oscar Wilde? *Dad a las mujeres las oportunidades adecuadas y podrán hacer de todo*. ¿Usted qué opina?

—Muy cierto —respondió el abogado aferrando el libro que el chico le tendía— y, por seguir citando a Oscar Wilde, permítame añadir que *se necesita una mujer realmente buena para hacer algo realmente estúpido*.

El abogado Ferro no logró saber si su querida bibliotecaria había cometido o no una tontería al casarse, aunque el hecho de haber abandonado su trabajo en la biblioteca, el trabajo más hermoso que un lector pueda soñar, no decía mucho a favor de su elección; sin embargo, en cuanto a la joven Dalia, por desgracia no cabía la menor duda: la pobre muchacha estaba encarcelada para siempre en un matrimonio infeliz, y lo único que podía hacer por ella era proporcionarle las lecturas adecuadas para que su espíritu se fortaleciera y le hiciera más llevadera la vida que tan incautamente había elegido.

—¡Mi dulce señora Cerri! Qué inmensa alegría oír vuestra voz —chilló Augusta Matteis en el auricular.

Dalia no se sentía capaz de seguir soportando el silencio de Gianni y había decidido obtener información por su cuenta de quien no dudaría en ofrecérsela sin reparo alguno.

De regreso del despacho del abogado Ferro, optó por dirigirse al teléfono público y marcar el número de Villa Buonaventura.

—¡Lamento mucho saber que estáis sola en Turín a merced de los bombardeos! Mi esposo dice que ya no habrá más, pero francamente prefiero quedarme aquí en provincias en lugar de regresar a la ciudad para tentar al destino. Vos también, mi querida Dalia, deberíais alejaros de la ciudad. ¿Sabéis lo que os digo? Venid y quedaos conmigo en la villa. Aquí hay sitio de sobra, pero lo que escasea es la compañía.

—Creo que sería un poco raro —respondió Dalia— estar como invitada en la casa que os alquila mi padre.

—Algo raro sí que es —admitió Augusta—. Pero se hacen cosas bastante más raras en este mundo. Debéis de echar mucho de menos a vuestro esposo —afirmó la señora Matteis, que siguió hablando y le evitó el apuro de hilvanar una respuesta—. Fuisteis realmente heroica al dejar que se alistara sin oponeros, mejor dicho, animándolo. Nunca pensé que fuerais tan patriota. Si a mi marido le entrara el capricho de irse como voluntario, le abrumaría a razones hasta conseguir que desistiera.

¿De modo que Nuto la había pintado como una mujer patriota, dispuesta a sacrificar su vida conyugal por Italia? La noticia le arrancó una amarga sonrisa.

—Contadme cómo estáis pasando las vacaciones. —Dalia cambió de tema con la esperanza de que la mujer acabara mencionando a Gianni.

—Este lugar es magnífico —comenzó—, pero la vida es demasiado tranquila. Mi marido solo viene a verme los fines de semana y el resto del tiempo me lo paso sola.

—¿No veis a nadie?

—A casi nadie —suspiró—, excepto a vuestro amigo de la infancia.

—¿Os referís a Gianni? —preguntó simulando indiferencia.

—Sí, un chico encantador, vuestro amigo. Ha conquistado incluso al cascarrabias de mi marido, que estará encantado de ofrecerle unas prácticas en la *Gazzetta*. No es fácil toparse con un joven tan brillante, disponible y apuesto, aunque supongo que esta última virtud a mi marido le trae sin cuidado —se rio de buena gana—. Y además solo un chico realmente de buen corazón sacrificaría tanto tiempo para entretener a una vieja señorona como yo. ¡Pensad que viene a visitarme todas las tardes! Mi marido le está tan agradecido por su devoción y asiduidad que creo que le allanará la carrera.

Mientras Augusta ensalzaba las virtudes de Gianni, Dalia experimentaba una amplia gama de sensaciones, que oscilaban desde la indignación hasta la tristeza, pasando por la rabia y la impotencia. Dalia estaba, muy a su pesar, mortalmente celosa de Gianni y de su relación con la fascinante señora Matteis.

—Debo dejaros, señora —se despidió Dalia confundida—. Os deseo que vuestro veraneo continúe tan bien como hasta ahora.

—Y yo os deseo que ninguna bomba inglesa caiga sobre vuestra cabeza —dijo Augusta en tono de broma, pero no por ello menos sentido.

Capítulo 31

Después de cenar, tratando de ocultar tu nerviosismo a Germana, te has retirado al estudio y ahora estás sentada ante el escritorio, observando perpleja las dos anillas de cortina.

¡Dos!

La llegada de la segunda anilla te había sido anunciada por una especie de sueño lúcido, en el que habías visto unas manos infantiles que abrían un costurero de juguete. La imagen te había estallado en la mente cuando tocaste la superficie leñosa de otro costurero, el que estabas buscando para Giada.

Inspirada por tal circunstancia, coges las anillas, una en cada mano, e intentas concentrarte cerrando los párpados y apretando los puños, pero no sucede nada, excepto un ligero dolorcito en las palmas de las manos con las que aprietas el metal de las anillas. Vuelves a guardarte las anillas, cada una en un bolsillo, luego cierras los postigos y apagas la luz.

Envuelta en la oscuridad, colocas las manos en el teclado de la Olivetti a la espera de que el ya habitual hormigueo se irradie desde la palma de las manos a cada dedo. No tienes que esperar mucho, el alegre tictac de los tipos en la hoja se difunde como una música rítmica y cautivadora que te hace sentir ligera y agradablemente desconcertada; ahora tus pies también se mueven siguiendo el ritmo del mecanografiado. Nunca has tocado ningún instrumento musical, pero así es como supones que debe de sentirse un pianista cuando la inspiración le hace fundirse con su instrumento como si fueran una sola cosa.

La agradable sensación que experimentas se ve turbada por una leve punzada en el hombro derecho, en el que percibes un peso, como el toque de una mano gélida y delicada. Mientras tus dedos siguen presionando las teclas, intentas girar la cabeza hacia el hombro para comprender cuál es el origen de esa sensación, pero no lo consigues: una especie de fuerza magnética te imanta la cara hacia la máquina de escribir. Incapaz de girar la cabeza, intentas por lo menos desplazar la mirada ¡y por un momento la ves! Detrás de ti hay una sombra, una forma con contornos mal definidos que emerge de la oscuridad. La fuerza magnética que emana de la Olivetti te obliga a devolver la mirada frente a ti mientras tus manos siguen tecleando imperturbables. Vuelves la mirada de nuevo hacia la silueta de contornos evanescentes, pero extrañamente familiares, y ya no te cabe la menor duda: ¡la sombra que está detrás de ti eres tú! Tu yo de antes de tu *pequeño incidente*, que ahora presiona su mano sobre tu hombro para obligarte a permanecer sentada y seguir escribiendo a máquina vuestra historia.

Capítulo 32

¡Otra vez ese pitido estridente y quejumbroso! ¿Estaría solo soñando o la sirena antiaérea había empezado a difundir su grito de verdad? Fue el frenético vocerío de los vecinos lo que le dio la triste confirmación: «¡Todos al refugio!», oyó gritar al responsable del edificio, que alternaba sus llamadas con vigorosos golpes en todas las puertas. «Llevaos solo lo esencial», gritó. «Bajad a paso ligero, pero sin atropellaros.»

A pesar de las recomendaciones del hombre, un alud de pasos se precipitó escaleras abajo, acompañado por imprecaciones, llantos de niños e invocaciones a la bondad divina. Pese a no tener la menor intención de bajar al refugio en compañía de esas ruidosas almas en pena, en la oscuridad del dormitorio Dalia buscó a tientas su ropa y se vistió rápidamente; tenía la convicción de que, sea lo que fuere lo que el destino le reservaba, era preferible afrontarlo vestida con dignidad y no en camión. El responsable del edificio, el único que subía por las escaleras mientras todos los demás las bajaban, llegó al cuarto piso y llamó a cada una de las puertas, incluida la de Dalia.

—¿Hay alguien en casa? —gritó jadeando a causa de los cuatro pisos de escaleras—. Todos al refugio, esto no es un simulacro de ataque.

Al escuchar al hombre llamar en un tono tan afligido, Dalia estuvo tentada de responder a la llamada y seguirlo, pero resistió y permaneció inmóvil en la oscuridad, junto al escritorio.

El piafar de los últimos pasos se desvaneció por las escaleras y la sirena seguía ladrando, mientras la voz del responsable del edificio ya se había apagado, reemplazada por el funesto estruendo de los bombarderos.

Antes de que la ciudad empezara a temblar bajo la granizada de bombas, Dalia ocupó su lugar en el escritorio, buscó a tientas el cajón y sacó una hoja de papel, que metió en el carro, puso los dedos en las teclas de la Olivetti y empezó a tamborilear en ellas el ejercicio número uno de la mecanografía: ASDF – espacio – MLKJ – espacio.

Después de aproximadamente media página de esa idéntica secuencia, Dalia pasó al ejercicio número dos, en el que se agregaban las vocales E e I colocadas en la fila de teclas por encima de la de las letras anteriores: ASDFE – espacio – MLKJI – espacio.

Las yemas de los dedos daban golpes rápidos y secos a las teclas, produciendo un ligero chasquido que precedía apenas al repiquetear de los tipos en el rodillo.

Una explosión distante, luego otra más cercana, de nuevo una distante; la casa vibraba, los muros gemían como a punto de romperse, luego todo volvía a la normalidad hasta la siguiente explosión. Dalia proseguía pulsando las teclas como en trance, respirando profundamente, mientras los cristales y las tejas de las casas de alrededor se estrellaban contra el suelo.

Un estruendo más cercano la obligó por un momento a retirar los dedos del teclado, que volvieron de inmediato a buscar el contacto tranquilizador de las teclas. ¿Se habría roto un cristal

de su casa? Dalia decidió no preocuparse y permanecer en el escritorio; ahora sus dedos habían dejado de repetir los ejercicios básicos de la mecanografía y, estremecidos por una emoción hasta entonces no experimentada, estampaban en la hoja un texto, mejor dicho, más que un verdadero texto, una serie de frases; algunas largas, otras sincopadas, otras incompletas, cada una de las cuales expresaba un pensamiento dedicado a un ser querido. Ciertas frases eran nostálgicas y cariñosas, como las reservadas al contable Borio y a su mujer, que la habían querido como a una hija; otras eran severas y llenas de rabia, como las que atañían a su padre o a su marido, y otras eran incongruentes y desvariaban acerca de Gianni y de la señora Matteis.

Las frases más severas, las más amargas y dolorosas, eran con todo las que se dirigía a sí misma. En los minutos que siguieron, jalonados por las explosiones, Dalia hizo enmienda de todos sus errores y, con cada admisión, el nudo que le atenazaba la garganta parecía aflojarse, mientras que el estremecimiento que percibía por los dedos se avivaba.

Hubo otra explosión, esta vez muy cerca, a la que siguió un golpe seco y humo. ¿Habría sido alcanzada la casa y ahora estaba en llamas? Dalia tosió, pero siguió escribiendo impertérrita y desesperada, hasta que su nariz llegó a la conclusión de que no se trataba de humo, sino de polvo de los escombros. Las explosiones se hicieron más escasas y lejanas, con un efecto similar a una tormenta de verano que se aleja. El edificio comenzó a reanimarse y por las escaleras se reanudó la triste procesión de los vecinos, que volvían a sus viviendas a contar los enseres que aún seguían enteros; algunos bendecían al cielo por haber salido ilesos, otros lo maldecían con una jaculatoria de improperios. Exhausta por el miedo y por la frenética escritura, Dalia ni siquiera trató de irse a la cama, sino que, apoyando la cabeza en los brazos, se adormeció en el escritorio.

Cuando abrió los ojos, unas horas después, una extraña luz inundaba la habitación. Abriendo con esfuerzo una estrecha hendidura entre sus párpados, Dalia se concentró en las ventanas, cuyas cortinas negras, ahora moteadas de polvo blanco, todavía estaban perfectamente cerradas. Con sumo esfuerzo, se obligó a abrir por completo los ojos y a levantar la cabeza del escritorio, pero le entró un ataque de tos y con cada sacudida se elevaba una nube blanca: estaba cubierta de polvo de yeso. Dalia se puso de pie y miró a su alrededor: la habitación, blanca como un paisaje de montaña, resplandecía a causa de los destellos del sol que se filtraban por el techo a través de un agujero de considerables dimensiones.

La joven miró consternada el cielo azul de mediados de agosto que se mostraba por detrás de las vigas desnudas del techo. Un ruido repentino la sorprendió a sus espaldas; Dalia se volvió asustada y vio, encaramada en lo alto del aparador, una paloma que la observaba tan asombrada como ella, con la cabeza ligeramente inclinada, casi como si esperara explicaciones.

—No ha habido víctimas. —Así la recibió el abogado abriéndole la puerta, sin recurrir a la criada—. Un verdadero milagro. Las bombas han llovido del cielo como granizo, sin alcanzar a nadie en la cabeza, ¿no es increíble?

—Un milagro —coincidió Dalia con una sonrisa forzada.

—Pobre niña, debes de estar exhausta después de una noche así —constató el abogado—. Si lo prefieres, puedes irte a casa a dormir un poco. Esta mañana también le he dicho a Pierina que se fuera —explicó refiriéndose a la criada—, tenía el color de un trapo, la pobrecilla.

—Prefiero quedarme aquí y trabajar, si no os importa.

—¿Importarme? ¿Y por qué me iba a importar? Es natural querer un poco de compañía en días como estos. ¡Ughin! —llamó el abogado.

El chiquillo se acercó a ellos mascullando un saludo somnoliento.

—¿Te importaría prepararnos un café, por favor? Luego puedes volverte a la cama.

—Sí, abogado —se espabiló el chiquillo mientras se dirigía a la cocina, orgulloso de su encargo.

—Nuestro Ugo sabe hacer un buen café —dijo Ferro abriéndole paso en el estudio, donde los libros yacían aquí y allí de forma más desordenada de lo habitual—. Aprendió a preparar el café cuando vivía con su madre en el burdel. Allí, con los horarios a los que se ven obligadas esas pobres señoritas, el café fluye como agua corriente, por más que a veces sea solo sucedáneo de achicoria.

Ferro señaló a Dalia una silla para que se sentara, luego ocupó su lugar frente a ella en su sillón de lectura. Los dos permanecieron en silencio esperando a que Ugo les sirviera el café, que se tomaron también en silencio.

—¿Has pasado mucho miedo, querida?

—Un poco menos que la primera vez.

—¿Tu edificio ha sufrido daños?

Con la voz rota por los sollozos, Dalia le contó lo que le había pasado a su techo.

—Lo siento infinitamente —se lamentó.

—No es tan grave —respondió ella sorbiéndose la nariz—; de todos modos, no me quedaba otra que dejar el apartamento a final de mes y buscar un alojamiento más modesto. El alquiler, para mí sola, es demasiado alto.

—¿Dónde dormirás esta noche?

—En mi casa —contestó Dalia—. El techo del dormitorio está intacto.

—¡Eso ni en broma! No puedes dormir bajo un techo inseguro. Te mudarás aquí conmigo.

—No puedo abusar de vuestra generosidad —se resistió.

—No pretendo hospedarte, sino alquilarte una habitación. —El abogado permutó su propuesta para no herir el orgullo de la joven—. Te ofrezco alojamiento y comida a cambio de tu trabajo de mecanógrafa. ¿Qué te parece?

Dalia se tomó un momento para reflexionar: los escasos trabajos de mecanografía que necesitaba el abogado no eran suficientes para cubrir los gastos de un alojamiento, pero la idea de vivir con el abogado y su joven protegido le pareció mucho más tranquilizadora que buscar un ático miserable con un alquiler a su alcance en donde disfrutar tan solo de la compañía de sus propios pensamientos.

—Gracias, abogado. Me encantaría vivir aquí en vuestra casa.

—¡Maravilloso! Seremos como una pequeña familia extraña e inverosímil: un viejo ratón de biblioteca, una joven mecanógrafa y un hijo de padre desconocido —se rio el abogado—. Creo que juntos podremos ser bastante más felices que muchas familias ordinarias y respetables.

—Yo también lo creo —sonrió Dalia reconfortada.

—¡Caramba, menudo agujero! —constató Ugo observando el techo del apartamento de los

cónyuges Cerri, cuya estructura corría un riesgo evidente de derrumbe, al igual que su matrimonio.

El chiquillo, a quien el abogado había encargado que la ayudara en la mudanza, seguía las órdenes de Dalia con pericia y rapidez, guardando libros, embalando platos y doblando la ropa. Dado que la vivienda se había alquilado ya amueblada, todo lo que se necesitó fueron un par de maletas y un pequeño baúl para amontonar todas las posesiones de Dalia y su marido.

—Señora Cerri —llamó su atención Ugo mientras Dalia se preparaba para cerrar a sus espaldas para siempre la puerta del domicilio conyugal—. Os estáis olvidando del cuadro —le dijo señalando la fotografía de Mussolini, que, sobre la repisa de la chimenea, miraba orgulloso y rígido hacia delante a través de la cortina de polvo que cubría el cristal del marco.

—Eso no es mío —declaró Dalia cerrando definitivamente la puerta.

Capítulo 33

Rosina vive en el quinto piso, en un ático luminoso cuyas buhardillas se asoman a piazza Savoia, en el centro de la cual se encuentra el obelisco que conmemora las leyes Siccardi. Siempre te ha parecido bastante irónico que, para conmemorar las leyes que abolieron algunos privilegios del clero, Turín no haya elegido un monumento de carácter laico, sino un obelisco, un símbolo mágico y pagano nacido en el antiguo Egipto como representación terrenal del dios Ra.

La muchacha te ha recibido sonriéndote con esa sonrisa suya rosa y transparente y te ha invitado a ponerte cómoda.

Mientras te prepara un café, te sientas en un sofá de un bonito color turquesa, tratando de recuperarte de los cinco pisos de escaleras y observando la pequeña pero agradable casa. Las paredes blancas están animadas con lienzos sin marco que representan rostros humanos, flores y animales delineados con pinceladas rápidas y coloridas que recuerdan a cierta pintura sudamericana. El escaso mobiliario consta de piezas de la primera mitad del siglo XX, algunas bastante interesantes, aunque no de gran valor, que confieren a la casa una sobria originalidad. Sobre una cómoda de los años veinte descansan algunos libros, que te preguntas cómo puede haber leído Rosina siendo prácticamente ciega. Quizá los leyera hace años, cuando tal vez tuviera algunas dioptrías más. Los lomos de los volúmenes, unos veinte en total, se ven un poco desgastados y eso te trae a la cabeza al abogado Ferro y la clasificación que hacía de los lectores.

Una biblioteca de volúmenes algo estropeados afirmaba que era propia de un «lector de mercadillo», el que suele buscar sus libros en los tenderetes de segunda mano para poder ahorrar, ya que los lee en grandes cantidades. Las bibliotecas de los «lectores de mercadillo» suelen ser, sin embargo, imponentes, mientras que la de Rosina cuenta con pocos volúmenes y eso, siguiendo las teorías del abogado Ferro, podía hacer de ella una «relectora». Los relectores leen, y sobre todo releen, sus títulos favoritos hasta el punto de deteriorar los volúmenes. Algunas veces se topan con un nuevo título que leen con cierta desconfianza, pero si ese texto los impresiona, entra a formar parte de pleno derecho de su pequeña biblioteca de libros «relegibles».

Sea cual sea la clase de lectora que es, o haya sido, Rosina, lo indudable es que no has ido a su apartamento a hablar de lectura.

—¿Cómo está usted, señora Dalia? —te pregunta Rosina ofreciéndote una taza de café.

—Creo haberla visto —sueles todo de una sentada.

—¿En serio? —te pregunta tomando asiento junto a ti en el sofá turquesa.

—¡La vi, desde luego! —confirmas—. Ayer por la noche. Se hallaba detrás de mí mientras yo estaba sentada ante la máquina de escribir.

—Es usted escritora —dice Rosina con un tono que oscila entre la pregunta y la afirmación.

—No, soy mecanógrafa.

—¿Y qué estaba mecanografiando de tanto interés como para despertar la atención de su yo de antes?

—Mi vida —respondes con naturalidad—, o, mejor dicho, la vida de las dos.

—La de ustedes dos, claro —confirma la muchacha—. Pero si estaba escribiendo su vida, sí que es usted escritora.

—No lo creo —intentas explicar—, en realidad no soy yo quien escribe. Materialmente paso a máquina, pero...

—Sí, creo que lo entiendo —confirma sacándote del apuro de tener que dar más explicaciones, que en cualquier caso tampoco habrías sido capaz de formular.

—¿Intentó hablar con ella?

—¿Dice con mi yo de antes? No, no parecía tener ganas de charla, al contrario, diría que estaba enfadada. Tenía una mano apoyada en mi hombro, como si quisiera impedir que me levantara de la silla y dejara la máquina de escribir.

—Entiendo —dice Rosina con convicción—. Está empezando a perder la paciencia.

—¡Yo también estoy perdiendo la paciencia!

—Sí, por supuesto, es la misma paciencia en ambos casos.

A pesar de que la conversación que estáis manteniendo sea de lo más extravagante, esa muchacha, blanca y lisa como una hoja de papel nueva, tiene unos modales tan tranquilizadores que te induce a confiarle todas las rarezas que has protagonizado en las últimas semanas: desde la primera vez que sentiste el cosquilleo en las manos, pasando por el sueño lúcido en el que entrevistaste el sobre amarillo en la mesita del bar o las múltiples apariciones y desapariciones de la anilla de cortina, hasta llegar al costurero de juguete y la aparición de una segunda anilla.

—Le ha dado muchas cosas sobre las que reflexionar —observa Rosina al final de tu relato, que tienes la sensación de haber narrado de una manera algo caótica, pero que ella parece haber seguido sin ninguna dificultad—. Es de comprender por qué su yo de antes está perdiendo la paciencia; se está empleando a fondo.

—Ya lo siento —rezongas—, pero si ese yo desea que yo resuelva la situación, tendrá que empezar a mandarme señales más claras y no tantas charadas.

—Hace lo que puede —lo justifica Rosina.

—Y yo también hago lo que puedo.

—Es verdad —te concede la muchacha.

—¿Tiene algún consejo que darme? —preguntas para llevar la conversación, en la medida de lo posible, hacia un lado práctico.

—No estoy segura —admite apartándose un mechón rubio claro de sus ojos aún más claros—. Supongo que su yo de antes recuerda solo lo que usted ha olvidado.

—¿Se refiere a los dos meses antes de mi *pequeño incidente*?

—Del *pequeño incidente* de ambas —te corrige—. Debe de haber sido ese hecho traumático lo que las separó como dos piezas de un mismo rompecabezas y que ahora ambas están tratando de reunir. Pero las mías son solo conjeturas.

Nunca has ido a un psicólogo, pero en todo caso te da la impresión de que lo que Rosina está haciendo por ti es parecido a lo que hacen los psicólogos. Esa chica es una especie de psicóloga de lo extravagante que trata de ayudarte a encontrar una solución, aunque ella misma la desconozca.

—Concéntrate en lo que no ha escrito —te sugiere al final.

—¿Se refiere a lo que aún he de escribir?

—No solo a eso —dice—, y presta atención a las pequeñas cosas, a detalles insignificantes.

Su yo de antes está usando como recordatorio un objeto muy trivial: podría haber elegido una joya, un hermoso vestido o un adorno de valor, y, en cambio, ha optado por una anilla de cortina, y esto podría significar que quiere que presta atención a las minucias.

Le das las gracias a Rosina y te dispones a dejar esa coqueta buhardilla, con las ideas aún más enmarañadas que cuando llegaste.

Capítulo 34

La vida en casa Ferro transcurría serenamente. Excepto por los raros momentos en los que recibía a sus escasos clientes o acudía al tribunal para asistirlos, el abogado se limitaba a permanecer en su despacho leyendo, ordenando los volúmenes según una cierta lógica, a veces por autor, a veces por género, editorial o título, para recomponer luego el orden aleatorio original. Desde que Dalia era su huésped y Ferro le había cedido su habitación, el hombre dormía incluso en el gran salón de los libros, donde había hecho colocar una cama. En realidad, hacía muchos años que el abogado tenía planeado aquel pequeño traslado, que en su opinión le permitiría reducir los desplazamientos nocturnos y matutinos de una habitación a otra, permitiéndole ahorrar tiempo y ganar algo así como una página y media de lectura al día.

Dalia nunca entraba en el despacho del abogado, excepto cuando él mismo la llamaba para dictarle una carta o encargarle alguna otra tarea de secretaría, o después de cenar, cuando los tres habitantes de la casa se reunían para leer en silenciosa compañía, cada uno su propio libro. La elección de las lecturas para cada uno era cosa del abogado, e incluso el joven Ugo se sometía con calmada resignación a la lectura de libros para niños de edad muy inferior a la suya, que leía despacio y con mucho esfuerzo, siguiendo las letras con el dedo índice de su mano corta y rechoncha.

—Las lecturas os fortalecen, queridos míos —les repetía Ferro a sus dos invitados—. Nada de vitaminas de esas de las que tanto se ha parloteado en estos últimos años.

Ahora que la habitación de los libros había sido expurgada de los volúmenes prohibidos por el MinCulPop, parecía algo menos caótica, pero de forma apenas perceptible. A veces, sin embargo, cuando el abogado elegía las lecturas para él y sus invitados y su elección recaía en uno de los títulos que faltaban, empezaba a refunfuñar y a insultar a la Comisión de Saneamiento Librero y a la censura medieval a la que estaban sometidos los lectores italianos.

—Italia es uno de los países de Europa occidental con la tasa más alta de analfabetismo —refunfuñaba el abogado—. Mussolini no deja de repetir que quiere reducir semejante plaga, pero hasta ahora lo único que ha reducido son los libros que pueden leerse.

Otro momento en el que Dalia y Ugo podían acceder al despacho era por la mañana, durante la hora dedicada a la lectura de los periódicos. Ugo bajaba a comprarlos en cuanto se levantaba, al quiosco de via Corte d'Appello, de modo que se hallaran sobre el escritorio del abogado a las ocho y media en punto, cuando daba comienzo lo que Ferro llamaba «el momento de ponerse al día sobre los asuntos del mundo». Mientras los adultos leían y comentaban las noticias, el joven Ugo esperaba a que terminaran su lectura para poder mirar las viñetas, lo que hería la susceptibilidad del abogado.

—Lo de los tebeos de hoy no es sátira, sino propaganda en estado puro —ponía en guardia a Ugo, que tanto disfrutaba siguiendo las aventuras de *Balillino bolonio, un auténtico demonio* y

de *Gian Lupetto*.

Ferro se abstenía de prohibirle tales lecturas, ya que, en su opinión, la censura siempre era ilegítima, incluso cuando atañía a productos editoriales de contenido execrable.

—¡Oh, cielo santo! —exclamó el abogado la mañana del 25 de agosto levantando los ojos de la *Gazzetta*—. Fíjate en esto, Dalia.

—*Cartas de un soldado italiano a su esposa* —leyó Dalia. El artículo se hallaba en la última parte del periódico, el suplemento dominical en el que se publicaban cuentos, novelas por entregas y artículos de entretenimiento.

«Querida Dalia, mi dulce y orgullosísima esposa —así empezaba el texto—: Tú que te despediste de tu marido cuando se marchaba voluntario para defender a la madre patria sin derramar una sola lágrima, como debería hacer toda virtuosa mujer italiana. ¡Tu sacrificio de amor será bien recompensado cuando tu esposo vuelva vencedor!» Con un nudo en la garganta y las manos temblorosas, Dalia desvió la mirada hacia el final del artículo, que llevaba la firma de Nuto Cerri.

—Eres la protagonista de una novela epistolar por entregas —Ferro negó con la cabeza.

—La señora Cerri se hará famosa como una diva del cine —comentó Ugo levantando por un instante la mirada de la viñeta dominical de *La Stampa*.

—Tu marido está contando sus proezas bélicas en forma de cartas dirigidas a ti.

—Las cartas que nunca me ha escrito hasta ahora —profirió ella con un hilillo de voz.

—No seas tan negativa, tal vez sea su manera de volver a recuperar la relación y conseguir que lo perdones —aventuró Ferro, por más que fuera evidente que no creía en lo que estaba diciendo, aunque estaba convencido de que, puesto que la joven debía pasar su vida con el hombre con quien tan incautamente se había casado, tanto daba que pudiera ver el lado positivo en él, siempre que en ese escritor de mala muerte fascista hubiera alguno—. Me pondré en contacto con el periódico en mi condición de representante legal tuyo para tratar de obtener la retribución debida a Nuto Cerri. Ahora que está en el ejército, es el rey quien ha de hacerse cargo de su manutención, mientras que a ti esas cuatro liras te vendrían muy bien. Y, además, ¿quién nos dice que tu marido no está escribiendo esta novela epistolar precisamente con el objetivo de mantenerte?

—Estoy segura de que lo está haciendo por sí mismo —objetó Dalia recorriendo rápidamente con la vista el texto en el que Nuto describía la vida cotidiana de un osado soldado itálico y las fases más destacadas de su actuación como voluntario, como el ataque del 21 de junio a una Francia ya exhausta por las ofensivas alemanas y la reciente campaña de Grecia, en la que parecía estar actualmente destinado—. Lo único que mi marido quiere es que le sigan llamando «escritor combatiente», «fúlgida pluma del Imperio italiano» y otras bobadas parecidas.

El abogado, en lo hondo de su corazón, estaba de acuerdo con las palabras de la muchacha, pero pensó que lo más oportuno era abstenerse de comentarios.

Excepto por el descubrimiento de la novela epistolar por entregas que estaba publicando su marido, la vida de Dalia en casa del abogado discurría de manera tan sosegada como para conseguir que dejara de lado cualquier preocupación. Bajo el techo de ese hombre excéntrico, lleno de manías y costumbres singulares, se sentía mucho más segura de lo que se había sentido

jamás con su padre o con su marido. Por las noches dormía con sueños plácidos, sin despertarse constantemente con la idea de haber oído el pitido de las sirenas antiaéreas. En la atmósfera apacible de esa casa, la posibilidad de un nuevo bombardeo le parecía una hipótesis remota; por eso, en la noche entre el 26 y el 27 de agosto, Dalia experimentó una enorme sorpresa al oír por tercera vez la sirena antiaérea.

—¡Al refugio! —oyó gritar, pero esta vez no era el responsable del edificio, sino el propio Ferro—. Muchacha, ponte algo encima y vámonos —le ordenó llamando a su puerta. Dalia obedeció vistiéndose con gestos de autómatas.

En el pasillo, Ferro la esperaba vestido de punta en blanco, con su correspondiente corbata bien anudada y su sombrero; junto a él, Ugo, con los ojos entrecerrados y el rostro con más arrugas que la ropa que se había puesto de cualquier manera, sostenía una lámpara portátil.

—Abogado, yo no quiero bajar al refugio —aventuró Dalia.

—Tú te vienes, vaya que si te vienes —la conminó—. ¡Es mi casa, son mis reglas!

Por las escaleras del hermoso edificio de via del Carmine no bajaban los pasos frenéticos de decenas de personas asustadas, ya que sus escasos y acomodados inquilinos estaban casi todos veraneando.

Dalia siguió vacilante al abogado y al joven Ugo al sótano.

—No tenemos un refugio común en este edificio —explicó el abogado—, desde los primeros simulacros antiaéreos recurrimos al sótano de la iglesia del Carmine. En cuanto a mí, tras el bombardeo de junio decidí apañármelas por mi cuenta.

Después de caminar por un pasillo bajo y húmedo, el abogado metió una llave en la cerradura de una de las numerosas puertas que se sucedían a lo largo de las paredes, que exudaban humedad.

—Aquí está mi refugio —anunció el abogado.

La lámpara que sostenía Ugo iluminó un sótano con un techo abovedado reforzado con puntales metálicos cuyas paredes estaban forradas con librerías.

—No es solo mi refugio personal —dijo señalando los libros colocados en los estantes—. Aquí han encontrado amparo muchos estimables escritores ingleses, judíos y rusos y todos los excelentes autores que por una razón u otra caen mal a los del MinCulPop.

—Mirad las librerías, señora Cerri —la invitó Ugo, que mientras tanto había iluminado la habitación con varias lámparas de queroseno que desprendían un olor desagradable—. Las he hecho yo —dijo con orgullo—; puse un panel de madera detrás de cada estantería para que la humedad de las paredes no estropee los libros.

—Un trabajo estupendo —lo felicitó Dalia.

—Vamos a sentarnos —los invitó Ferro señalando una mesa redonda rodeada por sillas desaparejadas—. Pronto llegarán los demás también.

—¿Quiénes? —preguntó Dalia.

—Los miembros de la sociedad secreta del abogado —le explicó Ugo.

—Si vas hablando de ello por ahí, ya no será tan secreta —le reprochó Ferro.

—¡Aquí están! —constató Ugo oyendo pasos en el pasillo.

—Les he dado las llaves del portal para que puedan llegar hasta aquí por su cuenta, pero no se lo digas a nadie —le recomendó el abogado a Dalia—. Nuestros vecinos del inmueble no brillan por su hospitalidad.

La puerta de la pequeña biblioteca antiaérea se abrió y aparecieron dos hombres y dos mujeres de aspecto vagamente descuidado y soñador.

—Bienvenidos, cofrades —los saludó Ferro.

Los socios saludaron a Dalia con un gesto de la cabeza y se sentaron sin presentarse, como la joven imaginaba que se haría en una sociedad secreta. A la luz de las lámparas de queroseno, con todo, pudo reconocer al quiosquero de via Corte d'Appello, junto a quien debía de ser su mujer, y al matrimonio Lanza, titulares de la papelería del mismo nombre en via del Carmine.

Empezó a oírse el estruendo de las bombas, pero en aquel sótano el ruido era menos terrible y las gruesas paredes no crujían ni temblaban como las del apartamento de Dalia en el cuarto piso.

Mientras las bombas seguían cayendo, tal vez para aliviar la tensión, los socios discutían en tono polémico y preocupado acerca de los últimos títulos prohibidos por la Comisión de Saneamiento Librero.

—He traído un libro para vos, Gran Maestro olfateador —cambió de tema el quiosquero dirigiéndose hacia el abogado.

—¡Discípulo, la venda! —ordenó Ferro.

Ugo fue a buscar una cajita, colocada en el estante de una de las librerías, que entregó ceremoniosamente al papelerero, quien sacó una tira de raso negro con la que vendó los ojos a Ferro.

El dueño de la papelería le entregó el volumen, el abogado lo abrió, palpó el papel, luego hundió la nariz entre las páginas e inhaló profundamente.

—La tinta exhala un leve olor a putrefacción y un intenso tufo a oxidación, el papel es de bastante gramaje y se está deshaciendo un poco —explicó el abogado mientras seguía olfateando las páginas, como haría un experto sumiller con una copa de buen vino—. Yo diría que este volumen se imprimió entre 1860 y 1862 y, por el grosor de las páginas, supongo que es un tratado científico, matemático me atrevería a decir.

—¡Exacto! —confirmó el dueño de la papelería—. El volumen fue impreso en 1862 en Florencia y es la primera edición italiana del *Tratado de aritmética*, de Joseph-Louis-François Bertrand.

—Es impresionante —murmuró la joven esposa del quiosquero, llena de admiración.

—Tú también puedes perfeccionar esta habilidad, muchacha —la animó Ferro quitándose la venda—, pero tendrás que trabajar mucho.

Después de la extraordinaria prueba de habilidad del abogado, que Dalia había seguido en atónito silencio, los cinco empezaron a discutir sobre los clásicos rusos y su presunta superioridad sobre la literatura italiana coetánea, esa clase de razonamientos que en aquellos días no podían abordarse más que en un sótano.

Dalia siguió la conversación sin participar en ella, con un oído atento a lo que estaba pasando en el exterior. Probablemente, en circunstancias más tranquilas y en un horario más adecuado, habría valorado mucho los comentarios de aquellos bibliófilos.

—Abogado —llamó Ugo al cabo de un rato tirándole de la manga—. Se ha acabado el bombardeo —le hizo notar el chico un detalle que a Dalia, en cambio, no se le había escapado.

—Bueno, muchacho, vete a dormir. Dalia y yo volveremos a casa en cuanto terminemos esta interesante conversación.

Dalia asintió con resignada cortesía, dado que la tensión que la había abandonado hacía un

momento había sido reemplazada por una intensa somnolencia.

—¿Te gustó el bombardeo de anoche? —le preguntó el abogado a Dalia mientras caminaban por vía Garibaldi, donde el tranvía transitaba como si esa noche no hubiera ocurrido nada, mientras los tenderos limpiaban de escombros las entradas de sus tiendas y regateaban con los cristaleros para sustituir los cristales rotos.

—Pero abogado, yo...

—Lo siento, querida, me he expresado mal. Lo que quería saber es si te gustó mi refugio y la reunión de nuestra sociedad secreta.

—No tuve miedo —admitió—, no como durante los otros bombardeos.

—Los libros desarrollan muchas dotes, incluido el valor, y rodearse de amantes de los libros te hace sentir casi invulnerable.

Los dos llegaron al teléfono público de via Roma, adonde ambos acudían para tranquilizar a sus seres queridos sobre su estado de salud, por más que ese tercer bombardeo, como el anterior, no se hubiera cobrado víctimas.

—Aprovechando que llamas a tus conocidos de Avigliana, a ver si averiguas algo sobre Gianni —le encareció Ferro—. Tendría que haber vuelto hace unos días y estoy un poco preocupado.

Pese a compartir las preocupaciones del abogado, Dalia asintió de mala gana, porque preguntar por Gianni la incomodaba.

—Vuelve a casa, Dalia —le propuso el contable Borio gritando en el auricular—. ¿Qué haces sola en la ciudad? Si tuvieras que estar al lado de tu marido lo entendería, pero, ahora que se ha ido como voluntario, ¿quién te obliga a quedarte ahí a tiro de los ingleses? Toma el tren y vente para aquí, te hospedaremos mi mujer y yo si el ingeniero no quiere oír hablar de alojarte en casa.

—Gracias, señor Borio. Lo pensaré. ¿Qué tal está mi padre?

—¿No ha respondido todavía a tus cartas? Y mira que le comuniqué tu nueva dirección para que no tuviera más excusas.

—Os estoy muy agradecida.

—Volviendo a tu padre, aparte de ser un viejo cabezota, yo diría que disfruta de buena salud.

—¿Y qué tal está nuestra querida Dorina?

—Ella también está bien de salud, aunque furiosa con su sobrino.

—¿Con Gianni?, ¿y por qué razón?

—Porque pasa mucho tiempo fuera de casa, a veces incluso la noche entera. Le he dicho que sea menos estricta: Gianni es un buen chico, solo está recuperando un poco el tiempo perdido en su vida de internado.

—Tengo que despedirme, señor Borio —dijo Dalia para acabar con esa conversación que empezaba a perturbarla.

—Una última cosa —el contable bajó la voz a un volumen casi normal—, las golondrinas ya se han ido.

—¿Qué?

—Las golondrinas de la Ca' rossa —precisó el hombre bajando aún más la voz—. Hasta hace unos días no se sabía si iban a poder marcharse o no, había no sé qué dificultades, pero al final

pudieron emprender el vuelo todas juntas.

—Os doy las gracias por la buena noticia, señor Borio. ¿Y adónde se han ido?

—Hacia los países cálidos. Como hacen siempre las golondrinas.

Dalia colgó el auricular, invadida por una sensación de alegría y alivio; la señora Levi había logrado por fin ponerse a salvo junto con sus hijas. Dalia se preguntó llena de esperanza si, una vez instaladas en el misterioso «país cálido» al que aludía el contable, Ester podría escribirle para darle noticias, lo que hasta ese momento no había hecho, probablemente por miedo a que las cartas fueran interceptadas y comprometieran su intento de fuga.

Fortalecida por la buena nueva, Dalia reunió valor para hacer otra llamada telefónica, que, sin embargo, hubiera preferido evitar.

—Señora Cerri, ¿qué tal estáis? —chilló Augusta Matteis—. ¿Cómo os sentís siendo la protagonista de una novela por entregas? Seréis la envidia de todas las esposas y novias de los soldados: ninguna de ellas tiene un marido tan devoto y genial como para inventarse nada parecido, elevando a su esposa a musa inspiradora.

Dalia no sabía qué responder, lo que con la señora Augusta no constituía en absoluto un problema, ya que para mantener viva la conversación bastaba con dejarla hablar a rienda suelta.

—Sois una mujer afortunada, señora Cerri, pero creo serlo mucho más que vos.

Augusta se concedió una pausa, tal vez para recobrar el aliento o acaso para enfatizar la noticia que estaba a punto de comunicarle.

—¡Estoy embarazada, querida mía! El doctor ha dicho que es un verdadero milagro, dada mi edad y las condiciones de mi esposo.

—Me alegro mucho por vos —se congratuló Dalia con el mayor entusiasmo.

—Os reitero mi invitación para que vengáis a pasar algún tiempo aquí en la villa. Supongo que vuestro padre os ha informado ya de que le pedimos que nos prolongara el alquiler de la casa durante todo un año y que él ha accedido generosamente. He esperado demasiado a este hijo para permitir que nazca bajo las bombas. Prefiero quedarme aquí hasta el otoño del año que viene, cuando el pequeño ya tendrá unos meses y la guerra habrá terminado hace mucho.

—Me parece una idea excelente —confirmó Dalia, para quien la noticia era buena por partida doble, ya que la prórroga del contrato de alquiler de la villa garantizaba a su padre ingresos para todo el año venidero.

Alentada por tantas noticias buenas, Dalia se atrevió por fin a hacer la pregunta por la que la había llamado:

—¿Tenéis noticias de Gianni?

—¿Gianni? —preguntó la señora Matteis a su vez, como si hubiera oído un nombre desconocido—. No, no sé nada de él desde hace tiempo —explicó en un tono inusualmente grave—. Sé que ha vuelto a Turín hace una semana más o menos para empezar las prácticas en la *Gazzetta*. Pero estoy segura de que está bien. Mi marido lo ha tomado bajo su protección —dijo de nuevo con tono más alegre.

Augusta siguió hablando de su inesperado embarazo, de la felicidad del señor Matteis y de todas sus halagüeñas expectativas para el futuro de su familia. Dalia se esforzaba por escucharla, pero sus pensamientos estaban en otra parte: Gianni había vuelto a Turín hacía días y todavía no se había puesto en contacto con ella.

—¿Alguna noticia de nuestro Gianni? —le preguntó el abogado Ferro mientras se dirigían de vuelta a casa.

—Parece estar bien, salvo algunos desacuerdos con su tía —improvisó.

—¿Sabes algo de cuándo volverá a Turín?

—No —mintió Dalia clavando la mirada en el adoquinado de via Garibaldi.

Capítulo 35

Vuelves a leer las páginas del texto mecanografiado, esforzándote por seguir las lacónicas sugerencias de Rosina, es decir, concentrarte en lo que no has escrito y en los detalles insignificantes.

Has releído tus escritos, analizándolos hasta en sus menores detalles, pero ninguno de aquellos en los que has centrado tu atención te ha proporcionado intuición alguna. En cuanto al consejo de concentrarte en lo que no has contado, después de devanarte los sesos, te planteaste la hipótesis de que Rosina pudiera referirse a aquellos elementos que, aparecidos como destellos en tu memoria, no estaban relacionados, sin embargo, con el texto mecanografiado: el sobre amarillo lo primero, en el que Nadia, la chica del bar, afirma que había un nombre escrito, y el costurero de juguete, dentro del cual, en una época lejana, se guardaban las tristemente famosas anillas de cortina. Te concentras en este último elemento, girándote de repente de vez en cuando con el miedo y la esperanza de que tu yo, el de antes, esté nuevamente detrás de ti, acaso para hacerte una sugerencia. Evocas los juguetes de tu infancia: muñecas de porcelana tan hermosas y delicadas que no podías jugar con ellas por miedo a estropearlas, animales de trapo que te hacían compañía bajo las mantas y canicas de colores que tú fingías que eran piedras preciosas.

El estuche de costura no estaba entre tus juguetes, de eso estás casi segura, y, sin embargo, la imagen que tu memoria ha evocado era la de un objeto familiar.

—¡Ester! —murmuras.

Si ese juguete no era tuyo, pero se te ha quedado tan impreso en la memoria, la única explicación es que pertenecía a tu amiga más querida. Consultas el reloj, son las nueve de la noche, un horario todavía apropiado para una llamada telefónica.

Durante los años de la guerra, cuando se refugió en Argentina, Ester logró hacerte llegar dos cartas. En la primera, que recibiste en la primavera de 1941, te contaba sus primeros meses en Buenos Aires, que pasó con su madre y sus hermanas pequeñas en absoluta pobreza, esperando a que su dinero, al que no tenían acceso por Dios sabe qué enredos burocráticos, estuviera por fin a su disposición. En la segunda carta, que recibiste en 1943, te anunciaba en cambio que su padre había logrado escapar por fin del pueblo del sur de Italia al que lo habían desterrado y se había reunido con ellas solo unas semanas antes de que empezara la horrible operación llamada «solución final», que provocó la deportación de miles de judíos. Después de la guerra, las cartas de Ester se hicieron más frecuentes; te contaba la intensa y despreocupada vida que llevaba en Argentina, sus estudios universitarios, las animadas noches de Buenos Aires y sus amores esporádicos pero incontenibles. Fue, sin embargo, cuando regresó a Italia y se instaló en Roma con su encantador marido, estudioso de historia del arte sudamericano, cuando Ester y tú empezasteis a hablar con regularidad, recurriendo además al teléfono.

¿Cuánto tiempo llevas sin llamar a Ester? ¿Fue en la última Nochevieja? ¿O quizá fue ella la

que llamó el día que cumplías setenta años?

Las comunicaciones entre vosotras, asiduas en un principio, fueron volviéndose esporádicas con el tiempo, para acabar relegadas a ocasiones especiales y, al final, se extinguieron casi por completo, dejándote en la cabeza un pensamiento fijo que te repite, con voz cada vez más débil: «Deberías llamar a Ester», hasta llegar al extremo de que te avergüenzas de hacerlo después de tanto tiempo.

Al final, te armas de valor. Sobre tu escritorio descansa un teléfono moderno, uno con teclado en lugar del viejo disco. Marcas el número de Ester sin necesidad de la libreta de direcciones.

—Dígame, ¿quién es?

—Hola, Ester. Soy Dalia.

—Qué alegría oírte —dice—. Estuve pensando en ti la semana pasada, me decía a mí misma: tengo que llamarla un día de estos.

Sonríes: invariablemente, la primera de las dos que recibía una llamada de la otra después de mucho tiempo se sentía siempre obligada a justificarse con una frase de ese tipo.

—Siento que haya pasado tanto tiempo desde la última vez que hablamos —reconoces arrepentida.

—No diría yo que tanto tiempo —responde Ester—. Nos llamamos hace un mes y medio, dos como máximo.

—Ah, sí, claro —improvisas.

—Hace unas semanas intenté llamarte para saber cómo ibas con tu proyecto, pero no me contestaste al teléfono. Me quedé un poco preocupada —sigue hablando sin parar, mientras tú quisieras detenerla para saber a qué proyecto se refiere—, pero luego sucedió algo que me distrajo gratamente.

Renuncias a tu propósito de hacerle la pregunta; tu amiga está demasiado entusiasmada con lo que está a punto de contarte y sería cruel interrumpirla.

—He sido abuela por tercera vez —proclama ella.

—¿Anita tuvo otro hijo? —le preguntas.

—¡No, Anita no, Diego! Es un niño, se llama Samuele, como mi padre. Te había contado que Diego estaba a punto de ser padre, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —mientes para no decepcionarla—. Es que estoy un poco cansada esta noche, eso es todo.

—¿Cómo es que no me contestaste el teléfono? —te pregunta—. ¿Te has quedado sorda, además de tus despistes habituales?

—He estado unas semanas hospitalizada y Germana, la criada, aprovechó para quedarse un tiempo con su hija. Por eso no te contestaba nadie el teléfono.

—¿Qué te ha pasado? —se alarma Ester.

—Tuve un... —Estás a punto de decir *pequeño incidente*, pero no te apetece recurrir a eufemismos con tu amiga más querida—. Tuve un ictus.

—¡Santo cielo, ojalá lo hubiera sabido!

—¿Hubieras dejado plantados a tu marido y a tus nietos para venir a verme? No habrías podido hacer nada más que perder el tiempo. Los doctores me atendieron como es debido y Germana me cuidó más de lo necesario incluso.

—¿Y ahora estás bien?, ¿te ha dejado alguna secuela? Una antigua compañera mía de trabajo

se quedó semiparalizada después de un ictus.

—A mí no me ha pasado —zanjas la cuestión. No tienes ganas de hablar de tus achaques para pasar luego a los suyos y a los de su marido, y llegar al final a la muerte de vuestros conocidos mutuos lejanos. Todavía no te sientes tan vieja como para entretenerte en conversaciones tan deprimentes y tediosas.

—El otro día estaba en mi tienda —cambias rápidamente de tema— y cayó en mis manos un viejo estuche de costura.

—¿Por fin te has dedicado a las labores femeninas? —ironiza Ester.

—Por supuesto que no, pero ese objeto hizo que se me viniera a la cabeza el costurero de juguete que tenías en la Ca' rossa.

—¿De verdad tenía un juguete así? —pregunta perpleja—. Me parece que mi memoria también está empezando a jugarme malas pasadas. Recuerdo el costurero de mi madre, era de mimbre y... —Un ruido de algo que se rompe, seguido de unos gritos salvajes, interrumpe sus palabras—. A mis nietos se les ha caído un vaso, tengo que ir antes de que se corten con algún trozo de cristal. Discúlpame —se despide antes de colgar.

Un poco decepcionada, vuelves a sentarte en el escritorio, pero no te da ni tiempo cuando suena el teléfono.

—Soy yo otra vez —se anuncia Ester mientras se oyen de fondo los gritos a todo pulmón de un niño—. Se me ha venido a la cabeza: es verdad que en la Ca' rossa yo tenía un costurero de juguete. Me lo llevaba conmigo cuando tú, Gianni y yo nos íbamos de paseo por las inmediaciones, para tener algo que hacer si me negaba a participar en vuestros juegos temerarios. —El trasfondo de gritos se vuelve más intenso—. Te dejo, tengo que acostar a los niños. Cuando están cansados se ponen nerviosos. Hasta pronto. —Cuelga sin darte oportunidad de preguntarle si se acuerda por casualidad también de dos pequeñas anillas de cortina.

Capítulo 36

Envuelta en un abrigo para resguardarse del frío de finales de octubre, Dalia se encaminó, como todos los viernes por la tarde, a la sede de la *Gazzetta del Popolo* para recoger la remuneración que correspondía a su marido por cada entrega de la novela epistolar *Cartas de un soldado italiano a su esposa*. Las entregas de la novela aparecían todos los domingos en la *Gazzetta* desde hacía varios meses y estaban obteniendo un gran éxito: todo el mundo las leía, excepto Dalia, que no encontraba en esas líneas ningún rastro de afecto hacia ella, sino solo la fría vanidad de su marido.

—Buenas noches, valerosa recién casada —la apostrofó cariñosamente el empleado del periódico, entregándole el sobre con el dinero. Dalia se lo agradeció con amabilidad y se despidió con prisas. Mientras recorría los pasillos del edificio a paso rápido, la muchacha lanzaba miradas furtivas a las puertas que se sucedían a lo largo de las paredes con la esperanza y el temor de entrever a Gianni.

Desde que había pedido noticias suyas al contable y a la señora Matteis habían pasado ya más de dos meses y, entre tanto, Turín había sido alcanzada por otros dos bombardeos, uno el 6 de septiembre y el otro el 20 de octubre, pero Gianni no se había molestado en ir a via del Carmine para asegurarse de que el abogado y ella estuvieran bien. Ninguno de los bombardeos había causado víctimas, eso era cierto, pero el pobre Ferro estaba infinitamente amargado por la indiferencia de su protegido.

Dalia cruzó el vestíbulo, aliviada y decepcionada al mismo tiempo por no haberlo entrevisto tampoco esa vez.

—Buenas noches, señora Cerri —la saludó un hombre alto y corpulento—. ¿Os acordáis de mí, querida? —dijo estrechándole vigorosamente la mano.

—Señor Matteis —lo reconoció—. ¿Qué tal está vuestra esposa?

—Fermentando como el pan —se rio.

Mientras el señor Matteis la ponía al día sobre el embarazo de su esposa, Dalia vislumbró, un par de pasos por detrás del hombre, a un joven que se tapaba la cara con un portafolios negro de piel.

—Gianni, ¿has visto quién está aquí? —le preguntó Matteis frustrando su intento de esconderse.

—Buenas noches —la saludó el joven con frialdad, con los ojos clavados en sus zapatos nuevos y brillantes.

—¿Habéis venido sola, señora Cerri? —le preguntó Matteis. Dalia asintió—. Afuera ya está oscuro como boca de lobo, no deberíais salir de casa después de la puesta de sol, no en estos días, con la ciudad en penumbra.

—Ahora vivo en via del Carmine, a dos pasos de aquí —se justificó.

—Gianni —lo interpeló el hombre—, ¿me harías el favor de acompañar a la señora Cerri a su casa?

—Con sumo placer —respondió él con un tono que evocaba muchos sentimientos, pero no placer, desde luego.

Los dos jóvenes recorrieron en silencio via Garibaldi, luego doblaron por via Piave, aún sin pronunciar palabra. El silencio entre los dos se hacía más pesado a cada paso, hasta el punto de que Dalia aceleró el paso para acabar lo antes posible con esa tortura silenciosa.

—Hasta pronto, Dalia —se despidió apresuradamente Gianni cuando llegaron al portal del abogado.

—Sube conmigo —le propuso Dalia haciendo un gran esfuerzo.

—No puedo —respondió él apartando la mirada de ella.

—Al abogado le duele mucho tu ausencia. —A la muchacha le hubiera gustado añadir que su actitud fría también la hacía sufrir a ella, pero se contuvo—. No te has dejado caer por su casa desde este verano.

—He estado muy ocupado —respondió con evasivas.

—¿Tanto como para no encontrar unos minutos y visitar a un hombre que ha hecho tanto por ti? —lo apremió.

—Está bien —se rindió exasperado—. Si no he venido a ver al abogado ha sido para no encontrarme contigo.

Los ojos de Dalia se humedecieron de lágrimas, detalle que Gianni no pudo captar debido a la oscuridad.

—¿Por qué, Gianni? —le preguntó Dalia tratando de imponer un tono firme en su voz, que pese a todo vibraba por el llanto.

—¡Lo sabes perfectamente! —respondió—. He tratado de hacer lo posible por no pensar en ti. Me he ido durante meses, y para olvidarte he hecho cosas de las que no estoy orgulloso y que remorderán mi conciencia para siempre. Pero no ha servido para nada.

—¿Crees que es diferente para mí? —Las lágrimas caían ahora copiosas por su rostro—. Tampoco para mí es fácil, al contrario, es mucho más difícil de lo que es para ti. Tú algún día podrás reconstruir tu vida, encontrar a una buena chica, pero yo... —Los sollozos le impidieron terminar la frase.

—No puedo —respondió él con la voz también quebrada—. ¡Dios sabe cuánto lo he intentado!

—Aún no puedes, pero pronto lo harás —intentó consolarlo, aunque su voz rota por los sollozos era de todo menos tranquilizadora—. El amor no es eterno como nos lo pintan en las novelas. Mi amor por Nuto era genuino y devoto y, sin embargo, se diluyó tan pronto como supe quién era en realidad. No me malinterpretes, Gianni, espero con todo mi corazón que la guerra termine lo antes posible y que mi marido vuelva a casa sano y salvo; permaneceré a su lado toda mi vida, como es mi deber, por más que esté segura de que no puedo sentir por él nada más que afecto. Pero el afecto es aún más precioso que el amor, Gianni, es más sincero y duradero, y tú no puedes privarte del afecto que el abogado siente por ti a causa de un sentimiento que pronto se desvanecerá.

—No creo que pueda desvanecerse nunca —protestó él—. Y, además, fue el mismo abogado Ferro quien me sugirió que me separara de ti. ¿Cómo voy a ir a visitarlo si vives en su casa?

—Ven a verlo mañana por la noche, después de cenar —le propuso Dalia—. Me aseguraré de retirarme a mi habitación antes de que llegues —dijo mientras entraba por el portal y lo recorría a paso lento, al tiempo que las lágrimas fluían por sus mejillas.

La noche siguiente, Ferro se sorprendió mucho al ver que Dalia se iba directamente a su habitación, renunciando a la acostumbrada noche de lectura, pero cuando sonó el timbre y Gianni hizo su aparición, todo le quedó claro. El abogado mandó a Ugo a la cama y se retiró con el joven a su estudio.

Tumbada en la cama, Dalia trataba de ignorar la presencia de Gianni, pero lo que no había previsto sin embargo era que desde su habitación, que se comunicaba con el estudio a través de una puerta cerrada e inutilizada desde hacía mucho tiempo, podía oír buena parte de la conversación entre los dos hombres, quienes por suerte no abordaron ningún tema doloroso para ella, sino solo las prácticas de Gianni en la *Gazzetta*.

Las visitas de Gianni continuaron en los días sucesivos y, una y otra vez, al primer timbrado, Dalia se apresuraba a refugiarse en su habitación. A veces la conversación entre Gianni y el abogado atañía a libros leídos, y en tal caso se prolongaba hasta tarde, como sucedió el 8 de noviembre, cuando poco antes de la medianoche las sirenas antiaéreas empezaron a pitar.

—¡Al refugio! —gritó el abogado como siempre, dado que ese era ya el sexto bombardeo en la ciudad. Muy a su pesar, Dalia salió al pasillo, donde la esperaban no solo Ferro y Ugo, sino también Gianni. El grupo bajó por las escaleras que conducían al sótano. Dalia temblaba en cada escalón, no por el estruendo que se oía, sino por la presencia de Gianni, a quien no había vuelto a dirigirle la palabra desde el viernes anterior, cuando le rogó entre lágrimas que fuera a visitar a Ferro.

Ante la puerta de la biblioteca antiaérea, los señores Lanza ya los estaban esperando con mirada asustada, pues las primeras explosiones, en efecto, los habían sorprendido de camino.

—No creo que los Virano vayan a venir —profirió el dueño de la papelería con un hilo de voz refiriéndose al quiosquero y a su mujer—. La sirena ha sonado demasiado tarde y habrán buscado refugio en sus sótanos.

Los seis ocuparon sus lugares alrededor de la mesa, sin encender siquiera las lámparas de queroseno, mientras las explosiones se sucedían a intervalos cortos.

Dalia no se dio cuenta de que se había sentado junto a Gianni hasta que su mano apretó la de ella, sacudida por un leve temblor. El apretón cálido y tranquilizador del joven fue apaciguando poco a poco su temblor, que se despertaba de todos modos con cada estallido. Luego hubo un ruido sordo, y otro, y muchos más.

—¡Mis libros! —gimió Ferro—. Se están cayendo de las librerías.

La mesa también empezó a vibrar, y los estantes, fijados en las paredes por el precavido Ugo, emitían un quejoso chirrido, como si intentaran desprenderse de las paredes para emprender la huida. Tronó una explosión, dejando caer sobre la mesa y sobre las cabezas de sus aterrorizados ocupantes una granizada de arena procedente del techo de ladrillo. Gianni apretó con más fuerza la mano de Dalia; ahora también temblaba la mano de él. Después de interminables y terribles minutos, las explosiones se acallaron, al igual que los refugiados, que permanecieron largo rato en un triste silencio. Fue el joven Ugo quien diluyó la oscuridad y el mutismo encendiendo la

lámpara de queroseno.

Dalia retiró rápidamente, aunque de mala gana, su mano de la de Gianni.

—Mis libros, mis pobres libros —se quejaba el abogado mientras los recogía del suelo y los limpiaba de la arena caída de la bóveda, que, sin embargo, había resistido. Aún sin hablar, todos se pusieron de pie y empezaron a imitar al abogado, recogiendo los volúmenes del suelo y colocándolos en los estantes.

—¡Caramba! —exclamó Ugo, resurgiendo de la lectura de sus historietas—. La señora Matteis es una auténtica belleza.

Dalia se despertó sobresaltada; esta vez no fue la sirena antiaérea lo que la espabiló, sino las voces excitadas que procedían del despacho.

—Sal de la habitación, Ugo —le ordenó el abogado—. Y, además, ¿qué sabes tú de la señora Matteis?

—He oído hablar de ella en el burdel —respondió cándidamente.

—¿No querrás insinuar que la señora Matteis es una de esas? —lo reprendió el abogado.

Dalia aguzó su atención: ¿por qué hablaban de Augusta Matteis el abogado y el joven Ugo?

—¡Qué va! —negó Ugo—. He oído hablar de ella a los clientes del Babi; un montón de hombres la pretendían, pero ella nada. Siempre se mantuvo fiel al gordinflón de su marido. Hasta ahora, por lo menos —se echó a reír.

—Vete corriendo a la cama, mocoso impertinente —lo espantó Ferro.

Dalia sintió los rápidos pasos del chico, que corrió a refugiarse en su habitación, luego oyó a Ferro cerrar de golpe la puerta del despacho.

—¿Esos chismorreos tienen algo de verdad? —oyó que preguntaba la voz de Ferro. A esa pregunta, nadie respondió.

—¡Contéstame, Gianni!

Dalia se incorporó en la cama, su corazón le latía alocadamente.

—Abogado, yo... —oyó decir a la voz de Gianni.

—¿De verdad el hijo de la señora Matteis es tuyo?

—¿Cómo voy a saberlo? —explotó Gianni.

—¿Cómo vas a saberlo? ¡Si te hubieras mantenido a la debida distancia de esa mujer, bien que lo sabrías! ¿De modo que eres su amante?

—No, quiero decir, lo fui. Ocurrió este verano en Avigliana, pero fue ella quien...

—Oh, claro, eres una víctima inocente de las circunstancias —exclamó el abogado—. ¡Una mujer casada y, por si fuera poco, la mujer de tu superior! Pero ¿dónde tenías la cabeza, chico? ¿Cuánto tiempo duró esta vergüenza?

—Unas semanas —explicó—. Y el marido no sospechaba nada hasta que alguien le puso la mosca detrás de la oreja.

—¿Quién?

—Otro chico en prácticas, envidioso de que el señor Matteis me hubiera tomado simpatía. Ese perro no podía estar enterado de nada, y me pregunto cómo fue capaz de poner en circulación esta historia.

—¡Pero si es obvio! Una mujer de cuarenta años se queda embarazada después de muchos

años de matrimonio y es natural que las lenguas viperinas especulen —masculló Ferro.

—El señor Matteis, sin embargo, no cree en los chismorreos —especificó Gianni.

—Por supuesto que no —murmuró Ferro—. Le conviene dar a entender que el niño es suyo; de hecho, probablemente abrigue de verdad esa piadosa ilusión. Ahora, sin embargo, quiere librarse de ti y de los chismorreos. No hay duda de que es él quien está detrás de esa repentina llamada a las armas. A los de tu edad todavía no los han enrolado. Ni siquiera has hecho aún el servicio militar, ¡maldita sea!

En la oscuridad de su habitación, Dalia escuchaba mientras el corazón seguía galopándole en el pecho.

—Tengo que presentarme en la oficina de alistamiento mañana por la mañana —suspiró Gianni.

—¿Mañana mismo? —se sobresaltó Ferro.

Dalia aún no había asimilado la noticia de la paternidad ilegítima de Gianni cuando se vio obligada a encajar otra aún peor.

—No puedo dejar que vayas a que te maten. Matteis es un hombre poderoso, con importantes amistades en el partido, y te enviará al frente para deshacerse de ti —declaró el abogado—. Debes irte de inmediato.

—¿Adónde?

El abogado se tomó unos instantes para reflexionar.

—A Montreal, en Canadá. Tengo un amigo ahí que me debe un favor. Estoy seguro de que aceptará hospedarte durante algún tiempo y echarte una mano para encontrar trabajo en algún periódico.

—¿Cómo voy a salir de las fronteras italianas con una llamada a las armas? Sería desertión.

—¡Oh, sí, pues claro que lo sería! Déjame pensar: probablemente la mejor solución es mandarte a Estados Unidos y luego desde ahí... ¡Ugo! —gritó Ferro.

Los pasos del chico resonaron por el pasillo.

—A vuestras órdenes, abogado.

—Querido Ugo, ¿tu madre sigue teniendo buenas relaciones con la Diplomática?

—¿Quién? —preguntó desconcertado el chico.

—Ada Busso, creo que se llama.

—Ada la Azucarada —se iluminó Ugo.

—Sí, también la llamaban así —confirmó Ferro—, y yo siempre me he preguntado por qué. He tenido ocasión de defenderla en un juicio por un asuntillo de nada, ejercicio ilegal de la profesión, y me pareció una gran arpía, nada de empalagosa.

—La llamaban así porque se lavaba con agua y azúcar —explicó Ugo con su habitual franqueza—. Así su piel tenía un sabor dulce.

—¡Dejemos correr esas cosas! Que tú sepas, ¿sigue trabajando Ada en el consulado americano?

—No es que trabaje allí verdaderamente —especificó Ugo—. Se ha convertido en la acompañante fija de un diplomático. Las cosas le van bien, su amante la mantiene en un bonito apartamento en via Po. Hasta tiene una doncella.

—¿Crees que la señorita Ada nos echaría una mano en cierto asunto?

—Si se lo pido yo, puede que sí —reflexionó Ugo—. Mi madre y ella eran muy buenas

amigas en otros tiempos. Fue mamá quien pagó vuestra minuta cuando sacasteis a Ada de chirona.

—¿Puedes llevarnos a verla? ¿Ahora mismo?

—Supongo que no querréis presentaros en casa de una señorita como esa sin llevarle un regalo.

—¿Un regalo? —se irritó Ferro—. ¿Quieres que pase antes por una pastelería para comprarle una caja de bombones?

—Lo que digo es que la Azucarada no hará nada a cambio de nada —les advirtió Ugo.

—Pero ahora no tengo efectivo y los bancos no abren hasta mañana.

—Una joya también podría valer —sugirió Ugo—, siempre que tenga cierto valor.

Desde su habitación, Dalia pudo oír ceder los muelles del viejo sillón de lectura bajo el peso del abogado, que se había dejado caer exhausto.

—Soy un hombre soltero —gimió el hombre—. ¿Cómo voy a tener joyas?

—No se angustie, abogado —intentó consolarlo Gianni—. Me equivoqué y pagaré por mi error.

—Cometiste un error, eso está claro —replicó—, pero la vida es un precio demasiado alto.

Dalia escuchaba y lloraba, invadida por mil emociones: rabia, desilusión, celos, asco, pero, por encima de cualquier otra cosa, sentía una pena infinita por el abogado y por su desesperación al no poder ayudar a Gianni.

—Con permiso —dijo la joven empujando la puerta del despacho.

—Dalia, ¿qué haces aquí? —le preguntó Ferro en un tono que quería parecer molesto y que en cambio sonaba transido.

—Os he traído algo —dijo entregando al abogado una cajita de terciopelo rojo.

—¡Qué baratija más bonita! —exclamó Ugo observando la pulsera de filigrana de oro y turquesas que Ferro había sacado del estuche de terciopelo.

—No puedo aceptarlo, Dalia —protestó Gianni con lágrimas en los ojos.

—No es para ti —dijo ella extendiendo su brazo para no dejar que se acercara—. La pulsera es para el abogado, será él quien decida la mejor forma de utilizarla.

—¿Estás segura? —le preguntó Ferro levantándose del sillón.

—Sí, abogado.

—Entonces, movámonos —ordenó el hombre a los dos muchachos, dirigiéndose rápidamente hacia la puerta.

—Dalia, yo... —murmuró Gianni acercándose un paso más.

—Date prisa en seguir al abogado; de lo contrario, se pondrá furioso otra vez —le ordenó tratando de que su tono sonara duro—. Sécate los ojos: pareces un niño que ha sacado malas notas —añadió entregándole un pañuelo y saliendo de la habitación antes de deshacerse también en lágrimas.

Capítulo 37

Pañuelo.

Una palabra demasiado elaborada para algo tan pequeño y de tan poca importancia.

Pañuelo: un cuadradito de tela más o menos valiosa, a veces ribeteado o bordado, que pasa la mayor parte de su existencia escondido en cajones y bolsillos, para salir de allí con el fin de detener las lágrimas o contener estornudos.

«*Sécate los ojos: pareces un niño que ha sacado malas notas —añadió entregándole un pañuelo...*»

Repasas las últimas líneas que has escrito a máquina y vuelves a leer la palabra «pañuelo»; tú misma podrías pensar que se trata de un pañuelo cualquiera y, sin embargo, mientras las yemas de tus dedos tocaban las teclas sin que tuvieras el control, visualizaste bien ese pañuelo, hasta en sus mínimos detalles. Como te pasa siempre mientras escribes, las imágenes discurrían por tu mente rápidas y desenfocadas, pero por un momento el flujo de recuerdos se ralentiza, permitiéndote ver con claridad tu mano mientras se metía en el bolsillo y sacaba un pañuelo doblado, con tus iniciales «de soltera» bordadas y coronadas por una pequeña guirnalda de flores rosas, y después la mano de Gianni que lo aferraba y se lo llevaba a la cara.

Te levantas del escritorio con la intención de ir al dormitorio y, mientras caminas por el pasillo, enciendes todas las luces, a pesar de la hora tardía y del hecho de que Germana esté sin duda alguna dormida. Por último, enciendes también la luz de tu habitación, localizas entre los cajones de la cómoda el destinado a guardar los pañuelos y empiezas a rebuscar en su interior.

—¡Aquí está! —exclamas al hallar el pañuelo que buscas. Lo desdoblas, le das la vuelta, es ese, el pañuelo que le diste a Gianni en 1940 y que hace unos días te encontraste en el bolsillo de tu abrigo, y en su interior la anilla de cortina que te atormenta desde entonces con sus apariciones y desapariciones.

Si este pañuelo es realmente el mismo que le diste a Gianni, entonces significa que en los meses anteriores a tu *pequeño incidente* él y tú os visteis. «Sí, no puede ser más que eso», te repites a ti misma yendo y viniendo por el dormitorio para atenuar tu nerviosismo.

A no ser que...

Te quedas helada.

A menos que el pañuelo no sea el que viste mientras escribías, sino otro idéntico.

—¿Se encuentra bien, señora? —te pregunta Germana, a quien ha despertado tu ajeteo y que se presenta arrebujaada en una bata de chinilla.

—Perfectamente, ¿por qué?

Por sus ojos, que se vuelven hacia el cielo, te percatas de que te respondería de buena gana con una de sus pullas, pero se abstiene, quizá porque son las tres de la madrugada y está medio dormida, o tal vez porque se esfuerza por no agobiarte demasiado, como le ha recomendado

Rosina.

—¿Has visto esto antes? —le preguntas entregándole el pañuelo.

—Por supuesto —responde examinándolo—, el otro día, cuando vació los cajones.

—¿Cuánto tiempo lleva en esta casa? —le preguntas.

—Yo diría que bastante —reflexiona—. Tiene sus iniciales de soltera, pero...

—Pero ¿qué? —la apremias.

—No me suena haberlo lavado nunca. —Germana se lleva el pañuelo a la nariz como si quisiera sonarse—. Apesta a naftalina —dice luego disgustada—. No habrá puesto naftalina en los cajones, ¿verdad? —te pregunta severamente—. Sabe que lo detesto.

—No lo hice —te exculpas.

—¿No será que sí lo hizo y no se acuerda? —insinúa Germana—. Como esa anilla que iba dejando aquí y allá y casi me da un patatús.

—¿Te parece posible que haya salido de la casa —intentas defenderte— para conseguir naftalina y meterla luego en los cajones solo para fastidiarte?

—No, la verdad —admite la mujer—, pero mañana revisaré los armarios y los cajones —afirma, tras lo cual gira sobre sus pantuflas de felpa para volverse a la cama—. Rareza tras rareza —la oyes mascullar mientras cierra la puerta de su habitación.

Capítulo 38

Durante las tres o cuatro noches que seguían a un bombardeo, Dalia dormía plácidamente, dado que entre una incursión aérea y otra nunca pasaban menos de diez días. No era una regla escrita, por supuesto, pero le bastaba para concederse algunas noches de tranquilidad. Sin embargo, ese pequeño margen de seguridad se quebró la noche entre el 26 y el 27 de noviembre, cuando la sirena antiaérea pitó a solo cuarenta y ocho horas de la precedente.

En la mañana del 28 de noviembre, el abogado convocó a su reducida y extravagante familia en el despacho, antes incluso del desayuno.

—Nos vamos —anunció sin rodeos—. Lo llevo pensando desde el bombardeo del 9 de noviembre y ahora me he decidido.

—¿Adónde vamos, abogado? —preguntó Ugo.

—A las montañas —respondió—. A un pueblecito del alto valle Stura de Demonte, en la provincia de Cuneo.

—¿Y qué vamos a hacer allí? —preguntó Dalia.

—Para empezar, evitaremos que alguna bomba caiga sobre nuestras cabezas; en segundo lugar, trabajaré como maestro de colegio, tú me ayudarás con las tareas del hogar, mientras Ugo aprovechará la ocasión para sacarse por fin el diploma de primaria.

—Mejor las bombas, entonces —protestó el chico.

—¿Vos estáis titulado para dar clases en la escuela primaria? —preguntó Dalia.

—Antes de matricularme en Derecho me saqué el título de maestro. De niño era muy debilucho, un chaval enfermizo, así que mi madre decidió matricularme en una escuela de magisterio en vez del instituto de letras clásicas, como era tradición en mi familia, de modo que, si mi salud no me permitía aguantar otros largos años de estudio, tuviera en cualquier caso una profesión en la que apoyarme. Me he enterado de que en un pueblo de cuatro gatos, a casi mil setecientos metros de altura, se necesita un maestro de primaria y voy a presentarme al puesto. Hay muchísimos municipios italianos, esparcidos por los cuatro rincones de la península, donde no se encuentran maestros dispuestos a incorporarse, y en general las solicitudes se aceptan de inmediato. —El abogado miró el rostro desconcertado de Dalia—. No puedo obligarte a que te vengas conmigo, querida —se volvió hacia ella—, pero sufriría mucho ante la idea de saberte sola en la ciudad; si vienes con nosotros, en cambio, podrías serme muy útil. Mi criada no quiere trasladarse, y es comprensible, ya que toda su familia vive aquí, en la ciudad, pero tú no tienes a nadie que te retenga en Turín. Ughin es un buen chico y un excelente carpintero, pero, aparte del café, no sabe cómo lidiar con los quehaceres domésticos.

—Sé lavar los platos —protestó Ugo.

—Sí —confirmó Ferro—, pero no tienes ni idea de cómo llenarlos.

—Yo tampoco soy una buena ama de casa —argumentó Dalia.

—No puedo obligarte —repitió—, pero te ruego que te lo pienses con rapidez. Hoy enviaré el telegrama en el que declararé mi disponibilidad para ocupar la plaza de inmediato. Puede que tengamos que irnos a toda prisa, tal vez ya dentro de un par de días.

Dalia no tenía que pensárselo mucho: ahora que Gianni se había marchado a Canadá gracias a los tejemanejes del abogado, no le quedaba ningún rostro familiar en toda la ciudad. Todos sus seres queridos vivían en Avigliana, pero llamar a la puerta de su padre le daba más miedo que quedarse a tiro de los cazabombarderos, sobre todo ahora que debía confesarle que el marido al que él tanto se había opuesto la había abandonado a las pocas semanas de la boda y se había alistado como voluntario sin avisarle siquiera. Además, incluso si quisiera quedarse sola en la ciudad, no tendría medios para mantenerse dignamente.

—Estaré encantada de acompañaros —declaró por fin.

—Por supuesto que estáis encantada —refunfuñó Ugo—. A vos no os toca volver al colegio.

Su marcha al valle Stura de Demonte fue tan repentina como preveía el abogado, pero el viaje resultó largo y fatigoso. Los tres recorrieron un primer tramo en tren, luego prosiguieron durante otro notable tramo en un automóvil puesto a su disposición por el Ministerio de Educación, y al final, cuando el coche se vio obligado a detenerse debido a la nieve que hacía impracticables las carreteras, completaron el recorrido a pie.

El pueblo estaba formado por un puñado de casas, que daban a una única calle que culminaba en una plazoleta donde estaba la iglesia, un minúsculo ayuntamiento y una escuela aún más pequeña. Las casas tenían tejados inclinados y largos balcones de madera que atravesaban las fachadas de piedra. Fuera de lo que sus habitantes llamaban con mucho optimismo «el centro» se levantaban, aquí y allá en medio de los pastos, casitas aisladas, también de piedra.

La escuela, a la que el abogado se incorporó de inmediato, consistía en una sola aula, donde se acomodaban, todos juntos, unos quince niños de edades comprendidas entre los seis y los once años.

—Los maestros de ciudad tienen una vida muy fácil con sus clases de alumnos de la misma edad —murmuraba Ferro cuando por la noche se veía preparando las clases, haciendo uso, muy a su pesar, del tristemente famoso Texto Único de Estado impuesto por el partido fascista.

En cuanto a la casa que el pueblecito había reservado al señor maestro, constaba de una gran cocina en la planta baja y dos pequeñas habitaciones abuhardilladas en la planta de arriba. Por insistencia del abogado, Dalia ocupó la mejor habitación, es decir, la que tenía el techo algo menos inclinado, mientras que Ugo tuvo que contentarse con una cama bajo las escaleras.

Nada más llegar, Dalia se dio cuenta de que la petición del abogado de que se hiciera cargo de las tareas del hogar había sido solo un pretexto para que aceptara marcharse. El abogado, en efecto, ya había contratado a una mujer del pueblo como sirvienta.

Si la existencia de Dalia discurría de manera monótona y sin compromisos a los que atender, sus dos compañeros se las apañaban bastante mejor: a Ferro la enseñanza le parecía una actividad estimulante y muy satisfactoria, mientras que Ugo, pese a sus protestas, había empezado a estudiar con empeño para obtener el certificado de primaria, y sus deberes escolares le dejaban tiempo suficiente para recorrer los alrededores con los chicos del lugar.

Lo que les pesaba a los tres de aquella prolongada y forzada estancia en la montaña era el

aislamiento: el correo llegaba de forma esporádica, en especial cuando empezaba a caer la nieve.

Las noticias sobre la guerra les llegaban a retazos y de forma discontinua a través del receptor radiofónico que Ferro se había llevado consigo y que, dado el aislamiento del lugar, no siempre conseguía captar las ondas de radio.

Las noticias que llegaba a entender eran, sin embargo, siempre demasiado optimistas para ser creíbles.

—Solo nos dicen lo que quieren —mascullaba Ferro girando los mandos del aparato en sus intentos de obtener una mejor recepción.

Lo que resultaba incluso más difícil de conseguir que la información era la comida, que escaseaba especialmente en invierno. En su mesa, el plato recurrente era la polenta, a veces acompañada por un poco de queso.

A finales de la primavera de 1941, cuando las carreteras ya estaban casi despejadas de nieve, exasperado por la polenta y por la escasez de información de fiar, Ferro decidió ir a Turín unos días para conseguir comida y noticias y se llevó consigo a Dalia y a Ugo.

La ciudad que encontraron era muy distinta de como la recordaban y la situación era extremadamente diferente de la que describían los periódicos: la comida era tan difícil de hallar como en la montaña, tal vez incluso más; el mercado de Porta Palazzo mostraba un panorama desolador, en el que amas de casa y sirvientas se apiñaban alrededor de los escasos puestos, disputándose a codazos y empujones las escasas mercancías disponibles. Era una época en la que el dinero, aunque no abundara, era en todo caso más fácil de encontrar que los productos básicos que podían comprarse con él. En circunstancias económicas normales, como el abogado le explicó más tarde a Dalia, la escasez de la oferta hubiera hecho crecer la demanda y subir los precios, pero el régimen, con su política de racionamiento, imponía que estos se contuvieran, con lo que los escasos bienes disponibles desaparecían para revenderse en el mercado negro a precios desorbitados.

Mientras el abogado se abastecía de libros y revistas, informándose con algunos conocidos sobre los rumores que corrían en la ciudad sobre la guerra, Dalia fue a la *Gazzetta* para preguntar por su marido y cobrar los honorarios que se le adeudaban por su novela epistolar por entregas. Sin embargo, nadie en la redacción supo informarle acerca de Nuto, ya que la publicación de sus escritos se había interrumpido y con ella habían cesado también las relaciones entre el hombre y el periódico. La guerra, que debía haber sido rápida e indolora, se estaba prolongando, los italianos padecían hambre y frío porque el carbón nacional no era suficiente para cubrir las necesidades de la población y la importación del inglés estaba prohibida; las lectoras ya no estaban de humor para entretenerse leyendo esas patéticas cartas del frente, tan parecidas a las que recibían de sus maridos y novios.

Después de haber reunido todo lo que pudieron en términos de comida y noticias, y de visitar a la madre de Ughin, que mientras tanto había reanudado de forma regular sus servicios en el burdel, uno de los pocos sectores que resistía la crisis, los tres afrontaron el viaje de regreso a su pueblecito de montaña, en el que permanecieron escondidos hasta mayo de 1945.

Aquellos años estuvieron marcados por el chirrido de la radio, que transmitía noticias fragmentarias y a menudo aterradoras, a pesar de que les llegaran edulcoradas por el régimen.

Dalia se pasaba los días paseando, leyendo los periódicos y los libros que el abogado conseguía que le mandaran con gran esfuerzo y reflexionando sobre el destino de Nuto. La joven

se lo imaginaba decidido a arriesgar su vida en los campos de batalla, en nombre de una causa en la que no creía y que, efectivamente, con el paso del tiempo se había vuelto cada vez más odiosa para ella, como por lo demás le ocurría a buena parte de los italianos, incluidos muchos de los que la habían apoyado. Cuando la radio graznaba sobre batallas y terribles pérdidas, la joven no podía evitar preguntarse si entre los caídos no estaría también su marido, y cada vez que el cartero conseguía llegar hasta allí para entregar la correspondencia, temblaba ante la mera idea de que entre las cartas hubiera alguna que le anunciara la muerte de Nuto. Apenas su temor se disipaba, el miedo se convertía en rabia al constatar que su marido no le había escrito aún ni una sola línea, a excepción de las sentidas cartas publicadas en la *Gazzetta* que tanto la habían perturbado, pero que al menos le habían servido para tranquilizarla sobre su estado de salud. Dalia, en cambio, no había dejado de escribirle, comunicándole sus desplazamientos y manifestándole su preocupación. ¿Por qué no le había respondido nunca? ¿Era posible que el rencor que sentía por ella no se hubiera extinguido aún? Las raras ocasiones en las que el optimismo atenuaba su melancolía, Dalia se imaginaba por el contrario que Nuto, arrepentido de su conducta, no se atrevía a escribirle tras un silencio tan largo. Arrullada por esta ilusión, la joven fantaseaba con el final de la guerra y el regreso de su marido, imaginando un largo y silencioso abrazo seguido de una promesa recíproca de arreglar las cosas entre ellos. ¡Volverían a amarse de nuevo! No sería fácil para ninguno de los dos, pero lo conseguirían en nombre de la promesa que se habían intercambiado ante el altar. En los días en los que el mal humor se imponía a la esperanza, Dalia vislumbraba en cambio el reencuentro con un hombre frío y amargado, junto al que se vería obligada a pasar toda su existencia en nombre también del vínculo sagrado e indisoluble que los unía.

Aunque se esforzara por alejar su recuerdo, también Gianni se asomaba con demasiada frecuencia a sus pensamientos, especialmente por la noche, cuando la vigilia estaba a punto de transformarse en sopor y su mente producía imágenes muy próximas a los sueños. En tales situaciones, Dalia volvía a ver a Gianni, se imaginaba su vida al otro lado del océano y lo hermoso que sería formar parte de ella. En sus fantasías, Gianni era el mejor de los hombres, su rostro transfigurado por la nostalgia se le aparecía resplandeciente de toda virtud, y no quedaba nada de la indignación que Dalia había sentido hacia él al descubrir sus vergonzosos amoríos con la señora Matteis. A veces sus ensoñaciones llegaban incluso al extremo de imaginarse la muerte de Nuto y la posibilidad recuperada de amar a Gianni; sin embargo, todo duraba apenas unos instantes: abrumada por los sentimientos de culpa, la joven se espabilaba de su duermevela con el corazón latiéndole enloquecido y las lágrimas empapándole las mejillas. Esos pensamientos que tanto la deleitaban y turbaban se apagaron en la primavera de 1944: entre noticias de bombardeos, derrotas y armisticios, le llegó una carta de Dorina en la que le anunciaba la boda de Gianni con una chica canadiense.

Cuando, a fines de abril de 1945, se produjo por fin el anuncio de la paz, el abogado Ferro se negó a regresar de inmediato a la ciudad para poder acabar el año escolar, al que le quedaban pocos meses. Un telegrama, que llegó a finales de mayo e iba dirigido a Dalia, lo obligó, sin embargo, a cambiar de idea: Nuto Cerri estaba ingresado en un hospital de las afueras de Reggio Emilia.

Las pocas palabras impresas en el telegrama desencadenaron en Dalia sentimientos encontrados: la joven estaba preocupada por el estado de su marido, a quien, a pesar de todo, se sentía aún muy apegada, pero sufría casi del mismo modo ante la idea de reanudar su vida conyugal tras una interrupción de cinco años.

Dalia se preguntaba si el hombre con el que deseaba y temía reunirse sería el Nuto atractivo y amable de quien se había enamorado o la criatura intransigente y rencorosa que la había abandonado de manera repentina, negándole, en los años que siguieron, el consuelo de sus cartas.

El viaje hacia Emilia Romagna resultó extremadamente penoso e incómodo; los trenes eran escasos, muchos tramos ferroviarios eran intransitables a causa de los bombardeos y los pocos convoyes viajaban repletos de soldados, muchos de ellos heridos, que trataban de regresar a sus hogares.

Dalia y Ferro llegaron a su destino después de varios días de viaje, mientras que el joven Ugo, ya con diecisiete años y su título de enseñanza básica, se marchaba a Turín para reunirse con su madre.

—Estamos buscando al cabo honorario Nuto Cerri —repetía el abogado, sin obtener respuesta, a los distintos médicos y enfermeras que iban y venían agobiados por los pasillos del hospital, donde decenas de soldados heridos estaban tendidos en camas improvisadas.

—Mira, Dalia —dijo señalando a los sufridos muchachos que yacían por todas partes—. Esto es lo que queda de la gallarda juventud italiana.

Después de muchos intentos, Dalia y el abogado consiguieron por fin que los recibiera un funcionario del hospital, quien los condujo a lo que en otro momento debió de ser su despacho y que ahora era una especie de sala de curas para los heridos menos graves.

—Señorita, déjenos solos, si es tan amable —ordenó el hombre a una enfermera que acababa de terminar de cambiarle a un soldado el vendaje de una mano. El funcionario se sentó en su escritorio y empezó a rebuscar en las páginas de algunos registros mientras Dalia y el abogado aguardaban de pie, ya que no había sillas disponibles.

—¡Nuto Cerri! —Encontró por fin el nombre en uno de los registros. La satisfacción del hombre por haber localizado a quien estaba buscando se apagó instantáneamente y su rostro se puso tan blanco como una sábana.

—Adelante, doctor —lo exhortó el abogado—, díganos cuáles son las condiciones de Cerri y dónde podemos encontrarlo.

—El cabo honorario Cerri ya no está entre nosotros —afirmó el médico después de una larga pausa.

Presa de un mareo, Dalia se aferró al brazo de Ferro.

—Sentaos, señora. —El médico se levantó de un salto y acercó la silla a Dalia, quien se desplomó en ella, casi inconsciente.

—¡Ánimo, muchacha mía! —intentó consolarla Ferro mientras el médico le ponía debajo de la nariz un trapo empapado en desinfectante, cuyo olor acre la hizo volver en sí al instante.

—El cabo honorario Cerri llegó a nosotros en condiciones desesperadas —empezó a contarles el médico en cuanto vio que Dalia parecía recobrarse—. Le administramos todas las curas que merece un héroe, pero por desgracia expiró hace algunos días.

—¿Un héroe? —preguntó Ferro estupefacto.

—En los últimos días de la guerra, Nuto Cerri detuvo un convoy de camiones estadounidenses que estaba a punto de entrar en una carretera minada. A estas alturas todo estaba perdido y el cabo debió de pensar que más víctimas, aunque fueran enemigos, resultaban inútiles, por lo que se lanzó delante de los vehículos estadounidenses para detenerlos, pero una mina estalló y lo hizo saltar por los aires. En conclusión, señora Cerri —el hombre se dirigió directamente a ella—, vuestro esposo murió salvando decenas de vidas.

—¡Quién lo hubiera dicho! —se le escapó a Ferro mientras Dalia aún no había encontrado fuerzas para pronunciar ni una sola palabra.

El doctor se acercó a un archivador y se puso a buscar algo.

—Esta es para vos, señora Cerri —dijo a Dalia entregándole un sobre cerrado con las esquinas chamuscadas—. Vuestro esposo lo llevaba encima cuando lo socorrieron.

Dalia cogió el sobre, le dio las gracias al hombre y, aferrándose al brazo del abogado, encontró la fuerza para marcharse del hospital.

—Sé que es un pequeño consuelo, pero tu marido no murió en vano —intentó animarla Ferro mientras, sentados en un banco de la estación, Dalia leía en silencio la carta de su marido.

—Al final, dejó de lado sus ideales fascistas para salvar a unos pobres jóvenes sin preocuparse por su bandera —siguió hablando Ferro—. Había un fondo bueno en él, después de todo.

—Leedla, por favor —le rogó Dalia, entregándole la carta.
El abogado empezó a leer:

Querida Dalia:

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien de salud. La guerra está llegando a su fin, esta vez de verdad. Nuestro Duce ha sido capturado hace unos días en Como por esos perros traidores de la Brigada Garibaldi y se rumorea que ya ha sido ajusticiado. ¡Ajusticiado! ¡Él, que era la justicia hecha persona; él, cuya única culpa ha sido la de querer devolver su dignidad al pueblo italiano, rememorándole su grandeza y superioridad histórica: el Imperio romano, el Renacimiento y nuestra gloriosa unificación nacional!

Como dijo nuestro Duce con motivo de su último discurso: «Si la patria está perdida, es inútil seguir viviendo».

Yo tampoco, como mi bienamado líder, puedo aceptar esta infame e ignominiosa derrota, por lo que iré al encuentro de la muerte, pero no por mi propia mano, ya que sería indigno del uniforme que llevo. Mientras te escribo, estoy sentado en una zanja al borde de un camino rural y oigo el rugido de un convoy de camiones estadounidenses. Lo he divisado hace poco desde lo alto y pronto estará aquí. Me arrojaré a su paso, les dispararé las últimas balas de mi cartuchera, y moriré gritando: «¡Viva el Duce, viva Italia!».

Devotamente tuyo,
Nuto

Capítulo 39

El reloj de Diana cazadora da las cinco de la mañana, pero no estás en la tienda, sino en tu despacho. Por fin te has decidido a llevarte ese hermoso reloj de los años veinte a casa contigo; total, nunca habrías tenido valor para venderlo, a estas alturas le tienes demasiado cariño.

Repasas obsesivamente tus notas, que, durante la noche, incapaz de conciliar el sueño, has reorganizado y pasado a limpio. El tiempo empleado en escribir, anotar y garabatear, con todo, no lo has gastado en vano, pues así has podido trazar algunas nuevas conexiones entre personas, acontecimientos y objetos. El pañuelito, para empezar, no está vinculado solo con Gianni y con su huida a América, sino también con el costurero de juguete de Ester. Fue ella la que lo bordó para ti en una de esas largas y luminosas tardes de verano de vuestra infancia, cuando prefería no seguirs a Gianni y a ti en vuestros juegos arriesgados y un poco imprudentes, sentada en la hierba con el costurero en su regazo y lanzándoos de vez en cuando miradas de reproche a los dos. Este recuerdo te demuestra que el pañuelo es un ejemplar único, no hay otros idénticos, ya que la obsesión de Ester por el bordado le duró apenas algunas semanas, durante las cuales solo llegó a confeccionar un pañuelo para ti y otro para su madre, ambos con sus respectivas iniciales. Recuerdas perfectamente a la señora Levi reprendiéndola por su escasa perseverancia: «Con lo que has pataleado para obtener tu costurero personal —le echaba en cara— y, cuando lo has conseguido, solo te ha servido para dos pañuelos».

El pañuelito que encontraste doblado en el bolsillo del abrigo, con la anilla de cortina dentro, es por lo tanto el que Gianni se llevó consigo a Canadá y que te devolvió en circunstancias que no recuerdas. Ahora estás segura de haberte visto con Gianni en los días que precedieron a tu *pequeño incidente*, mejor dicho, estás casi segura de que el misterioso hombre del bar, el que se llevó el sobre amarillo dejando una segunda anilla de cortina en la mesa, era precisamente él.

Lo que había en el sobre y por qué se lo llevó, en cambio, sigues sin saberlo, al igual que la razón por la que Gianni llevaba consigo una anilla de cortina. Te queda otro elemento para el que aún tienes que encontrar una ubicación, y es una frase que pronunció anoche Ester durante vuestra conversación telefónica: «Intenté llamarte para saber cómo estaba yendo tu proyecto», dijo. Te hubiera gustado preguntarle a qué proyecto se refería, pero la conversación derivó rápidamente hacia tu *pequeño incidente* y no hubo forma de que retomaras las riendas. Volverás a ponerte en contacto con ella en cuanto sea una hora adecuada para una llamada y llegarás al fondo del asunto; ¡eso suponiendo que sus nietos te lo permitan! No la dejaban ni a sol ni a sombra, de la mañana a la noche, y, a pesar de que resulten algo molestos, parecen ser su mayor fuente de alegría. Tú no tuviste hijos, y en consecuencia tampoco nietos, y, por muchos esfuerzos que haces, no consigues entender tanta devoción y paciencia.

Notas el ya familiar hormigueo invadiendo tus manos, pero decides ignorarlo y acostarte; estás demasiado cansada para complacer el frenesí de tus dedos. Sin embargo, un detalle te

sorprende y te obliga a demorarte de nuevo en el escritorio: ¡la luz está encendida! Es la primera vez que el hormigueo se manifiesta mientras la habitación no está inmersa en la oscuridad. Un apretón frío atenaza tu hombro derecho. Giras la cabeza lentamente, pero detrás de ti no ves silueta alguna; y, sin embargo, percibes con claridad una mano invisible que ahora desciende del hombro a lo largo del brazo. La gélida caricia se detiene en el codo, que se extiende sin que tú se lo hayas ordenado. Miras aterrorizada e impotente cómo tu brazo se extiende hacia delante y la mano que pulsa el interruptor de la luz.

Capítulo 40

El viaje de regreso desde Reggio Emilia hasta Turín de Dalia y el abogado Ferro fue aún más difícil que el de ida; lo que contribuyó a hacerlo tan desagradable, además de la escasez de medios de transporte y los muchos imprevistos en los que se vieron envueltos, fue la noticia de la muerte de Nuto.

Dalia permaneció en silencio durante horas, en un rincón del tren o en el andén de alguna de las muchas estaciones en las que se vieron obligados a detenerse por averías técnicas o a la espera de otro convoy, releando la carta de su marido un sinfín de veces.

«Querida Dalia: Espero que al recibo de la presente te encuentres bien de salud.» La carta empezaba así, como otras miles escritas por los soldados a sus mujeres. Una fórmula muy común, acorde con una correspondencia normal y no con una carta que llegaba después de cinco años de silencio. En el texto no había una sola frase, ni una palabra siquiera, que hiciera referencia a por qué no le había escrito nunca. En esas escasas líneas, Nuto describía su dolor, sin tomar en absoluto en consideración el de su esposa.

—Es como haberlo perdido dos veces —murmuraba a veces después de meter otra vez la carta en su sobre de bordes chamuscados.

Ante esa repetida y amarga afirmación, el abogado Ferro, que rara vez se quedaba sin palabras, se limitaba a suspirar y a rodearle afectuosamente los hombros.

A causa del fatigoso viaje y del dolor que la atenazaba, la joven llegó con fiebre a Turín. En su casa de via del Carmine, el abogado trató de atenderla lo mejor que podía, suministrándole las pocas medicinas que podía encontrar y leyéndole en voz alta las novelas que consideraba más saludables y vigorizantes. Con gran alivio del hombre, la fiebre desapareció en unos días, pero la joven se quedó muy débil, y solo con gran dificultad la criada del abogado lograba que se tomase algunas cucharadas de sopa.

—Parece como si no quisiera curarse —se desesperaba la mujer mientras llevaba de vuelta a la cocina el plato aún lleno—. Y pensar que es tan joven, que tiene toda la vida por delante.

—Creo que eso es precisamente lo que la asusta —negaba con la cabeza el abogado.

Después de haberla cuidado y mimado como a un niño, el abogado trató de despabilarla de su doloroso letargo apelando a su sentido del deber.

—Los clientes han empezado a llamar a mi puerta —le decía a menudo—. Ahora que hemos vuelto a la paz, parece que todos están ansiosos por resolver las disputas legales que la guerra los había obligado a dejar de lado.

—Me alegro por vos, abogado —afirmaba Dalia con voz cansina.

—Tienes que reponerte, querida —la animaba—. El trabajo se acumula y los documentos no se mecanografían solos.

—Me encargaré de ello mañana —prometía ella, pero al día siguiente no se encontraba con

fuerzas para salir de su habitación e ir al despacho del abogado, donde estaba su Olivetti roja.

Exasperado por la situación, una noche, mientras Dalia dormía profundamente, Ferro entró en la habitación y colocó sobre el escritorio una pila de documentos, una vela y la Olivetti, que se había encargado de llevar a la papelería del matrimonio Lanza para que le cambiaran la cinta y engrasaran los mecanismos, que habían permanecido inactivos durante los últimos años.

Ferro salió de la habitación sin que Dalia se diera cuenta de nada y fue a tumbarse en la cama, en el despacho, donde permaneció con el oído aguzado en espera de que el milagro tan deseado se verificara. Unas horas más tarde, cuando los párpados cargados de sueño eran ya demasiado pesados para mantenerlos abiertos, el hombre oyó por fin el repiqueteo de la Olivetti; lento al principio, luego cada vez más rítmico y rápido.

—Está curada —murmuró medio dormido—. Mi querida chiquilla se ha curado por fin.

—¿Qué piensas hacer ahora que la guerra ha terminado? —le preguntó el abogado unas semanas después, cuando Dalia ya había recobrado por completo la salud y los dos habían retomado la costumbre de pasar las veladas en la biblioteca.

—Me quedaré en Turín, retomaré mi trabajo de mecanógrafa y alquilaré mi propio apartamento —contestó Dalia levantando la cabeza del libro que estaba leyendo.

—Me parece un plan excelente —concedió Ferro.

—Pero antes quiero volver a Avigliana, volver a ver a la gente a la que quiero y hacer las paces con mi padre.

—¿Crees que podrás hacerle entrar en razón?

—No lo sé, pero estoy dispuesta a intentarlo —declaró resuelta—. Durante estos años de guerra he soportado de todo; si he sobrevivido a los bombardeos, al hambre y a la pérdida de mi marido, no serán desde luego los arrebatos de mi padre los que me atemoricen.

—¿Volverás a visitarme? —preguntó Ferro con la voz quebrada por la emoción.

—Por supuesto que sí, es más, os prometo que buscaré alojamiento en este mismo barrio y seguiré siendo vuestra mecanógrafa si os hace falta.

Dalia llegó a Avigliana la mañana del 14 de septiembre de 1945. Al salir de la estación, constató con alivio que la pequeña ciudad seguía siendo la misma de cinco años atrás. Se dirigió hacia piazza Conte Rosso con la maleta en una mano y el estuche de la Olivetti en la otra. Su primera etapa era el despacho del contable Borio, a quien estaba ansiosa por abrazar de nuevo. Bajo los soportales del centro, la joven miraba a su alrededor en busca de rostros familiares, pero todavía era temprano y no había ni un alma en las inmediaciones. De repente, un hombre salió de detrás de una columna del pórtico, Dalia lo miró directamente a la cara para ver si era alguien conocido y, en cuanto hubo identificado sus rasgos, el corazón se le aceleró: en el rostro de ese hombre, Dalia reconoció a uno de los brigadistas que, en mayo de 1940, irrumpieron en el despacho del contable. La joven obligó a sus temblorosas piernas a continuar su camino, pero el antiguo camisa negra había notado su presencia y fue a su encuentro.

—¿Señorita Buonaventura?

—Señora Cerri —rectificó con un hilo de voz.

—Es un verdadero placer volver a veros —exclamó, como si se hubieran conocido en

circunstancias más agradables—. ¿Os acordáis de mí?

Dalia asintió; se trataba del brigadista que inspeccionó el maletín de su máquina de escribir.

—Os debo mucho —prosiguió el hombre— y siempre albergué la esperanza de volver a veros para poder daros las gracias.

—¿De qué? —consiguió articular con dificultad.

—¿Recordáis las hojas de papel carbón de las que me incauté para averiguar si en vuestros escritos había algo incriminatorio?

Dalia asintió de nuevo.

—La verdad, no encontré nada políticamente comprometedor, solo cartas de poca importancia y... —el hombre miró a Dalia y sonrió— ¡un anuncio matrimonial! Lo tomé como una señal del destino; escribí una carta a la autora del anuncio y encontré una esposa, la mejor que hubiera podido desear.

—¿La señorita Girola? —preguntó Dalia estupefacta.

—Ahora es la señora Festa —especificó con orgullo el hombre—. Venid a visitarnos a la mercería, Marietta estará encantada de veros y presentaros a nuestros hijos.

—¿Tenéis hijos?

—Dos varones y un tercero que llegará en primavera. —El hombre escudriñó de nuevo el rostro de Dalia y sus ojos se iluminaron como si los atravesara una idea repentina—. Si es una niña, le propondré a mi mujer que se llame como vos.

—Me sentiría honrada —respondió Dalia pensando que cualquiera que fuera el nombre escogido para la recién llegada no debería ser necesariamente Maria o alguna de sus variantes, tal como la tradición de la familia Girola había impuesto durante años.

La maldición de las *tote Marie* había quedado rota y para extinguirla no habían hecho falta peregrinaciones, cirios votivos o ritos paganos, sino solo una insignificante hoja de papel carbón que...

Capítulo 41

Apartas a la fuerza los dedos del teclado de la Olivetti con el mismo movimiento rápido con el que se arranca una tiritita, y el agudo dolor que sientes en las yemas de los dedos es casi el mismo. Sacudes las manos para evaporar el hormigueo que todavía las impregna y tratas de recuperarte del estado de semiinconsciencia que acompaña tus sesiones de escritura.

—Solo una insignificante hoja de papel carbón —murmuras—. Insignificante —repites. Rosina te recomendó que prestaras atención a los detalles insignificantes, y algo te dice que el detalle que buscabas es precisamente el papel carbón.

Rosina también te sugirió que prestaras atención a lo que no escribías, pero decides conservar ese segundo acertijo para otro momento. Enciendes la luz y abres el cajón en el que normalmente guardas el papel carbón, sacas la caja donde se almacenan las hojas y levantas la primera con dos dedos. La sujetas con ambas manos por los dos lados y la diriges hacia la luz de la lámpara intentando leer lo que ha quedado impreso en ella: la hoja está inmaculada; en realidad, no, solo aparece impresa la palabra «FIN», escrita en el centro en letras mayúsculas. Pasas a la siguiente hoja, que, en cambio, está completamente rellena de texto. Las letras están bien definidas, sin palabras superpuestas, señal de que el papel carbón se ha utilizado una sola vez. Dirigiendo también esa segunda hoja hacia la luz, empiezas a leer: *Dalia llegó a Avigliana la mañana del 14 de septiembre de 1945. Al salir de la estación, constató con alivio que...*

Abrumada por la emoción, apartas la mirada de la hoja negra para volver a observarla luego de nuevo con cautela. Se trata de las mismas palabras que has mecanografiado hace unos minutos, si bien no se detienen hasta donde te has obligado a ti misma a apartar los dedos del teclado, sino que prosiguen contando el encuentro con el contable y, unas líneas más abajo, con tu padre, momento mucho más difícil, pero que, afortunadamente, terminó con un largo abrazo.

No necesitas esforzarte por leer para recordar ese momento, que todavía está nítidamente grabado en tu mente hasta el último detalle. Después de abrazar al contable Borio y haberle contado a grandes rasgos lo que te había ocurrido en los últimos años, te encaminaste hacia la «quinta de veraneo», donde, según te había informado el contable, seguía viviendo tu padre. Recorriste la carretera a paso lento, no solo para disfrutar del paisaje que no veías desde 1940, sino sobre todo para reunir tus ideas y todo tu valor. La quinta te pareció aún más minúscula y deteriorada de lo que recordabas. Te detuviste unos instantes frente a la puerta, con los nudillos de la mano listos para llamar, luego cambiaste de opinión y empujaste la puerta, que, como esperabas, estaba abierta.

Habías pensado mucho en cómo anunciarte, pero tu boca acabó por decir: «Papá, estoy en casa», la misma sencilla frase que repetías todas las noches cuando volvías del trabajo. Tu padre se asomó desde la cocina, con una mirada incrédula que de inmediato se le veló por las lágrimas. Os quedasteis inmóviles el uno frente a la otra, observándoos: él no parecía haber envejecido ni

un solo día, aunque su expresión arrogante parecía haberse ablandado.

—Bienvenida —murmuró al final abriendo los brazos, a los que te arrojaste. Luego permanecisteis abrazados durante infinitos minutos, llorando en silencio.

—Lo arreglaremos todo —te dijo entre sollozos.

El reencuentro que viviste con tu padre fue exactamente el mismo que siempre esperaste poder tener con Nuto.

Te limpias una lágrima de emoción con el dedo índice y levantas otra hoja negra; en esta puedes leer los cariñosos cuidados que Ferro te brindó en la casa de via del Carmine cuando la noticia de la muerte de Nuto te sumió en un estado de dolorosa postración. Sigues recorriendo las hojas, retrocediendo por otros episodios de tu vida: todo lo que has mecanografiado en las últimas semanas ya lo habías escrito antes, durante los días que se desvanecieron de tu memoria. De ahí que cuando mecanografiabas tuvieras la sensación de transcribir el texto de otra persona en lugar de escribir uno propio.

Con el corazón latiéndote a un ritmo inalcanzable, sigues hojeando hacia atrás hasta llegar a las primeras páginas que mecanografiaste, esas en las que llegabas al despacho del contable en bicicleta. Para tu sorpresa, descubres que esas páginas no son en realidad las primeras: en la caja, bajo una hoja blanca con la palabra «eliminadas» garabateada a lápiz, hay muchas otras hojas de papel carbón. Las levantas una por una y las diriges hacia la luz. Con mayor esfuerzo, ya que el texto no te es tan familiar como el impreso en las páginas anteriores, lees algunos episodios de tu infancia: la vida en Villa Buonaventura, la quiebra de la fábrica de cerillas, la marcha de tu madre, los juegos acalorados con Gianni y la llegada de Ester a la Ca' rossa. Esas deben de ser las páginas que no has escrito de las que hablaba Rosina. Fue tu yo de antes la que las mecanografió con anterioridad a tu *pequeño incidente* para suprimirlas después, como demuestra la hoja con la palabra «eliminadas».

Mientras revisas el texto, vuelves a sentir cómo el toque frío de tu yo de antes se apoya en tu hombro. La sensación de frío se irradia por la columna vertebral mientras lees las líneas acerca de una tarde de verano en la que estabas en las ruinas del castillo de Avigliana junto con Ester y Gianni. Él y tú correteabais por las murallas derruidas, mientras Ester, que prudentemente no había querido encaramarse, os llamaba, instándoos a que bajarais.

—Es demasiado peligroso jugar en esas ruinas —gritaba Ester agitando los brazos—. ¿Cómo es posible que no tengáis una migaja de sentido común?

—Pero Ester, estamos en medio de una aventura —protestó Gianni—. Acabo de liberar a la Perla de Labuán de las garras del gobernador.

—Y en cuanto estemos a salvo —continuó Dalia—, empezaremos una nueva aventura y seré yo quien haga de Sandokán, mientras que Gianni hará de Yáñez.

—¡No, yo seré Sandokán, y tú, Yáñez!

—Pero si me habías prometido que, si yo hacía de Perla de Labuán, luego...

—Ya está bien —se impacientó Ester—; en vez de discutir, acabad lo que habéis empezado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gianni.

—¡Bajad y lo sabréis!

Aunque de mala gana, Dalia y Gianni bajaron de la fortaleza y se reunieron con Ester, quien había sacado mientras tanto algo de su pequeño costurero.

—Aquí lo tenéis —dijo extendiendo la palma de la mano y mostrándoles dos anillas de cortina—. Ahora que Sandokán y la Perla de Labuán por fin están juntos, celebraremos su boda.

La sensación de escalofrío que se había propagado por todos tus miembros se está diluyendo en una reconfortante tibieza; por tu memoria discurren ahora las nítidas imágenes de Ester que celebra con la mayor seriedad la ceremonia nupcial entre Gianni y tú, sellando vuestra unión con el intercambio de las anillas de cortina.

—Quédatelas tú —le dijo Ester a Gianni cuando el chico quiso devolverle las dos anillas al final del juego—. Así, cuando a partir de mañana estés en un internado, te acordarás de esta última tarde que pasamos juntos.

La tibieza que ha envuelto tu cuerpo se vuelve ahora más intensa, empiezas a sudar y la habitación da vueltas a tu alrededor como un carrusel: ¿estarás quizá a punto de tener tu *tercer pequeño incidente*?

¿El tercero?

¿Pero no debería ser el segundo?

Ese pensamiento hace que se evapore instantáneamente el calor que sentías y que la habitación interrumpa su movimiento giratorio.

¡Ahora te acuerdas de todo!

Tu *pequeño incidente* no fue el primero. Hubo otro, un episodio tan irrelevante que no quisiste compartirlo con ningún alma viviente. Te sorprendió una mañana de hace algunos meses al levantarte de la cama. Recuerdas haber sentido una punzada en la cabeza y haber perdido el conocimiento, para despertarte unos momentos después agotada y con un molesto zumbido en los oídos. Aquel primer *pequeño*, mejor dicho, *minúsculo incidente* tuyo parecía no haber dejado ningún rastro de su paso, pero unos días después empezaste a notar que tu memoria fallaba. Te olvidabas de algunas cosas, en su mayoría de poca importancia, como dejar un cajón abierto, el apellido de un conocido o dónde habías puesto el reloj; pero tuviste miedo de perder también tus recuerdos importantes. Fue el miedo a olvidar lo que te empujó a pasar a máquina los hechos más significativos de tu vida. Tu proyecto era el de hacer una especie de novela, para releerla de vez en cuando, y así mantener nítidos y frescos los recuerdos.

¡Tu proyecto!

¡Ese era el proyecto al que Ester aludía ayer por la tarde al teléfono!

Los recuerdos afloran uno a uno en tu memoria, uniéndose, separándose y reorganizándose: ahora te acuerdas de haberle hablado a Ester de tu novela autobiográfica e incluso de haberle enviado la copia carbón del texto mecanografiado. A Ester le pareció interesante tu trabajo: «Creo que podrías publicarlo», te dijo, pero te negaste firmemente. Nunca has tenido veleidades de escritora, y el hecho de mecanografiar esas páginas fue solo para evitar que se esfumaran de tu memoria.

—Por lo menos deberían leerlo los directos interesados —insistió Ester.

—¿Qué directos interesados? —preguntaste con una risita nerviosa—. Las personas de las que hablo llevan muertas por lo general mucho tiempo.

—No todas —replicó Ester con tono insinuante—. Alguno sigue vivo y coleando y creo que tendría derecho a...

—¡No te permito que lo lea nadie! —le ordenaste.

—Está bien —acabó prometiendo al final—, pero creo que en cualquier caso valdría la pena trabajarlo un poco más. Yo en tu lugar suprimiría los primeros capítulos, los dedicados a nuestra infancia.

—¿No te gustan?

—¡Claro que sí, me han conmovido! Pero creo que sería más impactante si la historia empezara en 1940. Es a partir de ese momento cuando suceden las cosas realmente importantes.

—Total, nadie más va a leerlo —intentaste zanjar el tema mientras Ester seguía prodigándote otros consejos.

Las palabras de Ester, sin embargo, siempre consiguen hacer mella en tus resoluciones más firmes, de modo que te pusiste a trabajar en el texto siguiendo sus sugerencias, pero sin mencionárselo en ningún momento, para que no volviera a la carga con su absurda idea de publicarlo.

—Nunca adivinarías a quién he visto hoy —empezó a contarte Ester unas semanas después, sin darte tiempo siquiera a ponerte el auricular en la oreja—. ¡A Gianni!

—¿A Gianni? —repetiste mientras millones de pensamientos se agolpaban en tu mente.

—Ha venido a visitarme esta tarde. Vive en Roma desde hace unos meses. Ahora que está jubilado, ha tomado la decisión de mudarse aquí para vivir más cerca de uno de sus hijos.

—Vaya, me alegro —comentaste para ocultar tu turbación mientras una horrible sospecha iba tomando cuerpo en ti.

—Supo de mí por casualidad, por un conocido mutuo —prosiguió Ester despreocupadamente—, y esta tarde se ha presentado en mi casa. ¡Si supieras qué vida más interesante ha tenido!

—Me alegro —dijiste de nuevo tratando de mantener la calma mientras el corazón te rebotaba en el pecho.

—Me preguntó por ti —declaró Ester interrumpiendo su torrente de palabras.

—Ester, no habrás... —La voz se te murió en la garganta.

—Sí —admitió después de un largo silencio—. Le he dejado tu texto mecanografiado. Me parecía justo que lo leyera.

Estabas tan indignada por el comportamiento de tu amiga que ni siquiera te sentiste con fuerzas para soltarle cuatro frescas; te limitaste a despedirte, con la intención de no volver a llamarla hasta que se te pasara la rabia. Siguieron días angustiosos en los que te imaginabas a un Gianni ya canoso, dedicado a leer tu, vuestra en realidad, historia con una sonrisita de suficiencia estampada en el rostro. Aproximadamente una semana después, alrededor de las nueve de la noche, sonó el teléfono. Lo dejaste sonar, convencida de que era Ester, con quien aún no tenías ganas de hablar. Un timbrazo, dos, tres. Entonces te decidiste a contestar con la intención de decirle lo que pensabas de ella y de sus locas ocurrencias, desahogándote de una vez por todas;

pero fue una voz masculina lo que te llegó desde el otro extremo de la línea.

—¿Dalia? —preguntó la voz.

—¿Sí?

—Soy Gianni, ¿te acuerdas de mí?

Claro que te acordabas, y él debía de saberlo bien tras haber leído tu texto mecanografiado. Esa pregunta tan tonta aflojó el nudo que te había atenazado la garganta al oír su nombre de pila. Él, en cambio, te pareció muy nervioso, digamos incluso que alterado, y tal vez fuera ese el motivo de una pregunta tan fuera de lugar.

Enterneada por su voz temblorosa, te esforzaste para que se sintiera cómodo, haciéndole algunas preguntas de circunstancias: vida, trabajo, mujer, hijos... Ya no tenía ninguna mujer, después de haberse divorciado dos veces, pero hijos tenía nada menos que tres. El recuento probablemente no incluía al que tuvo con la señora Matteis, pero por razones obvias te abstuviste de preguntárselo. Estuvisteis charlando unos diez minutos como unos amigos cualesquiera que hace tiempo que no conversan, luego él empezó a hablar sobre tu novela con naturalidad, como si te estuviera comentando un libro cualquiera que hubiera leído y apreciado mucho.

—Me alegro de que te haya gustado —respondiste complacida y sin el menor atisbo de vergüenza—, pero es solo un borrador, todavía estoy trabajando en ello.

—Quiero leer la versión definitiva cuando esté lista.

—Claro —concediste con más serenidad de la que nunca habrías imaginado poder sentir.

Después de esa llamada telefónica, seguisteis en contacto, cada vez con mayor frecuencia; al principio para hablar del texto y de las modificaciones que estabas introduciendo, luego, por el simple placer de escucharos y charlar. Cada noche te encerrabas en el despacho y esperabas con ansiedad su llamada, casi como si tuvieras diecisiete años y no setenta y uno.

—Voy a ir a Turín la semana que viene y me gustaría verte —declaró un día Gianni con una voz que delataba nerviosismo—. Así podrás dejarme leer tu novela revisada —añadió luego como para justificarse.

—Te tendré una copia preparada —le prometiste.

Así que acordasteis reunirlos en el bar de Nadia el miércoles siguiente a las cinco de la tarde.

—Esta vez, eso sí, no me des plantón —añadió él con una risa algo forzada—. ¡Ah, se me olvidaba! Te he mandado una cosa.

—¿De qué se trata?

—De algo que te pertenece y que he guardado conmigo todos estos años —te explicó antes de colgar.

Ahora la habitación está tan inmóvil como debería estar, la respiración se ha vuelto regular y tu mente evoca el momento en el que abriste un abultado sobre, que contenía un viejo pañuelo tuyo, bien planchado y doblado, en cuyo interior a su vez había una anilla de cortina. Reconociste el pañuelo de inmediato y te conmoviste al volver a ver la anillita con la que Ester había unido vuestros destinos en una lejana tarde de verano. ¡Te parecía increíble y maravilloso que Gianni hubiera conservado durante toda su vida, como reliquias, esos dos pequeños objetos! A partir de ese día nunca quisiste separarte de esos preciosos recuerdos y los llevabas siempre contigo en el

bolsillo o en el bolso.

Mientras te dirigías a la cita con Gianni, sosteniendo en tus manos el sobre amarillo que contenía el manuscrito, luciendo tu mejor vestido, con un maquillaje perfecto y un peinado con ondas vaporosas como nunca, intentaste imaginarte el efecto que te causaría volver a ver el rostro de Gianni al cabo de tanto tiempo y, sobre todo, qué impresión le causarías tú, que, seamos sinceros, todavía eras una mujer atractiva, pero no tenías ya nada más que ver con la chica de 1940.

Al tomar asiento en la mesita del bar, tenías la esperanza de que estuviera Nadia para poder charlar un rato y relajar tu nerviosismo, pero en cambio estaba ese odioso de su nieto, quien tenía, por el contrario, la capacidad de hacerte saltar los nervios. Recuerdas que te encendiste un cigarrillo y que te reprendieron de manera ruda, que saliste para fumar en paz y descubriste, a tu regreso, que el sobre amarillo ya no estaba en la mesita. Fue pocos minutos después de ese terrible descubrimiento cuando tuviste tu *pequeño y nefasto incidente*.

El corazón acelera de nuevo sus latidos: te sientes como cuando en junio de 1940, leyendo la dedicatoria escrita por Gianni en el frontispicio de *Yolanda, la hija del Corsario Negro*, te diste cuenta de repente de que no te habías presentado a la cita en el bar de piazza Conte Rosso.

Más de medio siglo después, y por razones totalmente diferentes, Gianni se había encontrado de nuevo esperándote en la mesita de un bar.

El reloj de Diana cazadora da las siete, todavía es pronto, pero es que no puedes esperar. Tus dedos de mecanógrafa, guiados por la memoria táctil, marcan el número de teléfono sin que tengas que esforzarte por recordarlo.

—¿Diga? —responde una voz somnolienta después de media docena de timbrazos, durante los cuales prácticamente te has abstenido de respirar.

—Soy Dalia —te identificas.

—¿Por qué me llamas a estas horas? —te pregunta Gianni con tono molesto tras unos segundos de silencio.

—Quiero disculparme —le explicas— por no haberme presentado a nuestra cita.

—¿Te refieres a la de 1940 o a la de 1994? —pregunta con un tono que pretende ser irónico, pero que suena en cambio bastante amargo.

—Tuve un grave contratiempo —intentas explicarle.

—¿Te enamoraste de un escritor y ahora estáis casados?

Su sarcasmo empieza a molestarte, aunque, después de todo, no le faltan razones.

—Es un asunto completamente diferente —le explicas—, pero me gustaría contártelo en persona.

El teléfono permanece en silencio durante un largo puñado de segundos.

—¿En persona, dices? —pregunta por fin—. Está bien —te concede con voz dulcificada—, pero serás tú quien venga a verme a mí. Te espero aquí, en mi casa; así por lo menos, si tengo que esperarte en vano, será en mi salón y no en un bar, con el camarero mirándome de reojo preguntándose cuándo dejaré libre la mesa.

—Pero tú... —Estás a punto de señalarle que os separan más de seiscientos kilómetros, aunque, al fin y al cabo, ¿qué son algunos centenares de kilómetros de distancia en comparación con más de medio siglo de separación?

—Está bien —le respondes por fin—, saldré hoy mismo: espérame.

—Te esperaré —responde, y por su voz percibes que está sonriendo.

Título original: *La ragazza con la macchina da scrivere*
Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary Agency.

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano

Este libro ha sido traducido gracias a la Ayuda a la traducción del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano

Edición digital: 2021

© 2020 Fazi Editore srl
© de la traducción: Xavier González Rovira, 2021
© AdN Alianza de Novelas
(Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1362-489-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA